AMERICA LITERARIA

CUADERNOS QUINCENALES DE ARTES, CIENCIAS Y LETRAS

SELECCIÓN DE

Poesías de Guido y Spano

COMPUESTA PARA LOS LECTORES
NUEVOS EN EL TERCER ANI-
VERSARIO DE SU TRÁNSITO

1918 — 25 DE JULIO — 1921



1921
Buenos Aires
EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

América Literaria

Cuadernos quincenales de artes, ciencias y letras

"América Literaria", es una publicación de cultura general que se propone editar en cuadernos quincenales, como éste que aparece hoy, trabajos y escritos de los principales prosistas y literatos de habla castellana.

Quiere la dirección de esta nueva pubblicación, contribuir a que se amplíé el ambiente popular para esta clase de divulgaciones literarias. Y espera conseguirlo, confiada en el tiraje, el ínfimo precio y la rigurosa selección intelectual de estos cuadernos.

Cree también que, aparte del favor popular, ha de contar con el apoyo de los primeros escritores de América, de quienes aspira a ser un órgano, modesto si se quiere, pero destinado, por su índole especial, a difundirlos vastamente entre el gran público, asaz mediatizado hoy por el auge insospechado de tanta abrumadora vulgaridad impresa que se le ofrece a diario.

"América Literaria", aparecerá los días 10 y 25 de cada mes, en ediciones comunes de 32 a 48 páginas, y se venderá en todos los kioscos y librerías de la República al precio de $ 0.20 en la Capital, y $ 0.25 en el Interior.

22-8-22

Juan Repetto

CARLOS GUIDO Y SPANO

Tres años cúmplense, el día en que aparece esta revista, desde aquella mañana, del invierno de 1918, en que se extinguió para siempre en esta ciudad la vida terrenal del glorioso poeta argentino Don Carlos Guido y Spano. La dirección de «América Literaria» ha querido aprovechar la casual coincidencia de las fechas, para que su número primero, éste que sale hoy en busca del culto público porteño, fuera al propio tiempo que un humilde homenaje al llorado patriarca de las bellas letras nacionales, una armoniosa selección de los mejores versos de Guido.

Y ahí van en este cuaderno, formando ramillete espléndido, algunas de las cinceladas joyas líricas del viejo aeda: breves poemas de esperanza y amor, bellos y gráciles como las ninfas de sus visiones griegas; apasionados y viriles como aquél su espíritu, que admirara a tres generaciones con la llama viva de su luz interior; elegantes y donosos como aquélla su apostura, de distinción y aristocracia inolvidables; límpidos y cordiales como aquel arroyuelo plácido de bondad, que mansamente fluía desde la cumbre augusta de su serena ancianidad...

Alléguense a estos versos los lectores nuevos, con cariñoso respeto, con curiosidad afectuosa, y sea la divina emoción que ha de poseerlos al repasar las viejas rimas del cantor de Amira, del poeta de Mirtha, el mejor homenaje que pueda tributarse al luminoso espíritu de Carlos Guido y Spano, en este día aniversario de su paso por el glorioso pórtico de la Inmortalidad.

LA AURORA

Huyen las sombras; ya a su antro corre
Siniestro el crimen, y el buho ya
La grieta oscura de antigua torre
Con sesgo vuelo buscando va.

Parte Romeo. Dulce Julieta
Toda tremante cierra el balcón.
De torpe orgía vuelve Violeta
Rasgado el traje y el corazón.

Fausto sus libros cierra, el misterio
Buscando en vano del ser; — oíd!
Son las campanas del monasterio;
A orar, nos dicen, fieles, venid!...

Despunta el alba. Pálidas, bellas,
Cual los recuerdos del bien que huyó
Brillan algunas dulces estrellas,
Con que la noche su frente ornó.

Vacilan, tiemblan, se apagan; luego
Del horizonte vénse al confín
Ráfagas ténues, franjas de fuego,
Limpios celajes de oro y carmín.

¡Salve, es la aurora! raudal de vida,
Sonrisa alegre del cielo; es
La blanca ninfa del sol querida,
Fresca surgiendo de entre áurea mies.

Dulce reflejo de la mirada
De Dios, contento del esplendor
De su obra magna que a los mortales
Inspiró el salmo: Gloria al Creador!

Fué a esta hora que a Eva divina
Por vez primera contempló Adán;
Que en los desiertos de Palestina
Jacob errante llegó al Jordán.

Al alba pura, ¡oh almas sinceras!
Labán, sus hijas Lía y Raquel
Tierno bendijo so la palmeras:
Agar se aleja con Ismaél.

Y el pastor árabe, no bien rayaba
Sobre las tiendas la claridad,
Agiles cabras apacentaba
En las colinas de Galaád.

¡Soberbio! al paso que el día avanza
Brotan torrentes de luz, y bien
Como el delirio, la vista alcanza
Las maravillas de un nuevo edén.

¡Región excelsa de ensueños vagos!
Palacios, templos, islas, allí
Se ven, rüinas, volcanes, lagos
Con amplias olas de carmesí.

¡Fiesta magnífica del grande cielo!
¿Quién describirla jamás podrá?
¿Qué fantasía su osado vuelo
Al claro Olimpo remontará?

Monstruos, quimeras, grifos, dragones
Con ígneas alas, cruzan, y en mil
Bellas y extrañas transformaciones
Pueblan el aire puro y sutil.

Del hondo Averno sombras austeras,
Parece, surgen a conquistar
El rojo oriente, que sus banderas
Victoriosas hace flamear.

Cúbrese el éter de iris fulgentes,
De esmaltes ricos en fondo azul,
Y leves, finas, resplandecientes,
Las nubes tienden su róseo tul.

La luz en ellas con mil cambiantes
Se quiebra, y forma vivo arrebol,
Mientras la borda con sus diamantes
Trémulo el rayo del almo sol.

¡El sol! monarca del alto coro
De estrellas, magno, sacro, inmortal;
Guerrero inmenso del casco de oro,
Padre del día bello y triunfal!

No bien del monte brilla en la cumbre,
Cantan las aves, y en el verjel
Que anima y baña su regia lumbre,
La flor rebosa de incienso y miel.

Y así que el disco soberbio asoma,
Su lujo ostenta la creación;
Levanta el vuelo la fiel paloma,
Fiero, de gozo, ruge el león.

Del infinito vasto santuario,
Alzanle un himno la tierra, el mar;
Es cada árbol un incensario,
Cada montaña sublime altar.

"¡Hosanna!" el día que luce expande
Sedienta el alma de luz y amor;
"¡Hosanna!" "¡Hosanna!" Dios solo es grande,
¡Gloria en los siglos, gloria al Creador!

MYRTA EN EL BAÑO

Fresca es el onda, azul y cristalina,
En que baña su cuerpo de alabastro
La rubia Myrta, al resplandor del astro
Que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
Ennoblece sus mágicos hechizos,
Mezclando en un conjunto soberano
La grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
Por el agua escarchados, semejaba
Del río una alba y vaporosa ondina ,
Que de las grutas de coral se alzaba
Jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina
Margen, entre el nepentes y el acanto,
Detrás de una florida y verde acacia,
Sentí mis ojos anegarse en llanto
Al ver tanta belleza y tanta gracia!
Ella creíase sola,

Pues dejara sin velo
Los encantos que a amor reservó el cielo.
Vinieron a besarla ola tras ola.
Una dulce aureola
De castidad en su contorno brilla,
Y Cíntia al contemplarla sin mancilla
En sus plateadas blondas envolvióla.

Yo todo embebecido,
En vano quise retirarme, en vano;
Un genio ¡oh dulce arcano!
El tierno genio a mi existencia unido,
Me embargaba el deseo, el movimiento,
Y en insinuante acento,
Y expresivo lenguaje,
Así me habló invisible entre el follaje:
—"Mortal cuya alma perturbó la duda,
La sien inclina a la beldad desnuda,
Que en su armonioso y divinal conjunto,
De los cielos trasunto,
El sello del Eterno augusta lleva,
Púdica Venus o inocente Eva".
Sintiendo de mi culpa los sonrojos,
En la húmeda grama
Entonces la adoré puesto de hinojos,
Pidiéndola un destello de su llama;
La adoré hasta el moment
En que salió del río esplendorosa,
Inmaculada y pura,
Como la blanca diosa
Que surgiendo del líquido elemento,
Fué reina del amor y la hermosura.

Luego al modo de ciervo fugitivo
Que huye el arco de Diana cazadora
De la apiñada fronda en los doseles;
            Tembloroso, furtivo,
Me deslicé a esperar la nueva aurora
A un boscaje de mirtos y laureles.

                Siempre quedóle impreso
Aquel recuerdo al alma, — ardiente beso
De la inmortalidad, que de poesía
Inundóla, y de luz y de harmonía!

EN LOS GUINDOS

Tenía yo diediocho años, y ella
Apenas dieciseis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella
Un día Adriana bella
Conmigo fué al verjel buscando fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera
Cuan atractiva y cuan hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo;
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,

Me desasí... Trepeme a un alto guindo,
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo
Que ella con gracia recogió en la falda.
¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿Cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llameante,
Al ver desde la altura
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?
—"Aquella guinda alcanza!, me decía,
"Que está en la copa; agárrate a las ramas,
No vayas a caer. — ¿Y tú si me amas
Qué me darás? — Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ebrias de amor:—"¡Lo que tú quieras!"

LA ESPERANZA

La Esperanza! sublime, íntimo anhelo;
Aspiración ideal, indefinida,
Que eleva al hombre de la tierra al cielo
En alas de la férvida ilusión;
Llama vivaz que lenta nos consume
Al par que alumbra el campo de la vida,
Y que en vapor disuelve y en perfume
La savia del ardiente corazón.

Espíritu gentil en la mirada
De la púdica virgen resplandece;
En la frente del héroe laurëada,
Del labrador en el humilde hogar.
La estrella enciende del proscripto errante
Que de la patria lejos desfallece,
Y al náufrago en su barca zozobrante
Sostiene y guía en el rugiente mar.

¡Flor inmortal regada con el llanto
De que es el alma inagotable mina;
Secreto numen, misterioso encanto,
Lámpara asida a la sagrada luz!

¿Qué corazón tu influjo no ha sentido?
¿Tu claridad qué sombras no ilumina,
Si hasta en la densa noche del olvido
Dulce penetra tu bendita luz?

Soñando el porvenir que les predices
Te acarician los pálidos mortales,
Y en su cárcel sintiéndose infelices,
De tu huella anhelantes van en pos.
—"¡Más allá!" les repites, el vacío
Les cerca, y con tus velos virginales
Benigna ocultas su sepulcro frío,
Y alzas de allí su espíritu hasta Dios!...

Cuando todo perezca, cuando el mundo
Desquiciado retiemble en el espacio
Y se hunda del caos en lo profundo,
Tú aun vivirás ungida por la fe,
Como una joven reina destronada,
Contemplando en rüinas su palacio,
O te alzarás al cielo inmaculada
Cual la blanca paloma de Noé!

NENIA

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora "úrutaú"
En las ramas del "yatay",
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora ûrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

¡Padre, madre, hermanos, ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Sólo amargas penas hay —
¡Padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde "ubirapitá"
Mi novio que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sèpultado está
De un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco "tipoy"
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los "cambá"
No pudiéndole rendir;
Él fué el último en salir
De Curuzú y Humaitá —
¡Lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití!
¡Por qué, cielos, no morí!...

¡Llora, llora, urutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora, urutaú!

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

AL PASAR

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Lucía el traje villanesco, saya
Corta, lisada, un lindo delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y la toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Más süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hácia atrás y dar conmigo
No atinó a recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

"—Cómo! sois vos? me dijo alborozada,
"¡Vos aquí en la comarca!... ¿La salud
"Sentís de nuevo acaso quebrantada,
"Y en procura volvéis de aire y quietud?"

"—No, Blanca, a otro país voy de camino.
"Dichoso fuera en descansar aquí,
"Donde ha tiempo llegara peregrino,
"Disfrutando la calma que perdí.

"Y bien lo siento a fe... ¡Ah, quien me diera
"Habitar otra vez el romeral,
"Perderme entre la viña en la pradera,
"Beber el agua virgen del raudal!"

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira a una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego a la aldëana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando — "¡Ya murió!"

—"¡Murió! ¿Cuándo murió?"—"Cumplirá un año
Lo que empiecen las uvas a pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vieráis, desierto está el hogar!"

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

"¿De qué murió?" la dije. — "Estaba fuerte
"Como el tronco que veis de ese abenuz;
"Un día entre la mies le halló la muerte
"Allí donde se alza aquella cruz!"

—"¿Y os dejó alguna hacienda?"—"Lo bastante
"Para vivir, la casa, y más aquel
"Molino que se vé blanquear distante,
"Los bueyes, el sembrado y el verjel."

—"¡Pobre! ¿Y tu madre?"—Llora el día entero,
"Si quereis verla os llevaré, venid,
"Está allá abajo próxima al otero
"A la sombra tejiendo de la vid."

—"Es tarde ya," la contesté "y aun queda
"Lejos la aldea adonde voy. A más
"Temo afligirla. El cielo la conceda
"El consuelo a sus penas, la dirás."

—"Pero al menos" repuso, los colores
Animándola el rostro, "aceptaréis
"Del jardín de mi padre algunas flores
"Plantadas por su mano ¿os negaréis?"

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar tanto candor!
Seguíla pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

Al punto en que a estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pie el jardin,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba a los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corsa, con gracioso afán
A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me lo dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo a la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—"Quisiera ir adonde vais, quisiera
"Conocer otras tierras," exclamó —
"Vino aquí vez pasada una extranjera
"¡Oh, cuántas maravillas me contó!"

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

—"Blanca," le dije al levantarme — "habita
"Aquí la paz; que permanezcas fiel
"Al hogar de tus padres, y bendita
"Corra tu vida y venturosa en él."

—"¿No volveréis?—"¡Quién sabe! voy muy lejos
"¡Adiós! ciuda a tu madre, que el amor
"De los hijos la savia es de los viejos,
"De la vida que muere último albor."

A tomar mi caballo juntos fuímos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrá... Estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen, que jamás podré olvidar,
Se mezclan a esas vagas harmonías
Que la vida acarician al pasar!

A MI HIJA MARIA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija: placidez, candor;
Luz en la noche triste del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es harmonía. Todo en ella,
Modestia, gentileza, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón la tez:
El talle de Polimnia, erguido el cuello;
Dátil nuevo de Smyrna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana:
La clara frente, ninfa; el campo, flor,
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva sombría el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
O la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva,
Remontando a la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina a recibirme avanza,
La imagino en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofía!...
¡Porqué tan sola te dejé partir!...

La que mimara infante es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, fuente de ternura,
. . . .

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáronme los piés;
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén que el templo está derruído;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;
La campiña a tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo:
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada;
¡Dios te conduzca al suspirado edén!...

MELANCOLIA

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

Revista que el alma pasa
De sus triunfos y reveses,
Desde el huerto de la casa
A los fúnebres cipreses.

Avanzando en mi odisea,
Vuelve atrás el pensamiento
Cual la llama de una tea
Que es llevada contra el viento.

¡Cuántas memorias no alumbra,
Y qué abismos de tristeza!
Entonces a Dios se encumbra'
Poder, misterio, grandeza!

De nuevo en amor se enciende
Ante aquel amor sublime,
Y sus anchas alas tiende
Como una ave negra, y gime.

Pues no hay consuelo mayor
Del hombre al fiero quebranto,
Que sumergir su dolor
En el mar del propio llanto.

Cuanto nace a morir, llora;
De nubes cúbrese el cielo,
Vierte lágrimas la aurora,
Se viste el templo de duelo!...

Arde en nuestra ara, encendida,
Envuelta en finos crespones,
La lámpara bendecida
De ya extintas ilusiones.

A su fulgor vacilante,
Yérguense frescos los lirios
En la fuente sollozante
De los pasados martirios.

¡Flores tristes de la tumba!
Mi talismán sois vosotras;
Hasta el día en que sucumba
No orlaré mi cruz con otras.

¡Ah! jamás apartar quiero
De mis penas el sentido:
Sé, dolor, mi compañero,
Ya que al fin no me has vencido.

Templado en tu ardiente fragua,
Tras cada golpe me calmo.
¿Se hunde el barco? ¡Pecho al agua!
La vida es lucha y es salmo.

Si el cansancio nos doblega,
A la orilla del camino
Sentados, en tanto llega
La sentencia del destino

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

RAYOS DE LUNA

O blanca reina del alto cielo
Que en carro ebúrneo triste paseas!
Tú a quien preceden vividas teas,
Mi selva oscura viste de luz.
Y allí apacible, dulce y sin velo,
De sus misterios reveladora,
Sé de mis sueños cándida aurora
Nimbo suave de aislada cruz.

Alumbra el fondo de aquel paisaje,
Donde entre zarzas vense esparcidas
Ruinas humildes, tumbas queridas,
Que sollozando guarda el amor.
Ellas señalan el largo viaje
De que he vencido rudas jornadas:
Marché por sendas no frecuentadas,
Fiado en mi estrella y en mi valor.

¡Cuántos azares! De suerte escaso
Mantuve siempre la frente altiva;
Si la fortuna se mostró esquiva,
Jamás ante ella me prosterné.
Tenues celajes que ya al ocaso
Llego, me anuncian de mi existencia;
Suene la hora, pronto a la ausencia,
Sin un lamento me alejaré.

¿Quién ¡ay! entonces de mi destino
Traerá a la mente la vaga historia?
Sombra que pasas, humo es la gloria,
Tu edén soñado, quimera al fin.
Luna que esparce fulgor divino,
La dicha dura solo un momento:
Ninguna antorcha resiste al viento;
Rotas las copas cesa el festín.

Yo luché un día... Quedé tendido
Del casco de oro la sien desnuda;
Débiles ecos del harpa hoy muda,
Por esos campos muriendo ván.
¿Mas dónde el numen fortalecido
Con el aliento de la esperanza?
Plegó sus alas; la noche avanza
¡Luna amorosa templa mi afán!

De tu diadema de néctar, dame
Porque me inspire, blandos reflejos;
Vibre armonioso mi canto lejos,
Al arte, al mundo, postrer adiós.
Que en él en limpias ondas derrame
Su savia toda, contrita el alma:
A otros del triunfo la verde palma;
A mí el silencio, las sombras, Dios!

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fé sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Dá su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren a las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber. En ella
El despotismo estúpido se estrella:
De la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su veneranda, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
Podais decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado:
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.

"AMERICA LITERARIA"

En nuestro próximo número como homenaje al maestro Xenius que los visita por vez primera honraremos las paginas de «AMERICA LITERARIA» con una seleccion de articulos del

"GLOSARIO" de

— EUGENIO D'ORS —

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CÍA.
J. B. ALBERDI 451 – BUENOS AIRES

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES— N°.2

AMERICA LITERARIA

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

DEL GLOSARIO
de Eugenio D' Ors



BUENOS AIRES
10 de AGOSTO de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

!Todas las novelas de HUGO WAST!

NOVEDAD

La Corbata Celeste 20° millar

Ciudad Turbulenta	65	millar
Valle Negro	35	„
La Casa de los Cuervos	80	„
Fuente Sellada	64	
Flor de Durazno		
Novia de Vacacione		
Alegre		

PROXIMA

La última emocionante novela de
HUGO WAST

EL INVENCIBLE AMOR

Precio de cada volumen $ 2.50

LA EDITORIAL BAYARDO, Sarmiento 865, Buenos Aires, atiende pedidos del país y del extrangero. Agregar 20 centavos para gastos de franqueo por cada volúmen.

Los pedidos de cuatro volúmenes o más, se enviarán libres de gastos.

Amar después de la muerte

Toda Europa ha palpitado ante la historia de amor en que el famoso escritor ENRIQUE CONSCIENCE ha puesto su genio y su corazón.

LA NOVELA DEL DIA. Pública íntegramente esta admirable novela los dias 19, 20, 22, 24, y 25 de Agosto.

cio 10 ctv. cada entrega

OXIMAMENTE APARECERÁ

En la quietud del valle

Obra del conocido novelista Lorenzo Dagnino Pastore.

Tierna y sentimental novela, cuyo ambiente es la vida campesina, tranquila y sana, en contraposición a la vida agitada de la ciudad, que enferma el cuerpo y el espíritu.

Será uno de los éxitos más grandes de Librería del año

PEDIDOS A
SARMIENTO 865 EDITORIAL BAYARDO

AMERICA LITERARIA

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras.

DEL GLOSARIO
de Eugenio D' Ors



BUENOS AIRES
10 de AGOSTO de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Horas inquietas de hoy

HORAS inquietas del Presente, horas inquietas de Hoy, ¿quién va a ser, pues, vuestro Filósofo?

(Que hay en la filosofía de la actualidad, como la de la eternidad, y las dos son una misma.)

Sea un inquieto, para que dance al mismo ritmo que vosotras.

Pero tenga también un espíritu sereno, para que no pierda el tino al danzar.

Sea hombre ligero, para que pueda acompañaros en vuestro torbellino.

Pero sea también hombre grave, que marque y fije cumplidamente las cadencias.

Sea un curioso, para que a todas os conozca.

Pero sea también un aplomado, para que presto olvide aquellas de entre vosotras que no tengan significación.

Sea un analista, y así podrá contaros.

Pero sea también un sintetizador, para que sepa de qué modo os enlazáis unas con otras.

Fervoroso será, para que en vuestro ardor llegue a sublimarse.

Pero será asimismo ponderador, para juzgaros con imparcialidad.

Será creyente, que sólo a la fe es otorgado don de visión.

Pero será también escéptico, en sospecha de las visiones del mañana.

Será un irónico, y así prodigará risas y lágrimas.

Pero será también un reservado, que guarde con austeridad lágrimas y risas.

Piadoso será, carne viva bajo el dolor de los hombres.

Pero también habrá de ser cruel ante todo dolor de hombre que no sea dolor de los hombres.

Pródigo será, cuando vierta su tesoro de emoción.

Será un Esclavo, que obedezca.

Pero tendrá asimismo algo de Emperador, para que, arbitrariamente, ordene y mande.

Las fiestas de los solitarios

NAVIDAD, Año Nuevo, Reyes... En las casas, en torno a las mesas patriarcales, se reúnen y estrechan las familias. No faltará sitio para el buen amigo. Pero hay aún en la calle solitarios sin familia, sin casa, sin generosa mesa de amistad...

Recuerdo bien el aire que tenían cuantos vi comer, en el día Navidad, en un pequeño restaurante económico. Entraban en él indecisos, y como apenados de abandonar la desierta calle por el triste comedor, desierto también. Conocíase que aquellos solitarios habían aprovechado las últimas migajas de la animación pública... acaso con la esperanza remota de alguna invitación imprevista de última hora... No: la invitación no se había presentado. Y ya pedían la comida. ¡Gusto amargo, de dictar uno mismo su menú, a propio gusto, en este día!... Uno de aquellos solitarios. como en protesta, no sólo desechaba los platos tradicionales, sino que buscaba una nota extravagante en los manjares como en el orden de ser servidos: fiambres y asado para empezar... Otro, más tímido, se rendía; y consultando previamente el precio, no podía por menos que pedir una ración del pavo cuyo nombre figuraba, manuscrito, al pie de la lista impresa.

Y uno miraba al otro, al través del vacío comedor, desde el huraño castillo de su propia mesa... ¿No hubieran podido aquellos solitarios, por lo menos en la efusión del día de Navidad, reunir sus soledades y hacer de ellas una compañía? ¿Por qué aquel buen señor calvo, con su aire de empleadillo que no ha podido aspirar al matrimonio, no vencía, una sola vez, la timidez que le ha inutilizado la vida, y tomando un flor de las que tenía a su vera no se adelantaba a ofrecerla galantemente a aquella simpatiquísima señora vestida de negro, tan bien arreglada, tan pulida, tan gentil. con su menudo cuerpo, y sus grises bandós y sus gafas de oro, que comía meticulosamente, partiendo el pan encima de los platos pulcramente? ¿Y por qué ese mocetón rubio, que mientras comía leía **Il Popolo**, no había de entablarse con aquella interesante dolorida, de tan blanca cara y de tan equívoco aspecto de viudez, y contarle el secreto de su vida, y preguntarle el suyo, y llevársela enseguida, allá, Dios sabe dónde, al través de los caminos de la vida? A lo largo de aquella comida de desamparados, ¿no llegaría un momento en que los desamparados se ampararan?...

No; el momento no vino. Muchas veces, y por mucho tiempo, unos a otros se miraron al través del vacío comedor desde el huraño castillo de cada mesa. Y la efusión del día no les trajo consuelo alguno. Ni yo, ni yo mismo, que a todos amaba, supe decirles nada... La tarde avanzaba. El comedor se obscureció. Oyóse el agrio son de las monedas... Y desfilaron, y por las calles de la ciudad, todavía desnudas de gente, perdiéronse aquellos hombres y aquellas mujeres que, caminando lentamente, a sus soledades iban y de sus soledades venían.

Diez y siete de diciembre de mil novecientos seis

AYER el Glosador se levantó muy tarde. Pero la luz del mediodía brillaba débil e indecisamente, como una primera claridad de madrugada; tan densa era la niebla. A través de la niebla, fuése en serenidad a ser testigo—en serenidad—de una página de Historia.

Del principio al fín, esta página se produjo serenamente. Serenamente también quisiera narrarla.

17 de Diciembre de 1906. En este día, obedeciendo a las conminaciones del Gobierno de Francia, el cardenal Richard, arzobispo de París, abandonó el palacio arzobispal para instalarse provisionalmente en un piso de un inmueble situado en la rue de Babylone, propiedad de M. Denys Cochin, diputado por el distrito del Sena y miembro distinguido del catolócismo político francés, quien había ofrecido a Su Eminencia aquella hospitalidad.

La rue de Grenelle, donde se encuentra el palacio arzobispal, es una de las más tristes del noble barrio que se extiende desde el bulevar Saint-Germain hasta los Inválidos. Otras calles del mismo ofrecen una quietud señorial; palacios cerrados y altas tapias de jardines ocupan, callada y limpiamente, su extensión. La rue de Grenelle tiene negras tiendas, y las tapias de los jardines de sus palacios aparecen manchadas por la litografía insolente de carteles innobles. En estos días las litografías insolentes anuncian que los bazares

están llenos de juguetes para los presentes de Navidad; lo anuncian con refuerzo de figuras del Evangelio... Producían una vaga angustia esas figuras del Evangelio, a lo largo de la rue de Grenelle, entre la niebla de ese mediodía que os digo.

La angustia, la excitación, hacían palidecer los rostros, encendían un poco los ojos de las gentes que allí habían acudido desde las once. Pero reinaba un gran silencio. Había mandamiento formal superior de orden y de seriedad. La multitud, ante la amplia puerta cerrada del palacio arzobispal, se apaciguaba. Era una multitud compacta, negra como el séquito de un entierro. Gran número de sacerdotes. Gran número de señoras, muchas de ellas completamente enlutadas.

Hacia el medio día, la portezuela que da acceso al patio del palacio se abrió. La ocupó una banda de jóvenes. Eran miembros de la Asociación de Estudiantes Católicos de Paris. Llevaban, prendido por un alfiler, un escapulario de franela blanca, con el Sagrado Corazón bordado en lana roja. Se encargaron del servicio de orden y de la recepción de las personas admitidas a entrar en el patio. Aconsejaban calma a todos con voz que temblaba un poco, de complicidad involuntaria; ante la excitación de algún exaltado...

A la una el patio estaba lleno de bote en bote. El Glosador no olvidará jamás el aspecto de la multitud reunida en este patio. La niebla se había desvanecido bastante; pero el día quedó nublado, aquella multitud permanecía silenciosa, solemne.

De pronto se elevó una gran voz. Pero no era un grito lo que lanzó la gran voz. Era un cántico.

Cantó: **"Creo en un Dios, Padre Todopoderoso "**

Y con ella, millares entonaron el **Credo.**

Cantaron, rezaron largamente aún todas. Al cántico, a la plegaria, iniciados en el patio, respondían desde la calle el canto, la plegaria, como una ola a otra ola.

Las olas se hinchaban, crecían. Subían, formidables. Un momento, parecían amenazadoras. Bajaban en seguida, en una ancha y dolorosa serenidad.

Serenidad.—Ni una sola maldición, ni una expresión de furor o de cólera.—Serenidad. Una oración. Un cántico.

Después, avasalladoramente: **"Parce Domine, parce populo tuo!"**

Una vez y otra, alguna voz trágica repitió: **"Parce Domine, parce populo tuo!"**

Y nuevamente, el silencio. En el silencio, hacia el cielo nublado, una dama levantó un Cristo de ciertas dimensiones. Todo el mundo se arrodilló entonces.

Un momento de angustia. Circula, salida de no se sabe donde, esta noticia: "El cadenal Richard se niega a salir. Dice que no abandonará esta casa si un funcionario del Gobierno no pone mano sobre él."

El paso del rumor por la multitud iba acompañado de resonancias de tempestade. Pero aquel era falso. Monseñor Amette lo declaró así, con palabras dulces y lentas. En seguida, rumor y agitación murieron.

Sólo llegó a percibirse, rezagado, un grito: "!Viva la Iglesia!"... Pero cantaron las campanas.

Cantaron las campanas. Esto era mejor. Esto era más doloroso y más sereno. Esto era más digno de aquella jornada de duelo mudo.

Cantaron las campanas. Lloraban en el aire gris.

Eran las dos apenas, y ya parecía ser el ocaso. Una señal. Pesó el silencio, imponente.

El cardenal apareció.

Su larga figura se apoyó en el brazo de monseñor Amette. Le seguían los Abbés Thomas, Clement y varios prelados... Se inclinaron las cabezas. Ni una voz, ni un suspiro se oyó.

El cardenal estaba pálido, fatigado. Yo no sabré decir si había llorado o si estaba llorando entonces. Temblaba.

El brazo trémulo se elevó sobre el cuerpo trémulo, dibujando una bendición. Todo el mundo la recibió arrodillado. Y, todavía, ni una voz, ni un aliento...

Un cupé, con un caballo negro enganchado, esperaba al cardenal doloroso. Pero en el momento de subir a él, un remolino se produjo. Por un instante, confusión, gritos; fué desenganchado el caballo. Luego el coche se puso lentamente en marcha, empujado por los manifestantes... Y otro vez la manifestación se volvió pausada y silenciosa. Otra vez, a lo largo del bulevar de los Inválidos, se produjo en el seno de la multitud, y a los ojos de los espectadores, la conciencia y la visión de que era la Historia la que pasaba.

Cuando se llegó a la casa de M. Cochin, monseñor Richard bendijo todavía a la multitud en silencio... Monsiñor Amette, desde una ventana del piso bajo, la convocó para media hora más tarde, en San Francisco Javier. Y dispersóse la multitud. Carráronse las puertas del jardín. Allá del jardín, el arzobispo de Paris quedó solo. Había obscurecido ya. Hacía mucho frío.

Más tarde, en San Francisco Javier, monseñor Amette subió a la cátedra. Apareció en ella, resplandeciente, la mitra en la cabeza; en la mano el báculo. Se esperaban con ansiedad sus palabras. Dijo nada más:

—No separéis nunca a Dios, de Francia, en vuestras oraciones.

Cuando el Glosador salió de allí era de noche.

Viento

NO hay defensa posible; la mitología se nos impone. El gran viento es para nosotros un enemigo personal. Que uno de sus furiosos golpes nos azote el rostro, lo sentimos como una bofetada. Gana viene de devolverla.

El viento se diría infernal. ¡Qué difícil extender al viento aquella fraternidad franciscana, que absuelve al mismo lobo! Se puede exclamar: "¡Hermana lluvia!" No, "¡Hermano viento!" No podemo sentir la humanidad con ese malévolo, tan injusto, **de naturaleza tan rara.**

De naturaleza tan rara. Viento, ¿qué eres? No te puedo entender. La lluvia es un llanto. La tempestad es una ira. Tú, viento, ¿quién eres?

Ira también, es claro. Pero una ira **que escapa a la medida humana**... Y esto nos aumenta el odio, viento. ¡Te sentimos, a la vez, tan **personal y tan inhumano**!

Imponer en todo la medida humana es el secreto de nuestra vida. Cuando el hombre haya impuesto en todo la medida humana, será impuesta al hombre la medida de Dios... Y tú, viento, **huyes.** Eres nuestro enemigo. Eres el diablo.

La verguenza de la casa

UNA de estas mañanas visité a una familia de artesanos, mi amiga. Estaba enfermo el menor de los chicos. El otro, mi predilecto, mozo vivo y simpático, muy dado a cosas de lectura, había salido. En la alcoba de su hermano, un libro, olvidado sobre la cómoda, denunciaba las aficiones del ausente.

Digo que la familia es mi amiga. Soy allí, de abierta confianza. Ningún cumplido se hizo por mí. Entré directamente en la habitación y allí tomé asiento, sin cura del matinal desorden. Ya me hacía yo cargo de ciertas cosas... No fué lo mismo cuando un recio repique de campanilla anunció la visita del médico... La madre, antes que salir a abrir la puerta, dió un angustioso repaso al estado de la habitación con la mirada, y trató velozmente de poner allí un poco de orden; en el interior de la mesilla de noche fueron, pues, escondidos algunos objetos que ella, por naturaleza, está destinada a guardar. Otros objetos, que acaso le correspondían también, según normal clasificación, se disimularon bajo la cama, tirando vigorosamente del cobertor hasta ponerlo al ras del suelo. La manchada alfombrilla, que yacía en imprevista tangencia con el lecho, fué colocada en dirección estrictamente paralela a la de aquel. Una tohalla húmeda desapareció del respaldo de la mecedora; cumplido todo esto con maravillosa rapidez, los ojos de la buena mujer y los míos se dirigieron a la cómoda de nuestros pecados.

Encontrábanse allí dos desiguales palmatorias, en que dos acabados y pavorosos maelstroms de esperma se habían solidificado; un frasco de cierta espumosa poción, cerca de un plato con un poco de azúcar y una cuchara estañera; una redomilla vacía de tintura de yodo, con su pincel estrictamente ajustado al cuello y cruelmente adherido al fondo; un destapado tarro de ungüento; unas cuantas vendas, vecinas del pelotón de algodón en rama deshecho; una calceta de algodón azul, casi terminada, con dos largas agujas atravesadas, y un canuto, sostenido en ellas milagrosamente; otra calceta semejante, ya lista; una almohadilla erizada de alfileres; una gallina de loza, ingeniosamente separable en dos secciones, la inferior de las cuales contenía toda clase de botones y corchetes, y el libro que el hijo mayor se había dejado a media lectura.

El ama de la casa, viva como una centella, en tanto que el médico llamaba por segunda vez, aseó aquel revoltijo. Sacudió ligeramente el polvo. Colocó la medicina con la cuchara sobre el plato de azúcar; combinó en clásica arquitectural simetría, como discípulo inconsciente de Vitrubio, la tintura de yodo y el ungüento con las dos palmatorias, a derecha y zurda del gallo; arrolló las dos calcetas en un paquete único; edificó con las vendas un castillo, que coronó el algodón en rama; colgó el acerico de un clavo... y **escondió de un revuelto el libro en un cajón.**

A la buena mujer le pareció aquel, sin duda, el enser más indecente entre todos.

Los obreros que se duermen

AURELIO Ras, el brillante cronista, ha publicado un artículo sobre "los obreros que corren". Esos obreros que corren son los trabajadores negros de un ferrocarril sud-africano. Aurelio Ras los ha visto, en una proyección cinematográfica, apresurarse, reir, batir las manos, acudir al trabajo y mantenerse en él con tumultuosa y productiva animación. Y compara esa conducta con la propaganda de ciertos leader omeneurs del proletariado europeo, que invitan al obrero a que se vengue de los exíguos salarios con un trabajo voluntariamente lento.

Temo que en el aspecto de actividad y alegría que en los trabajadores sud-africanos ha descubierto mi brillante amigo haya tomado alguna y aún mucha parte el artificio cinematográfico. Sabido es que poca veces la vida nos ofrece escenas tan agitadas como nos presenta la cinematografía; confieso, por mi parte, que en ninguna estación real del mundo he podido hallar ese famoso viajero de tan vigoroso empuje que en tantas y tantas películas todos hemos visto saltar rápidamente del tren cuando éste no se ha parado todavía, empuñar resueltamente las maletas, acercarse con ímpetu al primer término, y cuando en él está sonreirnos estúpidamente con su inmesa cara redonda... Las noticias que sobre el valor moral y productivo de los trabajadores de raza negra han llegado hasta nosotros, tanto las del tiempo de la esclavitud como las posteriores, nos confirman en la sospecha.

Cierto; la ley del amor y la alegría en el trabajo sufre hoy gravísima crisis en ciertos núcleos obreros europeos. No le

son únicamente enemigos las tristes propagandas a que Ras se refiere, sino los mismos hechos, más tristes aún.

Lugares y oficios hay en los que se cumple perfectamente la venganza del salario exíguo en una mala producción. En el último 1.º de Mayo vendióse mucho en la Plaza de la República, en París, una hoja del periódico **La Voix du Peuple**, órgano de la Confederación General del Trabajo. Relataba esa hoja los resultados de la campaña desarrollada por la Confederación desde el 1.º de Mayo de 1906, y decía: "El efecto moral, la tendencia a trabajar lentamente", añadiendo después: "Antes, los camaradas tomaban ejemplo del obrero que más se aplicaba, y todos procuraban hacerlo mejor; la tendencia de hoy es retrasarse, y se imita más bien al camarada que trabaja menos. Tanto es así que el rendimiento del trabajo es ya un 20 o un 30 por 100 inferior al del año pasado..." La hoja que cito se refiere especialmente a los obreros de la construcción; pero lo dicho puede, por desgracia, aplicarse a los de algún otro oficio.

Ofrece semejante problema matices tan graves, que es difícil detenerse en ellos sin una especie de terror mezclado de repugnancia. El hecho de que se tome como modelo al obrero piltrón, y aún alabarse de ello, repugna decididamente a nuestra conciencia. Y como nos hallamos ante un hecho real y significativo, sería falta de atención desconocerlo e insinceridad ocultarlo. Nuestra misión es escuchar las palpitaciones del tiempo; deber nuestro es registrar cuantas observamos, tanto las más deprimentes como las más alentadoras...

¿Qué remedio para este mal? Ni muchos ni fáciles... Permítaseme apuntar que, en todo caso, no creo en la suficiente virtud de los exclusivamente aplicados a la educación individual, a robustecer en cada hombre la propia dignidad; pienso que éstos no bastan sin que sean ayudados por los que tiendan a exaltar en el hombre el sentimiento solidarizador de ciudadano.

Esopo

POBRE Esopo mío, Esopo jorobado, tartamudo y astuto; —¡Hermano mío!— ¡Qué odio, el odio que yo por tí sentía!... Tu moral maligna hirió y ulceró la generosa ternura de mis primeros años. Las bestezuelas de tus fábulas me dictaban las diferentes sentencias de la astucia. Yo protestaba: —¡No puede ser! ¡No puede ser!...—Más tarde, al avanzar en la vida, he hallado gentes a mi alrededor que repetían los hechos y las palabras de aquellas bestezuelas y que de nuevo me dictaban, con paternal solicitud, las diferentes sentencias de la astucia. Y de nuevo he protestado, diciendo:—¡No puede ser! ¡No puede ser!...—Y para todos ellos, en mis palabras y en mi corazón, ¡cuánto odio!

Por ventura, en esos últimos años, algo me he adiestrado en el arte de la piedad...—Es el caso, que anoche, después de haber asistido al lastimoso espectáculo de una reunión de jóvenes que se ejercitaban, juntos, en la prudencia senil y en el fatalismo, en el respeto puramente externo, administrativo, a la legalidad, incluso a la legalidad que ellos consideraban inícua—y en otras virtudes ya predicadas con el ejemplo por alguna de las bestias esópicas, no recuerdo bien si la Zorra o la gallina—,encerréme en mi cuarto y allí leí el relato de la vida de Esopo. Y leyéndolo, toda mi piedad, toda mi misericordia cayeron sobre tu malignidad y tu joroba, mi viejo Esopo... ¡Perdóname, te decía yo; perdóname el odio que te guardaba! Ahora te veo y te comprendo, Esopo, y sé que no fué la joroba lo que te tornó maligno,

sino la malquerencia de los hombres, que pesaba sobre tu joroba. Tierno eras tú y magnánimo, viejo Esopo. Antes de señalar el camino que te pidiera aquel sacerdote llamado Isiris, tú le tomaste la mano, le hiciste sentar a la sombra de un higera y le diste benigno yantar: pan, aceitunas, higos, dátiles. Pero después, cuando por intercesión y a los ruegos de Isiris, la diosa de la piedad y de la caridad te hubo premiado, curando tu enfermedad y concediéndote el beneficio de la lengua expedita y del oído inteligente, faltóle tiempo a tu mayordomo para decir al amo: "Señor, Esopo injuria a los hombres y blasfema de los dioses." Y al amo faltóle tiempo para decir su mandato: "Ve y haz con él lo que quieras: hiérelo, véndelo, te lo doy..." Y así tú, Esopo, fuiste el Esclavo. Y como sufriste dolor de Esclavo, dictaste la moral del Esclavo. Sobre Heine y otros hombres malignos se ha escrito en el Glosario: "Esponjas de hiel y de vinagre que vierten hiel y vinagre..." Tú, Esopo, eres una esponja de Esclavitud que gotea Astucia... ¡Perdón, hermano mío, por el odio que te guardé!...

Perdonadme también vosotros, los que anoche añadíais una página más a la moral esópica, almas recién salidas de la Esclavitud, entumecidas todavía por las ataduras, ¡oh, jorobados míos!, ¡oh, tartamudos míos!, ¡oh, astutos míos!, —¡Oh, hermanos míos!

Apólogo

ESTA era una onda que tuvo la manía de la individualidad.

Una mañana, de adolescente, había oído como, en una playa, y ante una multitud devota de pobres pescadores, un retórico hablaba de la individualidad y de sus derechos. A la onda joven, ingenua como era, aquel discurso le había sonado a sabiduría.

Y, desde hora tal, ella pensó en su propia esencia y creyóse con propio destino.

Y toda su preocupación—que era un retorcimiento—consistió en dilucidar ese destino. Y así, no danzaba con las demás ondas; pero rodaba sola y era sombría entre el gayo azul de las demás.

Chillaba la gaviota: "¡Onda loca! ¡Cómo pudiste olvidar cuáles eran tu esencia y tu destino! Tu esencia está en ser mar, y tu destino está en ser mar."

Pero la onda, miserable, no entendía el lenguaje de las gaviotas.

Entendía, para su mal, el de los hombres.

Un mediodía, al andar dando vueltas, como siempre, a su pensamiento torturador, se aproximó a una playa nueva, en donde declamaba otro retórico contradiciendo con gran elocuencia las doctrinas del anterior. Y no hablaba del pequeño individuo, sino del Gran Todo. Y decía que todo estaba en todo y todo era uno y lo mismo. Y que no había sino entregarse a la primera cosa que saliera al paso.

A la onda, a quien el mucho rodar no había curado de inocencia, este discurso, más aún que el anterior, le sonó a sabiduría. De súbito, sintióse más ligera. Creció ampliamente, sin retorcimiento ya. Abandonóse a danzar con las otras... Una roca se presentaba a la vista. La onda, vacía ya de preocupación, avanzaba también desnuda de preocupación.

Y la gaviota chilló: "¡Alerta, onda loca, alerta! Demasiado te ablandaba el discurso de tu retórico, demasiado aprisa le creíste. No está todo en todo ni todo es uno y lo mismo... Tú no eres una onda, tú eres el mar, pero una onda no es el mar... ¡Alerta, onda loca, alerta!"

Pero la onda, miserable, no entendía el lenguaje de las gaviotas.

Se abandonó, fué lanzada a la roca y allí estalló y fué deshecha y desvanecida en un esparcimiento de espuma inútil..

El discurso abominable

El amigo el ingeniero norteamericano (es nacido en el Luxemburgo, pero ejercía en Boston), que se sirve, para tratar de las cosas de este mundo y las del otro, de un lenguaje tan preciso y exacto que parece cínico, entró ayer, sin muchos cumplidos, en mi habitación de estudiante y me interpeló:

—¿Trabajáis en algo de interés?—¿Qué queréis que os diga?... Estaba traduciendo.—¿Trabajábais por vuestro gusto o acaso por algún encargo editorial?—Por encargo editorial.—Y esto, ¿a cuánto se paga?—A tanto la página. —¿Cuánto tiempo empleáis en traducir una página?—Tanto.—¿Y no podríais emplear menos?—Sí; pero entonces no tendría espacio para reflexiones y consultas, y el trabajo saldría un poco mediano.—Es que la retribución es también retribución de trabajo mediano. Es un precio "justo." Es un precio "social". La sociedad no puede ser "lujosa", porque no es lo bastante "rica". Hay particulares ricos; pero la sociedad no lo es. Por eso algunos particulares pueden comprar cosas muy delicadas y pagarlas a precio adecuado; pero la sociedad, no.

Acabo de visitar a uno de mis compatriotas, un famoso pintor. Se queja porque el Museo de su ciudad nativa no quiere comprarle uno de sus cuadros, al cual da ahora los últimos retoques... El pintor pide por él veinte mil dólares. Yo le he hecho observar que los Museos de Arte moderno suelen pagar los cuadros entre quinientos y mil dólares. El me ha contestado que éste es el precio de las obras adocenadas. Es verdad. Pero es también el precio de las excelentes, cuando quien las adquiere es una entidad social. La sociedad tiene un precio "justo" para las cosas adocenadas; pero este precio es el máximo de lo que puede; si

se hace con cosas excelentes ha de ser pagándolas "al mismo precio" que las adocenadas. Porque, digámoslo una vez más, no es rica. Los particulares pueden serlo: ella no lo es. Un particular pagará a mi compatriota veinte mil dólares o más por su cuadro; un Museo no se los pagará.

Volviendo a nuestro caso, la tarifa que me habéis indicado es muy correcta para una traducción mediana. Una traducción cuidadosa exigiría paga más crecida. Pero ésta la sociedad no la dará. No puede darla. No tiene para tanto. Tiene para lo corriente. No para lo superfino. Darle a cambio de lo que paga un producto malo, no estaría bien. Pero darlo algo más que lo mediocre es una concesión, un acto de gracia que sólo puede justificar el placer que el trabajador encuentra en su tarea. ¿Por qué razón usted, que, según me ha manifestado hace un minuto, no cumple este encargo por placer, se obstina en cuidar el trabajo, por encima del tiempo convenido? ¿Por qué dar a la sociedad más de lo que la sociedad paga, más de lo que puede satisfacer?

—No sé por qué... Mejor dicho, lo sé; pero usted no admitiría mi razón como buena... La razón es doble. Primero, que uno es como es. Segundo, que me parece que "la moral del trabajo" exige que el hombre que trabaja, en el instante de hacerlo, olvide cualquier utilidad, cualquier paga, y halle en la tarea misma que tiene entre manos y en la satisfacción de llevarla tan lejos como pueda en el camino de la perfección, móvil bastante, paga bastante para dar a ella y por ella todo el esfuerzo del momento, toda la vida si es preciso... Sospecho que así han hecho siempre, en todas las épocas, en todas las ocasiones, los trabajadores excelentes. Y de la falta de esto se resienten hoy muchos órdenes de trabajo, en muchos países, y también el vivir ético de los mismos trabajadores. El sindicalismo, que, en varios aspectos, ha sido en Francia un instrumento de renovación moral (véase Jorge Sorel), ha podido tener en esto un influencia desdichada... Y su discurso, amigo mío, tan ingenioso en la razón, de tan aguda y rigurosa lógica, me parece ahora, y aquí, un discurso, simplemente, abominable.

Suíguese en contradecir el discurso abominable

PIENSO aún en el abominable discurso de un americano, que predicaba al trabajador no dar a la sociedad el propio esfuerzo, sino en la medida adecuada y en la justa proporción de precio en que la sociedad puede pagarlo.

Yo digo: No. La tarea que tiene entre manos ha de ser siempre para el trabajador cosa santa. No llamo verdadero trabajador sino a aquel capaz de hipotecar, en la obra de un día, todo su futuro, todo el futuro del Universo. ¡Malhaya quien al trabajar o al amar calcula fuerzas y las ahorra! Sólo quien al trabajar o al amar se siente fuera y emancipado del tiempo, es verdadero trabajador, verdadero amador. Que cada una de tus obras, hombre, cada estatua, cada curación, cada mueble, cada glosa, cada mondadiente, sea fabricado, así como si el mundo entero estuviese suspenso y en expectativa del resultado y vitalmente lo necesitare. Porque así es en verdad. Y el destino del mundo está pendiente de los resultados que obtengan juntos cuantos trabajan en estatuas, cuantos trabajan en curas, cuantos trabajan en muebles, cuantos trabajan en glosas y cuantos trabajan en mondadientes.

¡Prodigad, pues, vuestras fuerzas, prodigadlas, que en prodigar las fuerzas, y de ninguna manera en proporcionarlas, está la moralidad del trabajo! Y al que os diga que tengáis en cuenta la paga, contestad que, si fuera a verse la paga, todo el oro del mundo no bastaría para pagar "justamente" una cosa tan excelsa como es una hora de la vida de un hombre y el infinito de posibilidades que contiene una hora de vida de hombre que la tarea encargada inutiliza. En rigor, tan "injusto" pago para un centenar de mondadientes son diez céntimos, como diez millones de libras esterlinas. Las posibilidades del tiempo de hombre que se ha empleado en fabricar cien mondadientes, no son bien pagadas ni siquiera con diez millones de libras esterlinas.

Pero si con la "dignidad" de haber fabricado cien mondadientes—si se ha dado a ellos todo el esfuérzo, toda la sangre, toda el alma y toda la vida—si, se han fabricado cien "perfectos" mondadientes.

"¿El Arte por el arte, dijeron los estetas? Yo digo: El Trabajo por el trabajo." Yo soy el parnasiano del trabajo.

De astronomía

SED francos, a lo menos, una vez en la vida! Decid: las maravillas de la ciencia astronómica, ¿os producen, en verdad, el escalofrío de lo sublime?—¿De veras? Decid, decid.
—A mí, no.

Siempre me han hecho gracia esos astrónomos sentimentales que, como el señor Flammarión y otros de su calidad, pretenden que forzosamente se nos ha de erizar el pelo cada vez que pronuncian algunas de esas cifras redondas e imponentes qua acostumbran a traernos a colación. Parece entenderse que el hecho de que la luz de ciertas estrellas, a razón de 300.000 kilómetros por segundo, tarde 36.000 años en llegar a la tierra, tenga que ruborizarnos o confundirnos de vergüenza...—Pues no, no nos avergonzamos. ¿Quiere significarse que ante tamañas magnitudes aparecemos nosotros pequeñísimos? A mí entender no aparecemos ni pequeños ni grandes, puesto que tales guarismos no constituyen, no pueden constituirse en medida. La medida es algo manejable, sino con las manos, con la imaginación. Pero cuando se trata de números semejantes, la imaginación pierde sus fueros...—Y después de todo, aunque así fuera, aunque el hombre hubiera de considerar su pequeñez, ¿qué resultaría de ello? Aquí sí que se podrá aplicar la frase nuestra: "Petits, pero aixerits.

Olvidan aquellos señores que en cuanto exceden de ciertos límites las cifras, ya no nos producen frío ni calor, por la incapacidad misma en que nos hallamos de podérnoslas representar.—En rigor, llego a imaginar diferencias entre un ricacho de diez millones y otro de cien millones. Pero ya, entre un ricacho de cien millones y otro de mil millones, la diferencia no me interesa, puesto que no sé representármela. Así tampoco llego a imaginar en qué podrían cambiar las cosas ni qué subllimidad más habría en ello, si la luz de las aludidas estrellas en vez de emplear 36.000 años en llegar a nosotros, empleara 100.000.

Cierto astrónomo norteamericano, a quien conocí en Porta-Coeli, cerca de Valencia, en ocasión de un eclipse de sol, dió en su país una conferencia sobre el fín de nuestro planeta:

—Señores—decía el tal astrónomo—,según mis cálculos, la tierra, de aquí a setenta y cinco millones de años habrá llegado a tal punto de enfriamiento que...

Pálido, demudado, levantóse uno de los oyentes para preguntarle:

—Perdone el señor conferenciante...—Y en su frente brillaba el sudor.— ¿Qué cifra ha dicho?

—Setenta y cinco millones de años.

—¡Ah!—exclamó el buen hombre sentándose de nuevo.— ¡Me pareció haber oído diez millones!

Presumo que solamente los hombres del fuste de ese interruptor pueden sentir "sinceramente" la sublimidad de las maravillas astronómicas.

El mundo interior

EL "mundo interior" fué descubierto en Escocia por un ayo de colegio solitario, ingenioso y meditabundo, que se llamaba Berkeley.—Antes ya, la existencia de ese mundo había sido invocada con estrépito por aquel fraile regañón y agitadísimo que se llamó Lutero. Pero si Lutero fué el Colón de América tan ideal, a Berkeley le podemos llamar el Vespucio de la misma; es decir, el que se aprovechó de la cosa descubierta y le dió nombre.

Como, a fuer de mortales tristes, somos de condición maniática, las invenciones de cierto orden, apenas adquirimos alguna conciencia de las mismas, ya nos suben a las barbas, nos embrutecen y nos desasosiegan.—La vida del último cuarto del siglo XIX ha sido, de esta suerte, envenenada, por haberse popularizado el hecho de que existían, invisibles y misteriosos, microbios traidores, culpables de la inmensa mayoría de las dolencias que diezman la pobre humanidad. También la totalidad de aquel siglo fué envenenada por la invención de Berkeley, que Kant llevó a sus últimas consecuencias y lanzó a las disputas de los hombres, como germen y núcleo de toda una manera de pensar y de toda una manera de proceder.

Nadie hubo entonces que dejara de sentir dentro de sí un "mundo interior", como el dispéptico siente que posee estómago o el cardíaco, corazón. Viciáronse en esto, al principio, las clases leídas y acomodadas. Hacia 1830 la enfermedad se

generalizó singularmente y llegó a ser señal y condición de elegancia. La introducción de las carreras de caballos en el continente y la consiguiente formación de clubs deportivos, detuvo un tanto los progresos de la epidemia.—Retrasó esos progresos, pero no hizo retroceder la enfermedad. Esta se complicó, a vuelta de algunos años, con nueva virulencia, con la agravante de diezmar a todas las clases sociales, hasta a las más laboriosas (las cuales, naturalmente, bajo su influencia, dejaban de serlo). Todos tuvieron entonces su "mundo interior" metido en el cuerpo, de la misma manera que todos podían mostrar en los brazos la blanca cicatríz de la vacuna. Hacia el año 1890, y bajo la influencia de Paul Bourget y de otros autores y "autoresas" del tipo llamado "sicológico", la existencia del "mundo interior" provocó infinidad de adulterios, llegando a infestar hasta las más lejanas subprefecturas. Fué en aquel entonces cuando se ensayó —"¡horresco referens!"—un teatro del "mundo interior", cuyos elementos consistían en puertas que se abrían solas y en princesas pálidas—generalmente en número de siete...—Hoy mismo, la América de Berkeley se halla tenazmente explotada por un cuarterón de frailes y curas, desobedientes a sus obispos y disconformes con las espinas del celibato, y a quienes por nombre se ha llamado los "modernistas". Mucho me temo que en este "mundo interior" haya, al menos, aquella parte de engaño, de debilidad, de excusa y de inmoralidad, en fín, que hemos hallado en otra fórmulas modernas, como, por ejemplo, en el "ambiente"... Y para decirlo todo, sospecho que la América de Berkeley no sea tal América, sino una Atlántida, un continente fabuloso o un ciudad, como aquella de la leyenda bretona, engullia en el mar, y cuyas campanas oyen vagamente los marineros.—¿Un mundo interior? ¿Un mundo interior en el hombre—"en el hombre que siente el estómago? Ya se sabe: el enfermo del estómago. trabaja y que juega"?... Vayamos a cuentas. ¿Quién se ¿Quién se acuerda de que tiene corazón? Ya se sabe: el enfermo del corazón. ¿No se podrá creer, acaso, y por analogía, que el conocimiento de la vida interior proviene de una en-

fermedad espiritual—o de la lectura—;es decir, que tenga unas veces origen patológico y otras veces origen libresco?—Alguna vez se ha definido en este "Glosari" el espíritu como una plenitud funcional que comprende también el cuerpo, una parte "arbitrada" de la cultura y aún la labor que el hombre que trabaja tiene entre manos... Por consiguiente, ¿cómo me va a parecer bien esta mutilación, este ascetismo que significa la concepción del "mundo interior", en la que quiere fundarse una falsa aristocracia anímica?—Joven amigo, yo te aseguro que hay más vida interior que la que tú mismo pongas en la obra que ejecutas con tus propias manos o en el juego que bailen tus propios pies. Es el trabajo, es la obra y no la abstención y el ascetismo lo que aristocratiza a los espíritus.—El verdadero "mundo interior" de Miguel Angel no está en su hipocondría, que fué su enfermedad y le aisló de los hombres, sino en sus estatuas, que fueron su salud y lo devolvieron a la sociedad de los hombres...—"Vivir es estar profundamente solo", decía Hebbel (otro enfermo de "vida interior"). Yo, por el contrario, clamó: ¡Vivir es estar profundamente acompañado! (profundamente, no superficialmente).

Un hombre en perfecto estado de salud no se dará cuenta de su estómago, ni de su corazón, ni de sus pulmones. Un hombre en perfecto estado de salud moral no se dará cuenta de que pueda tener una vida independiente de la del cuerpo.—Alma sana sería aquella que, al llegar la hora de la muerte, y al dejar la carnal envoltura, se sorprendiera grandemente de su propia inmortalidad.

Diálogo sobre el éxito y el fracaso

Mañaneros, escalábamos hoy la colina de los chopos A fostre de tres turbios días de aguaceros ha amanecido una mañana de junio sin nube; más aquella ascendía, más nos inundaba en íntimo goce maravillado, un deslumbramiento semejante al de vivir en el interior de un bacará.

Sirvióse el desayuno en el pabellón de los bustos. Con el Maestro estaban míster y místres Byne, y "Xenius", que acababa de llegar de los Vosgos y había hecho entrar nuevamente en la minerva de los Pellerín de Epinal, algunos arcaicos bojes olvidados, entre ellos no menos que cinco Judios Errantes. Con la miel pasaban de mano en mano las imágines lorenas, pero en el momento de los aromados fresones, se examinaron los diseños admirablemente incisivos y minuciosos de Mr. Byne, copia de rejas de antiguas iglesias españolas.

Después se habló de la carrera literaria de René Benjamín y de sus notas recientes, y menos afortunadas, sobre la Sorbona.

—El malogrado Kallab — dijo Octavio de Romeu —, en sus eruditísimos estudios sobre el Vasari, ha propuesto una hipótesis muy curiosa sobre las diferencias que pueden notarse entre la primera y la segunda edición de su famosa compilación biográfica. La segunda edición contiene mayor número de noticias que la primera, es verdad, pero también mayor número de mentiras... Y los críticos se preguntaban la

razón de esta falsía, ya que de error no puede hablarse... Kallab da de ello una explicación profunda: entre la primera y la segunda edición del libro, dice, le había acontecido al Vasari un suceso importante: "había tenido éxito".

¡Cuántas veces hemos observado en escritores, en artistas, en otros hombres de profesión espiritual o civil, esta disminución, esta impureza, en la segunda parte de la tarea que van cumpliendo! Creación ingenua y vigorosa en la primera, carne de la propia carne, sangre de la sangre, agua viva del espíritu... A partir de un determinado momento, vuélvese todo mentira y falsificación. ¿Qué ha pasado? ¿Qué accidente ha venido a hundirle? ¿Qué enfermedad vino a herirle, que así les consumía, marchitaba, terminaba? El accidente, la enfermedad del Vasari, entre la primera y la segunda edición de las "Vite": han tenido éxito.

—¿Cree usted, pues, que el éxito sea el adversario del heroísmo? — preguntamos.

—¿Y hasta qué punto, en la valoración moral de una empresa, ha de entrar la consideración del éxito o del fracaso que haya obtenido? — insinuó, con una graciosa sonrisa místres Byne.

El Maestro prosiguió:

—Cuando Mauricio Barrés ingresó, muy joven aún, en la Academia Francesa, Juan Moreas escribió un artículo. Habíase producido entre los envidiosos, y aún entre el público, un poco de escándalo por la rápida fortuna de aquel escritor. Pero, generosamente, serenamente, Juan Moreas dijo: "Felicitémosnos de este éxito. Siempre constituirá un hermoso espectáculo, una carrera que sale bien."

La sangre griega hablaba entonces por boca del poeta generoso. La sangre griega, que gustó en cualquier caso de lo perfecto y acabado, de lo que ha alcanzado, normal y dichosamente, su propio fin. El Mediterráneo genuino se inclina-enérgico, por elevado que haya sido en ellas el impulso inicial, no podrán complacerle la tentativa abortada, la fuerza

vencida. El héroe mediterráneo es Ulises, fértil en astucias, Ulises, el aventurero largamente probado, pero vencedor por fin, al llevar su empresa a gozosa consumación.

Comparad a Ulises con Sigfrido, con el señor Tristán, con los máximos héroes de la idealidad germánica. Aquí, el instrumento de valoración moral ha cambiado completamente.

La victoria en la derrota, la salvación en la muerte, la "voluntad de ruina", son los distintivos de esta nueva especie de heroísmos. Ulises ha de "jugar y ganar", pero Tristán puede "jugar y perder" en el juego trágico de la vida... Puede perder impunemente, y aun encontrar en la misma pérdida el triunfo.

El éxito no forma parte de la definición de su empresa; antes está, con el fracaso, verse ennoblecida. Porque en el íntimo cuadro de valores de una raza, poco importa la cumplida valoración ante el mérito de la santidad del impulso...

Federico había llegado hacía un momento; se había sentado silenciosamente y escuchaba.

Luego ha hablado para proponer que el ejemplo mediterráneo de Moreas fuese contrastado con el germánico de Carlyle, cuando, al empezar en "Los Héroes" la conferencia relativa a "El Héroe literato", deja de lado a Goethe, el de la olímpica fortuna, y la admiración que le inspira, para preferir a Johnson, el pobre, el desventurado, el acerbo.

También "Xenius" ha dicho de Houston Chamberlain y de su insistencia en considerar la "voluntad de ruina" como una característica constante de la moral germánica.

—El héroe literario más elegante y más puro de la victoria en la derrota y de la íntima voluntad de ruína — ha continuado Maestro Octavio — es Don Quijote. En esto, como en tantas otras cosas, lo centralmente español revélase como antilatino. Ya a Lucano le censuraban los preceptistas clásicos porque su héroe no salía en bien de la propia empresa, faltando así a una de las reglas de excelencia en el género épico.

Cristiano era Cervantes, pero no Lucano. No olvidemos este detalle para evitar la tentación de atribuir este tipo de concepción moral, no al germanismo, sino al cristianismo.

Se equivocaría quien lo definiese como una concepción ascética. El asceta y, en general, el santo cristiano, no es un "hombre arruinado", sino un hombre que, en la esfera propia y dentro del propio querer, alcanza un éxito. ¿Cuál mejor éxito que hacer milagros?

¿Dónde más triunfo que en el alcanzar la efectiva presencia mística de Dios?

Esto que el fuerte guerrero de la santidad se proponía, esto obtuvo.

No así Tristán o Don Quijote.

Estos, precisamente en lo que les corresponde como esfera propia ,en el designio a que inspiraban, han fracasado.

Y sentir su sublimidad en el fracaso mismo, llegar a la superación de la caída, y aun a la superación de la muerte, no con la inmortalidad, que también es vida, sino con la misma muerte...., esto nada tiene que ver con el cristianismo.

—Tal vez, en algún aspecto, se opone incluso al cristia-smo.

—Las cosas espirituales están tejidas con hilos sutiles. Brava tarea separarlos, pero aguda voluptuosidad también.

"AMERICA LITERARIA"

En nuestro próximo número, que aparecerá el 25 de Agosto, se publicará

PROSA PARLAMENTARIA

del Dr. G. Martínez Zuviría

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CÍA.
J. B. ALBERDI 451 – BUENOS AIRES

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES— N°. 3

AMERICA LITERARIA

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

Prosa parlamentaria

del Doctor Gustavo Martínez Zuviría



BUENOS AIRES
25 de Agosto de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 3

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, Ciencias y Letras.

PROSA PARLAMENTARIA

del Doctor Gustavo Martínez Zuviría



BUENOS AIRES
25 de Agosto de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

nómica y financiera del país; de especial versación en las materias relacionadas con estos tópicos, sus tareas en este sentido han sido generalmente admiradas y aplaudidas. Alguien le dijo alguna vez que hacía literatura con las finanzas con igual suerte que hacía finanzas con la literatura. Lo que era cierto, magüer la mala cruel intención de la frase. Martínez Zuviría ha honrado la tribuna parlamentaria con su meritísima intervención en los grandes debates financieros realizados en la Cámara durante su actuación. Pero esa literatura, naturalmente, no es para divulgaciones populares...

En los discursos que van a continuación hallarán nuestros lectores muestra acabada de la actuación parlamentaria del Dr. Martínez Zuviría, a que hacemos referencia.

La enseñanza nacional

En el debate realizado en la Cámara de Diputados a raiz de la interpelación al ministro Saavedra Lamas, por su celebre plan de enseñanza, implantado en las postrimerías del gobierno del Dr. Victorino de la Plaza, el diputado Martínez Zuviría pronunció la interesante y aguda exposición que reproducimos.

Sr. Martínez Zuviría. — Voy a ser extraordinariamente breve. No lo digo para tranquilizar a la honorable cámara, justamente alarmada ante las proyecciones que van adquiriendo esta especie de conflagración parlamentaria, sino porque es la verdad: voy a ser sumamente breve.

Me atrevo a intervenir en un debate que se realiza alrededor de una cuestión ajena al círculo habitual de mi curiosidad, porque hay una palabra que no se ha pronunciado y ha debido pronunciarse; hay un concepto que no se ha defendido y debe defenderse, a lo menos para que quede constancia en el diario de sesiones de que, en materia de enseñanza, el parlamento argentino está desencantado de la libertad.

He seguido con el más vivo interés todas las incidencias del debate, esperando por momentos que, a lo menos incidentalmente, cayera en el quicio de donde no ha debido salir; pero declaro que a esta altura de la sesión, mi modesta esperanza se ha desvanecido.

Veo aquí a un ministro joven, estudioso, de brillante palabra y de bríos suficientes como para sentirse cómodo haciendo frente él solo a toda una cámara, celosa de sus privilegios, que él ha desconocido y por encima de cuyas sanciones él ha pasado; y este gesto, que a algunos los horripila, a mí me resultaría simpático, si el señor ministro, que ha entrado en la maleza de nuestra enseñanza como un pioner con el hacha al hombro, hubiera abierto su picada hacia la libertad, en lugar de hacerlo hacia una más densa e intricada reglamentación de nuestros colegios.

Yo le preguntaría al señor ministro, ya que está aquí para aclarar nuestras dudas: ¿por qué, si sintió el justificado deseo de marcar su pasaje por el ministerio con el sello de una iniciativa fecunda y duradera, por qué no se acordó de que hay en la constitución nacional un artículo olvidado, que sanciona la libertad de enseñanza y que ninguna obra más digna, por lo difícil y original, para un ministro sin miedo y sin tacha, como es él, que la de restaurar esa libertad olvidada, borrando de un plumazo no más ilegal que el que ha promovido esta interpelación todo ese fárrago de leyes y decretos inconstitucionales que reglamenta nuestra enseñanza?

¿Por qué, señor ministro, no se acordó de eso? ¿Por qué no se acordó de que hay en el himno nacional un verso que el señor diputado por la capital doctor Dickmann ha recordado con una emoción patriótica que me complazco en comprobar en un representante socialista, un verso que clama tres veces la palabra libertad y que

ese himno se canta hace cien años en las escuelas, sin que un solo día haya brillado la libertad en la escuela?

¡Ah! señor presidente; conviene decirlo con penosa franqueza: es porque vamos perdiendo el gusto de la libertad!

Y, sin embargo, en estos momentos de crisis de instituciones y de crisis económica, nada como la aplicación de la libertad abría significado un alivio de ellas. Si el señor ministro hubiera abierto el campo de la enseñanza a la libre concurrencia, se habría descargado el presupuesto nacional de una buena parte del enorme peso que gravita sobre sus espaldas.

Dejo de lado la cuestión abstrusa y abstracta de la libertad de enseñanza, en lo que se relaciona con las ideas, y me voy a ceñir, para ser breve y concreto, a un solo rasgo de nuestra ensenanza. ¿Ha tenido el señor ministro la saludable curiosidad de calcular, lápiz en mano, lo que cuesta cada uno de los bachilleres que salen de sus institutos oficiales?

El señor diputado Le Bretón, en un magnífico y documentado discurso, aportó el dato de lo que costaba cada alumno de segunda enseñanza. Pero yo creo que no es así cómo debemos calcular el costo de nuestra enseñanza. Debemos calcular el precio de cada bachiller, porque según las palabras del mismo señor ministro, la ensenanza del colegio nacional es fragmentaria y sin finalidad práctica para la vida, y sólo es utilizable cuando se cierra el ciclo de los estudios secundarios.

Yo he hecho el cálculo conforme a la estadística de 1912, que es la última que conozco, y a este respecto debo decir que las estadísticas oficiales, sobre todo en materia escolar, tienen lagunas sugestivas, que es preciso llenar con paciencia.

En la capital federal, cada uno de los bachilleres que salen del colegio nacional cuesta 5.900 pesos; en Salta, 8.800; en Catamarca, 20.000; en La Rioja, 22.500; en Jujuy, 26.000 pesos; es decir, que para proveer sus universidades oficiales, el estado gasta de 6 a 26.000 pesos por alumno que se matrícula en el primer año de una universidad. Y como, por su parte, las universidades cuestan buenos millones de pesos, seis millones al año, más o menos, y como, por otro lado, el alumno debe perseverar durante seis, siete y ocho años en sus aulas, y no todos se reciben, podemos creer que cada médico, cada ingeniero, cada abogado que egresa de nuestras universidades oficiales, le cuesta al estado 100.000 pesos redondos.

Sería interesante y curioso que los señores rectores de las universidades el día de la colación de grados les tomaran el peso a los colados e hicieran el cálculo, sencillo y fácil, de si mandándolos hacer de oro no les resultaría más baratos. (*Risas*).

Y ya que las escuelas normales constituyen para muchos hombres de buena fe un ideal de progreso intelectual y material, hasta el punto de que se ha creado alrededor de ellas un verdadero fetiquismo, yo le preguntaría al señor ministro si alguna vez ha tenido la curiosidad de calcular el precio de cada profesor, de cada profesora, de cada pedagogo, como decía el señor diputado Dickmann, que egresa de ellas.

Del instituto nacional del profesorado secundario, la estadística de 1912, nos dice que cada graduado está a cargo de un rector, hombre eminente, contratado a oro, que gana 1250 pesos mensuales de sueldo, con más 300 pesos de alquiler de casa. Naturalmente, los seis egresados de esa escuela en 1912 tienen que resultar caros. En 1914 han costado menos, 15.860 pesos, porque fueron más.

La escuela normal de maestros de Lincoln, provincia de Buenos Aires, en 1914, nos ha suministrado maestros, con cuatro años de estudios, por 17.446 pesos por cabeza. La escuela normal de maestros de Bahía Blanca nos los ha confeccionado por 11.379 pesos.

La escuela de subpreceptores de La Banda, Santiago del Estero...; yo no sé qué son los subpreceptores: me imagino que serán una especie de pedagogos de trocha angosta. (*Risas*). Generalmente, los ferrocarriles de trocha angosta cuestan mucho menos que los ferrocarriles de trocha ancha: los pedagogos de trocha angosta cuestan mucho más que los de trocha ancha. Los subpreceptores de La Banda, no podría avaluarlos sino por comparación con lo que cuesta cada uno de los alumnos: 5232 pesos y, como permanecen cuatro años en los grados, y como, por otra parte, no todos se gradúan y algunos repiten sus años, es más que probable que su costo sea de 20.000 pesos cada uno.

Los de Rosario de la Frontera baten todos los records en materia de enseñanza: cuesta cada alumno de la escuela de subpreceptores de ese punto 9464 pesos. De manera que podemos creer que cada graduado de esa escuela resulta a 40.000 pesos, es decir, que allí el estado se gasta 40.000 pesos para otorgar un diploma que habilita admirablemente a un ciudadano para morirse de hambre en cualquiera de las catorce provincias argentinas. (*Risas y aplausos*).

Y puesto que tratamos de escuelas intermedias, debo decir que no soy absolutamente hostil al pensamiento fundamental de ellas: todo lo contrario. Creo que ha llegado la hora de orientar una parte de nuestra ensenanza hacia rumbos prácticos.

Pero observo esto: lo que me preocupa es el fin que va a tener la escuela intermedia en manos del estado, que

desnaturaliza todo lo que toca. Ya tenemos el ejemplo en nuestras escuelas industriales, creadas con esos propósitos de finalidad práctica en contraposición a los demás institutos de teorización. Ayer, precisamente, he tenido ocasión de visitar la escuela industrial de la capital, al frente de la cual está una persona que no conozco, pero cuyo concepto elevadísimo ha llegado hasta mí, y en cuyo elenco de profesores figuran hombres que tienen verdadera autoridad en la ciencia de nuestro país.

Pues bien, ayer llegué a visitar esa escuela. Me recibió el joven secretario, cuyo nombre no podría dar porque no lo conozco, con afabilidad y cortesía. Me acompañó muy amablemente por el interior de la escuela. Fuimos a ver primeramente el gabinete de elctrotécnica; muy complacido. Llegamos al gabinete de electrotécnica, meto la llave en la cerradura y... crac, la llave se rompe. (*Risas*). Entonces le digo: vayamos a la carpintería; me interesan más los estudios prácticos. Al pasar por la sala del ingeniero Durrieu, entré a ver un aula en anfiteatro, con su tribuna, admirablemente construída, de cedro, bien esculpida. ¿Trabajada en la escuela?—pregunté.—Sí, señor; trabajada en la escuela.—¿Por los alumnos? —¡Ah! no; por los contramaestres y jefes de taller.—¿Y entre los contramaestres y jefes de taller hay ex alumnos? — No, señor. —¿Qué sueldos tienen los contramaestres y los jefes de taller?—Los jefes de taller son cinco y tienen 200 pesos de sueldo; los contramaestres son 22 y tienen 140 pesos.

Pasamos adelante. Llegué a la carpintería. Entré, y encontré un grupo de obreros trabajando allí muy afanosamente. Como peinaban canas, me imaginé que no serían alumnos, y mi suposición fué confirmada: se me dijo que eran carpinteros.—¿Qué hacen?—Están trabajando muebles para la escuela intermedia.—Ah! ¿para la escuela

intermedia? Y ¿por qué trabajan muebles aquí para la escuela intermedia?—Es una manera de economizar gastos al estado.—¿Y cómo los economizan?—Trabajándolos aquí, en la escuela.—¿Pero a esos hombres les pagan?—Si; es personal supernumerario, que hemos traído para trabajar muebles para la escuela intermedia. (*Risas*).

Pasé adelante, y llegué a la sala de trabajos prácticos de mecánica, algo sumamente interesante. Una porción de alumnos trabajaban en el torno en cosas dificilísimas: uno estaba haciendo una rosca, algo muy importante. (*Risas*). Me acerqué a uno y le pregunté: ¿Qué está haciendo, amigo?—Estoy haciendo un trabajo práctico, un modelo.—¿Cuánto tiempo tarda en hacer eso?—Yo hago dos filetes en cuatro horas.—¿Trabaja cuatro horas por día?—No, señor: por semana.—¿Por semana? Y no tienen más tiempo de trabajos prácticos?—No, señor —¿Cuántas horas tienen de teoría?—Treinta y dos horas. (*Risas*).

Bien: pasé de allí a una usina, magnífica, por cierto. Yo entiendo muy poco de estas cosas, pero estaba recién pintada, había allí una gran rueda, un gran volante, los bronces estaban muy bien pulidos, y ví a varios obreros concluyendo la instalación. Pregunté: ¿qué propósitos tiene esta usina? — Suministrar luz y fuerza al establecimiento. — ¿Cuántos caballos tiene? — Doscientos caballos. — ¿Y antes, de dónde sacaban la luz y la fuerza? — La suministraba la Compañía alemana trasatlántica de electricidad. — ¿Gastaban mucho? — Doscientos pesos mensuales, más o menos. — ¿Y cuánto les cuesta la usina? — La maquinaria cuesta 80.000 pesos, me dijo el joven secretario. Me quedé espantado, y él se sonrió, porque comprendió que me había conmovido. Y agregó: — Pero eso no es nada; la instalación va a costar alrededor de 150 mil pesos entre una cosa y otra, y además, habrá

que cambiar los cobres de la instalación, porque el voltaje no es el mismo y se requieren otros. — ¿De manera que han construído una usina para ahorrar 200 pesos mensuales? — Sí, señor. — ¿Quiere permitirme ver la planilla en que consta que pagaban esa suma? — Con el mayor gusto. Y me mostró la rendición de cuentas, donde puede comprobar que la escuela industrial de la nación pagó el año pasado 1.830.54 pesos, es decir, ciento cincuenta y tantos pesos mensuales, por luz y fuerza.
que en cuanto toca el estado se traduce su megalomanía,

Para ahorrar ciento cincuenta y tantos pesos mensuales, se ha invertido allí una suma de dinero cuyos intereses representan más de 1000 y se ha instalado una usina cuyo director va a ganar seguramente más de 150 pesos por mes.

Yo no critico la enseñanza industrial; digo simplemente que hay criterio erróneo en esto como en todo, porque en cuanto toca el estado se traduce su megalomenía. Ese es el error.

Por lo demás, los alumnos de la escuela industrial de la nación en la capital federal, son los más baratos que hay en el país: cuesta cada graduado 16.440 pesos. La escuela industrial de La Plata cuesta mucho más. No sé cuánto, pero como cada alumno cuesta 5232 pesos, cada graduado debe costar alrededor de 30.000 pesos. Y en la escuela de minería de San Juan cada alumno resulta a 33.000 pesos.

En el año 1914 se ha gastado esa escuela 66.000 pesos para dar a luz a dos alumnos, mellizos caros. (*Risas.*)

Se ve, pues, que la nación gasta una suma alrededor de veinte y treinta mil pesos para hacer un buen obrero... o un mal obrero, porque está plenamente comprobado que los alumnos egresados de nuestras escuelas industriales, en su mayoría, tienen después vergüenza de tomar un martillo y machacar un bulón o tomar una cuchara de albañil, porque se sienten naturalmente deprimidos, ellos que conocen los términos grandiosos de cinemática, elec-

trotécnica, termodinámica, metalurgia y una cantidad de cosas que yo no conozco, si van a emplearse como contramaestres con 140 pesos o jefes de taller con 200.

Y dígame ahora el señor ministro si esto que está haciendo el estado con su manía docente, no es encender fuego debajo de una olla vacía. (*Risas.*)

Lo peor del caso es que el mal que esteriliza y hace abominablemente cara la enseñanza oficial, no tiene remedio, mientras no venga un ministro que rompa de una vez con el absurdo prejuicio del estado único maestro, quite ese odioso monopolio y abra el campo de la enseñanza a la libre concurrencia, que es la ley de la vida en todos los órdenes y que es lo único que crea la robustez de los organismos con la supervivencia de los más aptos.

Obsérvese bien que yo aquí no abordo la cuestión de la libertad de enseñanza bajo el punto de vista de las ideas, que podría suministrarnos aspectos sumamente interesantes, como que podrían demostrarnos la contradicción en que incurren muchos hombres muy estimables, que se pasan la vida combatiendo por la libertad de pensar y persiguiendo la libertad de enseñar, que en la práctica es su consecuencia.

Ese debate se hará algún día en esta cámara, y espero para entonces que serán muchos los que, para honor del parlamento argentino, quieran defender, con el espíritu y la letra de nuestra constitución, la tradición liberal de los pueblos más cultos de la tierra — Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo, — donde a nadie se le ha ocurrido sostener el dogma bonapartista y tiránico del estado único maestro. Yo, finalmente, sólo deseo que para ese día el señor ministro ocupe una banca de diputado entre nosotros y defienda la libertad de enseñanza con la misma calurosa y eficaz elocuencia con que ha defendido sus escuelas intermedias.

He terminado. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!—Aplausos.*)

Sobre la Revolución Francesa

En las sesiones de 1918 se propuso en la Cámara de Diputados, bajo la presión de los apasionamientos suscitados por la guerra, declarar fiesta nacional argentina al día 14 de Julio. El diputado Martínez Zuvi- pronunció en esa ocasión el discurso que a continuación reproducimos oponiéndose a la sanción de dicho proyecto.

Sr. Martínez Zuviría. — Siento la necesidad de fundar mi voto en contra de este proyecto.

Considero de la más manifiesta inoportunidad hacer en en este momento un juicio somero de la revolución francesa; pero no creo inoportuno precisar el segnificado histórico del 14 de Julio.

La comisión proyecta declararla fiesta nacional porque es el "día inicial del advenimiento de un nuevo período en la vida del derecho humano."

¿Pero lo es en efecto? ¿No hay una discrepancia de pareceres, al respecto, no digo aquí, sino aún en Francia, la dueña de esa fiesta?

Si; en Francia han tardado casi cien años para consagrarla fiesta nacional, porque no había esa unanimidad

de opiniones, y porque sólo se pudo hacerlo cuando hubo una mayoría en las cámaras, y como un episodio de la larga lucha antirreligiosa.

Y ahora, señor presidente, ¿qué opinión es la que se va abriendo camino en el juicio histórico de la Francia misma, no digo con respecto a la fecha del 14 de julio, que es chica en sí, como lo saben perfectamente los señores diputados, porque es un acto insignificante de la revolución francesa, sino con respecto a la revolución misma? ¿Qué opinión es la que se abre paso apoyada por las autoridades más modernas de la sociología y de la historia?

Ya va pasando la superstición revolucionaria que hacía prosélitos y devotos. Ahora, después de la obra irremplazable de Taine, ya no se puede sostener con la seguridad de que el 14 de julio abre una nueva era a la umanidad.

Hay un libro moderno, de Gustavo Le Bon, sobre la psicología de la revolución, y vale la pena citarlo y que sea yo quien lo cite, puesto que es un autor que está en el bando opuesto al catolicismo. Y ese hombre escribe en ese libro, presintiendo sin duda las devociones que va a inquietar: "El estudio de la revolución francesa, a la cual está consagrada gran parte de esta obra, quitará sin duda más de una ilusión al lector, mostrándole que los libros que la relatan contienen un agregado de leyendas muy lejanas de la realidad".

Y hay una obra de un novelista, sociólogo muy autorizado y muy moderno también, que dice, después de haber recorrido los Estados Unidos y después de haber escrito un libro clásico sobre este país: "Deberíamos deshacer la obra criminal de la revolución francesa. Es el consejo que para el observador imparcial se desprende de las investigaciones hechas sobre los Estados Unidos, a

causa de haber cortado violentamente todo vínculo histórico entre nuestro pasado y nuestro porvenir. La revolución ha secado la fuente de la vitalidad francesa". Y es Paul Bourget quien habla.

Y si en Francia no hay acuerdos de opiniones; si en Francia, en cada momento que pasa se escribe una página más, rectificando el concepto de los escritores como Thiers, como Quinet, como Michelet, que ya nadie lee, si no es para beber literatura, ¿cómo hemos de coincidir nosotros, y votar en ocho días premiosos lo que ellos tardaron ochenta años en sancionar?

¿Hemos de hacer nosotros la apología "del idiota revolucionario que no tiene más que dos ideas fijas: el asesinato y la salvación de la patria"? ¿Hemos de consagrar como una fiesta nacional, el símbolo de ese feudalismo, de ese "pequeño feudalismo de bandidos que se posesionó de la Francia"; y estas dos expresiones, no son mías, son de Taine, y por eso las emito?

La comisión afirma que el 14 de julio es el día inicial del advenimiento de un nuevo período en la vida del derecho umano. Pero es un error. El 14 de julio es el día inicial del advenimiento de la demagogia, que es la negación de la democracia, porque el 14 de julio entró el pueblo a intervenir directamente, no por sus representantes que estaban en la Asamblea constituyente.

El día inicial de esa obra no es el 14 de julio; sería el 9 de junio, cuando la asamblea constituyente se dió su nombre y se puso enfrente del rey, y por primera vez hubo dos poderes en Francia: el rey y el pueblo.

Y si fuéramos a buscar otra fecha, la encontraríamos propicia para elaborar algunos párrafos de vuelo oratorio, que no son de mi cuerda, en el 4 de agosto, cuando la nobleza renunció a sus prerrogativas, y la encontraríamos también en el 14 de julio, ¡sí, en el 14 de julio, pero de 1790! cuando el rey juró la primera constitución.

Esto explica cómo en Francia se haya creído siempre que era chica la fecha del 14 de julio, para simbolizar la revolución, porque, como saben los señores diputados, concuerda con la toma de la Bastilla, que no estaba guardada sino por mezquinas tropas de inválidos y de memercenarios, y donde creyendo encontrar adentro las víctimas de la revecía, sólo se halló media docena de locos y falsarios.

¿No tenemos acaso fiestas propias suficientes como para sentir satisfecho nuestro patriotismo? ¿Necesitamos por ventura ir pidiendo prestadas hojitas de laurel en otras partes para hacernos una corona? ¿No hemos olvidado acaso algunas fechas de nuestra historia, grandes, suficientemente grandes como para que merezcan la consagración?

¿No está allí el 12 de agosto de 1807, la fecha de la Reconquista? ¿No está el 3 de febrero de 1852, la fecha de la caída de la tiranía? ¿No está el 5 de abril de 1818, la batalla de Maipú, después de la cual, San Martín, que sentía todo el significado de esa victoria pudo escribir en palabras lacónicas: "Hemos vencido. La patria es libre"?

¿Y no están, por último, señor presidente, el 12 de octubre, que la comisión ha incorporado al proyecto de los señores diputados Arce, Demaría y Bravo, como para disimular, el verdadero significado de esta sanción y que el señor diputado de Tomaso ha preferido descartar?

No quiero hablar de los inconvenientes económicos que esto podría suscitar, que también son de consideración, porque en un país como el nuestro que aspira a fundar su independencia económica, no puede prodigarse las fiestas sin incurrir en despilfarros de trabajo.

Y entro ahora al aspecto más curioso que tiene este proyecto: las firmas juntas de los señores diputados De-

maría y Bravo, que están bramando de verse juntas. (*Risas*).

El señor diputado Demaría, que pasa en la vecina república por el leader católico de la cámara y que se enorgullese de ese título (*risas*), no puede encontrar en la revolución francesa las mismas razones de admiración que el señor diputado Bravo.

A mi me admira la presencia de un diputado socialista entre los firmantes de este proyecto.

Hay dos teorías sobre la organización de la sociedad: la teoría individualista y la socialista; el individualismo que quiere llevar al máximum la acción del individuo, reduciendo al minimum la acción del estado o de la colectividad, y el socialismo que tiende a todo lo contrario: a hipertrofiar las funciones del estado achicando las del individuo.

Frente a las poderosas colectividades del antiguo régimen, encarnado en el rey, el individuo no era nada, el rey lo era todo, porque hasta se sostenía que era rey por derecho divino.

Contra esa teoría surgieron las doctrinas de los enciclopedistas, y la revolución francesa es la coronación de la obra de los filósofos liberales del siglo XVII, y como tal, es la más poderosa reacción del espíritu individualista contra el cesarismo de aquella edad. Y por eso uno de los actos más significativos de la revolución fué abolir los gremios y las corporaciones.

Y este hecho trascendental es el que justifica la cólera de los socialistas contra la revolución francesa.

Fernando Lasalle, uno de los más brillantes socialistas alemanes, dice que si la revolución francesa no tuviera más título para la execración de la humanidad que el haber abolido las corporaciones de la edad media, tendría bastante.

En un libro fundamental del socialismo, como que es de Marx, "El Capital", encuentro esto: "Desde el principio de la tormenta revolucionaria, la burguesía francesa se atrevió a substraer de nuevo a los trabajadores el derecho de asociación recientemente conquistado. Por decreto del 14 de julio de 1791, ella declaró que toda coalición obrera era un atentado a la libertad y a la declaración de los derechos del hombre, punible con 500 libras de multa y la pérdida por un año del derecho de ciudadanía. Esta ley que por vía policíaca reduce la competencia entre el capital y el trabajo, a los límites convenientes para el capital, sobrevivió a las revoluciones y a los cambios de dinastía; hasta el régimen del terror la dejó intacta".

Más adelante, esta ironía: "La libertad de tener a los trabajadores en la esclavitud..."

Este libro de Marx es traducido por nuestro distinguido colega el doctor Juan B. Justo y lleva la fecha de 1918.

Pero tengo aquí otras citas más interesantes, de un autor socialista a quien no recusarán los señores diputados de ese sector.

Sr. de Tomaso. — ¿Augusto Bunge?

Sr. Martínez Zuviría. — Se ha equivocado el señor diputado. ¿Lo calcula por el grueso del libro? (*Risas*).

En la página 3 califica a la revolución francesa de "burguesía", y es sabida toda la agresividad que tiene el término de "burgués" en el lenguaje socialista. Y en la página 207: "Tan burguesa fué la constitución de 1791, a pesar de sus pomposas y grandilocuentes declaraciones...".

Y luego: "El terrorismo abiertamente proclamado como método revolucionario de gobierno, se debilitó por sus propios excesos y en 1795, dominado ya el peligro exterior por el heróico esfuerzo del pueblo francés, la autori-

dad gravitó de nuevo, como al principio de la revolución, hacia la alta burguesía".

Y al final del capítulo: "y como la revolución inglesa del siglo XVII, terminó con una dictadura militar, la de Napoleón Bonaparte".

Y este libro es "Teoría y práctica de la historia", de nuestro distinguido colega el doctor Juan B. Justo. (*Risas*). Ha hablado el maestro: *magister dixit,* diría si no estuviera tan desacreditado el latín desde que lo usan los ministros. (*Risas*).

Y yo, que estoy sorprendido de encontrar diputados socialistas que admiran la revolución francesa aquí en la cámara, cuando la execran en sus libros, preguntaría: ¿qué es lo que ahora los encandila en ella? ¿La divisa "libertad, igualdad, fraternidad"?

En un partido que se pretende científico, y que no da un paso sin armarse de todas las armas, de la ciencia del siglo—según la frase de Lasalle—la libertad, la igualdad y la fraternidad no tienen sentido conforme a la ciencia positivista. La libertad no se concibe dentro del determinismo; la igualdad está reñida con la ley de selección natural que supone las desigualdades en la naturaleza; la fraternidad no se compagina con la lucha por la vida.

Tres leyes, que creo que los señores socialistas no sólo no desconocen, sino que las aceptan.

Y las tres son ideas cristianas, porque la libertad no ha entrado al mundo sino por el cristianismo, que la ha dejado caer desde el Evangelio como una gota de miel sobre la dureza del mundo pagano; porque la libertad, la igualdad y la fraternidad, no tienen sentido fuera de él, ni existen en los países donde él no reina y sólo a su amparo adquieran toda su eficacia.

¿Por qué podrán admirar los socialistas la divisa de la revolución francesa, que en primer término pone la palabra "libertad", cuando son los enemigos más evidentes de la libertad, cuando el socialismo es la forma aguda del antiliberalismo, y, dentro del sistema socialista, se va hacia el aniquilamiento del individuo, para dar todos los derechos al estado, considerando a la libertad como un despilfarro de fuerzas? ¿Qué sería la industria dentro del socialismo? Una cosa social, como antes era la industria una cosa del rey. ¿Qué sería el comercio, dentro del socialismo? Una función social del estado, como antes era del rey. ¿Qué sería de la enseñanza en nuestro socialismo? También una función de la sociedad o del estado. ¿Qué sería la familia? Algo más cesarista, algo desconocido en tiempos del rey, en que sus derechos eran reconocidos y amparados.

Dentro del socialismo, ¿cómo puede reinar la libertad si todos serían funcionarios, todos, hasta los mendigos? ¿Cómo pueden los socialistas encontrar buena la otra libertad de la revolución?

Esta anomalía se explica porque lo que los anima en este momento es un propósito de guerra religiosa, porque los socialistas son, ante todo, anticlericales, forrados de economistas. ¿Qué ha de interesarles a ellos un homenaje a Francia, si niegan la patria? A ellos les importa incorporar el 14 de julio al calendario patriótico argentino solamente porque se trata de una fecha tenida con justicia por antirreligiosa.

En efecto, la revolución francesa ha tenido diversos caracteres. Ha sido económica: Taine dice que es una traslación de la propiedad efectuada por medios violentos, y Le Bon explica el entusiasmo de los nuevos propietarios para con la revolución; nació de que al defender sus

principios, defendían su fortuna recientemente adquirida. Ha sido política en el sentido de que significaba una ruptura entre la Francia moderna con la Francia medioeval, y ha sido social porque imponía la democracia sobre las ruinas del feudalismo.

Pero la revolución francesa ha sido religiosa sobre todo. Esa es su principal característica y eso es lo que explica los ardores de los revolucionarios, que llevaban los principios de la revolución como los islamitas su profeta y su Dios: en la punta de la espada. Y explica también el contagio que al través de los tiempos ejerce aún en ciertos espíritus. Y eso ilumina la grandeza feroz de la revolución, en contradicción con la mediocridad de los actores, y los entusiasmos del pueblo que deliraba cuando la guillotina se ensañaba sobre las víctimas que pertenecían al clero.

Yo recuerdo con una impresión magnífica aquella descripción de Lamartine, en que pinta la caravana de monjas que marchan hacia la guillotina, cantando preces, en una armonía estupenda, y que cuando han subido al cadalso siguen cantando y cada vez que cae la cuchilla se apaga una nota en la gran sinfonía, y se apaga otra nota, y luego otra, y al último no vibra más que una, que también se apaga, para que reine en la plaza el vasto silencio trágico.

El siglo XIX no ha tenido, como venido de la revolución francesa, otra preocupación que la religiosa; religiosos unos, antirreligiosos los otros. Y en Francia esa lucha dura aún, y desde Chateaubriand hasta Renán, pasando por Víctor Hugo, toda la obra de los escritores está impregnada de preocupación religiosa.

Por eso decía que la fiesta del 14 de julio se ha incorporado a la legislación francesa, no como la consagración de un hecho histórico que uniera a todos los corazones

franceses, sino como una victoria de una tendencia antirreligiosa.

Por eso la quieren los socialistas y por eso la acompañan con la otra fiesta del 20 de septiembre, también antirreligiosa. Y yo estoy sorprendido de que no se animaran a pedir la supresión del 25 de mayo y del 9 de julio.

Pero se dirá—y éste sería un tercer aspecto de la cuestión—que a pesar de que los señores diputados socialistas al apoyar este proyecto tienen ese pensamiento escondido, ni la comisión ni los señores diputados conservadores que proyectaron la ley, ella sólo importa rendir un homenaje a Francia.

No voy a repetir lo que han dicho ya otros señores diputados. A mí también me vinculan con Francia lazos espirituales que no se pueden romper, y yo me adheriría a todos los homenajes a Francia, si no fuera que las circunstancias y la forma en que éste se presenta lo hacen eminentemente inoportuno; y si no fuese por la exteriorización de un odio religioso, o de un odio internacional, que no nos dignifica, que nos amengua, como nacionalidad, puesto que, como lo ha dicho un gran orador español: "La adopción del odio ajeno es la marca extrema de la domesticidad". (*¡Muy bien! ¡Muy bien! — Aplausos*).

El socialismo frente al cristianismo

El diputado Martínez Zuviría ha sostenido siempre, en su actuación parlamentaria, con singular franqueza y valentía, sus convicciones religiosas, y su voz se ha levantado siempre que se promovían debates alrededor de estas cuestiones. Muestra de esa actuación, que tuvo rasgos característicos y simpáticos, es el discurso que insertamos a continuación, pronunciado en una discusión sobre el presupuesto de culto, suscitada por la diputación socialista.

Sr. Martínez Zuviría. — Pido la palabra.

Ni los grandes discursos son de mi cuerda ni creo que las rápidas observaciones del señor diputado merezcan un gran discurso, suponiendo que yo fuera capaz de hacerlo. Por esta razón, voy a tratar de ser breve para contestar al señor diputado, que ha abordado un tema fundamental con inusitada discreción.

El tema no ofrece ninguna novedad. Todos los años la diputación socialista provoca este debate mezquino y estéril.

Y todos los años hay una voz que se levanta interpretando el sentimiento de la mayoría de los señores diputados, para hacer una refutación fácil y concluyente a la argumentación socialista.

Y todos los años el presupuesto de culto pasa sin esfuerzo. Y tendrá que ser así mientras la cámara conserve la noción de su deber y la santa doctrina de que, mediante la modificación de una disposición presupuestaria, mejor dicho, con la supresión de un renglón del presupuesto, no se puede abolir un artículo de la constitución.

Porque las razones que determinan el voto de la mayoría de la cámara en favor del presupuesto de culto, no son razones confesionales, sino constitucionales.

Mientras exista el artículo 2º de la constitución nacional, los diputados que hemos jurado cumplirla no podemos adoptar otra actitud, cualquiera que sea nuestra convicción respecto de la oportunidad o conveniencia de su reforma.

En cambio, los que se oponen al presupuesto de culto lo hacen en virtud de motivos religiosos, por razones de orden confesional, cediendo a preocupaciones de secta que son, en su espíritu, más fuertes que sus convicciones jurídicas. En este sentido me atrevo a decir que el propósito de la diputación socialista es indigno de la República Argentina, que nunca ha desconocido su firma puesta en un convenio, e indigno también del talento y de la probidad de los diputados socialistas.

No me cuesta ningún esfuerzo hacerles un elogio, ni creo que lo sea, el decir que creo sinceramente que tienen en su vida privada mucha más probidad que la que demuestran tener cuando se presentan adoptando actitudes como las que motivan este debate.

Tengo en ese sector de la cámara, a pesar del abismo insalvable que nos separa, amigos a quienes aprecio y a

quienes admiro, y bien saben ellos que en los grandes momentos, cuando han levantado su voz llena de esa autoridad que la cámara les reconoce por su tenacidad, su preparación, su valentía, y aun por su patriotismo, no obstante que tenemos puntos de vista divergentes, bien saben ellos que mi felicitación calurosa y desinteresada ha sido la primera en llegar hasta sus bancas.

No voy a decir una novedad. Ya se ha dicho muchas veces en esta cámara; el presupuesto de culto no es sólo el cumplimiento de una cláusula constitucional: es el cumplimiento de un compromiso de carácter financiero contraído por la nación, es el pago de una deuda.

En el tiempo de la colonia, la iglesia católica no dependía del presupuesto del culto. Tenía sus rentas propias; tenía sus propiedades adquiridas, conforme a todos los medios lícitos que autorizan las leyes: la donación, la venta, la ocupación de "res nullius", del primer ocupante, la permuta. Pero vino la época de Rivadavia, bajo el gobierno de Rodríguez, y se arrebataron a la iglesia católica todas sus propiedades, para darle en compensación una suma con que costeara el culto, según los primeros decretos, que no voy a leer, porque son conocidos.

De este modo, por haber despojado a la iglesia de las propiedades que le daban renta, ha sido el estado el que ha tenido que cargar con su sostén. Así se inauguró el presupuesto de culto.

Todo esto lo saben los señores diputados que votan en favor del presupuesto de culto, y no lo ignoran los señores diputados socialistas. ¡Cómo podían ignorarlo!

¿Por qué, pues, aparecen negándose al cumplimiento de una obligación de probidad elemental, como es el pago de una deuda? ¿Por qué aparecen impugnando un capítulo que debería ser tan sagrado como el capítulo de la deuda pública?

Alguna vez lo he dicho en esta cámara, y voy a repetirlo sin ánimo de ofender a nadie, porque estoy juzgando doctrinas colectivas. El socialista es un sectario barnizado de economista.

"No se puede ser socialista sin odiar a algo o a alguien" ha dicho Le Bon. Naturalmente, odian en primer término al adversario. Después se odian entre sí; y no es metáfora. No hace mucho los señores diputados habrán visto en los diarios la noticia de que el concejal Mantecón le arrojó a la cara un vaso de agua a nuestro simpático ex colega señor Zaccagnini. La razón es simple. Todo eso corresponde a una idiosincracia del partido. El socialismo es un dogma en el cual hay que creer siempre, bajo la fe de la palabra de un hombre. Uno es siempre el socialista de alguien, a pesar de los congresos internacionales hechos para unificar la doctrina. Uno es siempre el socialista de alguien, de Trotzky, de Lenine, de Kerensky en Rusia, de Bela Kun en Hungría; de Scheidemann, de Ebert, de Liebneckt, en Alemania; de Paepe, de Vandervelde, en Bélgica; de Jaurés, de Briand, de Hervé, de Guesde, en Francia; del doctor Palacios o del doctor Justo en la República Argentina. (*Risas*).

Y eso explica el vaso de agua, por que el compañero Mantecón es compañero, pero de los del doctor Palacios, y el compañero Zaccagnini es de los compañeros del doctor Justo.

Pero por encima de todos estos odios internos enarbolan un odio mucho más grande, mucho más persistente y enconado, más explicable también: el odio al cristianismo, y dentro del cristianismo el odio al catolicismo que por ser, conforme a la frase de Renan, la más religiosa de las religiones, constituye su preocupación permanente, su bestia negra.

Ellos saben que los sistemas políticos se deshacen, que los partidos se transforman, que los hombres cambian de

corazón y de ideas y que sólo hay una cosa que perdura a través de los siglos y es el cristianismo.

Lo sienten como un rival, porqut el socialismo en su esencia profunda es también una religión, la religión de la solidaridad humana, con sus dogmas — la concepción materialista de la historia, la teoría del valor — su cielo, que es el paraíso terrenales y hasta sus apóstoles, que son diputados nacionales. (*Risas*). Que se haya desnaturalizado el ideal humanitario, que en la aspereza de la propaganda el temor se haya transformado en odio, son cosas que no impiden sondear la turbulenta doctrina y hallar en su fondo, vasto como la vida y profundo como la miseria, la perla de la idea primitiva, que no es una idea pagana, que no es una idea materialista, que no es una idea moderna, que ese una idea vieja, sacada del Evangelio, recogida de los labios mismos del fundador del cristianismo, aquella mágica palabra: "Misereor super turbam!", ¡piedad para los pequeños!, que cayó de los labios de Cristo como una gota de miel sobre la amarga dureza del mundo pagano. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! — Aplausos.*)

Sr. Dickmann. — ¿Dos mil años de cristianismo, qué han hecho en favor de los humildes y de los desheredados?

Sr. Martínez Zuviría. — Dos años de bolsheviquismo, ¿qué han hecho sino anegar en sangre a Rusia? (*Aplausos.*)

Sr. Dickmann. — Con un alto espíritu cristiano y religioso voy a contestar las palabras paganas del señor diputado.

Sr. Martínez Zuviría. — ¡Admirable! Espero la respuesta, y sobre todo el ejemplo, que vale más que todos los verbalismos vacíos de los señores diputados socialistas. (*Aplausos.*)

Sienten la verdad de estas palabras de uno de los mejores expositores de la doctrina, Mr. Lavelaye: "El cristianismo ha grabado profundamente en nuestros corazones y en nuestro espíritu los sentimientos y las ideas que dan nacimiento al socialismo."

Enrique Charriant, delegado oficial del gobierno francés, para hacer un estudio en Bélgica, relata en su libro "La Belgique moderne", que estando en Bruselas visitó la Casa del Pueblo, la vasta cooperativa socialista de que nos ha hablado en sus interesantes, inesperadas y casi inconmprensibles correspondencias el señor diputado de Tomaso. Es un elogio que hago con toda sinceridad, señores diputados, por que no me explico realmente cómo es posible que tales correspondencias suscitaran la protesta de centros socialistas aquí en esta capital, que las han descalificado públicamente.

Decía, señor presidente, que visitando Charriant la Casa del Pueblo, el empleado que lo conducía lo llevó al salón de música; y halló la pared principal cubierta casi enteramente con una imagen de Jesús: "¡Ciudadanos — le dijo, sacándose el sombrero: — he ahí el primer socialista!"

Esa frase imprudente nos revela un pliegue recóndito del alma socialista. Han penetrado en la iglesia, furtivamente, se han trepado al altar, se han apoderado de una brazada de cirios encendidos y se han lanzado por el mundo desparramando esas luces robadas.

Se sienten deudores del cristianismo, y de ahí su odio, que es el mejor recurso para no confesar su deuda ni pagarla.

Sienten más: sienten que el catolicismo es un gran adversario, inaccesible, que un día ha de disputarles triunfalmente el dominio que van conquistando ahora en el corazón de los pueblos.

Creo, señor presidente, que esta hora es la hora del socialismo. No sé de cuál, si de Lenin, de Trotzky, de

Kerensky, de Bela Kun, de Palacios o de Justo. Pon encima de todas sus divergencias, unas veces dramáticas y otras veces pintorescas, los une el empeño de llegar a la reivindicación violenta de la fortuna ajena para distribuirla entre el pueblo socialista, naturalmente. (*Risas*).

Lenin podrá decir: "los que poseen más son unos ladrones; y nosotros los robados, y eso está mal..."

Sr. Dickmann. — Eso lo dijo mucho antes San Basilio. (*Risas.*)

Sr. Martínez Zuviría. — Vamos a ver luego qué es lo que dice el señor diputado que no es santo.

Podría, pues, decir Lenin: "Eso está mal: hagamos las cosas al revés. Sean ellos los robados y nosotros los ladrones y esto está bien".

Pero eso no durará, vendrá otra hora.

En el fondo el gran movimiento que está arrojando a la Europa entera en brazos del socialismo, hay algo más que una áspera codicia de riqueza: hay una ansiedad instintiva de justicia, que no se satisfará con el pillaje organizado.

Sr. Bunge. — Con eso, el señor diputado contradice todo lo que ha dicho antes contra el socialismo.

Sr. Martínez Zuviría. — Espero que explique el señor diputado la contradicción.

Vendrá otra hora, la hora de la reacción, cuando los pueblos desengañados, descorazonados y ensangrentados, vuelvan los ojos y conviertan los corazones a la doctrina milenaria de Aquel que dijo: yo soy el camino, la verdad y la vida. Y esa será nuestra hora, la hora del catolicismo. Y esto lo saben los socialistas, lo sienten, y de allí su enconada persecución contra todo lo que de lejos o de cerca les recuerda su origen, su deuda y su fin.

¿Y hemos de complicarnos nosotros, señores diputados, en esta política sectaria? Creo que no. No sería justo, ni patriótico, y yo, señor presidente, que creo funestas

las doctrinas del socialismo, desde la nacionalización de las mujeres hasta la desintegración de la idea de patria, y que he de combatirlas siempre en todos los terrenos y con todas las armas lícitas en mis manos, votaré siempre por el presupuesto de culto, aun cuando no sea en pago de una deuda, como es ahora, y sólo porque creo que el cristianismo es la gran valla moral que ha de salvar a la humanidad del sangriento caos en que la ha hundido la Rusia bolsheviki.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! — Grandes aplausos.*)

Del Carácter

Completamos este cuaderno en que hemos trascripto algunos de los discursos pronunciados en la Cámara de Diputados por el Doctor Martínez Zuviría, con otro, dicho hace ya muchos años en la colación de grados de la Universidad de Santa Fe, el año 1907. *Los conceptos vertidos entonces siguen siendo para nuestra sociedad, y en especial para nuestra juventud, y en especial para nuestra juventud, de actualidad palpitante y sugestiva, y por ello nos complace reproducirlo.*

Señores:

No voy a hablar ni de la justicia ni del derecho.

Otros con más autoridad que yo en años anteriores, han desarrollado ante vosotros el amplio tema de las universidades en su historia y en sus fines: tampoco voy a hablaros de eso.

Voy a abandonar esos difíciles senderos consagrados por la costumbre, para hablaros de otras cosas.

Voy a hablaros del deber y de la misión de la juventud en la época actual.

Voy a hablaros también de algo viejo pero olvidado por las nuevas generaciones en el estrépito de este siglo que aturde con el rumor de sus grandezas y de sus claudicaciones babilónicas; de algo que en siglos pasados fué la fuerza de la raza hispana; de algo que debería ser muy nuestro, porque fué como el talismán de nuestros viejos padres, los hombres de hierro que nos dieron patria; de algo que es hoy la bandera triunfadora de la raza anglosajona y que sería la nuestra si no la hubiéramos abandonado hecha girones a lo largo del camino triste de nuestra corta vida política; de algo que está más decaído entre nosotros, de algo que está más decaído ¡olvidado!; ¡perdonadme, señores! de algo que está más que olvidado ¡rechazado como un obstáculo! porque estorba, porque cansa, porque abruma, porque aplasta las voluntades no habituadas a su peso, y las quiebra en la ascención a la cumbre del éxito fácil: voy a hablaros del carácter.

Cosa vieja como el mundo, señores, ¡ya os lo decía!

Estudio a los jóvenes y me dirijo a ellos, porque es en ellos donde mejor se conocen las cualidades y los defectos de una época y es sobre ellos sobre quienes gravita el porvenir de la patria.

Pero al decir jóvenes, no hago distinciones de edad. Hay una revista ilustrada que todos vosotros conocéis, escrita para niños de seis a... ochenta años.

Pues bien, me dirijo a los jóvenes de seis a ochenta años, porque no me refiero a la juventud del cuerpo sino a la juventud del alma, a los espíritus dispuestos para la reeducación de su carácter.

No voy a dar consejos, la suerte de los redentores no tiene nada de envidiable.

Siempre que se trata de darlos, recuerdo la triste historia de aquel pobre pastor protestante que fué a evangelizar una tribu de Nueva Zelandia: "Nos daba tantos consejos—decía de él el jefe de la tribu a un capitán inglés que le pedía noticias del misionero—que nos vimos obligados a comérnoslo para hacerlo callar".

Hay un proverbio inglés que dice: sembrad un acto y cosecharéis un hábito; sembrad un hábito y cosecharéis un carácter; sembrad un carácter y cosecharéis un éxito.

Observad, señores, que todos los grandes sistemas de educación de la voluntad llevan el sello de la raza anglosajona, porque es una raza tan seria para mirar las cosas de la vida, la que mejor a sabido comprender la fuerza fecunda del carácter.

Nosotros, la raza latina, tenemos el defecto característico de esta raza: la falta de voluntad y de constancia.

Aún más, lo hemos exagerado añadiéndole un poco de ese fatalismo indolente del criollo, que contempla la vida encogiéndose de hombros: el que venga atrás que arree!

El mal que aqueja a nuestra sociedad, es precisamente el mal de los débiles.

Sufrimos de anemia del carácter, y en medio de nuestros dolores, en medio de nuestras indecisiones, en medio de nuestros remordimientos, ante la visión tremenda del porvenir de la patria en peligro, cansados antes de la lucha, acobardados por el temor al fracaso y el horror al esfuerzo, desorientados moralmente y no pudiendo encontrar ese firme punto de apoyo del inglés, esa enérgica ayuda de la voluntad cultivada, cimiento de todas las grandezas de esa raza noble, preferimos rehuir las responsabilidades, rehuir la lucha y dejar correr la vida en una indiferencia faraónica.

En nuestra juventud, en nosotros, es la indiferencia, el mal de los débiles, lo que ha ahogado en flor los sentimientos propios de la edad fé, esperanza, amor, energía, generosidad, respeto, valor, entusiasmo, ¡todo! quedando ella dueña de nuestras almas perezosas como una gran charca de aguas dormidas.

El hombre tiene necesidad de goces y de alegrías, pero cuando esa necesidad pasa la medida de lo justo, cuando el amor al bienestar y al placer se hacen el fin supremo de

la voluntad enervada en el egoísmo, el alma afeminada se repliega sobre sí misma, como una flor marchita cerradas a todas las abnegaciones, indiferente a todas las miserias, sorda a todos los llamamientos del deber, y el hombre, en el mundo poblado de hermanos, vive la miserable vida egoísta de un náufrago confiando en una isla desierta, sin amor, sin fé, sin esperanza...

La juventud, la edad de los violentos combates y de los crueles dolores, que conoce el triunfo y la derrota, que vive a la vez magnífica y miserable entre la esperanza y desengaño, que ha gustado la amargura de todas esas desilusiones que nace del contraste entre lo que uno tiene en el corazón y lo que pasa en el mundo, entre nosotros no cruza la vida como un barco a través de las borrascas y de las calmas, sino como una caravana dormida bajo el horizonte pesado del desierto.

¡Así hemos vivido! Hemos tomado la vida como un paseo a través de las cosas del mundo, sin acordarnos de que hay un deber que cumplir, una sociedad que formar, una patria cuyo pesado porvenir gravita sobre nosotros, y es natural, nos hemos cansado de saborear el eterno descanso mal ganado.

Sin embargo, gran parte de la culpa no es nuestra, es de la sociedad en que vivimos, es del medio ambiente que respiramos, es, me atrevo a decir, de nuestros antepasados, cuya herencia gastamos ahora.

El siglo XIX con sus filosofías disolventes, ha enfriado la atmósfera, y en ese ambiente de hielo que aún dura, han muerto muchos entusiasmos.

Las doctrinas fatalistas que han envenenado las corrientes intelectuales del siglo, la filosofía, la literatura, la sociología, han acabado por ahogar en nosotros el sentimieno de la responsabilidad, convenciéndonos de que el hombre no es más que un tornillo en la inmensa máquina del mundo, sin voluntad, sin albedrío, sin libertad, sujeto a las leyes de la herencia y tan esclavo del destino

como los antiguos siervos de la gleba eran esclavos de la tierra que parecían dominar.

¿Para qué afanarse, para qué luchar, para qué vivir la vida ardiente del espíritu que combate, si tras la lucha ha de venir fatalmente la derrota del hombre aplastado por el hecho?

Todos los siglos han tenido sus características, y así como el siglo XIII fué la época de las libertades individuales, de la iniciativa privada, el siglo XX será el siglo de las comunidades.

En todas las sociedades hay una masa blanda, la gran mayoría, apta para todas las impresiones y para todas las tendencias.

Sobre ella obran las corrientes del tiempo secando la savia y el vigor de los caracteres individuales y dejando el predominio al espíritu del montón.

En nuestra época ha entrado la uniformidad como una plaga.

El mundo se ha transformado en algo así como un gran cuartel; vivimos bajo la monotonía del régimen. El arte, la literatura, la ciencia misma, todo obedece al influjo omnipotente de la moda que regimenta la inteligencia, y corta por el mismo patrón al espíritu crítico de toda una generación.

Y no es que carezcamos de la fuerza intelectual necesaria para levantar nuestro juicio sobre el juicio del montón, sino que vivimos indecisos entre dos temores: por un lado el miedo de singularizarnos y de tener que arrostrar las sonrisitas compasivas de los amigos si nos salimos de la huella imprimiendo un rumbo nuevo a nuestra acción; y por el otro también el miedo de tener que pensar por cuenta propia, cuando es tan cómodo el dejarse llevar sin protestas por el pensamiento de los que se han tomado el inútil trabajo de pensar por nosotros.

Vivimos, pues, entre el temor al ridículo y el horror al esfuerzo, dejándonos llevar como mansos camalotes a lo largo de estas dos riberas.

En la audacia juvenil de que hacemos gala muchas veces, hay una gran parte de timidez.

Timidez para romper el círculo de hierro de las mezquinas preocupaciones sociales que nos atan, arrojándolas como harapos; timidez para emanciparnos; timidez para regenerarnos; timidez para confesarnos débiles, y trabajar a la luz del día en la reeducación de nuestro carácter tímido; timidez para aplaudir lo bueno ya que somos tan audaces para aplaudir e imitar lo malo.

Desgraciadamente nuestra civilización criolla nos brinda poco bueno que imitar y que aplaudir.

Nuestra literatura... ¡hablemos de ella!... Hace años estamos aplaudiendo a falta de algo mejor las piezas del teatro nacional, que salvo raras excepciones no son dignas, ni de imitación ni de aplauso.

Y a pesar de conocerlo y de confesarlo a veces, nos hemos dejado infuenciar por él.

De la Bohemia sentimental de las novelas de Murger, la bohemia del barrio latino de París, hemos pasado a la bohemia ordinaria y chocante del teatro de los Podestá, deificación del vicio y de la trampa.

El teatro es más escuela de costumbres de lo que se cree.

¿De dónde sino del teatro ha salido esa colección de frases sin sentido que esmaltan nuestras conversaciones, como el popularísimo *se da cuenta?*

¿De dónde si no del teatro ha salido esa otra indiscreta preocupación napolitana de la *jetta* que en lo mejor de una función obliga a tocar fierro a nuestras señoritas más distinguidas, y que de broma o de veras ha llegado a ser una verdadera calamidad social?

Es curioso ¿verdad? vernos a nosotros aplaudir y festejar todo eso, sin darnos cuenta de que allí se nos pone de oro y azul hasta el ridículo porque esas cosas sin arte, sin gracia, sin sal, verdaderos mamarrachos teatrales, todos los viles, todos los cobardes, todos los traidores, son

los ricos, es decir la gente decente; y todos los nobles, todos los valientes, todos los malevos porteños, la clase más torpe, más guaranga y más impertinente de la sociedad!

Hace tres años, en ocasión como ésta, uno de los más distinguidos catedráticos de nuestra facultad, el doctor José A. Gómez pronunció un discurso admirable y en ese discurso tuvo una frase que ha debido quedar grabada en el corazón y en la memoria de todos, especialmente de la juventud y que me complazco en repetir ahora:

"Nuestro país—dijo el doctor Gómez,—está enfermo de mentira y de debilidades de carácter".

Si, señores; pero gran parte de la culpa, vuelvo a decir, no es nuestra, es del medio ambiente en que vivimos y que no hemos formado nosotros.

Corazones de bronce, caracteres de hierro deberíamos ser para emanciparnos de él; ¿y quién puede gloriarse de haber nacido con un carácter de hierro o un corazón de bronce?

Los caracteres se forjan, los corazones se templan, ¿y dónde están los yunques en que se han de forjar los nuestros?

Yo no sé. Vagamente presiento que la hora de la reacción se acerca, porque todos, en las horas de las confidencias, cuando el alma se abre al alma, cuando el pensamiento del amigo viene a nosotros buscando nuestro pensamiento, todos sentimos el mismo malestar, esa desazón del que ha errado la senda, del que con la esperanza de marchar hacia la luz, ha peregrinado hacia la sombra, de que ha oído la voz del deber y no ha acudido a ella, del que sintiendo sobre sus hombros la pesada carga de una responsabilidad que en sus momentos de altivez lo enorgullecía, en un instante de desaliento, la arroja como un fardo enojoso, del que se ha encontrado débil cuando creyó ser fuerte, del que se ha visto esclavo cuando soñó ser rey.

¿Por qué no hemos de ser francos alguna vez en la vida? ¡Todos hemos probado la amargura del fracaso!

Y ya es algo, mejor dicho, ya es mucho distinguir el valor del fracaso, señal que no nos hemos acostumbrado a él.

Resignarnos al fracaso por miedo al fracaso es cobardía moral: es como matarse por miedo de morirse.

Es necesario huirle, pero no temerle tanto que ese temor nos enerve.

Combatamos el mal en la juventud; combatamos la indiferencia en nosotros mismos; combatamos las miserias del presente con la esperanza puesta en las reparaciones del porvenir.

Ojalá entre nosotros se sintiera la nueva orientación hacia el ideal consistente en que viven esos soñadores que tienen dislocado el sentido de la realidad.

El ideal hacia el cual debemos orientarnos, es el ideal de los hombres de voluntad y de acción; ideal que se afirma en las realidades del mundo, pero que no se aplasta sino que como Anteo cobra fuerzas al tocar la tierra.

Es necesario vivir y vivir no es dejarnos ir sobre el agua.

Es necesario tener un rumbo, un objeto, un amor, una esperanza que en los días de desaliento nos grite el *sursum corda!*, arriba las miradas, arriba los corazones, arriba todos los movimientos de la vida!

Hemos pecado contra el ideal y ahora debemos reaccionar en sentido opuesto. Enamorados de algo, haremos algo.

Los músculos que no se ejercitan se atrofian, y la voluntad, creer en ella, ir a la acción, a la lucha y aún al sacrificio como quien va a una fiesta.

Es necesario apresurar la resurrección de todas las facultades del alma, apresurando el deshielo del invierno en que yace.

El entusiasmo es como un sol y a su calor se fundirán las nieves. Encendamos, pues, los entusiasmos.

Y creamos en el triunfo. No hay nada que destemple tanto los caracteres como la propia desconfianza. El creer demasiado en la impotencia de la voluntad acaba por gerar es tan nocivo como el miedo de morirse. Muchas voluntades se hacen estériles por este vano temor.

El genio no es más que una sublime locura. Ojalá llegáramos a merecer el magnífico apóstrofe de Díaz Mirón a Byron:

Fuiste un loco tal vez, pero esplendente,
El sentido común, razón menguada,
Nunca ha sido ni artista, ni vidente,
Ni paladín. ni redentor, ni nada!

¡Esa es la senda!

Así, impregnados de justicia, de verdad y de fe, tomando la vida como una realidad y como un ideal; luchando mucho contra todas las injusticias, contra todas las mentiras, contra todas las abyecciones; creyendo, esperando y amando mucho; dueños de nuestras voluntades y de nuestros entusiasmos; al viento la santa bandera del deber y de la libertad sobre el asta fuerte del carácter: con la mirada en alguna lejana estrella, símbolo del ideal, marcharemos hacia las cumbres seguros del triunfo.

Dos palabras antes de conclír, a las señoras y a las niñas aquí presentes.

Sería injusto olvidarlas, cuando en la gran cruzada de la regeneración del carácter en la juventud, ellas pueden mucho, ellas quizás lo pueden todo.

Es imposible calcular el prodigioso ascendiente que tiene sobre el corazón del joven la voz de una mujer.

La palabra de aliento de una madre, de una hermana, de una novia, en medio de la lucha es el simbólico *excelsior!* que oía el misterioso viajero de Longfellow.

A ellas, pues, entrego la idea de esta gran cruzada, para que en la hora gloriosa del descanso sobre el campo de batalla, podamos decir con orgullo y con justicia, que la mitad del éxito, la mitad del triunfo, la mitad de la gloria de la jornada, la debemos a la más hermosa mitad del pueblo santafecino.

He dicho.

"AMERICA LITERARIA"

En nuestro próximo número, que aparecerá el 10 de Septiembre, se publicará

LOS MEJORES REPORTAJES

de Juan José Soiza Reilli

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CÍA.
J. B. ALBERDI 451 – BUENOS AIRES

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES— Nº. 4

AMERICA LITERARIA

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

Los mejores reportajes
de Juan José Soiza Reilly



BUENOS AIRES
10 de Septiembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

¡Todas las novelas de HUGO WAST!

NOVEDAD

La Corbata Celeste 20° millar

Ciudad Turbulenta	65 millar
Valle Negro	35 ,,
La Casa de los Cuervo	
Fuente Sellada	
Flor de Durazno	
Novia de Vacaciones	
Alegre	

PROXIMAMENTE

La última emocionante novela de
HUGO WAST

EL INVENCIBLE AMOR

Precio de cada volumen $ 2.50

LA EDITORIAL BAYARDO, Sarmiento 865, Buenos Aires, atiende pedidos del país y del extranjero. Agregar 20 centavos para gastos de franqueo por cada volumen.

Los pedidos de cuatro volúmenes o más, se enviarán libres de gastos.

Amar después de la muerte

Toda Europa ha palpitado ante la historia de amor en que el famoso escritor ENRIQUE CONSCIENCE ha puesto su genio y su corazón.

LA NOVELA DEL DIA, ha públicado íntegramente esta admirable novela.

50 ctvs. la obra completa

todas las partes y en
865

PROXIMAMENTE APARECERÁ

En la quietud del valle

Obra del conocido novelista Lorenzo Dagnino Pastore.

Tierna y sentimental novela, cuyo ambiente es la vida campesina, tranquila y sana, en contraposición a la vida agitada de la ciudad, que enferma el cuerpo y el espíritu.

Será uno de los éxitos más grandes de Librería del año.

PEDIDOS A
SARMIENTO 865

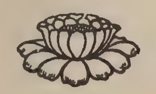


AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 4

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, Ciencias y Letras.

Los mejores reportajes
de Juan José Soiza Reilly



BUENOS AIRES
10 de Septiembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

La vida íntima del abate Perosi

¡LA vida íntima!

¿Pero es posible descubrir la vida íntima de los grandes hombres? No siempre. En Italia, sobre todo, los grandes hombres no bajan nunca de su pedestal. Y, cuando bajan, es para esconderse... Los exámenes psicológicos no pueden hacerse a simple vista. Es necesario tomar al hombre, dulcemente, de un brazo. Es necesario moverle su amor propio. Hacerle hablar. Calarle. Estudiar las "poses" premeditadas que improvisa. Después, es preciso tocar en su espíritu ciertos resortes de sensibilidad para que hable. Pero es necesario hacerse en su presencia el pequeñito. El inocente. El tonto... Porque hay que dejarle que se infle, como un globo. Luego pincharle para que se desinfle... ¡Oh! Qué deliciosa sensación. ¡Verle caer en nuestras propias manos homicidas!... Y hacerle decir cosas extrañas. Y también tonterías... Es un placer excitarle a que diga en frases lo que piensa en la almohada. Ya comprenderéis que el trabajo resulta difícil. Muy difícil... Aunque se trate de interviewar a Juan de los Palotes, el periodista tiene siempre gran trabajo. Imagináos ahora el trabajo que podrá dar un hombre célebre. Un hombre habituado a servir de cadáver

a todos los bisturís del universo. Un hombre que conoce el doble sentido de cualquier pregunta y que conoce la intención felina de cualquier sonrisa. Es preciso estar muy enamorado del arte de confesar almas geniales, para no morirse de fatiga mental. Casi siempre el hombre célebre se encierra en su mutismo. Es su mejor coraza.

Por no decir algo que descolore su talento, os dice que está enfermo. Os dice que no puede hablar. En cambio, adivináis que está deseando deciros bellas frases para que las publiquéis en el periódico... La fotografía — como complemento informativo, — facilita el examen psíquico de los interviewados. No lo digo sólo por los gestos que puedan adoptar. No. Retratarse es humano. Hasta Jesucristo, que era modesto, se dejó retratar en el pañuelo de la Verónica... Mas, no siempre la fotografía de una cabeza da idea de lo que aquella cabeza lleva dentro de sí. Mientras el fotógrafo prepara su máquina, el periodista examina al hombre de muy cerca. Y os lo digo por experiencia: no hay medio más eficaz para desnudar a un hombre célebre, que ponerlo frente al objetivo. Nadie quiere pasar a la inmortalidad con las guías del bigote torcidas o el gesto avinagrado. El esfuerzo que un sujeto hace para que la máquina oculte sus defectos, pone al desnudo sus debilidades. Pero esto es lógico. No hay que criticarlo. Recuerdo que en Buenos Aires tuve que solicitar de un escritor muy conocido — que hace versos domésticos, — tuviera la bondad de permitir que un fotógrafo gastara con él una placa... Naturalmente, se negó. Todos se niegan... Se negó al principio. Pero, después, con una modestia maliciosa, me dijo.

—"Vea, joven, le seré franco. No quiero que me retraten. Estoy muy viejo... Le daré una fotografía de cuando tenía treinta años. ¿Quiere? Como mis versos son siempre juveniles, yo deseo que la posteridad me conozca siempre joven..."

¿Habéis comprendido? Rafael Obligado quería pasar a la posteridad... Este solo rasgo, es una confesión. A través de estas palabras de hombre célebre se traduce su cerebro, su alma... Yo no quisiera criticar a este Gabino Ezeiza domesticado. Su pudor es de viejo. Respetémosle. Nada más hermoso que el sincero orgullo de los tigres... Pero he citado el caso para convenceros de que no es necesario que un hombre os hable mucho para que adivinéis lo que tiene en el corazón y en la cabeza. Pocas frases bastan... En fin.

Así me ha ocurrido con Lorenzo Perosi. Yo no había encontrado nunca un hombre célebre que hablara menos y que tuviera una modestia tan sincera, tan franca, tan simpática, como este admirable joven sacerdote. No es necesario analizarlo para comprenderlo. Es de aquellos hombres cristianos que piensan lo que sienten. Que sienten lo que dicen. En la manera de accionar, en el modo común de vestir sus ideas, adivínase al hombre que no tiene ningún deseo de que le conozcan. Cuando oye un elogio, dice:

"Yo no tengo la culpa de que mi música parezca buena. Me sale así por casualidad... Pero a mí no me ha costado ningún trabajo hacerla. Tomo un papel y escribo. No es un mérito hacer una obra sin fatigas..."

Tenéis que pensar que quien os habla así es el autor de los famosos "oratorios"... ¿Conocéis la historia de este joven abate que a los veinticuatro años era ya hombre célebre? Es una historia breve. Oidla. Sus labios nos la cuentan:

* * *

—"Nací en Tortona (Italia). Mi padre era maestro de capilla en la catedral de dicho pueblo. Mis dos hermanos eran curas. En ese ambiente se modeló mi espíritu. A los veintidós años — en 1894 — vestí el hábito sacerdotal. Celebré mi primera misa en la Santa Casa de Loreto... Y nada más. Y nada más..."

—¿Nada más?

No es cierto, agrego yo. Un día, siendo ya sacerdote, el padre de Perosi no pudo dirigir el coro. El hijo le reemplazó, improvisando en el armonium una maravilla musical. Allí empezó su carrera... Después trajéronle a Roma. El 13 de Diciembre de 1898, dió la primera audición pública de música sagrada, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Dirigió "La Resurrezione di Cristo". León XIII mandó en su representación al cardenal Rampolla. También asistió Mascagni... No tengo que repetiros que fué un éxito. Colosal... La música vibrante del artista romántico conmovió las almas. Cuando el oratorio terminó, Mascagni se arrojó, emocionado, con su melena y con su orgullo, en los brazos del débil sacerdote. Rampolla, lleno de la roja pompa de los cardenales, le besó las manos como a un Papa del Arte... Y el corazón de muchas mujeres latió como un volcán... No ignoràis que hace poco se decía que el abate Perosi dejaría los hábitos. Hablábase de su matrimonio. Pero, no. No es cierto. Perosi no se casará. Es demasiado modesto para hacer eso... Lo que hubo fué que una artista, muy bella, muy de París, enamoróse locamente del infantil abate. Pero él la rechazó como el San Antonio de Flaubert. Y ella, loca — más loca todavía, — fué a un convento. Encerróse a llorar...

* * *

Si hay tanto corazón femenino que arde en pasiones por el joven maestro, no es ni por su rostro pulido ni por la fama que el curita tiene. Lo que entusiasma de amor a las mujeres es oir su música sagrada. Porque es un extraño fenómeno. La música de Perosi, analizada artísticamente, no tiene la severidad, la austeridad, la religiosidad de las músicas místicas. No es una música que eleve a mundos de virtud, de paz, de oración, de sosiego. La música de Perosi es ardiente, es cálida,

es apasionada, es varonil. De sus melodías brota una voluptuosa sensación carnal. Oyéndola, el ardor de la fiebre enrojece la sangre... Sucede con ella lo que con las diabólicas poesías de Santa Teresa de Jesús. Quitándoles el nombre de la Divinidad, son explosiones de amor salvaje y fuerte. Es un amor histérico de locura y de fiera.

* * *

El 20 de Julio, por invitación del amable ministro doctor Blancas, tuve ocasión de asistir a la ceremonia realizada en la Capilla Sixtina, con motivo de los funerales de León XIII. Perosi dirigió el "Benedictus" con un trozo del cual obsequió el maestro a "Caras y Caretas". Pues bien, el éxito fué el de todos los años. La inspiración de Perosi no decae. Crece.

Cuando su música vibró en el templo, hubo en todos los ánimos una profunda sensación de misticismo raro. Y así sucede siempre Hay en sus obras algo de Dios y no poco del diablo.

* * *

Ahora Perosi está mal de salud. Vive en las montañas con su vieja madre. El exceso de trabajo ha debilitado su cerebro. Pero no se queja. Todos los días viene a Roma. Va, trotando humildemente por las calles, hasta la "Scuola Pía Pontificia", donde instruye a más de 60 alumnos que cantan en la Capilla Sixtina. Allí fundó la "Escuela Cantorum", en 1904. Como Mascagni o como Puccini, pudiera ganar mucho dinero recorriendo los teatros. O haciendo óperas... Pero él no quiere. No quiere ir a París. Ni a América... Y es saludable la lección de orgullo que nos da: pudiendo ser millonario, se conforma con llevar la sotana raída. Hace poco un editor imprimió sin su permiso un "oratorio". Perosi lo demandó ante la justicia. Le pagaron una indemnización de cincuenta mil liras. ¿Sabéis lo

que hizo? Dió las cincuenta mil liras a un asilo de pobres... ¿Y sabéis cómo escribe sus obras? Pues, en el mismo colegio. Mientras los alumnos repasan su lección, él borronea sus notas sobre un papel cualquiera. A veces, yendo por la calle, se le ocurre una idea. Se arrincona contra un muro y en el puño de la camisa la consagra, la apunta. Desprecia, como un niño, las drogas rancias de la toilette mundana. Es un hermano digno de Teresa la Santa.

Roma, Agosto, 1908.

El alma loca de Salvador Rueda

Queréis una sorpresa? Os la daré. Pero, en cambio, os pido que calléis. Que vuestros blancos dientes, armoniosa señora, no se asomen para morder con ironía la fe de mis creencias. Os prohibo la risa.

—¿Y la sonrisa?

—También. No hay que sonreir de las cosas extrañas. En ellas palpita la trágica virtud de Dios. No hay que sonreir de los fantasmas que embellecen la vida de los quijotes pensativos. Hace ya tiempo que los locos, los genios y los niños, se dieron la mano por arriba de los manicomios y por debajo de los evangelios. El vulgo dice por boca de los cuerdos, que yo cometo a menudo un error. Un delito... ¿Cuál? Llamo locos a todos los artistas. Pero todos los artistas son unos eternos locos celestiales Unos divinos locos que teniendo siempre a mano las estrellas, se mueren de obscuridad, de tristeza, de hambre... Cándidos e ingénuos locos de los cielos que no llevan como los idiotas su locura en el cràneo, ni en los ojos, ni en el gesto. La llevan, como Cristo, en la sangre, en el espíritu, en el alma.

—¿Y la sorpresa?

—¡Ah! He aquí, condesa, que os quiero presentar un loco a quien conocéis mucho. Pero no os lo quiero presentar como poeta. Sería inútil. Como poeta ya lo cono-

céis. Habéis leído sus versos. Eso basta. Habéis saboreado su musa agreste y deliciosa que canta, que sueña, que blasfema, que ruge, que apostrofa, que reza, que lucha y que delira. Musa que cuando canta, canta para las madres. Musa que cuando lucha, lucha contra los leones. Pero lo que no conocéis es algo más exquisito. Se me prohibe que lo diga. Es un pecado. Y por eso lo digo...

—¿Qué es?

—No, señora. No tengáis temor. Es un misterio que, aquí, en España, todo el mundo murmura. Mas, nadie se atreve a decirlo en alta voz. ¿Conocéis a un poeta autor de versos dulces, vigorosos, llenos de sol, bellísimos, que se llama...

—¿Será Salvador Rueda?

El mismo. Sí. Lo conocéis. Pues bien: Salvador Rueda está loco... He ido a verlo y me ha dicho cosas magistrales. Es el hombre más original, más subterráneo y más sencillo que haya yo frecuentado en esta tierra. Su aspecto nada dice. Pero inquieta... Al verle pensáis en los compatriotas del Riachuelo. Su pequeña figura es la de un mozo bravo del suburbio porteño. El saco, con hombreras, es de un gris muy antiguo. El chambergo, de alas moreirescas, contribuye a dar mayor exactitud a la imagen del compadrito criollo. Hasta lo parece en su modo habitual de apoyarse contra el muro. Viéndolo, creéis que bajo el chaleco esconde la daga luminosa. Hacedle hablar y veréis que, en verdad, lo que tiene bajo el chaleco es algo luminoso. Pero no es una daga. Es su corazón... Cuando habla, su cara, de facciones toscas, se ilumina con una inocencia de mujer. Os habla en frases entrecortadas. Sobre sus labios las palabras tiemblan. Se retuercen. Lloran... Os dice bellas cosas ingenuas. Divinas tonterías... Si vais a visitarlo a su modesta habitación — Glorieta de Quevedo número 7, segundo derecha, Madrid — os llevará

al balcón. Allí os dirá lo que sufre. Os contará que sufre un mal horrible. Un espantoso mal... No puede salir solo a la calle. Los carruajes y la gente lo marean. Si tiene que cruzar de una acera a la otra, hace que alguien le lleve del brazo, y él cierra los ojos... ¡Pobrecito!... Sin embargo, es vigoroso el talento de este poeta insigne, — gloria de España, como dijo Mendés. — Poeta insigne de quien Querol ha burilado, en vida, un monumento... Y viéndolo, oyéndolo, pensáis en todo lo tan hermoso, tan fuerte, tan intenso, que ha brotado de esa pobre alma loca... Ahora está empeñado en una noble lucha americana. Dice que los americanos deberíamos tener una literatura propia. Que no debemos recurrir ni a la literatura de Inglaterra, ni a la de la Francia, ni a la de Noruega, ni a la de Barataria. Oid lo que me ha dicho:

—¿No tienen pampas? Pues canten a las pampas. ¿No tienen sauces? Pues canten en los sauces como los zorzales y no como los pájaros de Europa...

* * *

Y en seguida háblame de su enfermedad:

Tengo los nervios hechos un remolino. Pronto me practicarán una grave operación. Me han dado varias veces cloroformo. Dicen que algunos cloroformizados no retornan a la vida. Se quedan en el éxtasis eterno. ¿Si me moriré por fin en ese sueño artificial que suprime el dolor humano? ¡Qué miedo! Desde niño me asalta la preocupación de la muerte Es mi única infelicidad. A veces la visión de un entierro me recluye en casa y sufro ataques de asombro y de pavor. A veces mi olfato se irrita. Siento olor a cadáver. Quién habría de pensar leyendo mis obras, que en mi cerebro ha hecho nido el pájaro de la muerte. Pero, aparte de esa sombra trágica, soy robustísimo. El doctor Tolosa Latour, un gran médico de niños, es quien me suministra el cloroformo. ¡Qué horror! Dios me libre del sueño total. Aun tengo que pulsar la lira y quién sabe si hasta ir a

América. Allí me quieren mal porque les pido una literatura propia... ¿Verdad? Un periodista de mate amargo me criticó en un diario de Buenos Aires. Pero, ¿qué importa? Era un periodista machorro de literato. Cada cual cumple su misión en la tierra. Hay ladridos que coronan de triunfo como los aplausos...

Después sonríe. Y os abraza. Os aprieta contra su corazón. Y os pide disculpa. De repente os dice que sus obras literarias valen poco. Pero de improviso su modestia se transforma. Su alma loca, loquísima, se indigna y levanta al cielo un penacho de orgullo. Es un gran poeta. Ante él, nuestro canario tropical palidece. Los astros, el arte y la poesía le han enloquecido. Y tenía que ser así... No se nace impunemente en la cumbre de una montaña. Salvador Rueda nació en Málaga. En una aldea llena de elevados montes. En Benaque... ¿Comprendéis? Cuando niño, bebió, allá arriba, demasiado sol. ¡Ojalá ningún médico cure su embriaguez celestial!

Una entrevista con S. M. el rey de España

—¡El Rey!

En el alma europea esta palabra retumba con mayor elocuencia que en nuestros oídos. América no ama a los reyes. Tampoco los desprecia. Los admira. Los ve con ojos terrenales. Nada más. Y es bastante... En Europa no acontece lo mismo. La ley atávica pone un velo en los ojos... En América un monarca no produce más emoción que un presidente. Por eso tal vez se nos llama salvajes. Si a Buenos Aires llegara un rey, la gente exclamaría al contemplarlo:

—¿Ese es un rey?

—Sí.

—No. ¡Es un hombre rico!

Y como a hombre rico, las bellas criollitas estancieras, lo llenarían de flores y de... En este viejo mundo sucede lo contrario. Aquí nombrar al rey es persignarse. Hay mucha devoción de antigüedad. Las clases superiores, las clases aristócratas, son las que más devotamente miran a las testas regias. En cambio, el pueblo, el bajo pueblo que sabe las verdades más pronto que los sabios, comienza a tener para los monarcas una sonrisa irónica. Se ve que ya los reyes no caben en el

mundo. Ni en la vida febril del siglo de las huelgas. Un rey requiere un teatro. Shakespeare mató con su lirismo a los reyes. Las óperas concluyeron de poner en ridículo su figura imponente... Cuando un rey habla, aunque sea a su criado, se supone que lo hace con música de Wagner... Figuráos aquello de:

—¡Alcánzame las medias!... do, re, mi, fa, sol...

Es horrible. Sin embargo, en Europa el progreso de las ideas liberales no tiene tantas estatuas como en América. Todavía se tiembla cuando pasa el rey. Aun los nervios se agitan cuando la figura de los últimos reyes — Guillermo, Eduardo, Víctor Manuel, Alfonso, — pasa altiva y radiante entre gente que se pisotea por mirarlos...

Por eso, cuando se supo que yo deseaba realizar el pedido de la revista "Caras y Caretas"; cuando se supo que yo deseaba conversar con su majestad el rey de España, la gente me miraba como se mira a un loco. Miraba la impaciente máquina fotográfica de mi compañero, el reporter gráfico José de Arce, como quien ve fantasmas en el aire. Hasta el entonces ministro en España, doctor Roque Sàenz Peña, con toda amabilidad, quiso quitarme de la cabeza la estupenda intención de ver al rey.

—¿Pero no sabe usted que los reyes no quieren conversar con ningún periodista? Cuando en Palacio hay una ceremonia, los periodistas se quedan en la puerta... Allí esperan.

—Pero es que vengo de América. Tengo sangre fría. Soy indio. Quiero hacerle un reportaje.

—¿Un reportaje? ¿Pero no sabe usted, hijo mío, que a los reyes no se les puede interrogar? Ellos hablan. Los demás contestan.

—No importa. Mejor para mí... Dejaré que el rey me haga preguntas. Será un bello espectáculo. Será la primera vez que un rey haga un reportaje a un periodista.

Sáenz Peña se sonrió. Ha sido periodista. Pero no pudo hacer nada. Tuvo que irse al Congreso de La Haya. Me quedé sin ayuda. Pero vencí. Saltando por encima de todos los protocolos, obtuve la audiencia. ¿Vale la pena de contar la odisea? No le interesa al público. El rey de España me concedió una audiencia. Basta. Fuí. Mi imaginación no resiste, ni mi memoria tiene el espacio suficiente para guardar la imagen de tanto salón, de tanta sala, de tanto cuadro, de tanta galería, de tanto portero, de tanto lacayo, de tanta gente noble que hay que conquistar con sonrisas y genuflexiones. Aquello es estupendo. En las puertas de entrada, la infantería, la caballería, los alabarderos, la policía... Después los porteros de pantalón corto, guante blanco y el pecho lleno de medallas. Al pasar, los alabarderos os miran y os detienen. Mostráis el permiso. La papeleta de la audiencia... Luego os hacen entrar a un salón granate. Después os llevan por un frío corredor. En seguida, os van deteniendo más porteros, más lacayos, más mayordomos. Todos de guante blanco y el pecho lleno de medallas. Luego pasáis a otro salón. En seguida a un saloncito. Después os obligan a cruzar un patio. Un alabardero, de perita, os detiene. Mostráis la contraseña. Subís una escalera. Llegáis sin aliento. Otro alabardero. Os impide el paso. Seguís. Ascendéis por una nueva escalera. Véis un piquete. Un oficial. Un lacayo. Adelante. Un alabardero os ataja. Continuáis. Un caballero de frac os lleva a un saloncito Esperáis allí muchos siglos. Esperáis tanto, que cuando vienen a llamaros, tenéis que miraros al espejo para convenceros de que no sois ningún cadáver encontrado en Pompeya... Otro caballero de frac os lleva a otro salón. En silencio os hace sentar. Un alabardero, firme, vigila la puertecita sagrada, detrás de la cual S. M. tiene el gabinete de las audiencias personales. A todo esto, vuestra imaginación, movida por tan peligrosas aventuras, se siente llena de un temblor de miedo.

Creéis vivir en plena novela de reyes mágicos y de palacios encantados. Se llega hasta pensar que un rey debe tener en la sangre algo de Dios. Y es tan fantástica la liturgia con que rodean al rey, que cuando llegáis al fin de salas y salones, cuando el imponente alabardero de la última puertecita azul, detrás de la cual está el monarca, os hace poner de pie, pues viene el secretario, sentís grandes deseos de correr, de escaparos, de meteros debajo del sillón, de esconderos en las colas del frac... Pero viene el secretario y os dice:

—Entrad:

Entráis. Y creéis que os espera un ser supraterrestre. Creéis que os va a recibir un rey muy malo. Un Borgia. Un Napoleón. Un tigre... ¿Y qué veis? ¡Oh, sorpresa! Véis... Mirad lo que yo ví.

Ví un jovencito. Un Felipe IV sin vejez. Un muchacho alto, delgado sin ser flaco. Una cara pálida. Muy triste. Dos grandes ojos bellos, que parecen asombrarse de estar en esa cara. Al entrar, me detuve. Saludé... Su majestad se puso de pie. (Aquel hombre que se ponía de pie, ¿era un rey?...) Sonrió, al sonreir, la cara del monarca perdió toda tristeza Una risa sana de hombre alegre, le iluminó la faz. Me dió la mano. La estreché con fuerza. Hízome sentar. Después del terror que me habían infundido los alabarderos, aquel rey bueno, aquel rey amable, aquel rey siglo XX, aquel rey tan inteligente — aquel rey que sabía estrechar la mano de un periodista anónimo con el afecto de un compañero de la infancia, — aquel rey me pareció un rey digno de España. Un rey caballero. Un rey de alma española. Con mucho de Don Quijote y de Tenorio. Con mucho de Campeador y de patio andaluz... Con mucho de poeta Con mucho de ¡olé!. Con mucho de genial y con mucho de artista... Convencéos. Este regio muchacho, cuando haya sufrido un poco de experiencia y de años, será el único que podrá traer a la fogosa España una

resurrección de antiguos predominios. Otro rey no resistiría la evolución de las nuevas ideas. Este rey, a quien los enemigos del trono acusan de enfermo, de neurasténico, de austriaco, posee una inteligencia que le coloca muy por encima de los otros reyes. Es un rey con alma americana. Me habló con entusiasmo de la República Argentina. Oidlo:

—Hay allá muchos españoles. Es una tierra a donde voy muy a menudo con el corazón y con la fantasía.

—Los argentinos sienten por vuestra majestad gran cariño.

—He tenido ocasión de conocer argentinos de gran talento. El doctor Sáenz Peña — mi amigo, — es una brillante personalidad intelectual. He oído en el "Ateneo" de Madrid su hermoso discurso sobre la doctrina de Monroe

—También el doctor Drago... — dije yo para sacarle una reflexión de contrabando.

—¡Ah! ¡sí!... Leo con interés las discusiones que suscita la doctrina Drago...

—Parece que en La Haya ha sido recibida favorablemente...

El rey comprendió. Recordó que era rey. No podía decir su opinión franca. Por eso, golpeándome el hombro con una familiaridad típica en él, cambió de tema.

—También tienen ustedes por allá muchas chicas hermosas. He conocido algunas damas bellas y gentiles. Hace poco conocí a las señoritas de Onrubia. ¡Qué encanto!

Y en seguida:

—¿Conoce usted el tiro de paloma? Es un local espléndido. Vaya a verlo. Le gustará. Le haré dar un permiso para ver La Granja... Y muchas gracias por el hermoso regalo de "Caras y Caretas". Es precioso. Me admira mucho la exactitud de los detalles en esa reconstrucción gráfica del atentado de la calle Mayor, hecho por su revista pocos días después del incidente...

(Su Majestad se refería al ejemplar que contenía la reconstrucción del carruaje destrozado por la bomba de Morral, y cuyo dibujo, obra del maestro José María Cao, fué hecho con detalles transmitidos por el telégrafo).

—Es admirable — agregó.

—Señor, es obra de un español.

—¡Oh!

En seguida, al despedirme, aproveché la ocasión de pedirle un autógrafo Un saludo del rey transmitido por intermedio de "Caras y Caretas" a los españoles residentes en la República Argentina.

—¿Cree usted que en la República Argentina me quieren?

—En todas partes, señor.

—Bueno. Perfectamente. Pero... allá no quieren a los reyes.

—Señor: en América queremos a todos los hombres buenos. Pero vuestra majestad es querido, más que como rey, como hombre de temperamento democrático, y además, por las simpatías personales que despierta su carácter humanamente amable...

—Vaya, vaya... Bien se ha ganado usted el autógrafo.

—Si fuera para vuestra majestad una molestia...

—No, hombre. Al contrario. Se lo daré mañana en La Granja.

Me estrechó otra vez la mano. Me incliné. Y salí pensando que Alfonso XIII era la personificación más legítima de un alma hermosa y grande, gloriosa y adorable: el alma de su pueblo, el alma de su tierra de sol y de altas cumbres: ¡España! Y en mi sangre sentí que ardía como olvidada tea, una secreta devoción atávica... Después pasé, como establece la costumbre, a saludar a su majestad la reina. Le besé la bella mano rubia. Y salí. Salí con el corazón que parecia un jardín primaveral lleno de rosas frescas...

Juan Zorrilla de San Martín

—¿Es un poeta joven?

—No. Siendo católico no puede sentir devoción por el diablo. Luego, no es joven.

—¿Es, entonces, un viejo?

—No. Tampoco. No puede figurar entre los poetas con vejeces de Guido.

—¿Entonces?

No es viejo. Ni joven. Ni usa larga melena. Ni vive de la luna. Es — como todos los poetas, — un poeta, — Es — como todos los cisnes, — hermano de los leones. Nada más... Pero es, tal vez, el último zorzal americano que nos queda en el monte. Es, por lo menos, el único poeta cuyos versos tienen sangre charrúa. Su musa no conoce modistos ni modas de París. Es una musa agreste. Es selvática. Es ruda. Es varonil. Y hasta evangélica... Además este poeta lleva un soberbio pedestal por nombre.

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

Ya véis. Su nombre es formidable. Encierra la onomatopeya de una canción de guerra. Parece una bandera de combate. Simula un toque de clarines guerreros. Pronunciarlo, es quemar dinamita. Es animar el alma de los tristes. Es un nombre capaz de ser llevado por

un emperador. O más bien: es un nombre de artista. Así debió llamarse Napoleón. Y Víctor Hugo. Y Cambronne:

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

¿Queréis conocerlo? Vamos. Subid. Vuestros pies hollarán una blanca escalera muy antigua que ha visto subir muchas grandezas. Y que, también, ha visto bajar muchas derrotas. Aquí vivió un ex presidente. Fué rico. Más que rico, fué pródigo. Hace poco falleció en la miseria. Esta casa es famosa. Las paredes guardan misterios que no se atreve nadie a revelar en voz alta. Sus techos cobijaron historias que hoy las abuelas cuentan en secreto. Sus patios sirvieron de escenario a cosas lamentables. En esta casa vivió Pedro Varela. Y vedla. Ahora està silenciosa. Callada. Es una casa muda. Aquí vive el poeta. Se diría que es la torre de un filósofo. De un filósofo amigo de los astros que quisiera vivir cerca del sol. ¡Es tan alta! Tan alta... Pero ¡ah! Subid. Os dejaba soñar en la escalera. Ya estamos. La puerta se franquea sin estorbo. Los poetas no usan antesala. La aristocracia del talento no conoce porteros. Adelante.

—¡Lo véis? Aquel es Juan Zorrilla de San Martín...

—¡Oh!

Sí. Asombráos. Ese hombre pequeñito, tan insignificante, os hiere con su aspecto de prosaico tendero. Es, en cambio, el padre genial de "Tabaré". Ese hombre que véis allí sentado es quien hace temblar los corazones cuando su voz estalla en la tribuna. Ese hombre tan vulgar, de recia cabellera, de mirada sonriente, es el mágico cantor de "La Leyenda Patria". Y ahora que ya le conocéis, miradle bien. Comtempladlo mejor. Os mira. Os ve por vez primera. Pero ya es vuestro amigo. Se levanta. Viene hacia vos. Trae los brazos abiertos. Os abraza... Inquieto. Movible. Sonríe. Sonríe con sonrisa infantil. Habla. Se sienta. Pónese de pie. Acciona como un predicador. Sonríe nuevamente. No os conoce y ya os quiere. Es así. Es bueno. Es cándido.

Es ingenuo. Es un niño. Y es, por encima de todo, un devoto sin mancha de Jesús. Es muy cristiano. Con fervores sinceros practica la doctrina católica. Y la defiende con la pluma, con la palabra, con la vida. Lucha sin rencores amargos. Lucha sonriendo. Lucha con armas que duelen, pero que no lastiman Sobre la peana de la controversia, sabe ser humano y ser apóstol... Y sabe transigir. ¿Queréis un ejemplo? Preguntadle:

—¿Qué piensa usted del señor Batle y Ordoñez?

En seguida os dice lo que piensa. Y os dice que si el ex presidente combatió el clericalismo, no por eso dejó de ser un caballero. Un hombre inteligente. Y agrega:

—Ha sido un gobernante del cual no debemos quejarnos todavía.

Lo mismo elogia a Rodó. Especialmente por su defensa en pro de los crucifijos expulsados de la fría pared del Hospital. Pero no le habléis de temas tan amargos. Habladle de sus versos. Y veréis entonces su modestia salvaje. Modestia que lo perjudica para el vulgo. Pero es una modestia que lo eleva:

—Soy un hombre sin méritos. Mi país no ha necesitado nunca nada de mí. Hace tiempo que no escribo versos. ¿Para qué? Mis mejores producciones son mis hijos.

La voz del poeta tiene sonoras, suaves, dulces variaciones En la conversación íntima es un "causseur" de diplomacia. Encanta. Habla de todo. De todo y profundamente. Su conversación tiene nerviosismos de histeria. Mientras lo escucháis, véis que se mueve. Se mueve con inquietud febril. Camina por la sala. Toma un libro. Lo abre. Lo cierra. Alza en sus brazos cariñosos a su bella nietita. La besa con unción de abuelo... En tanto que juega con sus hijos, os habla sabiamente de Carlyle... Os golpea la espalda. Aunque no sepa quién sois, os brinda su amistad cual una joya. Si le decís vuestro nombre, de seguro no os conoce. Pero eso ¿qué importa? Es vuestro amigo... Y basta. Si

queréis ver al desnudo su entusiasmo por las reliquias sacras, habladle de Jerusalén. Ha escrito un libro sobre el "Huerto cerrado". Es un libro maravilloso. Bello por el estilo. Raro por su ingenuidad. Fértil por sus ideas. Habladle de arte.

—¡El arte es la verdad! — dice.

Después, pedidle que declame. Cuando recita es estupendo. Su voz es arpa. Es órgano. Es orquesta. Primero habla sus versos. Luego los canta. Los grita. Los llora. Los reza... Hace vivir las estrofas de "La Leyenda Patria" con una fuerza de vigor que domina, que arrebata, que subyuga, que arrastra. Teniendo una estatura tan pequeña cuando recita crece. Se estira. Se agranda. Se enormiza. Y de jilguero se convierte en águila...

Salís. Y al iros, lleváis en los oídos el susurro de los sauces movidos por el viento. Creéis oir el lejano canto del sabiá melodioso Y sentís hasta el perfume del resedá, del urucú, del trébol. Al salir, soñáis con epopeyas, con idilios, con tragedias, con amor, con odios. Véis en la imaginación el épico juramento de los 33 libertadores que rompen una férrea cadena en la "Agraciada... Y después, "Tabaré"... Véis cómo: — "¡cayó la flor al río!..." Véis a Blanca que se abraza con pasión y con delirio al cuerpo agonizante del pobre Tabaré... Y en seguida os precipitáis de las estrellas. Caéis. Os acordáis de una verdad terrible... Pero lógica. Pensáis que este hombre que os ha hecho sentir tanta belleza; pensáis que este hombre que es tan bueno y tan sabio desempeña un modesto empleo en una empresa comercial. En el Banco de la República. ¡En su misma patria! ¡Oh, los profetas! Es vergonzoso. Los pueblos son ingratos con sus futuros ídolos. Hoy el silencio. Mañana los himnos... Ahora el olvido. Después las estatuas. ¡No hay que ser tan cruel con los zorzales! No olvidéis que si cantan, también

comen. Es misión de los pueblos valerosos endulzar la vida de los condenados a la gloria del arte...

Zorrilla de San Martín es uno de ellos...

Montevideo, 1906.

La vida artística de un obispo argentino

UN obispo, simplemente?

—Algo más.

Monseñor Bazán y Bustos es algo más humano que un obispo. Es un prelado que, además de todas sus virtudes posee otra virtud: "es un artista".

Entre sus méritos teologales cuenta el don divino de adorar el arte por el arte... Pablo II y Clemente VII, los ilustres amigos de Cellini, y Julio II, el augusto protector de Miguel Angel, le llamarían con honra:

—"¡Hermano en Dios y hermanos en la belleza!"

Aquellos sabios pontífices del Renacimiento que veían la gracia del Altísimo en las artes del hombre, tienen en monseñor Bazán y Bustos un sacerdote de sus creencias. Es un romántico. Es un soñador. Es un lírico.

Con los ahorros de su prebenda — es decir, "con más ingenio que doblones" -- este obispo singular ha recorrido el mundo buscando obras artísticas. Con ellas ha hecho de su humilde obispado entrerriano un museo como no existe otro igual en América. Pacientemente, a semejanza de un bohemio del arte, ha visitado las grandes y pequeñas ciudades. Se ha metido en los grandes

palacios arruinados de Europa. Ha hurtado en los cambalaches del Campo dei Fiori y en los burgos judíos de Roma, donde entre los escombros de algunos ilustres hogares venidos a menos halló en subasta maravillas de genio... Murillo, Guido Reni, el Correggio, Carracci, Palme, Juan Francisco Barbieri, Dominiquino, Rubens, Españoleto, Dolci, etc. Con el escalpelo de su erudición artística, monseñor supo encontrar cuadros de pintores célebres, extraviados entre cromos vulgares y copias crueles... Anduvo por Oriente de donde trajo joyas de arte bizantino. Fué al Perú. Fué a Bolivia. Paseó por las ruinas incásicas, su inapagable curiosidad de esteta. Su sed de lejanía... En las viejas iglesias indígenas adquirió cuadros de trescientos años en pago de sermones. Y de ese modo, devotamente, pacíficamente, franciscanamente, su hermosa colección ha venido a ser el resultado de una larga paciencia de soñador andante...

Sencillo como un poeta pobre, monseñor Bazán y Bustos sale a la escalera a recibirnos. Me acompaña un gran pintor argentino, Antonio Alice, que ha venido a Paraná conmigo al sólo objeto de visitar este museo.

—Pasen ustedes, señores. ¡Hónrenme con sus manos!...

Nos estrecha las manos. Hay tanta gentileza en su ademán como en su frase. Espaciosamente cruzamos con él las salas solemnes desde cuyos muros muchos cuadros famosos ponen en el aire la serenidad de los siglos que tienen. Frente a cada cuadro monseñor se extasía. Nos explica el origen del cuadro. Repite con unción el nombre del autor. Sintetiza su historia:

—Este es el "Milagro de San Antonio", de Domingo Zampieri, "El Dominiquino". Es auténtico. Procede—como la mayor parte de los cuadros de mi colección—del palacio Bruschi, de Roma, que actualmente ocupan las oficinas del ministerio del interior.

—Este otro cuadro es de Pablo Caliari. ¡Es auténtico también! Nada menos que de Caliari, llamado "El Veronés". Se titula "El criado de Abraham y Rebeca".

—Aquí tenemos — nos dice — un "Van Dyck". Es "El bautismo del Salvador". Obra del 1600. ¿Es hermosa, verdad? ¡Qué vigorosa entonación! ¡Qué verismo!... Aunque en esta tela todo ha sido tratado con delicadeza suma, me agradan sobremanera las actitudes naturales de Jesús y del Bautista y muy en particular el brazo derecho de San Juan y la rodilla del Salvador. ¡Qué ejecución tan primorosa! ¡Vean! ¡Vean, ustedes! La anatomía más exigente rivaliza en este cuadro con la pastosa morbidez del desnudo.

En seguida su admiración se hace silencio. Pero no puede contenerse. Estalla:

—¡Qué magia la de Van Dick! ¡Qué manera la de pintar la suya, en especial la carne de los cuerpos! Vean, ustedes... A través del cutis se transparentan los músculos, las venas, los huesos, los nervios, la sangre. Esto ha dado a Van Dick, el dominio de una variedad infinita de tintas, ya sea por el color propio de estas substancias, ya sea también por el reflejo de la luz que diversamente los colora. De ahí le enorme dificultad de pintar la carne con la transparencia que le es propia.

De súbito, el ilustrado obispo se interrumpe. Ha visto que el pintor Alice deja de mirar el "Van Dick" para fijar los ojos admirados en un cuadro chiquito. Es una dulce madona con las manos en rezo...

—¿Qué mira, Alice?

Alice parece que bajara de un sueño.

—No miro. Admiro las manos de esta preciosa madonina angélica. ¿Un "Sassoferrato", sin duda?

—¡Oh, sí! Un "Sassoferrato" — exclama monseñor sobrecogido de un encanto místico. — "¡Y cómo se comprende que es usted un artista hondo y sincero!

¡Se ha entretenido en contemplar ese admirable prodigio de arte ante el que suelen pasar fríos los pobres inocentes!

Después de admirar mudo, tácito, con recogimiento, la pequeña imagen de la virgencita, el obispo exclama:

—¡Sí! ¡Las manos, sobre todo!... ¡Cuánta dificultad vencida! Lo más difícil de pintar son las manos. Es la verdadera piedra de toque para aquilatar los méritos de cualquier artista. ¿Quien sepa pintarlas a perfección puede titularse autor de obras maestras... ¡Observen ustedes la luz que pasa por entre esos dedos! ¡Qué perspectiva tan limpia la que presenta el fondo de las dos manos unidas. ¡Qué escorzo tan admirable el que resulta de ese dedo meñique! ¡Oh! Un ángel ha llevado el pincel del gran Sassoferrato.

Y así continuamos a través de las salas del obispado. Tenemos las pupilas fatigadas de emoción. Es la emoción que nos trasmiten las paredes. Tenemos los oídos llenos de música. Es el lirismo que fluye en los labios de aquel monseñor argentino que ama a Dios en las obras artísticas del hombre.

—¿Se asombran, ustedes?

—Es raro, en efecto. Un obispo...

—Los obispos somos también de carne y hueso. Ya lo dije en el prólogo de mi libro "Arte". Si alguna vez existieron los Catones, ya pasaron... Los mortales, para ser útiles, necesitan reposo. El descanso es una razón de estética, amigos míos. Esta colección es el fruto de mis horas perdidas. Es la flor de mis actos, nacida después de mi labor sacerdotal... En mis horas de descanso "a solas, sin testigos, libre de amor, de celos, de odio, de esperanza, de recelos" — como dice fray Luis de León — me dedico a mis telas. Las contemplo. Creo revivir. Rejuvenezco... Mis achaques se evaporan. Huyen. Me siento "contento"... ¿Y qué es el "contento"? Sainte-Beuve nos responde: Estar "contento" es estar "contenido"; lo dice la palabra: es decir,

"contener" nuestros anhelos en los términos que Dios nos demarca. Estamos en el mundo para estar "contentos" y no para estar a "nuestro gusto". El "contento" — término relativo — es el verdadero nombre de la "felicidad".

Y, en efecto, monseñor Bazàn y Bustos es un hombre feliz. Amolda su vida a la porción de dicha que posee, como el pájaro que canta sabiendo que la primavera es transitoria... Su filosofía de hombre del norte tiene mucho de ensueño. No en vano ha nacido en La Rioja... Pero, a pesar de ser hombre de tierra adentro su vida estuvo siempre en los caminos. Vida con ruedas. Vida de buque... Nació en Villa del Rosario de Tama. De niño se fué a Córdoba. Allá inició sus estudios eclesiásticos. En 1882 — a los 15 años de edad — se embarcó para Italia. Ingresó en el colegio Pío Latino Americano de Roma. En la célebre universidad Gregoriana se doctoró en filosofía y teología. Regresó a Córdoba como profesor. Actuó en el periodismo. Hizo versos. Se marchó a La Rioja como vicario foráneo. En su provincia natal fundó escuelas para obreros. Levantó la iglesia matriz de La Rioja con un gusto artístico tan exquisito que llenó de encantos a Joaquín V. González y asustó a las chicharras. En 1910 lo eligieron obispo de Paraná, celebrando el primer Sínodo Diocesano de su jurisdicción Después, inquieto siempre, realizó varios viajes a través del mundo. Escribió un libro sobre Oriente y otro sobre su viaje a Bolivia, Perú y Chile. Su crítica a "Lourdes" de Zola, en un libro también. "La vida de San Nicolás de Bari y apuntes históricos sobre su milagrosa efigie que se venera en La Rioja", un tomo de brillante interés literario. Los programas de enseñanza religiosa que rigen en los colegios católicos y el nuevo plan de estudios de los seminarios, aprobados por el episcopado argentino, son obras de monseñor Bazán y Bustos.

—Es usted un hombre infatigable.

—Al contrario. Me fatigo. Soy humano... Pero, cuando me canso, acudo a mis libros. Recurro a mis cuadros. Tras del ejercicio intelectual de la contemplación o de la idea, me levanto tan fresco como... ¿Cómo qué? Como un jarro de aloja de mi terruño mágico...

Y al rememorar el néctar de los dioses riojanos, el obispo mueve los labios húmedos. Los ojos le brillan detràs de los anteojos con la misma humedad de los labios. Sus ojos parpadean como mirando un cuadro. Como si contemplara una obra de arte... Acaso monseñor ve, a lo lejos, una obra artística de Dios; las cumbres nativas. Tal vez añora las montañas que viera al nacer, desde la cuna, al través de los resquicios del rancho de paja y de barro que abrigó su inocencia. Quizás piensa en la madre. (Los ojos le brillan...)

—Este obispo es un hombre — me dice Alice.



"AMERICA LITERARIA"

En nuestro próximo número, que aparecerá el 25 de Septiembre, se publicará

Tres Poemas

del gran poeta colombiano **GUILLERMO VALENCIA**

TALLERES GRÁFICOS "BAYARDO"
DE FRANCISCO LORENZO & CÍA.
J. B. ALBERDI 451 — BUENOS AIRES

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES - Nº. 5

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, Ciencias y Letras.

TRES POEMAS

de Guillermo Valencia



BUENOS AIRES
25 de Septiembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Anarkos

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.
FEDERICO NIETZSCHE.

En el umbral de la polvosa puerta,
sucia la piel y el cuerpo entumecido,
he visto, al rayo de una luz incierta,
un perro melancólico, dormido.
¿En qué sueña? Tal vez árida fiebre
cual un espino sus entrañas hinca
o le finge los pasos de una liebre
que ante sus ojos descuidada brinca.
Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza,
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día,
para tornar a su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,

y de esa tumba miserable saca
tiras de piel, cadáveres de cosas.
Entretanto, felices compañeros
sobre la falda azul de las princesas
y en las manos de nobles caballeros
comparten el deleite de las mesas;
ciñen collares de valioso broche,
y en las gélidas horas de la noche
tienen calor, en tanto que el proscrito
que va sin dueño entre el humano enjambre,
tropieza con el tósigo maldito
creyendo ahogar el hambre,
y en las hondas fatigas del veneno
echado sobre el polvo se estremece,
fatídico temblor le turba el seno,
y con el ojo tímido, saltado,
sobre la tierra sin piedad fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
al bardo sólo que a su lado pasa,
atedia la frescura de su boca,
"donde nítidos dientes
se enfilan como perlas refulgentes"...

Mísero can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de su pena;
es su cansancio igual a tu fatiga,
como tú se acurrucan en los quicios
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de obscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.

Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones,
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
¡los degüellan las ráfagas de tisis!

Los mudos socavones de las minas
se tragan en falanges los obreros
que, suspendidos sobre abismo loco,
semejan golondrinas
posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cucuyos,
trémula y amarilla,
perfora obscuridad su lamparilla;
sobre vertiginosos voladeros
acometen olímpicos trabajos,
y en tintas de carbón ennegrecidos,
se clavan en los fríos agujeros,
como un pueblo infeliz de escarabajos
a taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
vierten sangre; sarcástica retumba
la voz en la recóndita huronera:
allí fué su vivir; allí su tumba
les abrirá la bárbara cantera
que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
o frenética y ciega y bruta y sorda
con sus ojos de piedra los aplasta.

El minero jadeante
mira saltar la chispa de diamante

que años después envidiará su hija,
cuando triste y hambrienta y haraposa,
la mejilla más blanca que una rosa
blanca, y el ojo con azul ojera,
se pare en remirarla, codiciosa,
al través de una diáfana vidriera,
do mágicos joyeles
en rubias sedas y olorosas pieles
fulgen: piedras de trémulos cambiantes,
ligadas por artistas
en cintillos: rubíes y amatistas,
zafiros y brillantes,
la perla obscura y el topacio gualda,
y en su mórbido estuche
de rojizo peluche,
como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa,
sus ojos clava, de un azul intenso,
en las joyas, cautiva
de algo que duerme entre el tesoro inmenso:
no es la codicia sórdida que labra
el pecho de los viles;
es que la dicen mística palabra
las gemas que tallaron los buriles:
ellas proclaman la fatiga ignota
de los mineros; acosada estirpe
que sobre recio pedernal se agota,
destrozada la faz, el alma rota,
sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
de la raza minera
en los astros más hondos de la hullera:

¡loor a los valientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que, en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

¡loor a los valientes campeones
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

El zafiro recuerda
a los trabajadores de las simas
el último jirón de cielo puro
que vieron, al mecerse de la cuerda
que los bajaba al laberinto obscuro:

¡loor a los sepultos campeones
que no verán ya el cielo
entre los socavones!

Y el topacio, de tinte amarillento,
es recóndita ira
y concreciones de dolor; lamento
que entre el callado boquerón expira:

¡loor a los cautivos campeones
que, como fieras, rugen
entre los socavones!

La joven pordiosera
huyó . . . .

¿Qué formidable vocerío
pasa volando por la azul esfera
con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
al aire desplegando los pendones
profusas cabelleras de leones;
color de cielo, sus cabezas tienen.
En sus labios marchitos se adivina
el himno, la oración y la blasfemia;
llama febril sus ojos ilumina
de sacros resplandores:
pálidos como el rostro de la Anemia
llegaron ya: son los conquistadores
del Ideal: ¡dad paso a la bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
que no beben los bárbaros, y envueltos
en andrajos, son almas de coloso,
que treparán a la impasible altura
donde afilan sus hojas los laureles
con que ciñe de olímpica verdura
en tu vasto proscenio
a los ungidos de tu Crisma, ¡oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
de combate repleta de pinceles;
el otro vibra, como ruda clava,
un cuadrado martillo y dos cinceles;
se interrogan, se dicen sus proyectos
de obras que dejarán eternos rastros.
Un escultor ofrece
aunque sean insectos,
el mármol y el pincel los harán astros.
Pulir la piedra como fino encaje
para velar un seno que florece
bajo la tenue morbidez del traje;

aquese de fosfórica pupila,
que las del gato iguala,
discurre solo en actitud tranquila
con el azul cuaderno bajo el ala;
y el bardo decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas,
y de sus labios, que el reir no alegra,
brotará el pensamiento
como un águila negra,
con las alas enormes
desplegadas al viento,
para cantar la Venus victoriosa,
cuya violenta juventud encarne
el espíritu alegre de la diosa
en las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
sobre la débil caja
de su violín sonoro,
dice la voz que de los cielos baja
como un perfume del jardín de oro,
y agarrando del cuello enflaquecido
al tísico instrumento,
lo hace gritar con trágico alarido;
y con ahogados trémulos simula
el sollozo de un mártir que se queja
bajo el negro dogal que lo estrangula;
y sobre todos flota,
como un sueño de amor en noche larga,
la paz del arte que su duelo embota
y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
de miserables, vuestro ensueño vano
vuela solo entre sombras, como vuelan
las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos
que doran las soberbias capitales,
arderá vuestras frentes inmortales
y vuestras alas de zafir, ¡oh Locos!
Sin pan, ni amor, ni gruta
donde dormir vuestras febriles horas,
sucumbís a la bárbara cadena,
sin más visión que la chafada ruta
que os empuja a los légamos del Sena...
¡Canes, minero, artistas,

el árido recinto que os encierra
consume vuestros míseros despojos;
y en el agrio Sahara de la tierra
sólo hallásteis el agua... de los ojos!
Huíd como una banda tenebrosa
de pájaros nocturnos que entre ramas
hienden la obscuridad sin voz ni huella;
morid: ¡para vosotros
no se despierta el día
ni se columpia en el cenit la estrella
que llamaron los hombres Alegría!
Cuán lejos de vosotros se levanta,
sobre columnas de marfil bruñido,
la ciudad de los Amos, donde canta
su canto de ventura
el gozo entre las almas escondido.
Allí todos olvidan
vuestra angustia. Los árboles ne dejan
—de silencio cargados y de flores —
llegar, de los vencidos que se quejan,

el treno funeral de sus dolores;
allí, cual un torrente
que dé sus ondas a dormidas charcas,
resbala fríamente
con ruído sonoro
el oro, los abismos de las arcas.
Allí las sedas crujen,
como crujen las carnes sacudidas
por las fieras: son fieras que no rugen
los seres sin piedad. Ved cómo pasa
sobre el marmóreo suelo
con su capa de pieles la hembra dura,
cual un oso gigante sobre hielo.
¿Por qué se abren sus ojos
desmesuradamente?
¡Ah! si es que apunta con fulgores rojos
el astro de la sangre por Oriente.
Bajo el odio del viento y de la lluvia
por la frígida estepa se adelantan
los domadores de la "Bestia rubia":
ya los perros sarnosos
se tornaron chacales. De ira ciego,
el minero de ayer se precipita
sobre los tronos. Un airado fuego
entre sus manos, trémulas, palpita,
y sorda a la niñez, al llanto, al ruego,
¡ruge la tempestad de dinamita!
¡Son los hijos de Anarkos! Su mirada,
con reverberaciones de locura,
evoca ruinas y predice males;
parecen tigres de la selva obscura
con nostalgias de víctima y juncales.
El furioso caer de sus piquetas
en trizas torna la vetusta arcada

que erigieron al Bien nuestros mayores
y por la red de las enormes grietas
va filtrando, con tintes de alborada,
un sol de juventud sus resplandores.

Aquél un arma ruda
pide, que parta huesos y que exprima
el verbo de la cólera; filuda
por el trabajo, recogió su lima
de fatigado obrero,
y bajo el golpe de Lucheni, ¡muda
cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
vuestro valor ante la muerte espanta:
negros emperadores del cuchillo,
que rendís la garganta
como débil mendrugo
a las ávidas fauces del verdugo;
de duques y barones
no circundó plegada muselina
vuestros cuellos. Allí donde culmina
el dorado listón de los toisones
os dió la guillotina
su mordisco glacial: vendimiadora
que la tez y las almas descolora.

Aun parece vibrar en mis oídos
la voz de Emile Henry: ya bajo el hacha
iba a rodar su juvenil cabeza,
como la flor al soplo de la racha,
y exclamó: "Germinal";
y de su herida
corrió una fuente de licor sagrado
que bautizó la historia dolorida

de los siervos, con óleo ensangrentado.
Y ése fué dulce al comenzar; renuevo
de razas de alto nombre.
¿Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en el tiempo asoma:
el hombre, como el huevo,
en nidos de dolor será serpiente,
¡en nidos de piedad será paloma!

Por dondequiera que mi ser camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakunine,
y el heraldo feroz de Zarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles: la vida
es una fuente para todos llena;
id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, ¡tu siervo te convida!
¡Nada escuchan! Los pobres, a la jaula
de la miseria se revisten fieros,
y con brazo de adustos domadores
y el ojo sin ternura, ¡los enjaula
la codicia sin fin de los señores!

¿Quién los conciliará? Tibios reflejos
de una luz paternal y vespertina
visten de claridad el linde vago:
es que el Patriarca de los ritos viejos,
de sapiencia cubierto, se avecina,
con la nerviosa palidez de un mago.
Es flaco y débil: su figura finge

lo espiritual; el cuerpo es una rama
donde canta su espíritu de Esfinge;
y su sangre, la llama
que los miembros cansados transparenta;
de su nariz el lóbulo movible
aspira lo invisible;
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta;
es de los griegos la gentil cigarra
¡que con mirar el éter se alimenta!
Impalpable se yergue
—melancólico espectro—
y de la cuerda blanca
a su místico plectro
la melodía arranca.
Impalpable se yergue:
hay algo de felino
en su trémula marcha,
hay mucho de divino
en la nítida escarcha
que su cabeza orea.
Cruza sin otras galas
que la túnica nívea,
que semeja las alas
rotas de un genio de celeste coro,
y sobre el pecho una
cruz de pálido oro.
Alza el brazo. La Europa
lo guarda como a antiguo caballero
debajo de una bóveda de acero;
calla sus labios la soberbia tropa
de esclavos y señores:
el Pontífice augusto
trae el bálsamo santo que redime,
y calma la batalla de panteras;

revalúa lo justo;
ya va a decir el símbolo sublime...
y de sus labios tiernos
salió, como relámpago imprevisto,
a impulso de los hábitos eternos,
esta sola palabra:
JESUCRISTO.



Los camellos

Lo triste es así...
PETTER ALTENBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
— bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego —
pararon, silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruínas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía.

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
"amamos la fatiga con inquietud secreta..."
y vieron desde entonces correr sobre una espalda,
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirradas, ni las leonadas pieles,
no las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome—camello que cabalgó el Excidio...—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando, silencioso, dos fuentes de zafiro...



San Antonio y el Centauro

Y Antonio, que había estado descansando, por revelación supo que había otro monje — llamado Pablo — mucho mejor que él, a quien debía visitar. Y el venerable anciano, apoyado en un báculo que sostenía sus débiles miembros, empezó a sentir deseo de ir no sabía dónde. Y proseguía en el camino comenzado diciendo: "Creo en mi Dios; El un día me mostrará al compañero que me ha prometido." Apenas pronunció estas palabras, vió a un hombre en parte caballo, a quien los poetas denominaban Hipocentauro. Al instante arma el monje su frente con la señal de la Cruz, y dice al monstruo: "¡Hola! ¿En qué parte habita por aquí el siervo de Dios?" Y el monstruo, haciendo rechinar no sé qué de bárbaro, y triturando las palabras más bien que pronunciándolas, buscó entre su hórrida boca un discurso blando para responder; extendió luego la mano derecha, mostró al monje el camino y, semejante a un ave, desapareció a su vista atravesando los inmensos campos.

SAN JERONIMO
In vita Sancti Pauli eremitae.

Antonio, el Cenobiarca del silencioso Egipto,
para templar los duelos de su vivir—proscripto
en una helada cueva donde retoza el Diablo—
marchóse en altas horas a visitar a Pablo,
el más viejo eremita.
La paz reinaba en torno.
en cálidos efluvios, por sus bocas de horno
respiraba el Desierto. Ya no volaba una

sola pareja de ibis rojos. La luna,
abriéndose ancho paso tras cenicienta franja,
vertía sobre el polvo su amarillo naranja,
seguida por un astro (dorada mariposa
que en derredor girase de una pálida rosa).

Súbitamente el monje, creyendo oír muy lejos
un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos
del astro melancólico vió la extraña figura
de un monstruo, a galope, cruzaba la llanura,
y removiendo arenas se venía derecho
a él; su cuerpo flaco tembló como un helecho
que el aura mece: "acaso esa brutal carrera
fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera..."
¡ya llega! y frente a frente del vital esqueleto
del monje, un ser no visto, desmelenado, inquieto,
se para. El ermitaño y el monstruo se interrogan,
y así, bajo la calma de la noche, dialogan:

EL CENTAURO

Yo soy el viejo Hippofos: el último Centauro
que circundó sus sienes con el augusto lauro
crecido entre las grutas del sagrado Archipiélago;
soy un hijo de Grecia, que atravesando el piélago,
vino a buscar la sombra de bosques escondidos
para llorar la fuga de sus dioses vencidos.
Y soy la Fuerza alegre; mi brazo poderoso
sabe peinar la ninfa y estrangular el oso;
y en mi pecho, que tiene la aspereza del cardo,
se doblan las espadas y se despunta el dardo,
y, cual rodada piedra que va de tope en tope,
sobre las rocas duras revienta mi galope;
hasta los dioses tiemblan cuando la ceja enarco;
yo rompo dos encinas para forjarme un arco,

y cifro la alegría de vivir. Soy un hombre
que sueña, quiere y puede, y a la par lleva nombre
de monstruo; tengo mente, y endurecido callo:
soy malo como el hombre y ágil como el caballo,
y velo extraño símbolo. Soñador y lascivo,
quien conozca mi esencia conoce un adjetivo,
comprende el adjetivo universal y humano
que entre su seno oculta la palabra "¡Pagano!"
Tu nombre di, Fantasma que dialogas conmigo.

SAN ANTONIO

Yo soy Antonio, un siervo del Señor, tu enemigo,
que atempera sus pasos a la celeste norma
de Jesús, y proscribe la diabólica forma
que corrompe los seres, arrebata la mente
y hace perder el alma del hombre eternamente...
No soy púgil: mis brazos no soportan el peso
de un ánfora colmada; se diría de yeso
mi figura unas veces, en otras aparenta
los contornos de una raíz amarillenta.
Mi frente, que no ciñe fresco gajo, sin vello
finge tan sólo el árida rodilla del camello.
Soy un heraldo mudo de la roja victoria
sobre el Olimpo. Digo la beldad y la gloria
de Cristo con los seres que son de Polo a Polo.

EL CENTAURO

No puede vuestro Cristo competir con Apolo,
con el hijo soberbio del Ceñudo y Latona,
que en los brazos de Dafnis al amor se abandona,
o lleva el ígneo carro que volcó Faetonte
por los campos azules del abierto horizonte.
El olímpico auriga de la eterna carroza
donde Febo, ceñido de laureles, retoza

con las Horas desnudas, los sonoros tropeles
por el éter dirige de sus raudos corceles.
Van cayendo las sombras bajo el dardo certero
del Arquero divino; por el ancho sendero
que siguió la carroza, cruza el sol, pasa el día,
y la luz va regando su dorada armonía.

Ese numen risueño que ignoró la tristeza
y ha rendido al Olvido su robusta cabeza,
es el padre del Verso: con su mano divina,
al pulsar los bordones del arpa elefantina,
vaga, dulce, amorosa y simbólicamente,
ha forjado una patria más hermosa que Oriente,
donde yerra el perfume que al dolor nos arranca
y a do vuela el suspiro de amor—alondra blanca
que sobre el pico lleva la miel de un beso rojo.
De allí parten los yambos como flechas de hinojo
del artista con celos, que siguiendo la huella
de Marsyas, lo cautiva, lo vence, lo desuella.

Por la senda más agria del adusto Parnaso,
con la crin en desorden, a la luz del ocaso
va subiendo Pegaso, portador en sus ancas
del cantor Musageta, de las Vírgenes Blancas.
Y en la fiesta del mármol, sobre el bajo relieve,
entre dioses risueños y Afroditas de nieve
cuyas bocas ensayan las sonrisas eternas,
se yergue Apolo. la carne de sus pálidas piernas;
el torso alabastrino donde la gracia ondula
en cadenciosos planos; la frente que simula
un ara donde ofician la Luz y la Alegría,
y de su cuerpo todo la vívida armonía,
parece que suspiren por el febril contacto
¡de efebos y de ninfas de codicioso tacto!
¡Al Crinado cantemos!

SAN ANTONIO

Es un ídolo yerto,
es un hombre en el mundo del espíritu, muerto.

EL CENTAURO

Un dios más bello muestra que Apolo y Citerea.

SAN ANTONIO

El triste, el dulce, el pálido Rabi de Galilea,
Es el profeta joven: como dorada lluvia
tiembla su pelo dócil, fluye su barba rubia:
El sabe lo que dice la voz de las colmenas,
y ama los canes tristes como las azucenas;
y son sus ojos grandes, melancólicos, vagos,
y en su fondo reflejan, como místicos lagos,
el divino silencio de las noches tranquilas;
y, cual besos que miren, sus absortas pupilas
aprisionan la calma del azul horizonte;
son sus manos delgadas como lirios del monte;
por su voz habla el eco de un arrullo divino,
y en vez de lauros lleva la toca del rabino.

Es triste cuando vaga cual un pastor extraño,
en busca de la oveja perdida del rebaño,
y cuando gime a solas por el amigo muerto;
es triste cuando, extinta la luz en el desierto,
con la cabeza baja y los ojos cerrados,
medita entre una fila de camellos cansados.
Si entre las frondas negras del olivar espeso
el de Kerioth le besa con su marchito beso,
sabiendo que su soplo sobre el Ungido vierte
la hez de la perfidia y el vaho de la muerte;
cuando la vieja mano de Dios le desasiste
en el postrer instante de su dolor: ¡es triste!

Y si a la tibia sombra de la copada higuera
sentado por las tardes, al pueblo que le espera

le dice la parábola, y en delicioso abrigo
bajo la vid en fruto de Lázaro, su amigo,
a María — la tierna — y a Marta — la sentida —
enseña a amar el Alma y a despreciar la vida;
cuando, caudillo inerme de la legión futura
de mártires, levanta la mística figura,
sobre el paciente lomo de la borrica tarda,
y en medio de las voces del pueblo que le aguarda
entra a Salém, de angustia y amor el alma llena;
cuando en las horas grises de la última Cena
no ya la Pecadora su casto pie le enjuga—
y mientras Juan—el virgen—comparte su lechuga,
el Rabbi desolado por la melancolía
¡es dulce, es dulce, es dulce!

La blanca Eucaristía
palpita entre sus manos; con la mirada alumbra
los tintes nebulosos de tímida penumbra
que va llenando en olas aquel sereno asilo,
y, destrozado mártir al parecer tranquilo,
suscita sobre el terso cristal de su memoria
la pena sin orillas de su futura historia,
y oye vibrar el beso del hombre que le entrega
y la cobarde excusa de Kefas que le niega,
y, como los retumbos de sorda catarata,
los bárbaros aullidos del pueblo que le mata,
mientras el ancho marco de la ventana hebrea
recorta azules franjas del éter de Judea,
que está diciendo al mártir de faz entristecida.
"¡Cómo puede ser libre, fácil, sensual la vida!"

Contéstame: ¿qué trágico calzó mejor coturno
que aquel Crucificado de rostro taciturno
que, erguido sobre el Gólgota, desde la cruz pasea
los ojos por su caro país de Galilea
que no verá en el tiempo, y en lánguido desmayo
se va muriendo exangüe? Cuando vestía el sayo
de punzador ultraje, cuando cargó la carga
de su futura gloria, cuando probó la amarga
bebida el virgen labio dolorido y sangriento,
y oyó que su lamento se perdía en el viento,
¡fué el trágico sublime! La flor de los dolores
regó desde ese instante sus cálidos olores,
y como banda nívea de cisnes familiares,
al arenal sin límites huyeron a millares
las vírgenes de Cristo, que en su mansión de palma
hallaron lo que Grecia no supo ver: ¡el Alma!
Allí, más victorioso que el orcomenio atleta,
con sus pasiones lucha vetusto anacoreta,
creador, en el silencio de abruptas soledades,
de goces no sentidos, de voluptuosidades
que acendra el abstenerse y oculta la tristeza;
allá desde las cruces levantan la cabeza
los mártires heridos—sedientos gladiadores—.
El impasible Kosmos de vuestra fantasía
perdió tal vez su euritmia, su Olimpo, su alegría;
en cambio nuestras almas trocaron la Quimera
por un país excelso donde el amor impera
y...

Súbito el Centauro, doliente, silencioso,
se fué sobre la arena con paso perezoso,
alejando, alejando... y entre la gris llanura

borró para los hombres su helénica figura,
mientras el viejo monje—con su báculo incierto—
con el signo de gracia borraba en el desierto
las huellas del Centauro...



[illegible] — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES — Nº. 6

América Literaria

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

MANUEL GALVEZ

El Espiritualismo Español

BUENOS AIRES

[illegible] de Octubre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 8[illegible]

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

Año I - Aparece los días 10 y 25 de cada mes - Nº. 6

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

EL ESPIRITUALISMO ESPAÑOL

por Manuel Gálvez



BUENOS AIRES
10 de Octubre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Lágrima

Ángel de mi terrestre paraíso,
Estrella de mi noche funeraria,
Arrullo de mi sueño desolado,
Música de la selva de mi patria,
Tórtola triste
Como una lágrima,
Sombra de mi reposo,
¿A donde va tu alma sin mi alma?

—

Vibración de mi espíritu, armonioso
Impulso de mi carne fatigada
Atmósfera celeste de mi vida
Rumbo de mi existencia solitaria
Mitad errante
De mi esperanza.
Ya no te ven mis ojos
Allí quedó tu alma sin mi alma

—

Patria de mis risueñas ilusiones
Pupilas de mis ojos arrancadas
Caricias de mi madre enternecida
Descanso ¡hoy! de la feroz batalla
Templo caído
De mi plegaria
En la tierra, en el cielo
A donde irá tu alma sin mi alma?

—

Muda como los cráneos de la fosa
Sola como el desierto de la pampa
Mustia como los sauces del sepulcro
Triste como la última mirada
Como un sollozo
Como una lágrima
¿Así quedó tu alma sin la mía?
¡Así quedó mi alma sin tu alma?

En la Fiesta de la Raza

Del más hermoso y fuerte libro que a sus contemporáneos ha dado el selecto espíritu de Manuel Gálvez tomamos para este número de "AMÉRICA LITERARIA", el capítulo intitulado* "El Espiritualismo Español".

Nada nos ha parecido superior, en las letras nacionales, para entregarlas a la meditación de los lectores, en ocasión de la Fiesta de la Raza, que esas páginas saturadas de una noble pasión de idealidad e impregnadas de un acendrado amor al viejo solar de nuestra estirpe, España, la gran nación latina, tan "difícil de ser comprendida, y la que sólo se llega a comprenderla cuando se la conoce y se la ama".

(*) *5a. edición, publicada por la Editorial Calleja, de Madrid.*

El espiritualismo español

Nuestra fuerte y bella patria argentina vive en estos momentos una hora suprema: la hora en que sus mejores inteligencias y sus más sanos corazones reclaman la espiritualización de la conciencia nacional.

Este movimiento, si excluímos a los precursores, data apenas de un lustro. Pasados los primeros tiempos de intrepidez física, de labor casi heroica, hemos sentido la necesidad de atemperar con retoques de espiritualidad la barbarie de las energías materiales. En un principio la prédica pareció extraña; el fervor de unos pocos no era para la gente sino literatura, lirismo inofensivo que se complacía en cosas harto abstractas. El verbo idealista, hablando del alma de los pueblos, afirmando que en la vida espiritual reside la única grandeza durable de las naciones, sonaba, y desgraciadamente suena todavía en estas pampas, a jerigonza insufrible.

No se trataba, ni se trata, aunque tal es el fin que deseamos, de crear en este momento un peculiar idealismo argentino. Tamaña maravilla no la hará una sola generación. Nosotros pretendemos simplemente atenuar el torpe materialismo que hoy nos agravia y avergüenza.

Al par que idealista, esta campaña es nacionalista. El idealismo colectivo fué en otros tiempos decoro de la patria, y representa por esto, un valor tradicional. En cambio, el

escéptico materialismo de ahora es cosa reciente, pues ha aparecido con la actual fiebre de riquezas y, con ésta, ha venido de Europa. El inmigrante vencedor mediante su éxito enorme en la adquisición de la fortuna, ha introducido en el país un nuevo concepto de la vida. No traía otro propósito sino enriquecerse, y era, pues, natural, que contagiase a los argentinos su respeto exclusivo de los valores materiales. Pronto, al tiempo que se esfumaban los vestigios románticos en los que se concretaba el alma nacional, el idealismo desaparecía. Por esto ahora queremos, en doble afán patriótico e idealista, infundir a nuestra patria carácter y alma propios, y hacer brotar en la tierra reseca, angustiosamente reseca, que es nuestra vida materialista, surgentes de ideales. De otro modo, este pueblo no será sino un cuerpo sin alma, una pobre cosa sin trascendencia. Hemos ya construído fuertes diques de energía y de riqueza; ahora nos falta introducir, en el estanque enorme formado por aquellos diques, el agua de vida que es la espiritualilad.

Los comienzos de la gran obra de bien no han fracasado. Los que hemos contribuído a la siembra de ideales con nuestro puñadito de semilla, podemos ya recoger la primera cosecha; pequeña si se quiere, pero cosecha de todos modos. Ya vendrán con los años, cuando aumente el número de sembradores, las recolecciones asombrosas. Porque yo creo en la fertilidad de mi país; no comprendería que ella no correspondiese a su prodigiosa fertilidad material.

Mientras tanto, he aquí ya un primer triunfo: la necesidad de espiritualizar el país se ha hecho un axioma para muchas gentes. El extraño vocabulario de nuestro idealismo empieza a hacerse inteligible, y los hombres de acción van comprendiendo nuestra verdad.

⁂

Son los escritores, y especialmente los jóvenes, quienes realizan esta obra de evangelización. El pequeño grupo que formamos, ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo

en España aquella generación de ideólogos que surgió después del desastre. España, por medio de Ganivet, Macías, Picavea, Costa, Unamuno y algunos otros, se observó a sí misma y llegó a conocerse profundamente. También mi patria, por medio de sus jóvenes escritores, está observándose a sí misma y yo creo que ya ha empezado a conocerse.

Brava lucha es la nuestra. Tenemos que pelear lindamente—en los libros, en los diarios, en la cátedra, en todas partes — contra los calibanescos intereses creados que son los hábitos materialistas. Tenemos que predicar maniáticamente el amor a la patria, a nuestros paisajes, a nuestros escritores, a nuestros grandes hombres; desentrañar el idealismo y la originalidad de nuestro pasado, y enseñar cómo estas cualidades de la patria romántica y pobre pueden salvar sin menoscabarla en su grandeza material, a la actual patria viviente. Y tenemos, por último, que buscar por toda la anchura de la tierra ejemplos de idealismo y tratar de crear, en el alma de nuestros conciudadanos, la misma emoción purificadora que estremeció a la nuestra.

De este modo, siguiendo alguno de los propósitos referidos, este escritor interpreta los mitos antiguos, y, deseando para la patria un ideal de vida análogo al de los griegos, saca de sus eruditos estudios lecciones idealistas y cantos de poesía civil. Este otro prefiere la prédica directa del idealismo y confía en la acción de la escuela como el medio mejor de restaurar nuestro carácter argentino, de crear el sentimiento de la nacionalidad y de infundir ideales en el pueblo. Aquél se limita a cantar la poesía de nuestros campos. Y otros, para no citar más ejemplos, adoptan como materia exclusiva de sus escritos, ambientes locales que describen en prosa nativa, incontaminada por la influencia extranjera.

También yo, debo decirlo para que se comprenda la razón de ser de este libro y su verdadera significación, he dedicado mis esfuerzos a la doble obra patriótica, que no es sino una

en mi sentir, del nacionalismo y de la espiritualización del país (1). Primeramente traté, en un libro de versos, de reproducir mis sensaciones de paisaje argentino, y sobre todo de evocar el ambiente de aquellas ciudades de provincia donde, al contrario de Buenos Aires y otras ciudades en pleno progreso, aun perdura el antiguo espíritu nacional, el sentimiento de la patria, la profundidad espiritual de la raza y aquella condición ingenua, soñadora y romántica de los viejos pueblos argentinos. De este modo, pretendía sugerir a mis conciudadanos, realizando así obra nacionalista, aquella poesía de nuestro país que el habitante de las ciudades del litoral ignoraba completamente. Más tarde consagré a la prédica del idealismo nacionalista un libro en prosa donde, afirmando que "con el advenimiento de la época materialista y

---

(1) Existen en mi patria dos tendencias políticas. La primera, conservadora y en cierto sentido tradicionalista y regresiva, clama contra la pérdida de la antigua fisonomía moral y material del país; quiere moderar la inmigración, sobre todo la no latina; y pretende restaurar el agudo nacionalismo de antaño. La segunda tendencia es cosmopolita y liberal; desprecia el pasado romántico y quizás nuestro origen español; mira demasiado hacia Europa y los Estados Unidos; quiere el progreso a toda costa y poco parece interesarle que tenga el país un alma propia. Esta última tendencia ha sido denominada recientemente "nacionalismo progresivo", mientras a la primera, que es el verdadero nacionalismo, se le ha agregado el calificativo de "histórico". Yo creo que ambas tendencias deben unirse en una sola. La Argentina moderna, construída con base de inmigración, o sea de cosmopolitismo, puede y debe conservar un fondo de argentinidad. Esta tendencia ecléctica, que sería la más práctica, aceptaría los hechos inevitables y trataría de que aquel fondo de argentinidad no desapareciera, a fin de que los elementos extraños que viniesen al país fueran absorbidos por él y modificados por su espíritu. Si nuestro país ha de tener carácter y espiritualidad, esto dependerá de lo que perdure de castizo, es decir, de español y de criollo, en la mezcla definitiva. Advertiré que entre los partidarios del "nacionalismo progresivo" no todos siguen orientaciones espirituales; los más, prescinden de ellas.

transitoria que vamos atravesando", habíamos abandonado los ideales "que fueron el más noble ornamento del pueblo argentino, para preocuparnos tan sólo de acrecentar nuestra riqueza y acelerar el progreso del país", proponía la reconquista de la vida espiritual argentina por medio de la "educación de los ciudadanos, el estudio de nuestra alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales". El actual libro, que continúa la labor comenzada en los anteriores, lleva latente, en su íntima hondura, el mismo fin patriótico que aquellos.

Parecerá que este carácter nacionalista mal pueden tenerlo páginas que tratan de cosas españolas. No es así, sin embargo. Aparte de las cualidades argentinas concretadas en los modos de ver y de sentir, que el autor ha de mostrar forzosamente, todo libro sobre España escrito por un argentino, será un libro argentino. Y es que nosotros, a pesar de las aparentes diferencias, somos en el fondo españoles. Constituimos una forma especial de españoles, como éstos constituyen todavía, no obstante haber desaparecido el Imperio Romano, una forma especial de latinos. Dentro de la vasta alma española cabe el alma argentina con tanta razón como el alma española o el alma andaluza. Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos sólo porque hablaban el latín. El idioma es quizás el único elemento caracterizador de las razas Sino, ¿qué relación tiene, fuera de la semejanza del idioma, el español del mediodía, descendiente de fenicios, cartagineses, vándalos, bereberes y árabes, con el francés del norte, enteramente ajeno a aquellas influencias étnicas? Y, sin embargo, ambos son latinos. Es que la comunidad o el parentesco del idioma origina iguales o semejantes modos de sentir, de pensar y hasta de proceder.

Pero este libro no es argentino sólo por tales razones.

Desde luego, lo he escrito casi únicamente para mis conconciudadanos. Convencido de la urgencia de propagar en nuestro país ideas y sentimientos idealistas, he creído que,

así como algunos escritores habían utilizado para ello los mitos griegos y nuestra antigua idiosincrasia, sería no menos eficaz hacer revivir en el lector las sensaciones de espiritualismo que nos producen ciertas ciudades seculares. Fascinado por España, el más profundo e inquietante pueblo que conozco, recorrí, en diversos viajes, sus más interesantes regiones; experimenté las más íntimas emociones de arte de mi vida y recogí en las viejas ciudades de Castilla múltiples enseñanzas que constituyen el fondo íntimo de este libro. Probablemente otros escritores habrían buscado en Alemania o en Inglaterra, tal vez en Francia o en Italia, el secreto que ilumina y vivifica a aquellas grandes naciones, para revelarlo y propagarlo luego en nuestra patria. Creyente yo en nuestra admirable raza latina, y especialmente en la estirpe española a que pertenecemos, mi elección no podía ser otra. Son las imágenes del espiritualismo español las que debemos, preferentemente, presentar a nuestros conciudadanos. La influencia española es necesaria para nosotros, pues lejos de descaracterizarnos, como ciertas influencias exóticas, nos ayuda a afirmar nuestra índole americana y argentina.

Pero tampoco se trata de verdadera influencia. No pretendo que adoptemos el concepto de la vida que tienen los españoles, ni sus ideas, ni sus instituciones. Todo esto fuera ridículo y antipatriótico. Solamente quiero — lo repitiré con otras palabras — hacer conocer, para impulsar nuestro resurgimiento idealista, algunos "films" de la geografía espiritual de España. Nosotros debemos tomar las enseñanzas espiritualistas de España como un simple punto de partida, como un germen que, trasplantado al clima moral de nuestra patria, arraigará en ella con vigor nuevo y forma propia.

En definitiva, lo que en concreto, y primeramente pretende este libro, no es más que producir, en los argentinos que me lean con simpatía, el contagio espiritual de mis sensaciones de aquellas ciudades españolas donde aun vive el

alma de la raza y perduran los restos de una antigua grandeza espiritual. También pretendo propagar afecto a España, de lo cual resultará el amor a nuestra raza, que tantos "snobs" posponen a la raza anglosajona; y el amor a nuestro idioma: el más bello, el más sonoro, el más rico y el más viril de los idiomas modernos. También pretendo que mis conciudadanos comprendan y amen la literatura española, y sobre todo el arte español; aquel arte maravilloso en cuyas cumbres de belleza anidan águilas de misticismo. Quiero asimismo que conozcamos la historia española, que es la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de valor, de idealidad, que haya existido en el mundo. Y, por fin, quiero que mis conciudadanos, tan amigos de los viajes, recorran las comarcas de España, donde recogerán infinitas enseñanzas y hallarán para sus almas los más intensos y fecundos goces.

Construyamos el idealismo argentino sacándolo del fondo de nuestra raza, es decir, de lo español y lo americano que llevamos dentro de nosotros. Y quizás en algún día no lejano, el esfuerzo de estas generaciones fructifique en una forma típica y moderna de idealismo argentino.

Tuvo antaño mi patria cierta vida espiritual. Era cuando, pobres y pequeños, libertábamos a cinco naciones hermanas con un desinterés sin ejemplo en la historia. Entonces éramos grandes: dábamos al mundo libertad. Hoy le damos carnes y trigo. Utilicemos las virtudes de aquel tiempo, injertando algunos gajos de su espiritualidad en la planta impetuosa de la patria actual. Y puesto que no es el caso de dar libertad a los hermanos de América, démosles ideas e idealismo. Estos dones son tan valiosos como la libertad; más aún: son la libertad misma, pues tanto el individuo como la sociedad no son libres, sino esclavos, cuando viven sin ideales.

* * *

Los viajes realizan, sobre todo para las gentes de un país tan joven como el nuestro, una alta misión de cultura.

Para el individuo, viajar es renovarse. Los viajes modifican nuestro concepto del mundo, crean en nosotros un nuevo ser, acrecen el capital de nuestros conocimientos, nos inculcan la tolerancia, nos hacen más comprensivos e inteligentes, educan nuestra sensibilidad. Personas que vivieron consagradas a sus útiles tareas, al viajar visitan museos y catedrales, se ponen en contacto, siquiera sea por un instante, con el alma de las ciudades místicas. Este contacto es inmensamente benéfico. Una persona inteligente, pero que jamás se haya preocupado de otras cosas que de sus asuntos, sentirá en Avila, en Asís, o en Nuremberg, que su mundo se ensancha, que su concepto utilitarista se transforma. Podríamos decir que a esa persona le nacen alas.

Para el indivíduo, viajar es a veces salvarse. Hay quien al iniciar su viaje abandona al hombre antiguo, comienza una mejor vida. Algunos encuentran su personalidad, deciden su vocación. Constantino Meunier, pintor mediocre, siente en su viaje por España, a la edad de cincuenta años, despertar aquella vocación que le llevó a ser uno de los más insignes escultores de la época. Otros adelantan en su camino de perfección; muchos hallan la fe que los rehabilitará ante su propia conciencia. Y todos se educan y civilizan.

Quizá no haya nada tan útil como la facultad de soñar. El hombre que no sueña es un ser rutinario; no innovará, no creará jamás. Soñar es vivir, preparar el advenimiento de la creación artística o científica; soñar es amar la vida y las cosas. Los hombres y los pueblos necesitan soñar. Y bien: los viajes propician la plenitud del ensueño. Cuando viajamos, dejamos en nuestras casas todas las menudas preocupaciones que enturbian la vida y nos entregamos a la delicia de vivir con el alma. En los viajes sentimos en nosotros un despertar de poesía. Sin contar la visión de los paisajes y las sugestiones del arte, encontramos una rara e íntima poesía en mil cosas, algunas triviales: como cuando

llegamos de noche a una ciudad muerta y recorremos sus calles solitarias; cuando en el largo rodar de los ferrocarriles nos despiertan de nuestro sueño voces extrañas y quejumbrosas que pronuncian nombres evocadores, célebres, seculares, nombres de los pueblos en cuyas estaciones nos detenemos; cuando pisamos los mismos lugares que ilustraron con sus vidas los grandes hombres de la historia; cuando sufrimos en los cuartos de los hoteles del horror de la soledad; cuando creemos sentir en las callejuelas arcaicas el alma de un héroe o de un santo.

A la patria misma se la quiere y comprende mejor cuando se viaja. Entonces apreciamos todo el valor de nuestras afecciones, de nuestras instituciones, de nuestras ideas y sentimientos. La patria, vista desde lejos, se agranda y poetiza. Es a nuestros ojos como un ser humano, como una amada cuya ausencia nos aflige.

Los viajes son, por último, el más útil instrumento de perfección para las sociedades modernas. Los periódicos, los libros, jamás nos darán la sensación exacta de las cosas. Es preciso ver con los propios ojos, oír con los propios oídos. Los viajes nos estimulan y nos infunden la noble ambición de sobrepasar las perfecciones ajenas.

* * *

Si los argentinos viajarán por España recogerían en cada ciudad castellana una lección espiritualista. Aquel país es uno de los más intensos focos de espiritualidad que existen en Europa.

Las ciudades alemanas, magníficas y civilizadas, interesantes para sociólogos y médicos, nada nos dicen al alma. El viajero no recibirá en ellas una sola emoción intensa. Estas ciudades podrán dejarnos admirados, pero jamás conmovidos. Tampoco nos dicen nada al alma las ciudades suizas, en las que el desabrimiento y la mediocridad llegan al más alto grado de perfección; ni las ciudades belgas, igualmente burguesas, salvo Brujas y alguna otra. Las ciudades

francesas, aburguesadas e industrializadas, han perdido su antiguo carácter; las catedrales maravillosas que, a estar en otro ambiente, es decir, en otro marco más propicio, nos producirían emociones muy hondas y duraderas, nos causan simplemente emociones estéticas. (1) En Inglaterra ha ocurrido lo que en Francia. Algunas ciudades italianas sí nos hablan al alma y poseen carácter y belleza. Lástima que el exceso de turismo, un turismo abominable, nos quite parte del encanto. Las cosas no hablan al alma sino en el silencio y la soledad.

Pero en España no sucede lo mismo. Allí vive el pasado y se diría que en algunos lugares castellanos la vida se detuvo hace tres siglos. Segovia, Toledo, Avila, Salamanca, Sigüenza, Santillana del Mar, nos hablan en lenguaje profundo y sencillo, nos conmueven hondamente, nos arrancan de las realidades de la vida llevándonos a una vida más alta. ¡Ah, estas ciudades que nos extasían con su arte humano e inquietante, ciudades señoriales y místicas que hacen pensar en Dios, ciudades amigas a cuyos contacto nos hacemos más puros, más nobles, más buenos, más idealistas! Barrês ha dicho de Toledo que es un verdadero hogar para el alma. Frase admirable y definitiva que debe aplicarse a todas las ciudades castellanas y que condensa cuanto pudiera yo decir.

---

(1) La Condesa de Pardo Bazán dice en uno de sus últimos libros, hablando de París: "Es una capital en que hay comodidades, diversión y recreo para la vista, pero no sensaciones intensas y extrañas como pretenden hacernos creer sus artificiosos escritores". Y agrega, refiriéndose a "Notre Dame": "Este monumento ha sido adobado, escabechado, recocido en literatura romántica. Sin duda su arquitectura ofrece un ejemplar típico, pero le falta la sugestión de las catedrales españolas, con costra dorada y polvorienta, capillas misteriosas, sepulcros goteroneados de cera y santos vestidos de tisú. "Notre Dame"... un salón limpio, barrido, enseñado con facilidad y con "boniment" por un sacristán industrial de voz enfática y aceitosa. Falta en "Notre Dame" sentimiento".

No conozco ninguna ciudad que evoque tanto lo infinito y sea tan opulenta de efluvios espirituales, como cualquiera de las ciudades castellanas. Esto se explica. España es quizás el país donde más se ha vivido en Dios y para Dios, lo que quiere decir: donde más se ha vivido espiritualmente. No hay, en efecto, vida tan alta, tan espiritual, tan profunda, ni tan intensa, como la del creyente verdadero. No es preciso serlo para reconocer esta verdad. William James la comprueba y la afirma cuando demuestra la superioridad espiritual y moral de la vida del convertido sobre su vida anterior a la conversión. Los grandes creyentes viven todos sus momentos en un ambiente espiritual y aun sus ocupaciones materiales les otorgan motivo para elevarse hacia Dios. Así de los más comunes menesteres ascienden a un mundo ideal y ni por un instante sus pensamientos les alejan de Dios. Además, España no sólo vivió en Dios durante siglos, sino que en ella aun persiste algo de esa forma de vida, y es sin duda el país que más ha conservado las cosas de aquella época en que vivía en Dios. Ganivet ha dicho que lo místico es permanente en España.

Pero la existencia de este ambiente espiritual no deriva solamente del misticismo. España fué el país de soñadores y contemplativos, de artistas extraordinarios; posee una gran literatura, y no olvidemos que es español el libro más humanamente idealista que se haya escrito en el mundo. Es natural, pues, que todos estos hombres y cosas crearan aquel ambiente espiritual que es, en su altura, casi exclusivo de España.

Mauricio Barrés, a quien citaré muchas veces, ha dicho que las iglesias de su patria constituían la fisonomía moral del país y que eran los únicos centros de espiritualidad francesa que iban quedando. Estas palabras tienen doble importancia por tratarse de un escritor no católico y uno de los más profundos espíritus de las actuales letras francesas. Y bien, si las iglesias son centros de espiritualidad, como nadie osará negarlo, ¿qué decir de España? Es éste el país

donde existen más iglesias, y el país que posee las más bellas catedrales. Casi no hay ciudad española sin una catedral maravillosa. En la España castiza la catedral es la ciudad misma, su cerebro, su alma, su corazón, sus nervios, sus brazos. Se diría que ciertos pueblos solo existen para la catedral, que la catedral constituye la razón de ser del pueblo. León, Burgos, Toledo y Sigüeza, son sus catedrales; y la vida de ellas, toda la vida de estos pueblos. En España la espiritualidad de las iglesias no queda encerrada en ellas mismas, sino que, como las cosas circundantes no le son hostiles, desborda lógicamente sobre la vida, el carácter y el ambiente de la ciudad. Así en los pueblos castellanos, al salir de las iglesias nos parece continuar en ellas. No sentimos contraste alguno. Las callejuelas silenciosas, donde nuestros pasos resuenan como sobre las baldosas de las catedrales, son a modo de largas naves de iglesia. Los rincones y patios solitarios que finalizan alguna calle, recuerdan las capillas misteriosas y sombrías, y a veces un cristo o un santo en su hornacina completan el simil; y hasta los paseos, formados invariablemente por tres o cuatro calles de árboles, nos inducen a creer que recorremos las naves de la catedral. Este fenómeno de que la calle sea una prolongación de las iglesias es exclusivo de las viejas ciudades castellanas. En ningún otro país he recibido la misma impresión. Desde luego las ciudades populosas, con su bullicio, su horrenda edificación moderna, el apresuramiento de las gentes, los rostros que ostentan sólo preocupaciones materialistas, el carnaval de los trajes femeninos, la ausencia de espiritualidad y de misterio, constituyen, respecto de las viejas iglesias, el más enorme contraste que se pueda imaginar. Jamás olvidaré la impresión de asco y de dolor que me produjeron las calles de Lisboa después de haber ennoblecido mi alma en esa fuente de misticismo de Belén. En cambio Salamanca, Toledo, Avila, son los naturales ambientes de sus iglesias, y sería bien distinta la emoción de estos pueblos si sus viejas catedrales estuvieran

enmarcadas por barrios flamantes y rodeadas por avenidas y por esas terribles casas modernas que ha creado para nuestro castigo la estética mesocrática. La espiritualidad de las iglesias que se desprende de ellas y no encuentra en el ambiente de los pueblos hostilidad sino amor, es, pues, una de las causas que convierten a España en uno de los más intensos focos de espiritualidad que existen en Europa.

Pero nada nos hablará tan eficaz y bellamente del espiritualismo de España como su arte: quizás el más alto y noble que haya existido.

Es indispensable una renovación de los valores estéticos. El arte meramente objetivo, el arte que no nos habla al alma o al corazón, debe ser, si no rechazado, alejado a un sitio secundario. El arte no puede consistir en una mera imitación de la naturaleza; debe tender a un fin, y este fin ¿cuál será sino el de hacernos más perfectos, más nobles, más idealistas? Yo no he comprendido hasta ahora por qué se exalta a la escultura griega. Es un arte objetivo, materialista, de una belleza puramente formal. Aquellos rostros sin expresión, aquellas figuras frías no nos dicen al alma absolutamente nada. No hay en ellos belleza moral, la más alta, sino la única forma de belleza. Yo quisiera saber qué mejoramiento puede venirnos de contemplar un hombre desnudo o qué puede agregarnos al alma el mirar unas piernas bien formadas. Por el contrario, creo que todo esto es bajo, superficial, miserable.

¿Para qué sirve la belleza fría del "Apolo de Belvedere", un hombre desnudo de formas elegantes y afeminadas? Comparemos este arte superficial, sensual, puesto que sólo le preocupa la forma, con algún Cristo del Montañés. Pongámonos frente a ambas obras con humildad, es decir, olvidándonos de nuestras teorías, de las opiniones consagradas, de las mentiras convencionales con que nos ha envenenado la estética del Renacimiento. Y bien, ¿qué nos dice el Apolo? Nada. Ni su elegancia nos conmueve, ni sus formas nos revelan ninguna faz del alma humana. Es un mármol frío que n-

nos inquieta, que nada nos sugiere. Es una obra sin profundidad y sin trascendencia. La belleza de sus líneas no ejercerá ninguna influencia trascendental en nosotros. Pero contemplemos ahora un Cristo del Montañés. Dejemos en libertad a nuestra subconsciencia, pongamos nuestra sensibilidad a flor de piel. Y si somos artistas, si tenemos un alma apasionada y sensible, nos sentiremos conmovidos ante aquella imagen del dolor humano. Es un arte a la vez naturalista y espiritualista, humano y místico. Es un arte que nos inquieta, que no olvidaremos jamás, y que nos infunde anhelos de mejoramiento moral. La contemplación de tales obras tiene que hacernos más buenos, más piadosos, más humildes. Es la virtud del dolor. Aun cuando no se tenga creencia religiosa alguna, es imposible desconocer que no existe espectáculo más moral, más educador, más espiritualmente bello, más trascendente, que el dolor humano realizado por el arte. Por esto son tan grandes Sófocles, Shakespeare, el Greco.

La belleza formal, además, es convencional y cambia constantemente. La "Venus de Milo", que está considerada como un prototipo de belleza femenina, decepciona a todas las personas sinceras e inteligentes, que visitan el Museo del Louvre. Aquella mujer de caderas tan anchas es lo más opuesto que puede imaginarse a nuestro concepto de la belleza femenina. Una mujer ocmo la Venus sería hoy una mujer de formas vulgares. Sin embargo, debió parecer maravillosa en otro tiempo. Por lo demás, la "Venus de Milo" no nos dice absolutamente nada, ni siquiera el espíritu de la diosa que representaba. Pero el caso de esta Venus no es sino un ejemplo, pues podría escribirse un volumen demostrando cómo cambia continuamente, en todas las artes, el concepto de la belleza formal.

El cambio de los valores estéticos en nuestra época está demostrado, sobre todo, en el auge repentino y formidable del Greco. Si alguna obra carece de belleza formal es la de este artista; su belleza es espiritual, o más exactamente: mística. Las caras alargadas, los cuerpos deformados, las

piernas torcidas de sus personajes, las tonalidades de sus colores, son materialmente feos. La gente que no percibe sino la belleza de las formas no comprende al Greco. Hasta hace pocos años el Greco era despreciado, considerado como un loco; los críticos ni siquiera le mencionaban (1) y los artistas prescindían de él en absoluto. Pero en estos últimos años todo ha cambiado. Hoy los más nobles artistas opinan que jamás hubo pintor más inquietante, más humano, más profundo que el Greco. Por mi parte creo que ningún cuadro contiene tanta belleza moral como "El entierro del Conde de Orgaz". Con el Greco sólo pueden ser comparados algunos primitivos flamencos, como Van der Weyden y Matías Grünewald, quienes han alcanzado la cumbre de lo patético, el primero con su "Descendimiento" del Museo del Prado y el segundo con su "Cristo" del Museo de Colmar.

Ahora bien: para que bajo el predominio oficial de la estética del Renacimiento haya surgido de pronto el culto al Greco, es preciso que los valores artísticos hayan cambiado fundamentalmente.

El Renacimiento había restaurado, en arte por lo menos, los valores del paganismo greco-latino. Contra el concepto sensual, o si se quiere formal, que tenían del arte los paganos, había reaccionado el cristianismo que desdeñaba el culto de la belleza exterior para sólo preocuparse de la belleza invisible, la belleza moral. Durante el Renacimiento se volvió

---

(1) Durante su vida el Greco tuvo gran reputación, lo que puede juzgarse por el soneto que le dedicara Góngora. Pero después fué olvidado. El crítico alemán Justi, por ejemplo, no lo menciona. Pero no hay que extrañarse, puesto que Madrazo apenas se limita a nombrarlo en su "Viaje artístico", mientras llama "genio viril" a Tristán, un discípulo del Greco, y lo coloca a la par de Velázquez, de Rivera, de Zurbarán y de Alonso Cano. Anda por ahí una historia del arte, el difundidísimo librito "Apolo", que no se acuerda del Greco para nada. En los últimos tiempos han sido publicadas varias obras sobre el artista: la del alemán Meyer, la de Barrés, la de Cossío, y la reciente de Lafont.

a la belleza exterior, es decir, se practicó el principio del arte por el arte. La belleza interior desapareció. En los primitivos sólo se vieron las incorrecciones del estilo. Pero, por su índole misma, el Renacimiento significaba la decadencia del arte. La fastuosidad teatral del Veronese, la explosión de vida del Giorgione, no son comparables al arte religioso, íntimo, siempre hondo del Giotto o del Mantegna.

Los años pasaron dejando arraigar en los espíritus la estética del Renacimiento, y la enseñanza oficial no reconoció otro ideal de arte que el grecolatino. No obstante, hacia mediados del siglo XIX se retorna a la Edad Media. Ruskin exalta a los primitivos, y los prerrafaelistas renuevan el arte de Fra Angélico y de Boticcelli, arte místico e ingenuo cuyo encanto reside en su belleza interior. Los románticos, a su vez, rehabilitaron en cierto modo a la Edad Media, aunque no adoptaron estrictamente su concepto del arte.

Pero a pesar de todo, continuaba dominando la estética oficial. El impresionismo, y anteriormente el realismo, destruyeron en apariencia el ideal grecolatino. Los artistas, desde entonces, miraron más al fondo de las cosas, pero sus maestros continuaron siendo no aquellos que no producen mayores emociones, los que agregan algo a nuestra alma, sino aquellos en quienes el esplendor externo constituye su única belleza.

Hacia fines del siglo aparece el modernismo literario y artístico. Los poetas se preocupan menos de la forma y se vuelven profundos e idealistas. En pintura, los primitivos son admirados e imitados, y artistas eminentes nos revelan rincones de ciudades, paisajes llenos de carácter, en forma un tanto burda que parece agradar a quienes sólo buscan la emoción. En España los poetas remedan la lengua incorrecta de Gonzalo de Berceo. Un pintor genial, Zuloaga, se convierte en el revelador de la España mística, y en sus cuadros de formas feas palpita una gran belleza interior. Un furor de primitivismo y catolicismo llena el arte español. El Greco es el maestro de todos estos hombres inquietos.

Se preguntará cómo se ha producido esta trasmutación de los valores estéticos, trasmutación tan honda que nos hace admirar obras de arte que hasta hace poco nos parecían desagradables y feas. Es que frente al concepto clásico de la belleza se ha levantado el concepto del carácter, concepto cristiano precisamente, y sobre todo español, ya que los grandes artistas españoles no se preocuparon sino del carácter. El impresionismo restauró este concepto y el actual movimiento espiritualista lo ha hecho triunfar definitivamente.

Esta transformación del sentido estético no es una simple moda. Deriva de un poderoso renacimiento espiritual. En los últimos años, hondas corrientes espiritualistas han invadido las ciencias, las artes y las letras. Bergson domina en filosofía; los artistas son místicos o católicos. Y es evidente que el cristiano y el hombre espiritual no pueden atender a otra belleza que a la belleza interior.

El caso del Greco debiera hacernos meditar. Si el sentido estético ha cambiado, parece lógico iniciar, de acuerdo con el nuevo criterio, una revisión de los valores y las jerarquías artísticas. Esto tendremos que hacerlo, si queremos ser sinceros para con nosotros mismos. Pues bien: yo no dudo de que cuando se estudie el arte español con el mismo espíritu con que se ha juzgado al Greco, el caso de éste se reproducirá.

Se reproducirá en Valdez Leal, el pintor de la muerte, artista ferviente y trágico, cuyos cuadros nos conmueven hasta lo más hondo del alma; en las iglesias románicas, de una emoción religiosa más penetrante y realista que las góticas, y a las que el genio caracterizador de la raza convirtió en un arte español típico; en el estilo plateresco, que, siendo una prolongación medioeval más que una expresión del Renacimiento, sorprende por su sinceridad y su emoción; en aquellos admirables escultores que se llamaron Martínez Montanés, Gaspar Becerra, Gregorio Fernández y que traducía el dolor de los cristos y los martirios de los santos con un

realismo prodigioso; y sobre todo se reproducirá en la obra de Alonso Berruguete, a quien se considerará algún día como una de las más altas figuras del renacimiento latino.

Cuando esta revisión del arte español haya sido realizada, se comprenderá entonces que todo él es profundamente espiritual y que, juzgado con el nuevo criterio estético, — el único criterio perenne, ya que la belleza moral no cambia, — es, como dije, quizás el más alto arte que existió jamás.

* * *

España es un país difícil de ser comprendido y sólo se llega a comprenderle cuando se le conoce y se le ama.

Parece que no existe sobre la tierra un pueblo de psicología más complicada que el pueblo español. Las profundas diferencias regionales, sobre todo, contribuyen a hacer más ardua la comprensión del alma española. Pero no debe atenderse sino al alma castellana. Lo castizo, o sea lo hondamente español, es lo castellano, de tal modo que bien pudiera decirse que Castilla está moralmente en toda España.

Pero el alma castellana es complicada sólo aparentemente. En realidad, nada más simple que la psicología del castellano, hombre sencillo que no encubre su temperamento y cuyo espíritu debiera comprenderse fácilmente. Sin embargo, no sucede así y parece que para comprender a España fuera preciso ser español o, como nosotros los argentinos, pertenecer a la raza. Los europeos no comprenden a España, salvo los artistas, y aun, entre éstos, son pocos los que llegan a penetrarla profundamente. Los franceses buscan en San Sebastian y Barcelona las escenas pintorescas que sólo se encuentran en ciertas ciudades de Andalucía, y no consideran como españolas aquellas cosas que, por su carácter castizo, lo son precisamente. Los escritores franceses suelen componer novelitas impagables con amores a la reja, chulas, saetas, ambiente de torería y cuyas escenas ocurren en Barcelona, en Salamanca o en Fuenterrabia. De los ingleses pudiera decirse

otro tanto, si bien son ingleses los mejores escritos por extranjeros sobre España.

Las argentinos, en general, tampoco comprenden a España. Ahora comienzan a viajas por aquellas tierras, pero lo hacen con desgano, si no con desdén.

Muchos beocios con dinero que cruzaron el mar le dedicaron apenas quince días, pues "¡qué más para España!" Otros simpatizan con este pueblo, pero es sólo por interés de lo pintoresco; van a España a vestirse de chulos, a retratarse de moriscos en burdas Alhambras de papel pintado, y a buscar juergas soñadas cuya ausencia les decepciona. Estas gentes quieren sin duda a España, pero el alma española, en lo que ésta tiene de profundo, permanece ajena a su limitada comprensión de las cosas.

Nuestros escritores y artistas aman y comprenden a España. En este caso estaba Sarmiento, aunque se crea lo contrario; y si él no penetró más en el espíritu de España fué porque carecía de una condición esencial para ello. la de ser artista. Entre los escritores actuales, sobre todo entre los nacionalistas, hay una seria corriente de simpatía hacia España, como hacia la América Española, por otra parte. Los pintores, sobre todo, admiran al país que ha producido al Greco, a Velázquez y a Goya, y que por las condiciones del suelo, la maravilla de su arte, su misticismo latente, su exuberancia de caracter, es la comarca más interesante del mundo para los ojos de un artista. Además, es un caso de comunidad espiritual, pues todo artista es por definición un poco místico. Podría asegurarse que todo místico ama a Castilla y que todo el que ama a Castilla es algo místico.

¿Por qué es España difícil de ser comprendida? A mi entender por estas razones: el sentido de la vida que predomina entre los españoles; su individualismo exacerbado; su espíritu católico; y el concepto de España y las absurdas leyendas sobre este país, que trastornan la visión de las cosas nublando los ojos del observador.

Los españoles, mejor dicho, los castellanos, tienen un concepto de la vida que no es el de nuestra época. Todo el fundamento de las modernas sociedades industriales se sintetiza en estas palabras: vivir para ganar dinero y para gozar los placeres sensuales de la vida. La influencia del dinero es contemporánea. No se estudia, no se escribe, no se pinta, no se curan enfermos, no se hace nada sin pensar en la ganancia paralela. No se concibe que los hombres tengan otras ocupaciones que enriquecerse y gozar. El escritor uruguayo Carlos Reyles, el exaltador del oro y de la fuerza, dice: "en los talleres, universidades y gimnasios se arman los hombres para la conquista del Oro, no sólo porque él ofrece a los apetitos ávidos los goces reales y la posesión efectiva de las bellas cosas de la tierra; no sólo porque el Oro es la "posibilidad inmediata", al decir del escéptico France, mas principalmente por razones ocultas; porque representa valor humano, substancia anímica, la virtud extractada de las generaciones que fueron, y es, en resumen, algo así como la semilla de la voluntad, el germen misterioso que atesora en potencia todos los actos del pensamiento y todas las realizaciones del deseo". Y bien: en España no sucede así. El castellano, el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales. No ama el esfuerzo por el esfuerzo, ni parece convencido de que la felicidad de los pueblos esté en relación de su comercio y de su industria. Esta manera de ser ha originado modos de vivir, de sentir, de trabajar y de crear, distintos de los que predominan en el resto de Europa. Es el concepto cristiano de la vida, concepto arraigado tenazmente en el espíritu español. Por eso España no puede ser comprendida por quienes miran la existencia como un esfuerzo y un placer. Son los hombres carnales, de que habla el P. Rivadeneyra, que no alcanzan a comprender a los hombres espirituales.

El individualismo castellano es otra gran causa de incomprensión universal respecto de España. Cada pueblo mide a los demás según el metro de las cualidades que posee, y no

comprende que otro pueblo pueda considerar como virtud lo que él considera un defecto, y recíprocamente. Se tolera cierta diferenciación; pero que no sea excesiva. Entre los hombres sucede que aquél que se diferencia demasiado de los demás no tiene simpatías; generalmente es odiado. Lo mismo sucede con los pueblos. Suiza, nación mediocre, no puede despertar ni amor ni antipatía; pero no serán a nadie indiferentes Inglaterra y España. Las cualidades y defectos españoles son tan españoles, tan castizos, tan únicos que los extranjeros necesitarían para comprenderlos llegar a sentir y a pensar como españoles, lo cual es casi imposible. España es el más personal y original de los países europeos. Inglaterra, Francia y Alemania están más cerca entre sí que de España. Por una parte ha contribuído a esto la civilización moderna — de que ciertas regiones de España están exentas — que hace asemejarse a todos los pueblos entre sí. Una moderna ciudad alemana apenas se diferencia de una ciudad francesa moderna. En España cada ciudad tiene un carácter, un alma, un aspecto exterior completamente propios y distintos del carácter, el alma y el aspecto de las demás ciudades del país. La razón de esta extrema diversidad me parece visible. En España perdura aun algo de la civilización medioeval, es decir, de la civilización individualista por excelencia. Por otra parte, el individualismo español, al acentuarse con la disociación o disgregación de la unidad espiritual de España, ha agravado hasta el prodigio la diferenciación, con respecto a otros países, de todas las cosas españolas. Salaverría, un español muy castizo, dice: "El español es un ser único, diferente de todos los hombres que pueblan la tierra. Es único por su raigambre constitucional, único por su gesto, por sus procedimientos, por su espíritu. Para los demás hombres, el español resulta un ser incomprensible, que se resiste a toda confrontación y a todo análisis; es un ser de excepción. Procede, pues, excepcionalmente. Tan mala maña se da para caminar por el mundo, que

siempre, fatalmente, deja tras de sí un rastro de odio. Tiene esquinas y angulosidades, resistentes a esa difuminación civilizada que poseen casi todos los pueblos medianamente conformados. Sus esquinas y ángulos rozan y chocan con los otros hombres, y sobreviene la irritación. El español no posee el instinto de la maleabilidad. Hecho de una sola pieza, es incapaz de renunciamientos y de adaptaciones. No sabe lo que es la ductilidad. Guarnecido de un orgullo soberano, este mismo orgullo le incapacita para la condición máxima de arte de la civilización, que es el ceder; el plegarse, el rectificar". Y es que al español le falta el sentido social, como ha dicho otro escritor muy castizo: Pío Baroja. Y la falta del sentido social es lo que menos se perdona. Todos los vicios se toleran en el hombre educado, simpático, sociable. Pero un santo será odioso a los hombres si no tiene sentido social.

Leyendas absurdas, producto del maridaje de la perversidad y la ignorancia, han construído varias Españas de clisé que impiden ver la verdadera. Así, se atribuye al español defectos que nunca tuvo: la avaricia, la holgazanería, la crueldad (1). Singular mentira esta de la crueldad española. Yo no conozco pueblo más compasivo, más generoso, menos egoísta que el español. Su dureza y su sequedad exteriores no son sino la careta de su virilidad. Sin el sentimentalismo lacrimatorio del francés, el español lleva en su alma una honda

---

(1) Sarmiento llamaba bárbara a España, entre otras razones, porque en el año 1840 se robaba a los viajeros en las rutas montañesas. ¿Qué adjetivo convendría a París donde todos los días, en pleno siglo XX, y en las calles más centrales de la ciudad, se desvalija a los transeuntes? No hay en este caso ni la excusa de lo pintoresco. ¿Qué hubiera dicho la Europa si ocurriera en Madrid aquel suceso, narrado sin asombro por la prensa parisiense, de unos apaches que, para imitar a los apaches americanos, ataron a un poste a una niña, la bañaron en alcohol, le prendieron fuego y en ronda feroz, bailaron, cantaron y rieron a carcajadas mientras la víctima agonizaba?

fuente de ternura. La Condesa de Pardo Bazán ha descripto el caso de cuarenta obreros — trabajadores en una colonia minera — y dos jóvenes ingenieros, hijos éstos de un millonario catalán, que, para salvar la vida de un niño obrero, despellejado vivo a causa de un accidente en las minas, se dejaron sacar cada uno diez centímetros de piel. Estos casos sólo son posibles en España. Además, no olvidemos que hay muchas formas de crueldad. El egoísta, es por definición un ser cruel. Los ingleses ostentan una irritante crueldad moral, la que suele ser, generalmente, más grave que la crueldad física. La barbarie de algunas guerras modernas ha sobrepujado, como es notorio, la tan mentada barbarie de la conquista de América. Y lo mismo que de la crueldad podría decirse de todas las malas cualidades atribuídas al pueblo español. Las mentirosas leyendas sobre España darían materia para un ameno volumen. ¿No se ha dicho en los diarios ingleses, con motivo del proceso Ferrer, que en España eran jesuitas los agentes de policía? No hubo país, como España, del que tantos se adueñara la calumnia. Es que la calumnia, como la envidia, se ceba con más saña en los hombres, los pueblos y las instituciones cuando son orgánicamente diversos de los otros.

La principal causa, a mi ver, que ha determinado la formación de las leyendas sobre España, se halla en la falsificación de la Historia realizada con fines de religión y de raza. La Historia ha sido "hecha" por protestantes ingleses, quienes, como es natural, debían sentir escasa simpatía hacia la nación latina y católica. La deformación de la Historia puede verse en Buckle, cuyo capítulo sobre España es un "bric a brac" de mentiras y de ridiculeces. Los españoles de talento llenarían una misión noble y patriótica escribiendo la historia de su país con criterio español. Desgraciadamente no lo hacen. España no es tierra de historiadores.

Finalmente se odia a España por su supuesto catolicismo. No hay anticlerical que no deteste a aquel país imaginándolo

hundido en el atraso por culpa de frailes y de monjas (1). Pero precisamente es España el menos creyente de los países católicos. He presenciado grandes fiestas religiosas en Baviera, en Francia y en España, y el contraste entre las de aquellos países y las de éste, era evidente. Las magníficas representaciones de la Pasión en Oberammergau y las peregrinaciones nacionales francesas en Lourdes, son expresión de una fe intensa y creciente. Las fiestas de Semana Santa de Sevilla muestran una fe muy mediana, revelan un descenso de las creencias antiguas. En la iglesia de la aldea bávara, junto a los artesanos que iban a representar la Pasión, en cumplimiento de su promesa tres veces secular, comulgaban varios miles de visitantes, venidos casi todos de Alemania y de Austria, con una fe como raras veces he visto. En Lourdes he presenciado peregrinaciones de todos los países europeos, de España inclusive, pero nada comparable por la intensidad, por el denuedo de la fe, a la peregrinación nacional francesa. Quienes hablan de decadencia religiosa en Francia (1) se

---

(1) Tal atraso no es una absoluta verdad. Lo que hay es que los viajeros visitan las ciudades de arte, casi exclusivamente; ciudades todas ellas donde el tiempo se ha detenido. Claro es que en ciertas provincias castellanas y en Extremadura existe atraso. Pero ¿qué país no tiene algunas comarcas pobres? En la Argentina, el prodigio de las regiones litorales no ha suprimido la desolación de Catamarca, de San Luis, de La Rioja.

(1) En Francia las gentes retornan a la Iglesia con un entusiasmo inusitado. Encuestas recientes han revelado que la juventud francesa es católica; que, por ejemplo, tres cuartas partes de los alumnos de la escuela normal de París practican la religión ostensiblemente, mientras esto lo hacían diez años atrás sólo tres estudiantes. Hay en Francia hoy día un movimiento religioso que asombra, y en el que la "élite" intelectual tiene decisiva participación. Durante la guerra este movimiento se ha acentuado de tal modo, que hace innecesaria la mención de aquellos grandes nombres en la ciencia, el arte y la literatura, que cité en las ediciones anteriores. — (N. del A. en la edición última de "El solar de la raza".)

asombrarían al ver aquellas muchedumbres de cincuenta mil personas que, en la calma de la noche, frente a la basílica prodigiosa, junto al dulce Gave, bajo el cielo sereno de los Pirineos, penetrados de fe y de patriotismo, llevando antorchas en las manos, cantan en latín, con la música grave y profunda del canto llano, el Credo y la Salve, y alaban en lo más hondo del alma a Aquella que es Consuelo de los afligidos y Salud de los enfermos.

En España no existe ese fervor religioso que el observador sin prejuicios puede ver en Francia, ni en el catolicismo profundo y militante de los belgas, canadienses, irlandeses, bávaros e italianos. A primera vista parece que hubiera contradicción entre estas palabras y todas las páginas anteriores. Pero no hay tal contradicción. El ambiente místico y católico que se siente en España procede de siglos pasados, cuando la fe era muy intensa; no de los españoles actuales, que en general, son más formulistas que creyentes. El espíritu medioeval persiste en las catedrales, en el arte, hasta en las calles de ciertos pueblos. España sigue siendo mística y católica; por su espíritu, no por la hondura de la fe ni por el entusiasmo religioso.

Pero es indudable que, creyentes o incrédulos, practicantes o no, los españoles son fundamentalmente, constitucionalmente cristianos. Y ésta es la razón del odio anticlerical. En España han arraigado, quizás como en ninguna parte, las tradiciones, las costumbres, la moral católica. España fué en la Historia, la Nación católica por excelencia. Trató de convertir al mundo, de imponer oficialmente sus creencias. Hizo de la religión un programa político que cumplió, íntegramente, dentro del país. De esta situación algo perdura, como es natural. Al rey de España se le llama Su Majestad Católica, el Estado tiene allí religión, y en las escuelas no existe el laicismo. Y todas estas cosas bastan, según la lógica precaria de los anticlericales, para considerar a España como un país atrasado y aun para odiarlo. Por lo demás, aun cuando

fuera España un país ultracatólico, no sería la religión lo que la mantendría en lugar secundario. Religiosos países son Bélgica, Baviera, Canadá, y, no obstante, su estado de civilización es tan alto como el de cualquier otro pueblo. Y en España misma, las regiones más industriales, más ricas y más fuertes de energías son aquellas en que la fe religiosa es más profunda y militante: Cataluña y las provincias vascongadas.

* * *

Don Rafael Altamira, en su "Psicología del pueblo español", reseña la doble evolución de la hispanofobía y de la hispanofilia europea. Con copiosas citas de autores y libros, anota la desaparición de ciertas leyendas y se complace en hacer constar la abundancia de los buenos estudios sobre España y de la simpatía creciente hacia su patria. A pesar de todo, según lo he dicho antes, la animosidad persiste. Bien decía Oliveira Martins que España despertó siempre entusiasmos y rencores y que para el pueblo peninsular no puede haber desdén ni indiferencia.

Y, sin embargo, en los pueblos hispanoamericanos se halla no sólo rencores sino también desdén hacia España. Destruída la leyenda de la crueldad en la conquista de América, de la inaptitud colonizadora de España, todavía el error perdura en estos pueblos.

En la Argentina el odio a España ha sufrido la evolución de todas las cosas, y, al transformarse en necio desdén protector, ha desaparecido. Aquel odio primitivo se explica. La generación de la Independencia, que vivió hasta mediados del siglo XIX, conservó, como es natural, el odio al enemigo. Republicanos y criollos, como eran los argentinos, detestaban a los españoles que eran monárquicos y extranjeros. La muralla china de la barbarie caudillista, al aislarnos del exterior, agravó la antipatía existente. Por otra parte, el delirio nacionalista de la época complicaba con el francés enemigo a todos los extranjeros. Luego, al terminar la lucha entre la

campaña y las ciudades, como aquella dejara algo de su barbarie en el espíritu de las ciudades triunfantes, se continuó despreciando al extranjero. El hombre de campo, el "paisano", como decimos aquí, desdeñaba al español principalmente porque no sabía andar a caballo. A su vez el español manifestaba desdén hacia nuestro país, consideraba como ofensa personal las simples fiestas patrias, y nuestro Himno magnífico y humanitario, que desde la escuela nosotros veneramos, era para él una actitud de insolente arrogancia hacia España. Durante el tercer cuarto de siglo la hispanofobia se intensificó. Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adoptaba su hispanofobia. Las escuelas normales, nacidas en esa época, eran ,a la vez que lugares de patrioterismo, focos tenaces de aquel sentimiento. Más tarde, todo hubiera concluído sin la guerra de Cuba. Nuestras simpatías, claro está, iban hacia la isla americana que se desangraba en heroísmos luchando intrépidamente por su libertad. Pero nuestro sentimiento americano irritaba a los españoles. Arrogantes éstos, afirmaban cuando los Estados Unidos intervinieron en la guerra, que el viejo león aplastaría al "vil mercader de América"; la derrota les hizo ser más prudentes y menos fieros. Estas condiciones eran necesarias para que nosotros, un tanto arrogantes también, pudiésemos tolerarlos.

Ahora las cosas han cambiado. Distinguidos escritores argentinos han hablado de España con cariño; la literatura y la pintura española ejercen enorme influencia y sus prestigios crecen día a día; los viajeros visitan aquel país y los exentos de snobismo recuerdan con amor los encantos de Sevilla y de Granada. No obstante, quedan aún enemigos de España, sobre todo entre los normalistas, los patrioteros, los anticlericales, los mulatos y los hijos de italianos. El odio del mulato hacia España es el odio del negro al blanco. Los anticlericales ven en España, como he dicho, un país de

frailes y fanáticos, y los italianos y sus hijos un país rival del suyo en el predominio en la Argentina.

Después del centenario de nuestra Revolución, la simpatía hacia España ha aumentado considerablemente. Pero todavía se oye afirmar a cada paso que los españoles no son "progresistas", error tenaz y singular. España, que encarnó la síntesis medioeval, es el pueblo que más ha cambiado, o sea que más ha progresado para modernizarse. Hablo, naturalmente, de progreso material, que suele confundirse con el verdadero progreso, el cual consiste en el perfeccionamiento ético. Respecto a la modernización de España, diré que es una realidad. Terminada la disolución de la España antigua, comienza a reconstruirse una nueva España.

Inglaterra, Francia, Alemania, no han cesado jamás de progresar; han seguido su evolución normalmente. Pero España, cuya grandeza, por múltiples causas históricas, se derrumbara durante el siglo XVII, había progresado, hasta ayer, con suma lentitud. Era que aun no había terminado la disolución de la España antigua. Asombra, pues, el salto que ha dado este país, los progresos enormes que ha realizado, en diez o quince años, para llegar a la situación en que hoy se encuentra.

Esto sin contar con que las dos más grandes conquistas del mundo moderno, la libertad política y la libertad filosófica, nacieron en España. La Carta Magna es posterior a los Fueros de Aragón, y el principio de la libertad filosófica se halla en la casuística. Los romanos, como se sabe, no miraban al espíritu sino a la letra de la ley. Los teólogos españoles, al establecer la existencia de "casos", afirmaban la libertad del individuo contra ley tiránica, iniciaban la independencia del pensamiento contra la interpretación dogmática y unilateral y se anticipaban a las modernas doctrinas, según las cuales no hay crímenes sino criminales, como no hay enfermedades sino enfermos. El pensador y escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, que ha sostenido antes que yo esta misma idea,

dice, hablando de la Compañía de Jesús: "Su "distinguo", si no fué la cifra de la libertad señaló el sendero por donde se va a la libertad misma". Y termina citando la siguiente frase de Remy de Gourmont, de quien no puede sospecharse que simpatice con los jesuítas. "Toda la libertad del espíritu moderno está en germen contenida en ese famoso "distinguo", que ha hecho reir tanto a los imbéciles".

Los restos de hispanofobia en la Argentina no desaparecerán mientras dure el huracán de snobismo que nos tiene enfermos. La moda es la ley suprema. Un libro vale, si es moda leerlo; una ciudad es "bonita", si la moda exige que la visitemos; la Argentina es una gran nación porque está de moda en París. España no está de moda... Nada tan típico, sobre el snobismo, como el consejo que me dió una vez cierto joven abogado, profesor y orador argentino. Me decía el excelente sobrino de Homais que hiciera imprimir y editar mis libros en Francia, pues los que se hallaban en tal caso "hasta parecían mejores".

Con las tonterías que aquí se dicen sobre España podría escribirse un libro muy divertido, aunque seguramente no se pondría de moda. A imitación de Flaubert, quien compuso un "Diccionario de la tontería humana", dan deseos, utilizando las opiniones que aquí se oyen sobre España, de escribir un diccionario de la tontería argentina. ¡Qué índice tan terrible sería de nuestra vanidad, de nuestra superficialidad y de nuestra ignorancia!

¡Asombroso criterio el nuestro para juzgar la importancia de los pueblos! Solamente los valores materiales nos interesan. Un pueblo puede vivir intensamente por el lado de la inteligencia; pero será considerado un pueblo muerto por los argentinos si posee escasas riquezas materiales, poco movimiento comercial, reducido número de industrias. No me olvidaré jamás de cierta discusión que tuve en España con un médico argentino. Era una de aquellas personas, como tantas que existen, que viajan para conocer hoteles, juzgar las co-

midas, las rameras, los teatros, las comodidades. Para él España era una calamidad y Suiza el país más admirable del mundo. Yo le objeté que el pueblo suizo carecía de espíritu, de gracia, de talento, que era como una de esas personas honestas y vulgares, de vida ordenada, que comen, trabajan y aman a horas fijas, incapaces de un crimen o una falsía, ciertamente, pero también incapaces de soñar y crear. El médico me repuso que él consideraba a Suiza como el país más civilizado del mundo "porque si uno se caía en la calle, en seguida tenía un médico a su lado"...

Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. No odiamos a los pueblos sajones, a los que tanto debe el progreso argentino; no odiamos a la dulce Francia, cuyo espíritu elegante y armonioso tanto ha influído en nuestras cosas; no odiamos a esa ferviente Italia, que nos ha dado una parte de sus energías. Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles puesto que a la raza pertenecemos.

* * *

La Europa latina, envenenada de decadencia (1), empieza a ver en nuestra Argentina la salvación de la raza. Hombres inquietos, con su camino de ascensión clausurado, ávidos de nueva vida, trovadores del Oro, casta de águilas, llenan los

---

(1) Estas palabras deben tomarse en un sentido muy amplio. En Italia, por ejemplo, hay un evidente resurgimiento, como lo hay, aunque menos pujante, en España. Sin embargo, se puede hablar de la decadencia latina. Francia, Italia, España, Portugal se hallan en decadencia, porque ya no ejercen sobre el mundo el antiguo poderío de otros siglos. Los anglosajones son hoy los

trasatlánticos rumbo a esta patria. Son los modernos conquistadores. Héroes de la energía y de la voluntad, sacan ilusiones de su fuerza; y a la noche, en las cubiertas populosas, bajo el lírico panteísmo del gran cielo marítimo, sueñan gestas de audacia y de dinero los Cortés y los Pizarros de hoy. Los latinos de Europa, pues latinos son casi todos aquellos hombres, se dirían vestales de la estirpe: traen la misión providencial e invisible, de conservar las excelencias latinas en la mezcla de pueblos, y de afianzar el predominio, en la amalgama de tantos metales, del oro puro de la latinidad.

Porque una nueva raza está formándose aquí. Gentes de todas las comarcas, en lucha atroz y secreta, en formidable Babel de índoles, mutuamente se absorben, se funden, se mezclan, se devoran y se amalgaman. Israelitas de Besarabia que todavía llevan en sus ojos místicos el misterio de la estepa y el pavor de las persecuciones, se ayuntan, en hogares gauchos, con nativos de tez bronceada; vascos intrépidos unen su vida audaz con mujeres de estirpe aborigen; sajones, armenios, latinos, griegos, eslavos, nadie resiste a la absorción del ambiente. Esta patria, generosa para el extraño, exige, en cambio de sus dones, el olvido de todas las patrias. Y así, en el común amor a la tierra prolífica, en usufructo de libertad y democracia, va naciendo, sobre el suelo argentino, una raza predestinada en tiempos próximos a destinos magníficos.

Raza latina, no obstante todas las mezclas. Nosotros vamos recogiendo las virtudes de la estirpe que nuestros hermanos de Europa comienzan ya a olvidar. Latinos, en mayoría irreemplazable, son los hombres que vienen a poblar el país; latino es nuestro espíritu y nuestra cultura. Pero dentro de la

---

dueños de la tierra, y pudiera afirmarse que, concluída la hegemonía de los hombres morenos (los hombres del Mediterráneo), ha llegado la hora del hombre rubio. Además, existe la decadencia latina, porque los ideales latinos han perdido su fuerza y su prestigio. Ya no animan ni a las propias naciones que los sustentaron; y si éstas renacen en cierto sentido, es porque practican los ideales anglosajones.

latinidad somos y seremos eternamente de la casta española. Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lograrán arrancarnos la fisonomía familiar. Castilla nos creó a su imagen y semejanza. Es la matriz de nuestro pueblo. Es "el solar de la raza" que nacerá de la amalgama en fusión.

Amemos a España. Es tal vez el más noble pueblo que ha existido sobre la tierra. Su decadencia no debe atraer nuestro desdén, sino nuestro agradecimiento. Es la decadencia latina, precisamente, lo que nos da este sitio único entre los pueblos actuales: el de ser nosotros los destinados a hacer imperar en el mundo, como un sol entre astros, las virtudes de la raza. Si España fuese una gran potencia y Francia e Italia no estuviesen ya mordidas por el microbio de la decadencia, fuera otro el porvenir de la Argentina. Entonces los latinos de Europa no vendrían a estas tierras, y las virtudes de la raza, conservadas allí sin el moho de la decadencia, no fueran legado para nuestra patria. Aquellas naciones, España sobre todo, no recuperan su grandeza mientras nuestra patria asciende; nos abandonan sus ideales a los que ellos no han de dar utilidad; debilitan su fuerza para acrecer nuestros vigores. Seámosles agradecidos y reconozcamos que de esas naciones proviene en realidad nuestro valer y nuestra esperanza.

El porvenir de nuestra patria no es puramente material. Será ella el granero del orbe, pero no debe ser eso tan sólo. Un más alto y perenne destino la engrandecerá magníficamente. Mas ¿tendremos sobre el mundo alguna influencia espiritual? ¿Crearemos en los siglos un bello y armonioso tipo de civilización? Un inmenso anhelo da la razón de mi esperanza. No sabría con qué argumentos justificar tanta ilusión. Pero allá en el fondo de mi ser alguien me dicta estas palabras.

Nosotros poseemos el secreto de la energía. Pero no será la nuestra una energía bárbara y automática como aquella que hierve sin cesar en los Estados Unidos de Norte América. La nuestra es y será una energía armoniosa, una fuerza atemperada de elegancia latina, un impulso inteligente, un brazo

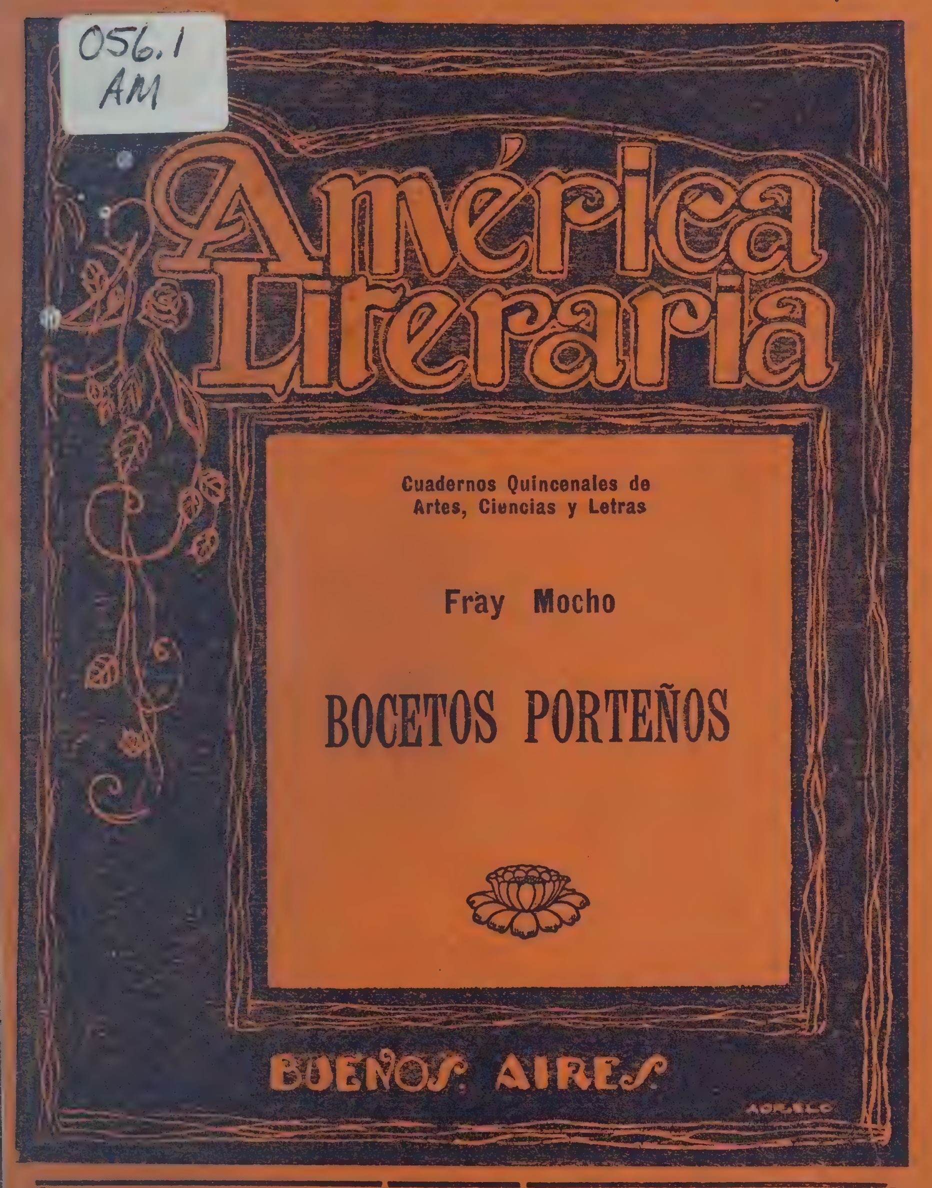
de un sér en quien la acción no ha destruído al ensueño. En consecuencia, el poeta de nuestra estirpe no será un Walt Whitman; los rítmos bárbaros, el tono bíblico, la inelegancia, el desorden del poeta yanqui, serían cosas extrañas a nuestra idiosincrasia.

Trabajemos para que llegue cuanto antes el día de las espléndidas realidades que soñamos. La grandeza material ya comienza. Ahora debemos en labor paralela, crearnos la otra. Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo y adaptémoslos a nuestra vida. Y, finalmente, dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energías materiales, los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser para nosotros una fecunda fuente de ideales. En las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja podemos hallar los grandes bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así a las cumbres opulentas de oro llegan a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos valles.



Tall. Gráf. "Bayardo" de Fco. Lorenzo y Cía. - J. B. Alberdi 451, Bs. Aires

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES— Nº. 7



25 de Octubre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

2,027,393



Buenos Aires Octubre 13 de 1921

Art.1- La "Editorial Bayardo", Sarmiento 565, adquiere del Dr. G.Martinez Zuviría, Galería Guemes 560, el derecho a publicar con el seudónimo de Hugo Wast, su novela "El amor Vencido".

Art.2- La "Editorial Bayardo", hará una edición en La Novela del Dia de cien mil ejemplares, y treinta ediciones de mil, cada una en volumen, de 2.50, en la "Edición Libertad".

Art.3-La "Editorial Bayardo" pagará al Dr, G.Martinez Zuviría, al ponerse en venta, tres pesos m/n, por cada línea impresa, que resulte en el volúmen de la "Edición Libertad", en cuerpo 10, a medida 15.

Art.4-El segundo episodio de esta novela, con el título de "El Amor Invencible", será adquirido por la "Editorial Bayardo", en las mismas condiciones, debiendo ser entregado por su autor en Dciembre del corriente año.

Art.5-El derecho de adaptación teatral y cinematográfica de estas novelas, no se incluyen en este contrato.

Firmado en dos ejemplares:

EDITORIAL BAYARDO

G. Martinez Zuviria

DIRECTOR-GERENTE

Lea la última página

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 7

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

BOCETOS PORTEÑOS

de Fray Mocho



BUENOS AIRES
25 de Octubre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

PAGINAS DE FRAY MOCHO

De *las "Memorias de un vigilante", uno de los libros más interesantes y jugosos del inolvidable periodista, ha tomado la dirección de* «América Literaría», *para integrar el presente cuaderno, algunas de las páginas mejores.*

Sus breves bocetos de la vida del bajo fondo parteño, que tan a fondo conocía Alvarez, sus interesantes y agudas observaciones de la vida y las costumbres del hampa, constituyen dentro de la literatura nacional una nota original y pintoresca, aromada por cierto vago sentimentalismo que tiene los relieves susgestivos de un agua fuerte.

De oruga a mariposa

Tras un galope de algunas leguas, — andaba de vago y era joven y aficionado al baile y las buenas mozas — llegué al viejo rancho desmantelado y solitario — veterano de cien tormentas — donde se iba a bailar, cosa que no era muy frecuente entonces, dada la escasez de población en aquellos parajes.

Al acercarme al palenque, ya pude contar cuántos me habían precedido en la llegada y hasta saber quiénes eran: allí estaban sus caballos a modo de tarjeta de visita.

Primero, el petizo de los mandados — maceta y mosqueador — que buscando verse libre de las sabandijas u obedeciendo a la costumbre de evitarlas, había ido retrocediendo hasta apartarse del grupo, y sembrando el trayecto recorrido con las pilchas del muchacho a cuyo servicio lo había condenado la suerte, que nunca la fué propicia; luego los mancarrones de algunos gauchos pobres y de los viejos vagos del pago, con sus aperos formados con prendas de procedencia diversa y de más diversa fabricación, con sus riendas peludas y anudadas y con sus cinchas enflaquecidas de puro dar tientos para remiendos; y, finalmente, algunos redomones bravíos, que al sentirme llegar yerguen las orejas, relinchan y se agitan, indicándome que ya hay mocetones que me harán competencia en el corazón de las dueñas de esos otros pingos, cuidados y lustrosos, tuzados con coquetería, y cuya crin ha servido para dibujar ya un arco atrevido, ya una guarda griega caprichosa, y que lucen bozales tan primorosos y cabestros tan llenos de bordados y de adornos.

Son pingos del andar de gente presumida, y hasta con pespuntes de elegantes mozas.

Previo el consabido ladrido de los perros — arrancados por mi llegada a su sueño plácido y tranquilo —, el relincho de los redomones del palenque los saludos del dueño de la casa y *las vichadas*

de las mozas y mocetones, que, cortos con los forasteros, se han ocultado en el rancho, eché pie a tierra y fuí a sentarme en el ancho patio recién barrido y carpido, que a la noche serviría de salón de baile, iluminado por la luna plácida y serena, aquella luna de mi tierra que veo al través del tiempo, quizás embellecida por el recuerdo.

Los preparativos para la fiesta estaban en lo mejor.

Allá, atrás del rancho, formado por una pieza grande de paja — quinchada — había un remedo de otra, formada por cuatro cueros de potro y algunas ramas mal atadas, que pomposamente se denominaba con el simpático nombre de *la cocina.*

A través del agujero que le servía de puerta, y por entre la nube de humo que vomitaba, veía, desde donde estaba sentado, un hacinamiento de cabezas, alumbradas por la llama temblorosa del fogón.

Entre risas ahogadas y cuchicheos, oía el canto monótono de la sartén en la que se freían montones de pasteles dorados, que espolvoreados con azúcar rubia, llevados de a seis u ocho — máximum que podía contener el único plato de loza que había en la casa — con destino al depósito general, que estaba en la pieza de paja, bajo la custodia de una vieja vigilante, tía respetada de algunos muchachos greñudos y carasucias, que de vez en cuando se asomaban por ahí, espiando el momento de dar un malón con suerte.

Eran atraídos por el olor apetitoso y agradable de los pasteles, que corría por todo el rancho, y que al penetrar por la nariz ponía en juego las glándulas salivales y hacía caer los estómagos en sueños deleitosos y en éxtasis bucólicos.

Bajo su influencia, uno llegaba hasta a olvidar que los tales pasteles estaban guardados en un viejo fuentón de lata, bajo la cama, en compañía del antiguo cajón de fideos, hoy humilde depósito de tabaco para el uso de la patrona, y expuestos a las correrías irrespetuosas de las pulgas matreras, que pasan su vida viajando de los perros a sus dueños y de éstos a los perros, hasta encontrar algún benévolo forastero, que, a pesar suyo, las lleve por ahí a tierras lejanas.

Ya una veintena de mates amargos y sabrosos, o no, que eran cebados por un muchacho roñoso — todo un maestro en el arte — habían pasado a mi estómago, haciéndome olvidar la fatiga y el cansancio, cuando las mozas y los mozos, que habían andado por ahí a salto de mata, ya más familiarizados con los forasteros, empezaron a dejar sus escondites poco a poco.

Ellos se acercaban serios y graves, nos daban la mano — a mí y a otros convidados desconocidos que estábamos como en asamblea, — con el brazo rígido como si fueran a pegar una puñalada o *a asigurar un ñudo,* murmuraban algo que no se entendía y luego se sentaban en rueda, con toda simetría, tratando, a fuer de bien criados, de colocar los pequeños bancos de una cuarta de alto y formados por un trozo de madera pulido por el uso y las asentaderas,

y con las cabeceras llenas de pequeños cortes producidos por el cuchillo *al picar el naco*, de modo a no dar la espalda a nadie.

Y allí se quedaban con las piernas dobladas y el cuerpo encogido en esa posición en que se encuentran las momias incásicas en sus urnas de barro, pintarrajeadas.

Más allá, parados, con los pies cruzados, un pucho coronando la oreja, medio perdido entre una mecha rebelde que se escapa del sombrero descolorido y ajado, están los gauchos pobres y menos considerados, con sus chiripás rayados, sus camisetas de percal y sus rebenques colgados en el mango del facón, atravesado en la cintura y que asoma por sobre el culero fogueando por el lazo o por bajo el tirador, cuando más sujeto por una yunta de bolivianos falsos.

Ellas, las mozas, venían en grupo, disimulando su turbación con una sonrisa y haciendo sonar sus enaguas almidonadas y sus vestidos de percal — tiesos a fuerza de planchado — y que cantaban alegremente al rozar el suelo.

Se sentaban en hilera, graves, por más que la alegría les rebosaba; se ponían serias, pero la risa les chacoteaba entre las pestañas largas y crespas, jugueteaba sobre sus labios y se arremolinaba, allí, en las extremidades de la boca.

Pronto la conversación se hizo general, la fuente de pasteles se puso al alcance de las manos y la familiaridad comenzó a desarrugar los ceños adustos y a alejar las desconfianzas.

Más mozos y más mozas continuaron llegando, y de recepción en recepción y de pastel en pastel, fuimos alcanzando a la noche, que era la aspiración de todos.

Al fín llegó y con ella los guitarreros, que eran tres: un viejo tuerto — verdadero archivo de cicatrices — y dos parditos, que eran sus discípulos, los voceros de su fama y futuros herederos de su clientela en el pago.

Se colocaron los bancos en rueda, destinando el frente que daba al rancho — sitio de honor — para los guitarreros, para las mamás y para los mosqueteros de más consideración; luego seguían las mozas que entraran en danza y la turbamulta de mirones y de asistentes.

El bastonero, que era dueño de casa, se situó en un punto cómodo para abarcar el conjunto y hacer la designación de parejas con la mayor estrictez, y mientras se acordaban las guitarras, empezó a estudiar la concurrencia para — con conocimiento de causa — poder hacer combinaciones que pudiesen satisfacer las aspiraciones de todos: enamorados-bailantes y bailantes solamente.

¡Cómo latía el corazón, en la esperanza de que fuera la moza de su simpatía la que le tocara o uno en aquel reparto de beldades, que duraría lo que durase la pieza!

¿Conmover al bastonero con una súplica? ¡Pero si eso era un sueño irrealizable!

Un criollo bastonero era inconmovible, y, sobre todo, tenía demasiada admiración por las elevadas funciones que desempeñaba para entrar en familiaridades con nadie.

¡Baste decir que ni a sus sobrinos tuteaba en esos momentos, por no rebajar su autoridad!

Organizadas las parejas, sonaron las guitarras, y se dejaron oir los acordes de una polka en que trinaban las primas y las segundas, y no tanto destinada a ser bailada cuanto a demostrar la habilidad de los ejecutantes: era como un punto de atención echado por el viejo guitarrero.

Los mocetones más empilchados y ladinos fueron los que debutaron. Metidos en sus grandes botas de charol, con el taco como aguja, y con todo el frente bordado, daban vueltas pretenciosas de elegantes, pareciendo muñecos movidos por un mismo resorte, tal era la precisión con que seguían el compás que el *máistro* marcaba con la cabeza.

El bastonero — para satisfacción de las mamás, que se le dormían a los pasteles y al mate, agrupadas alrededor de los guitarreros — circulaba entre las parejas, diciendo cuchufletas y haciendo con su frase sacramental — ¡que se vea luz, caballeros! — que las aproximaciones no fueran más allá de lo lícito y honesto.

Concluída la polka, las parejas se deshicieron: las mozas, después de sacudirse las polleras para quitarles la tierra, tomaron asiento y comenzaron a torcer sus pañuelos, a *sacarse mentiras* o a alisarse el jopo, para dar ocupación a las manos, que ociosas les incomodaban, mientras los mozos volvían sonrientes a nuestras filas, de donde el bastonero los sacaba de uno a uno, para hacerles probar de cierta caña con cáscara de naranja, que tenía reservada para los preferidos.

Volvieron a sonar las guitarras, haciéndose oir un rasgueo alegre y armonioso; era un gato que se bailaba solo de puro sentido y bien tocado.

Dos parejas salieron al medio de la rueda. La segunda, que era puramente decorativa, pasaba desapercibida: la primera era formamada por un mocetón de color bronceado, — vistiendo amplio chiripá de grano de oro, caído hasta el taco de la charolada bota de campana, camiseta de merino negro tableada, pañuelo volador de seda punzó, sombrero chambergo de felpa con un barbijo lleno de borlas que le castigaban la nariz y la barba — y por una moza, no mal parecida, que lucía entre el cabello negro lustroso un ramo de fragantes claveles rojos y que indudablemente era la consentida del mocetón.

Debutó él con un saludo y luego con un zapateado en que lucía toda las gracias de sus pies adiestrados, siguiendo al mismo tiempo el compás, mientras el guitarrero se desgañitaba, gritando con voz gangosa: "¡salta la perdiz madre!" y ella, la consentida, se hacía la que huía de los ataques del animalito que era empecinado y la

seguía, haciendo resonar el suelo con el acompasado golpeteo de sus pies.

Iba a terminar la pieza, cuando de allá de la última fila de mirones y gauchos pobres salió una voz que dijo *¡barato!,* mientras avanzaba a reemplazar al mocetón — que parecía ceder su puesto de mala gana — otro, que era su rival y que, aunque más despilchado tenía la habilidad de cantar y no dejaba de ser famoso en el pago.

Su aparición fué aplaudida, y la muchacha, encendida, se remilgó y trató de lucir toda su gracia al que le daba tal prueba de distinción.

Cuando llegó el momento del canto, moduló con voz llena de dulzura, aunque emitida por la nariz, unas coplas llenas de sentimiento en que había una que envolvía todo un piropo, que venía como de molde:

¡Las muchachas bonitas
Son perseguidas
Como la azucarera
Por las hormigas!

Y remató su canto con un escobilleo que arrancó voces de admiración: los pies se movían con tal presteza, mientras el tronco permanecía recto, que era imposible seguirlos con la vista.

La muchacha volvió a su asiento, y el mocetón quedó gozando de su triunfo, orgulloso y satisfecho.

La caña hizo su aparición, llevando la alegría a todos los corazones, y los guitarreros, después de tocar un triste, en que palpitaban todos los anhelos de un alma enamorada, comenzaron a puntear un pericón con todas las reglas del arte.

Salieron las parejas al centro, elegidas con cuidado por el bastonero, entre los mozos y mozas de más fama.

Hicieron la demanda, algo como la primera figura de la cuadrilla — con mucho garbo y donaire, rivalizando ellos en gravedad y ellas en sonrojo — y vino el alegre que permitió a un aficionado, mientras las dos parejas valsaban, lanzar su nota quejumbrosa:

Las estrellas en el cielo
Forman corona imperial.
Mi corazón por el tuyo
Y el tuyo ¡no sé por cuál!

Y concluyeron su danza con el cielo — pasadas las peripecias de la cadena — en que los bailarines coronaron su esfuerzo, haciendo castañetear los dedos al compás de la música y con gran habilidad, mientras las guitarras gemían con un vals lleno de sentimiento y armonía de esos que, según la expresión consagrada, levantan de los pelos.

Y tras el pericón vino un triunfo, donde se floreó aquel que fué héroe en el gato y que endilgó estas indirectas a su moza:

Dicen que las heladas
Secan los yuyos,
¡Ansí me voy secando
De amores tuyos!

¡Este es el triunfo, madre,
    Dueña del alma;
Más quiero dulce muerte
    Que vida amarga!

***

¡Ni aunque todos se opongan
    Los doloridos,
No hay dolor que se iguale
    Al dolor mío!

¡Este es el triunfo, madre.
    Dame la muerte,
    Dámela despacito,
    No me atormente!

Y así siguió toda la noche la jarana, mientras la caña circulaba y los corazones anhelosos se buscaban, tratando de fundir en una sola todas sus aspiraciones.

Con los primeros rayos de la aurora se pensó recién en poner punto final a la fiesta, y los guitarreros echaron el resto en una hueya de aquellas donde se oyen quejidos y risas, donde se ven lágrimas y alegrías, verdadero reflejo del carácter de nuestro gaucho.

Las guitarras comenzaron a vibrar, mientras uno de los cantores gemía con voz gutural:

¡Por una ausencia larga
Mandé sangrarme.
Hay ausencias que cuestan
Gotas de sangre!

***

¡A la hueya, hueya,
Hueya sin cesar,
Abrasé la tierra
Vuélvase a cerrar!

Mosaico criollo

Avanzaba hacia mí un hombre alto, delgado, de color pálido, ceñudo, pero en cuya fisonomía serena se leía algo de bondadoso que atraía:

—¿Qué se le ofrece, paisano?

Solamente el himno nacional tiene notas comparables a las que yo encontré en esta frase sencilla: me pareció ver el sol dentro de aquel salón obscuro.

—¡Traigo una carta para Usía...; es de mi coronel!

Rompió la cubierta, tomó la cartulina que contenía y luego de recorrerla exclamó:

—¡Diez años de servicio sin un arresto, y dos ascensos por acción de mérito!... ¿Qué es lo que desea, sargento?

—¡Quérría servir con Usía en la policía!

—¿Conoce la ciudad, bien?

—No, señor.

—¡Bueno!... ¡Ya se hará a la cancha!... Vea, no tengo sino puestos de vigilante; pero aquí, con buena conducta, se asciende pronto.

—Está bien, señor.

Y diez minutos después recibía mi ropa en la mayoría, y quedaba como vigilante en la guardia del Departamento.

El principio de mi carrera fué penoso y mortificante. Carecía hasta de las nociones más elementales de lo que formaba la vida de la ciudad, y todo era para mí motivo de asombro y de curiosidad.

Las calles, los tramways, los teatros, las tiendas y almacenes lujosos, las jugueterías, las joyerías, las iglesias, no era extraño que me arrastraran hacia ellas con fuerza invencible y que no tuviera ojos ni oídos sino para observarlas y asombrarme: era que todo me llamaba, todo me atraía.

No conocía ningún detalle de la vida civilizada, y cada cosa que saltaba ante mi vista era un motivo de sorpresa. No hablo, por cierto, de las maravillas de la electricidad, de la fotografía, de la imprenta o de la medicina, que eran cosas abstractas para mí en ese tiempo: hablo de los carros, de los carruajes, de los vendedores ambulantes, del adoquinado, del agua corriente, que no podía comprender cómo manaba de una pared con sólo dar vuelta a una llave, del gas, que me producía verdadero delirio cada vez que pensaba en él, de las casas de vistas, de las vidrieras lujosas ,del sombrero, de la ropa y hasta del modo de reir y conversar de las gentes.

Durante un mes mi cerebro trabajó como no había trabajado durante todos los días de mi vida, reunidos, y de noche las paredes desnudas de mi modesto cuarto de conventillo me veían caer como borracho sobre mi cama, abrumado bajo el peso de las sensaciones de cada día.

Me acostaba, y la baraúnda de las calles zumbaba en mis oídos, y desfilaban, en hilera interminable, las figuras heterogéneas que en el día habían pasado ante mi vista.

Veía las mesitas de hierro de los cafés y confiterías de la Recoba, que dividía las plazas de la Victoria y 25 de Mayo — que años más tarde demolió el intendente Alvear —, rodeadas por borrachines paquetes, por otros ya transformados en verdaderos descamisados o que estaban por serlo, por soldados y marineros barajados con clases, oficiales y hasta jefes, y en las calles laterales y en las veredas, hombres cargados con canastas, que anunciaban en todos los tonos las más variadas mercancías, gentes apuradas, que se llevaban por delante unas a otras, carruajes, carros, tramways, y más lejos, allá abajo, en el puerto, máquinas de tren que cruzaban, vapores que silbaban, changadores que corrían, carros que andaban entre el agua como en tierra, y sirviendo de fondo a la escena el río imponente con su festón de lavanderas en el primer plano, y en lontananza un bosque impenetrable de mástiles y chimeneas.

Pero lo que más me desvelaba eran las ilusiones del oído, aquellas voces pronunciadas en todos los idiomas del mundo y en todos los tonos y formas imaginables.

Veía venir a un italiano bajito, flaco, requemado, que, con voz de tiple, aunque doliente como un quejido, exclamaba acompasadamente: ''Pobre doña Luisa'', ''Pobre doña Luisa'', mientras lo que en realidad hacía era ofrecer los fósforos y cigarrillos que llevaba en un cajón colgado al pescuezo; otro alto, rollizo, con un cuello de media vara, y llevando canastas repletas de bananas y naranjas, exclamaba en tono alegre: ''arránqueme esta espina'', mientras un francés que vendía anteojos, cortaplumas y botones, anunciaba con un vozarrón de bajo: ''soy un pillo'', coreado por un vendedor de requesones, que clamaba intermitentemente, ''tres colas negras''.

Luego, de allá, del fondo de la memoria, surgía la figura de un semigaucho, que con reminiscencias de vidalitas, ofrecía su mazamorra batida, y tras él un negro pastelero, que silbaba y muy echado para atrás, muy ventrudo, llevando en la cabeza un gran cajón de factura, soplaba como un fuelle: "ta tapao; meté la mano".

Mi cabeza era un volcán: todo lo oía, todo lo interpretaba y mi cuerpo se debilitaba en aquellas horas de agitación y de fiebre.

¡Buenos Aires entero, con sus calles y sus plazas y su movimiento de hormiguero, bullía en mi imaginación calenturienta!



Los bocetos de un miope

¡Y considerar que a pesar de haber tanta gente a mi alrededor, de tener tantos compañeros en mi nuevo puesto, yo estaba solo, solo como si me hallara en el desierto!

¡No había en la multitud un alma que armonizara con la mía, y envidiaba de corazón a los cabos y sargentos que de nada se asombraban y parecían saberlo todo, no sabiendo nada en realidad, y a los soldados como yo a quienes no les preocupaba lo que ignoraban, sino lo poco que sabían y tenían el coraje de estar alegres y de reir!

¡Con qué ahinco estudiaba mis obligaciones, y cómo me contraía a mis deberes, circunscribiéndolos al límite más estrecho que era posible, tratando de aislarlos del mundo aquel, que me rodeaba y que temía!

¡Pronto aprendí lo poco del oficio que tenía que aprender, y libre y despreocupado pude entregarme a la investigación paciente y minuciosa de todo lo que me rodeaba, a la observación metódica y tranquila de todo lo que veía y oía, y cuánta conquista pude hacer para mi alma anhelosa de conocer, y sedienta de vivir!

Tengo grabadas en la retina, y para siempre lo estarán tal vez, las escenas callejeras que más me impresionaron, los cuadros de la vida que primero descifraron mis ojos y las primeras letras del abecedario social que aprendí a conocer.

Mi primer servicio en carácter de vigilante fuí a prestarlo a los veinte días de mi ingreso, bajo la dirección del cabo Pérez; el teatro elegido fué el Ministerio del Interior, donde se requería, por no sé qué causa, ayuda de la fuerza pública.

El tal servicio consistía en estar parado en la puerta de la sala de espera... y en nada más.

Quince días pasé desempeñando mi comisión con toda conciencia, bajo la inmediata vigilancia del cabo, que era flamante, lleno de ardimiento, y creía que las funciones que desempeñábamos eran de esas que ni los pueblos ni los gobiernos olvidan, y hacen de los que han tenido la suerte de ocuparse en ellas una especie de dioses chicos, merecedores no ya de estatuas en las plazas públicas, sino de ser tenidos como ejemplos en la historia de la humanidad civilizada.

¡Pobre Pérez!

¡Era español, como de treinta años, y se tenía por bello por valiente y por un entendido en achaques de ordenanzas de policía! ¡Casi no había buena cualidad atribuída por los hombres de una época a los que vivieron en otra, que él, con una modestia verdaderamente infantil, no se las atribuyera y tratara de convencer, a los pocos con quienes tenía contacto en el mundo, que verdaderamente las poseía!

Era generoso, y una vez casi lloró porque lo mandaron al Once de Septiembre y no le dieron dos pesos de los viejos para el tramway; era suertudo en lides de amor, y la mujer se le escapó con un sepulturero de la Recoleta, que se iba como administrador del Cementerio de Navarro; era sobrio y por lo general lo arrestaban por ebrio; y era valiente, y hubo que darlo de baja porque desertó una consigna, perseguido por unos vendedores de diarios, que le quitaron el machete y el kepí.

¡Allí, en el Ministerio, se daba un corte bárbaro, y aun me parece ver su figurita, que parecía recortada de una caja de fósforos!

Con paso reposado medía, contoneándose, el ancho corredor, mientras yo estaba de facción en la puerta del salón de espera, casi al lado de la ventanilla correspondiente a la Mesa de Entradas y Salidas.

Invariablemente llevaba la mano izquierda apoyada en la reluciente empuñadura del machete, la derecha suspendida por el pulgar en la parte delantera del cinturón, jugando como al descuido con la cadena — virgen seguramente en poder del cabo —, el kepí con aire coqueto sobre la oreja y echando sombra sobre un ojo de color blanquizco, que parecía hacerle guiños a una nariz arremangada y carnuda, que emergía de entre unos bigotes semirubios y enmarañados, que eran el orgullo de su propietario.

Con esto y con bañar su rostro en una sonrisa con pretensiones de picarescamente bonachona, quedaba perfilado el cabo Pérez en toda su graciosa majestad.

Estas impresiones, que son las primeras que tuve en Buenos Aires, puede decirse, las tengo presentes, y las siento como si fueran de ayer; veo aún las escenas y las cosas, tal como se presentaron a mí, así en tropel, medio confusas, informes, barajándose de una manera infernal, figuras, espectáculos, diálogos, ruídos y hasta aire de personas absolutamente desconocidas, que yo encontraba en la calle o veía en las antesalas del Ministerio en las horas de facción.

Durante mi corta comisión alcancé a conocer, con sólo verlos caminar, a los vagos que pasan la vida en las antesalas, buscando empleo, a los imaginativos que se creen en posesión de los puestos que anhelan porque han llevado al ministro una carta de cualquiera que se les antoja de valimiento, a los pichulcadores, a los amigos de confianza de los escribientes y auxiliares, a los de otros que vuelan más alto, a los comisionistas, a los noticieros de los diarios, a las señoras honestas que buscan pensión y a las más interesantes aún que gestionan asuntos por cuenta agena; fueron las que estudié y observé con más detenimiento, porque eran las que abundaban y las que constantemente tenía ante los ojos.

Las conocía por el aire de suficiencia que respiraban, por la majestad, que como un perfume exhalaban de sus personas, y por el amaneramiento de todos sus gestos y ademanes.

No vagaban sin rumbo bajo los largos corredores de la Casa de Gobierno, buscando aquí y allá una oficina desconocida, como cualquiera viuda que busca pensión, empleo para un jovencito que es una monada, o beca para una señorita joven pero honrada; no, señor; ellas iban seguras a su objeto, serenas, tranquilas, y no necesitaban indicaciones ni lazarillos.

No se las veía en las antesalas haciendo esperas, porque conocían las horas del despacho, y si se adelantaban por un caso fortuito, se paseaban en los corredores con aires de dueñas de casa, o formaban en la rueda de los ordenanzas y porteros, donde salpicaban los comentarios banales o los chismes corrientes, con la observación mordaz o el relato pimentado, recogido de "los mismos labios de la presidenia", "de los del Congreso" o de cualquier otro foco de fama indiscutible.

Yo, en mi facción al lado de la Mesa de Entradas y Salidas, que es su teatro, las veía en toda su magnificencia y gozaba en grande, viéndolas desfilar en su opulenta variedad.

Al principio creía en sus amenazas, en sus cóleras, en sus penas y hasta en sus súplicas, pero después me convencí de la realidad — comedia pura — y al cabo de dos o tres días oía los diálogos con curiosidad, pero sin interesarme mayormente ni por el asunto ni por quienes lo trataban.



Perspectivas

Seguir a un pícaro en nuestras calles, tan llenas de movimiento, es un trabajo que no valora sino el que lo realiza.

Como él siempre está sobre aviso y teme que lo *embroquen* — conozcan, observen, — camina una cuadra y la desanda para ver si alguien lo sigue, da quinientas vueltas antes de llegar a un punto deseado, penetra a las casas a preguntar por don Fulano o don Zutano, — un nombre supuesto — para *darle el esquinazo* — lo que equivale a despistar — a algún empleado que pasa y lo conoce.

Cuando van dos colegas juntos, nunca caminan a la par. Uno va delante y el otro un poco atrás, y si son tomados, afectan no conocerse.

Un día iban dos pillos de éstos por una calle: el sargento Gómez conocía a uno y no al otro, y, como a pesar de su seriedad guaraní, era chacotón y alegre, atajó al que no conocía y le dijo:

—¿En qué trabaja usted?

—¡Soy marmolero, señor!

El otro pícaro, viendo que no lo conocían, se paró a ver en qué concluía el asunto.

—¡Marmolero... bueno! ¿Conoce a Fulano?

—¡No, señor!

—Bueno... ¡Fulano es un raspa de la peor clase... es ese que está ahí... conózcalo!

Aquí el pillo se sonríe y dice con sorna:

—¡Me ha *cachado*, señor!... es decir, "me ha embromado!..."

—¡Yaya, hombre!... ¿Y éste quién es?

—Ya nos *embrocó*, y le voy a decir: ¡éste es Zutano!

Entre la cueva

Buenos Aires encierra dos clases de pícaros: los naturales y los extranjeros.

Los primeros son pocos, relativamente, y menos peligrosos que los segundos, pues que, desde los primeros pasos, la policía los conoce y les corta las alas, ya no dejándolos al aire sino mientras llevan una vida honrada, que para ellos es la miseria, el hambre, la falta de queridas y de goces, u obligándoles a emigrar.

Montevideo, el Brasil, Europa, Méjico y la América del Norte son su salvación.

El ladrón argentino es, por lo general, astuto, audaz y emprendedor allí donde no le conocen; sus uñas le dan réditos fabulosos.

De tiempo en tiempo se le ve regresar lleno de dinero, bien vestido, y afectando maneras superiores a la clase en que nació; busca a quienes lo recuerdan en la policía y les dice con toda franqueza:

—¡Vengo por una temporada a visitar a la familia! ¡Le prometo que no haré ningún daño!... ¡Ya me he retirado de la *vida*!... ¡No me persiga y ocúpeme en cualquier averiguación!

Y después se le encuentra en las casas de juego o de prostitución, derrochando afanosamente el producto de sus *trabajos* en el extranjero.

Cuando se ha agotado el bolsillo, se le ve desaparecer como llegó: sin que nadie lo sienta.

Otros hay que, después de llevar una vida de continuo sobresalto, pues un paso en la calle es para ellos una semana de arresto, se encierran en sus guaridas, se aislan de sus compañeros y, pasada una temporada, salen transformados, pidiendo a la policía que no los persiga y declarando que van a trabajar.

Parapetados detrás de un oficio o empleo cualquiera, se dedican al juego, haciendo de él un instrumento de robo como cualquier otro.

Viven de los *otarios,* como llaman a las víctimas que caen entre sus garras, ya por su esfuerzo o por el de los *changadores* del oficio — el gremio auxiliar más importante — que se las venden por un tanto de lo que produzcan.

Cuando un mocetón empieza a andar en malos tratos, ya los del oficio, al hablar de él, dicen: ''jamás será nada'' o ''es un muchacho de esperanzas y que irá lejos'', según sea que el tal pájaro haya salido bien o mal en sus primeros revuelos. En el primer caso, no encuentra protectores y tiene que hacerse carne de cañón, soldado de la gran falange, brazo ejecutor y por lo tanto frecuentador de calabozos y abonado a la *tumba* del Departamento Central.

Estos desgraciados, cuyas entradas a la policía alcanzan a veces a centenares, son los que el vulgo toma por los más temibles, ignorando que ellos son piezas insignificantes en una partida en que los jugadores permanecen en la sombra. El ladrón hábil es aquel que sabe permanecer más desconocido; el que ascendiendo en el gremio presta dinero para los gastos preparatorios de un robo tal como un comerciante lo daría para una operación honesta; el que dirige las empresas; el que estudia un golpe y lo combina y luego lo vende para que otro lo realice;en fin, el que pesca... sin mojarse las manos.

En el segundo caso, asciende en la consideración del gremio y su tarea se facilita con ventaja personal: se hace *changador de otarios,* es decir, buscador de víctimas, empresario, director, prestamista, consejero o intermediario entre los capitalistas y grandes dignatarios de la orden y los pobres ejecutores que pagarán con el martirio de su cuerpo cualquier contrariedad de la suerte.

El pillo criollo, en sus comienzos, se revela con facilidad al ojo menos observador.

Le cuesta deshacerse de la cáscara del compadrito, origen común de todos ellos, que son generalmente muchachos de la última clase, vendedores de diarios ascendidos a carreros o sirvientes, y cuya educación e ilustración son casi nulas.

Sin embargo, ellos aprenden a leer y escribir en los meses de reclusión, y luego la emprenden con los libros de leyes, medicina, y cualquier otra ciencia útil para su arte de vivir de gorra.

He visto un ladrón que a fuerza de leer se ha hecho un leguleyo; tiene toda la exterioridad de un hombre de educación esmerada, se expresa correctamente y no deja traslucir en su trato que, diez años atrás, era un compadrito que escupía por el colmillo y se quebraba hasta barrer el suelo con la oreja.

El pillo extranjero es el más abundante.

Este ya viene aleccionado, por lo general, y no deja que se deduzcan reglas para conocerlo.

Viste como un caballero, como un compadre o como un artesano, de esos que recorren nuestras calles en las faenas de su oficio: adopta la forma necesaria para cada una de sus empresas obscuras y malignas.

Se cambia de nombre cada vez que cae preso, y es obra de romanos identificar su personalidad en cada caso, pues recurre a cuanta artimaña puede sugerirle su imaginación a fin de ocultar su pasado, teniendo como recurso invencible su poco conocimiento del idioma.

Para probarle un hecho no hay más remedio que tomarlo con la masa en la mano; con él no valen nada la deducción ni la inducción, y se le queman los libros al más listo.

Sin embargo, no es largo su jolgorio.

Después de un período de tres o cuatro meses de hazañas, — si no ha logrado salir de su mísera posición de instrumento — la policía, que no le pierde ojo, lo pilla en un renuncio y tiene que confesar su vida y milagros, quedando en la categoría de criollo.

¡Se lé acabaron sus privilegios de extranjero!



El café de Cassoulet

Este era el paradero nocturno de todos los vagos de la ciudad y famoso entre la gente maleante, no solamente por la comodidad que, a poco costo se obtenía en él, cuanto por la relativa seguridad que se disfrutaba: en caso de producirse visita de la autoridad, los propietarios tenían dispuestas las cosas de modo tal, que la clientela tenía fácil escape.

Estaba ubicado en la esquina Viamonte, antes Temple, y Suipacha. Como dependencia del café y formando parte de la planta baja, que daba hacia la primera, había hasta la mitad de la cuadra una veintena de cuartos a la calle, con puertas que se abrían a ésta y otra interior, que daba al gran patio del café: eran otras tantas salidas clandestinas del antro misterioso.

Estos cuartos los ocupaban mujeres de vida airada, que eran como la crema de aquel mundo de vicio, cuyo centro era la famosa calle del Temple, y que extendía sus brazos a las adyacentes, teniendo como encerrado entre ellos el corazón de la ciudad.

El café debía ser una mina de plata.

Allí los ladrones, con todo su cortejo de corredores y auxiliares, los asesinos, los peleadores, los prófugos, toda la gente que tenía cuentas que saldar con la justicia o tenía por qué saldarlas, buscaba un refugio para dormir o vivir con tranquilidad, para hacer con todo sigilo una operación comercial inconfesable o para ocultarse discretamente, mientras pasaban las primeras averiguaciones subsiguientes a un delito descubierto por la policía.

Allí todo era cuestión de dinero. Teniéndolo, se hallaba desde la pieza lujosamente amueblada, hasta el tugurio infame, donde podía gozarse de las comodidades de un catre de los muchos que, en fila y pegados unos a otros, contenía un pequeño cuarto de madera, y desde el vino y los manjares exquisitos, hasta las sobras de éstos,

barajadas en un *champurriao* indescifrable, y que podía remojarse con el agua turbia del algibe, donde viboreaban los pequeños gusanitos rojos, descendientes quién sabe de qué putrefacción y cuyos movimientos rápidos y variados podían servir de diversión al ánimo preocupado.

Tarde de la noche, cuando el café se cerraba, decenas de desgraciados, sin hogar, tomaban posesión de las mesas del largo salón, — bajo la vigilancia de los dependientes, que tendían sus colchones sobre las de billar, cuando las otras estaban ocupadas — y por dos pesos de los antiguos, encontraban un techo y una tabla para dormir, y por uno, lo primero y el duro suelo de los patios y pasillos.

Aquello era un verdadero hervidero del bajo fondo social porteño: allí se barajaban todos los vicios y todas las miserias humanas, y allí encontraban albergue todos los desgraciados, que aun tenían un escalón que recorrer antes de llegar a los caños de las aguas corrientes que, apilados allá en el bajo de Catalinas, ofrecían albergue gratuito.

Cassoulet era, en la noche, la providencia de los míseros desterrados de un mundo superior, era la ensenada que recogía la resaca social que en su continuo vaivén arrastraban hacia playas desconocidas el oleaje incesante.

Hoy comparten con él los beneficios de la industria protectora los pequeños cafés del Riachuelo y la ribera, que venden marineros borrachos a los buques que necesitan completar su rol clandestinamente, para borrar las huellas de un crimen o de un accidente, — a fin de evitarse las molestias que en nuestro país acarrea cualquier gestión ante la autoridad — y los tugurios que, con el nombre de posadas o sin nombre alguno, encierran entre sus paredes y alojan, según el dinero con que cuentan, a los desgraciados que vagan sin hogar, o a aquellos que legalmente no pueden habitar en parte alguna.

En aquel tiempo compartían la clientela de Cassoulet, pero sólo durante el día, el café Chiavari, en la esquina de Cuyo y Uruguay, y el café de Italia, en la misma calle, frente al Mercado del Plata.

Estas tres eran las cloacas máximas de Buenos Aires, en tiempos que ya no volverán, pero que se repetirán, transformándose.



El primer cliente

Acababa de recibir su título de abogado y de instalar su estudio con toda coquetería.

Eran dos pequeñas piezas situadas en una casa de altos de la calle de Bolívar, puestas con la magnificencia que sus escasos recursos le habían permitido y que consideraba regias, dado el esfuerzo que le había costado alhajarlas.

¡Era en ellas un rey!

¡Qué pequeños y miserables conceptuaba, comparados con él, al estudiante de primer año que debía servirle de amanuense y que era un comprovinciano suyo y al gallego Manuel que le servía de mandadero!

Ambos no le llamaban sino el *doctor,* como obligaban las tablillas que tenía a la puerta, y le halagaba que no le olvidaran el título ni aun en la más insignificante emergencia de la vida.

Esa frase que se había ganado y que le distinguía de los demás mortales, le sonaba en el oído de una manera especial: la encontraba dulce, acariciadora, melodiosa.

Tres días hacía que a las doce en punto llegaba a su oficina vestido todo de negro, con levita y galera, llevando en la mano un rollo de papel, y que veía al amanuense y a Manuel, que dejaban los dibujos y letras góticas que se ocupaban en borronear y le saludaban, volviendo a su tarea luego que él se instalaba en su escritorio con toda prosopopeya.

Ya esta escena se le iba haciendo familiar, cuando al cuarto día entra al estudio y en vez de hallar sus súditos haciendo ensayos caligráficos, los encuentra nada menos que parados al lado de la puerta como jugando a quien le abordaba primero.

Algo extraordinario le ocurrió que acontecía, e interrogó al amanuense que con una presteza suma le contestó:

—Ha venido, doctor, un señor de edad, acompañado de una niña. Dijo que quería confiarle un asunto. Yo le dije que volviese a las doce y media.

El amor propio le impidió abrazar al amanuense.

¡Un cliente!

¡Ya le parecía que la fortuna estaba en su mano!

Comenzó a pasearse inquieto, en el escritorio, hasta que oyó la voz de Manuel que decía: "ahí están", con un tono tal, que traducía a las claras su alegría por haber aventajado al amanuense en una información para el doctor, que era el Dios de ambos.

No tardó en hallarse en su presencia un señor alto, de maneras distinguidas, vestido de negro, con el cabello blanco, cortado en forma de melena.

Acompañábalo una niña de quince o diez y seis años, espléndidamente bonita y vestida con una sencillez y una elegancia admirables.

Para más señas, tenía un hoyito en la barba que se llevaba los ojos de uno, como si no tuvieran dueño. Mientras duró la conferencia con el padre, no le quitaba la vista de encima, y ella bajaba la suya, se ruborizaba, y para disimular su turbación, jugaba con el abanico con un aire infantil que enloquecía.

Quedaron con el padre en que al día siguiente le llevaría los antecedentes de la cuestión que quería entablar, que era intrincadísima.

Le prometió, sin embargo, que la ganaría con costas y aun que haría encarcelar a la parte contraria.

¡Con quéansia esperó el día próximo!

¡Imagínenlo los que puedan, no olvidando que se trataba de su primer cliente, y de una muchacha de quince años, que tenía unos ojos más alegres que un informe *in voce* de cualquier abogadillo ramplón!

Esa noche soñó con una porción de cosas bellas, y todas ellas tenían algo que ver con la hija del cliente de la melena.

Llegó por fin el día y con él la hora de oficina.

Se hallaba en su escritorio, y sin embargo le parecía que no era cierto; le faltaba el aplomo; el corazón le latía.

Paró un carruaje de repente: se puso de pie como movido por un resorte.

¡Ahí estaban, ella y él!

Cuando vió que no entraba sino ella, casi se cayó: la emoción le paralizaba la lengua.

—Señor doctor, habiéndose enfermado mi padre...

—Señorita..., señori... ta, crea que...

—...no puede concurrir y me..,

—¡Valiente!... Tanta incomodidad... ¡Tome usted asiento!

—...envía con estos papeles para que usted los revise!

Le tomó los papeles, y cuando sus dedos rosados tocaron los suyos, sintió un cosquilleo en el corazón, en la espalda y en las piernas, que, francamente, le hizo pasar un mal rato.

Ella, ruborosa, le miraba con sus ojos brillantes e incomparables.

Revisó los papeles a la ligera y se convenció de que no le daban luz alguna en la cuestión.

Lo manifestó así a la portadora, y con este motivo entró en una agradable conversación, que degeneró en charla bullanguera.

Cuando se despidieron eran lo más amigos, y ella prometió volver al día siguiente a traerle nuevas luces, cosa de que él no dudaba, mirando sus hermosos ojos pardos, dulces y tiernos.

Las visitas, para darle datos, se repitieron unos seis u ocho días. Durante ellos, no se ocupó de clientes ni de nada: no tenía más preocupación que Angelina, y ella, según lo había manifestado, en momentos en que la ternura llevaba a tocarse sus cabezas, no tenía tampoco más preocupación que *el doctor*.

Una tarde en que el idilio alcanzó proporciones alarmantes, y en que su boca sedienta de besos, pedía y pedía sin cesar pruebas del amor que reflejaban los ojos de la hija del cliente respetable, ésta le prometió la gloria: a las doce de la noche esperaría en la sala de su casa en la calle Artes, cuyo zaguán sería dejado entreabierto para darle paso.

Esta sentencia definitiva que se prometía a sus súplicas, le entreabría el cielo.

Toda esa tarde se creyó un Tenorio.

Con el último campanazo de las doce, dado por el reloj de San Nicolás, penetraba él sigilosamente a la casa de su amada, y se arrojaba en sus brazos.

Un mundo de besos fué el saludo: era mudo, pero expresivo.

Luego se encaminaron a tientas a una butaca, pero no se habían sentado aún, cuando en una de las puertas interiores apareció el respetable cliente con una vela en la mano y seguido de dos testigos.

La inocente muchacha aprovechó la confusión para hacerse humo.

El estaba alelado.

—Ha pretendido usted corromper a una menor... ¡los señores son testigos! Voy a labrar un acta y...

—¡Es inútil, señor!, ¡yo voy a retirarme!

—¿Si?... ¡está bien! ¡Sin embargo, sepa usted que si para dentro de tres días no me entrega dos mil nacionales, me presento a los tribunales y le armo una cuestión que le dé por resultado perder su título cuando menos!

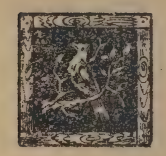
Y se retiró alicaído y cabizbajo, mortificado por su amor propio, ajado y deprimido, y dejando en poder de su cliente un documento firmado en que constaban prolijamente las circunstancias y pormenores de su desventura.

Reflexionó con calma, y vió que lo mejor era echar tierra al asunto y pagar sin decir una palabra.

¡Y pagó su chapetonada!

Testigos fueron las letras del Banco de la Provincia, que conservó mucho tiempo como recuerdo de su primer cliente, que era nada menos que el ladrón más sagaz y más fino que ha producido Buenos Aires.

Su nombre es conocido: El Cuervito.



2,027,393



Buenos Aires Octubre 13 de 1921

Art.1- La "Editorial Bayardo",Sarmiento 865,adquiere del Dr. G.Martinez Zuviría,Galería Guemes 560,el derecho a publicar con el seudónimo de Hugo Wast,su novela "El amor Vencido".

Art.2- La "Edi ... na edición en La Novela del Dia de ... treinta ediciones de mil,cada una e ... "Edición Libertad".

Art.3-La "Edit ... Dr,G.Martinez Zuviría,al ponerse en venta,tres pesos m/n,por cada línea impresa,que resulte en el volúmen de la "Edición Libertad", en cuerpo 10,a medida 15.

Art.4-El segundo episodio de esta novela,con el título de "El Amor Invencible",será adquirido por la "Editorial Bayardo",en las mismas condiciones,debiendo ser entregado por su autor en Dciembre del corriente año.

Art.5-El derecho de adaptación teatral y cinematográfica de estas novelas,no se incluyen en este contrato.

Firmado en dos ejemplares: EDITORIAL BAYARDO

G. Martinez Zuviria

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 8

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

DOS VIDAS

y otros cuentos de

AMADO NERVO



BUENOS AIRES
10 de Noviembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Dos vidas

GUILLERMO y Antonio se encontraron, a los diez y nueve y diez y ocho años, respectivamente, huérfanos de padre y madre y con una cuantiosísima fortuna.

Guillermo era un muchacho práctico por excelencia. Tenía pocas, pero "exactas" nociones de la vida. En ratos de vagar, se había trazado un programa para el día en que fuese dueño de su dinero.

Lo esencial era evitar los fastidios y las penas.

Sin duda alguna, la incertidumbre del mañana es uno de los más angustiosos estados de conciencia. Su dinero lo ponía a salvo de ella.

Fuése, pues, a ver a los Rothschild y convino con ellos en invertir todo su capital, menos algunos cientos de miles de francos, en valores de *tout repos*: Consolidado inglés, 3 por 100 francés, Credit Foncier; ciertas obligaciones ultragarantizadas... Papeles, en fin, que producían apenas, unos con otros, el tres y medio por ciento; pero más firmes que todas las firmezas (menos cuando a una camarilla militar se le ocurre decretar una guerra como la que padecemos...)

—Por este lado—se dijo—, ya estoy tranquilo; las ondulaciones de la Bolsa me importarán muy poco. No veré siquiera, porque es inútil, cotización ninguna. Ahora voy a ocuparme de lo demás.

"Lo demás" fué comprar una hermosa casa en el barrio de los Campos Elíseos, con los cientos de miles de francos sobrantes; amueblarla bellamente; llevarse a ella a sus viejos criados, fieles y seguros.

Helo, pues, instalado, con renta fija y ánimo sereno.

¡Qué había de hacer sino vivir! Vivir bien; vivir, sobre todo, en paz...

Pensó que en los años mozos nos viene a ver una visita peligrosa: el Amor.

La segunda parte de su programa fué suprimir esa visita.

El Amor siempre hace mal; siempre está erizado de púas...

—¡Compremos—se dijo—el amor que pasa!

◇

Antonio, como no era un hombre tan previsor, ni colocó su dinero en casa de Rothschild, ni defendió celosamente su libertad.

Un día vino a buscarle el Amor en la más común de sus encarnaciones; se llamó María, fué rubia, tuvo diez y ocho años. Lo demás, lo dijo la vida... Dos lustros después, siete hijos ensordecían la casa.

Hubo alternativas vulgares de sombra y de luz; chicos enfermos, malos negocios, horas de beatitud íntima en la placidez del hogar; hubo de todo, de todo...

Guillermo iba poco a casa de Antonio. Solía decir como el viejo Fontenelle: "¡A mí me gustan los niños sólo cuando lloran... porque se los llevan!"; y encontraba duro, como Schopenhauer, que deba uno oir llorar su vida entera a los chicos, ajenos o propios, simplemente porque uno lloró algunos años.

Su carácter se volvió suspicaz y desconfiado. Tenía, sobre todo, fobias frecuentes. Una de ellas era la del sablazo. En cuanto un amigo lo trataba con más amabilidad que de costumbre, Guillermo procuraba acorazarse de esquivez.

“Este quiere dinero...”—pensaba angustiado, y abreviaba la conversación.

A su casa no entraban sino ricos axiomáticos, definidos, sin sospecha, como la mujer de César. Para ellos siempre había un cubierto en su mesa. Como que la gente que se respeta no debe dar de comer sino a los ricos, ni hacer obsequios sino a los ricos. Los pobres tienen una gratitud tan vehemente que no olvidan nunca ni un pedazo de pan que se les ha dado. Son como los perros; se dejarían matar por el que tuvo para ellos una caricia. Eso molesta, como todo sentimiento excesivo... Los ricos, en cambio, con qué gracia, con qué elegante escepticismo salen diciendo de los mejores banquetes que los han envenenado...

Cierto, alguna vez, un hombre famélico se llegó al hotel de Guillermo. Pero ante la verja había un portero imponente. En la portería, además, sobre una mesa de roble, se amontonaban volantes que decían:

“Nombre del visitante...”

“Objeto de la entrevista...”

El portero, por otra parte, se encargaba de manifestar al candidato a visita que el señor no estaba en casa sino los sábados, de doce a una de la mañana, para la “gente conocida”.

Un hosco silencio, una árida soledad, acabaron por saturar el hotel. La gran puerta de hierro sólo dió paso a los automóviles señoriales.

La paz de Guillermo estaba ultraconquistada. Su palacio era una deliciosa Tebaida, llena de aristocrático mutismo.

Ni siquiera la mirada de los pobres podía recrearse en los céspedes de fresco terciopelo, en los plátanos de aleopardados troncos y hojas diáfanamente verdes...

◇

Guillermo y Antonio llegaron a viejos.

Antonio, siempre ocupado en la vulgaridad de su vida; en casar a sus hijas, en establecer a sus hijos, en querer a sus nietos, en servir a sus amigos.

Ninguna pena común le fué ahorrada; pero tampoco supo jamás lo que era tedio. Una tranquila identificación con su destino, se le otorgó como premio. La existencia nunca le dió miedo; tuvo para él siempre un aspecto de familiaridad cordial, aun en lo hondo de las penas.

◇

El castillo de Guillermo no estuvo empero precisamente en el hastío; el hastío es también lote de altruístas, cuando el altruísmo no alcanza ciertos niveles poco comunes. Claro está que el egoísta lo ve cara a cara y en todo su imponente horror; pero hay algo más espantoso que ese mal, en los crepúsculos de las vidas baldías, y es encontrarse con el éxtasis del bien a la hora de la nona. Comprender ya tarde la voluptuosidad divina de hacer felices a los demás.

Un día Guillermo paseaba solo y a pie por cierta avenida. Acercósele un muchacho:

—Mi padre—le dijo—no tiene trabajo desde hace veinte días. Está enfermo. Mi madre se muere del pecho. Somos seis chicos. Tenemos hambre.

Como ven ustedes, el caso no podía ser más vulgar...

Naturalmente, Guillermo se encogió de hombros y continuó su paseo. Pero el chico insistió:

—Somos seis. Tenemos hambre.

—¡Déjame en paz! Todos vosotros sois unos industriales de la mendicidad, unos mentirosos.

El chico no entendió lo de industriales; pero sí lo de mentirosos.

—Venga usted a casa conmigo—replicó—, verá qué cierto es...

Vínole un capricho.

¿Qué tenía que hacer a aquella hora? ¿Ir al club? ¿Jugar la eterna partida de tresillo?

La miseria podía ser pintoresca. Jamás la había visto. Era quizá el único espectáculo que le faltava en la vida.

Llamó un *taxi*. Hizo que el harapiento fuese en el pescante, con el *chauffeur*.

No os voy a describir ni el barrio, ni la escalera húmeda y obscura, ni el cuartucho fétido, ni los montones de trapos descoloridos sobre los cuales se agitaban, tosiendo, el padre y la madre del chico; ni el ir y venir monótono de los hermanillos, desnudos y hambrientos.

Escenas son éstas que los no millonarios hemos tenido, desgraciadamente, muchas ocasiones de contemplar en la vida.

El hombre práctico tuvo piedad...

Esa flor divina de la compasión, esa "debilidad" portentosa del alma, que inclina las frentes más altivas hacia las más humildes: esa ternura repentina que se nos mete en las entrañas; ese momento supremo de "comprensión" en que sentimos la identidad de todo espíritu con el nuestro, la deidad de cuanto alienta al par que nosotros; en que se descorre el velo de la ilusión tenaz, madre de las diferenciaciones injustas, de las clases, de las categorías, hizo presa en Guillermo... fundió a los rayos de su calor esencial todo aquel egoísmo de cincuenta años...

Y cuando su dinero fué misericordioso, por primera vez en la vida, y transformó el infecto desván en nido de risas, de esperanzas, de bendiciones: cuando él, encontrando a la existencia un nuevo, un maravilloso, un repentino sentido lleno de divinidad, pensó: "De hoy más consagraré mis días a los pobres", una voz interior, un sentimiento imperioso, le contestó: "Demasiado tarde..." y comprendió, con espanto, que lo invisible iba a negarle el más noble de los privilegios humanos: el de la caridad.

Una de tantas enfermedades agudas, ponía punto final —pocos días después—a aquella vida tan colmada de sentido práctico, en cuyo ocaso había aparecido por un instante, como visión de tierra prometida, la posibilidad celeste del bien.



Diana y Eros

(*Cuento astronómico*)

No se vió jamás, desde que los hombres tienen historia y registran por medio de aparatos precisos los fenómenos exteriores, sucesión tan descabellada y agresiva de tormentas.

El mes de julio, que, dentro de la relatividad de las estaciones, suele ser un mes de serenidad atmosférica, prodigó primero nublados, luego lluvias persistentes.

Agosto trajo huracanes y aguaceros.

Nadie en estos dos meses vió el sol; el cielo era un caos plomizo, imponente, de una hosquedad que ponía miedo.

Pero septiembre fué peor aún.

Naufragios sin cuento, grandes trasatlánticos hechos astillas. Colosos como el *Mauritania*, el *Lusitania*, el *Olimpic* mismo, sacudidos por las olas rabiosas como míseros corchos...

Los astrónomos quisieron explicar aquello como explican todo lo inexplicable de la enigmática meteorología: echándole la culpa al sol.

El sol, además de su período undecenal de actividad, pasaba por una crisis.

Sin duda habían aparecido en la superficie grandes manchas.

Flammarión dió una hermosa conferencia acerca de esto en el Hotel des Sociétés Savantes, ante la masa curiosa y sumisa de los miembros de la Sociedad Astronómica de Francia.

El abate Moreux lamentó que la horrible persistencia de las nubes le impidiese, con su usual destreza, dibujar esas manchas, tales, que cinco tierras pudieran caer en su vértice, como cinco cañamones en un vaso...

Charles Normann escribió un artículo de vulgarización en el *Matín*, explicando debidamente lo que eran las manchas, su influencia magnética formidable al pasar por el meridiano, las teorías que se habían sucedido acerca de ellas, todas, según él, absurdas, menos la última (que era la que profesaba Normann).

En los Estados Unidos, Pickering y Percival Lowell, entre otros, dijeron cosas muy luminosas también.

El público se convenció de que las pícaras manchas tenían la culpa de todo y, ante la invencible fatalidad del caso, esperó a que se serenase el Dios... el ígneo Dios cuya diestra balancea el planeta, mientras él mismo cae en las cimas etéreas hacia la Vega de la Lira...

◇

La conflagración fué cediendo. Los ciclones plegaron sus alas negras. Las olas, encrestadas de espuma, tornaron al muelle ritmo habitual; las lluvias recogieron sus hilos de cristal... y un día los hijos de los hombres volvieron a ver el azul del cielo esplendoroso, incólume...

El Dios convulso bogaba ahora como transfigurado, como más áureo y radioso, tonificando la naturaleza, ayer transida de angustia y de frío.

Era por octubre.

Las hojas de los árboles se encendían, cobrizas o doradas, en perspectivas metálicas y augustas, recortándose netas sobre la turquesa atmosférica.

Los hijos de los hombres volvieron a sonreir, a amar... y a pensar, sobre todo, en la sopa y en los negocios.

Aquel día, un lunes por cierto, la actividad en el planeta era inenarrable.

A ella fué, sin embargo, sustituyéndose la paz natural de la tarde, una tibia tarde ideal, que parecía de agosto...

La luna, en el primer cuarto, empezó a derramar su nácar flúido en la paz celeste.

Y de pronto, los que miraban al cielo advirtieron que por el occidente, hacia donde se había despejado el sol, asomaba... ¡otra luna! muy más pequeña, pero por todo extremo hermosa; un disco verde, de un verde esmeralda, en el cual se advertían varias manchas irregulares, color de avellana.

Un matiz nunca visto entintaba divinamente todas las cosas... El nácar de la gran luna fundíase con el verde de la nueva, derramando tonalidades de misterio.

Experimentábase la sensación punzante y extraña de hallarse uno en otro planeta...

◇

Los astrónomos explicaron después el fenómeno, el inesperado fenómeno.

"Sabemos — dijeron — que, según la discutida ley de Bade, hay intervalos aritméticos entre los diversos cuerpos que giran alrededor del sol. El quinto número de la serie: el 2'8, no correspondía a orbe ninguno al iniciarse esta ley, es decir, que ella era cierta con respecto a los planetas todos, menos en un intervalo".

Forzosamente en él había un planeta: el planeta hipotético de Kepler.

Se le buscó por ingeniosos métodos y no se le encontró; pero se halló algo más: se han encontrado hasta la fecha como quinientos asteroides, fragmentos de un mundo que

reventó, quizás como una gran caldera, á impulsos de la presión del vapor, de un mundo cuyo tamaño era incomparable al de la tierra y que giraba, hace unos millones de años, a una distancia del sol representada por el número 2'8, cifra admirable, corroboradora de la ley de Bade.

Este mundo deshecho está en pedruscos, en más de quinientos pedruscos.

El mayor de ellos, Ceres, mide apenas unos 1.000 kilómetros.

Casi todos giran entre Marte y Júpiter, pero algunos tienen órbitas que los acercan, a veces demasiado, a nuestra tierra; Eros, por ejemplo, que ha servido para medir, en 1900, la paralaje solar.

Ceres, Pallas, Juno, Vesta, en ocasiones, pueden contemplarse con buenos gemelos.

Ahora bien: quién sabe qué estupenda coincidencia astral, quién sabe qué aproximación portentosa ha hecho que la tierra capture entre las mallas invisibles de su atracción uno de esos asteroides.

¿Cuál? Eros quizá (el planeta 433).

Esto la ciencia lo ha de comprobar en breve... mas de todas suertes, un asteroide ha sido preso por la tierra, y ya de hoy más nos acompañará como segundo satélite en nuestra caída por el abismo...



Y he aquí cómo desde entonces, oh Damiana, ideal mío, los poetas poseemos dos lunas: Diana y Eros, que divinizan las noches serenas, rimando en ellas el verde y el nácar de su apacible luz...



La alabanza

El pícaro egoistón sabía de sobra lo que valía su mujer; pero se cuidaba desesperadamente de decirlo a nadie, y mucho menos a ella misma.

—"Para mí solo—pensaba—: para mí solo esa gracia inefable que fluye de cada uno de sus movimientos, que florece en cada una de sus sonrisas. Para mí solo ese ritmo suave del andar. Para mí la entonación deliciosa de su voz. Para mí sus cualidades de ama de casa insustituíble, y todos sus encantos secretos y todas las armonías ocultas de su cuerpo y de su alma..."

Como vivían aislados, por tendencia invencible de carácter en los dos, el "usufructo", llamémosle así, de cuanto valía Elena, era de Manuel. Nadie podía siquiera rendir a aquella mujer excepcional el elogio secreto que se imponía al alma en cuanto se la trataba.

La vanidad femenina—o la intuición—tienen empero, han tenido siempre, grandes aciertos, y es claro que Elena sabía que era graciosa, que era discreta, que valía mucho. Pero como jamás una alabanza de su marido (a quien adoraba), ni un cumplimiento de los extraños, a quienes no veía casi, venían a corroborar su interior dictamen; como Manuel, por otra parte, era el espejo por excelencia en que

ella se veía, acabó la pobre por dudar de sus encantos y hasta por olvidar que los tenía.

Iba viviendo como una Cenicienta, a quien ningún príncipe había rendido aún homenaje, a quien ninguna admiración había revelado todavía la maravillosa pequeñez de su chapín de cristal.

¡Cómo gozaba el egoistón cada vez que un encanto nuevo surgía a flor de piel en aquella rosa divina!

Tal inflexión, hasta entonces no oída, de la voz; tal cadencia no escuchada aún en el cristal de la risa; tal gallardía no vista del movimiento; tal gesto antes no percibido, llenábanle de satisfacción infinita.

—"¡Para mí solo! ¡para mí solo en la intimidad absoluta de mi hogar!... Esto nadie lo ve, esto nadie lo sabe, esto nadie lo cata ni embelesa a nadie: "¡¡para mí solo!!" —repetía.

Y con el miedo infame de que ella se diese cuenta de la admiración que inspiraba y "se ensoberbeciese", a veces, ante las gracias más impensadas y arrobadoras, se acorazaba él de frialdad.

—"¡Se diría que te fastidio!"—insinuó ella tristemente, en cierta ocasión, cuando, después de narrar a su marido con encanto infinito algunas sencillas escenas de su infancia, sólo halló por respuesta una como vaga sonrisa deferente.

Y el odioso egoísta, en vez de caer a sus plantas, de abrazarse a sus rodillas, de decirle:—"¡Al contrario, bien mío, me embelesas, eres adorable en todo; te idolatro!", se contentó con un: "¡Ah! ¡no por cierto!" de leve sorpresa cortés.

...Pero el castigo no se hizo esperar. ¡Oh!, Dios mío, cuando los hombres no aprecian tus dones más preciosos, Tú no te enojas, no: se los retiras simplemente, porque no conviene "arrojar margaritas a los cerdos".

Y Elena cayó enferma, y su enfermedad fuése agravando... agravando.

Entonces el egoistón aquel se volvió loco. ¡Perder tamaña maravilla! Ver secarse tan milagroso lirio! ¡Comprender como nadie el valor portentoso de aquel ser, todo hecho de gracias, y entregárselo para siempre a la muerte!

¡Oh, sí, el castigo fué proporcionado a la culpa!

Vínole entonces el tardío, pero, por eso mismo, imperioso deseo de hacer justicia, y en un momento en que la enferma estaba serena, reclinada en sus almohadones, mirándole con aquellos sus santos ojos claros y grandes, llenos ya del invasor misterio de la muerte, él se arrodilló a los pies de la cama, cogióle la diestra afilada y temblorosa, besóla con transporte y exclamó:

—Amor mío, es preciso que vivas para que yo te quiera más que nunca y te mime más que nunca y te diga todo lo que eres, todo lo que has sido para mí, el culto celeste que te rendí siempre en lo vedado de mi alma, la estimación sin límites en que tuve tus menores actos... Amor mío, yo no he sido más que un espejo que recibe en su hondura todos los detalles de una imagen y que milagrosamente se regocija de ellos, pero que no responde a aquel dón sino con su aparente serenidad de cristal. Nadie te ha amado como yo y nadie ha aquilatado más todas tus gracias. Llena de gracia eres y derramando gracias has pasado por mi existencia. Todos mis instantes te han dicho: "¡bienvenida!" Todas mis horas te bendijeron, amor...

Pero tuve miedo—un miedo espantoso de perderte si te mostraba esta adoración.—Te juzgué capaz de un envenenamiento natural; temblé ante la idea de que me hallases inferior a la excelencia que yo confesaba en ti... y callé, callé cobardemente, callé con un goce íntimo y celoso, de todos los minutos... ¡Estos labios que tantas veces debieron cantar tus alabanzas, se volvieron de piedra para el elogio; ellos que eran tan ávidos para la caricia! ¡Perdón, amor, perdón, y vive! Es fuerza que vivas. No te vayas, tú, el más alto, el más noble, el más puro e inmerecido galardón de mis días. Vive y yo iré diciendo por todas partes tus loores. Vive y te escribiré un libro; un libro para ti sola; un libro digno—te lo juro—de ti.

Los sollozos dijeron lo demás.

Ella apartó suavemente su diestra de la mano trémula de su marido y la posó en la cabeza de éste, con movimiento de ternura casta y discreta. Llena ya de esas justas y sosegadas apreciaciones que da la muerte:

—"Hijito—dijo poniendo una indecible ternura de maternidad espiritual en su voz—, no te tortures así. Yo no tenía quizá más encanto que el que me daba tu cariño, y, si lo tuve, volverá al venero eterno de donde manan todas las bellezas y todos los bienes. Si tú fuiste un cristal, yo no fuí sino el reflejo de una luz. Cuando me haya muerto, escribe, sin embargo, el libro. Ya yo no podré envanecerme de él aunque me fuese dado leerlo, invisiblemente, sobre tu hombro; pero Dios será loado en una de sus criaturas.

Y no dijo más; pero en su mirada, en que luchaban ya la luz y las sombras, tembló la última lágrima, como postrer piedra preciosa del collar de aquella vida incomparable.



La navidad de la pastora

CONOCÉIS sin duda el *Angelus* de Rosa Bonheur, esa viril pintora que quiso dejar en un cuadro, en uno solo acaso, algo de femenino y dulcemente melancólico?

El aldeano está de pie junto al barbecho, con el rústico sombrero entre las manos; no lejos, yace inmóvil y obscuro el arado; las lejanías tórnanse indecisas, se inundan de vaguedad; avanza la sombra artera del Oriente, de donde antes venía la luz; pero aún hay algunos arreboles en las nubes delgadas, aún las tiñe un poco de oro, haciendo que semejen brillantes y escardadas plumas de un ave ideal...

Y flota sobre todas las cosas una melancolía indefinible, una melancolía divina, una melancolía consoladora.

Dijérase que la amplia y grave y religiosa vibración del *Angelus* ha divinizado el crepúsculo, lo ha hecho inmaterial y místico; dijérase que la tristeza que siempre viene a la naturaleza y al espíritu cuando el día agoniza, es entonces una tristeza santa.

Llegó la hora en que, como dice el poeta:

el mar salmodia sus perennes quejas
batiendo las riberas rumorosas,
y el hombre piensa en afecciones viejas,
en seres idos y en pasadas cosas...

◇

Pues bien, algo de la solemne melancolía de ese crepúsculo tiene este otro que inicia la Navidad de una pastora.

Cuando la pequeña cabrera vió hundirse en el ocaso al sol como un alud de llamas, deslumbrada por la postrera pompa de colores que invadía el horizonte, quedóse mucho tiempo absorta: primero, ante los oros pálidos que franjeaban las nubes; luego, ante los rojos vivos que se tendían como banderas sangrientas por el cielo; después, ante los lilas mate, ante los lilas próceres, ante los divinos lilas que cambiaban de matices como una tela de gros y se desvanecían en el gris de los vapores vespertinos.

Y aquel espectáculo le produjo el éxtasis.

Mas la campana mayor de la parroquia volcó de pronto el grave y augusto tesoro de sus toques: *din don, din don,* y un estremecimiento de angustia la conmovió toda...

Din don, din don... ¡Dios mío, qué inmensa querella de vibraciones y cómo saturaban el espacio de tristeza!... Y ella estaba sola y tenía frío, mucho frío...

¿A qué volver a la alquería si nadie le amaba allí, si nadie quería cederle un rinconcito junto al fogón?

El mastín belfudo y enorme gruñía a su vista; la tía Juana sólo tenía para ella frases duras; arrojábanle de mal modo un tasajo de cecina mal asada... y para dormir sólo poseía el viejo jergón de crines que nadie se atrevía a usar ya.

¡Como era huérfana!

Si al menos Gabriel, aquel cabrero radiante que hacía las delicias de las mozas, el primero en la juerga y el chicoleo, mas el primero también en el trabajo, aquel mocetón de cabellos pajizos y de ojos aceitunados, la amara aún...

Pero la dejó por otra, por otra que poseía una vaca y un huerto.

La dejó por otra, porque ella era pobre y era triste.

Din don, din don.

Y el aire iba haciéndose más frío, tenía ráfagas que azotaban como correhuelas, y la sombra invadía la altura.

Los corderillos se agrupaban, temblorosos, bajo su toisón de nieve, y clavaban en la pastora sus ojos inmensos y dulces, como si la interrogasen:

—¿Qué, no tornaremos a la majada? Aquí hace mucho frío.

Y ella parecía responderles:

—Frío; ¿y qué me importa el frío de fuera cuando aquí dentro está helando?

—¡Vaya!, medrosicos, ¿no vísteis acaso muchas noches cantar a las estrellas de diciembre? Entonces también hacía frío, pero si viérais qué calorcito tan bello llevaba yo en el corazón...

Din don, din don.

Esta noche nace Jesús en un establo.

Vésper descrencha ya sus cabellos de oro en el espacio, Arthuro cuaja sus luces cambiantes, Cirio enciende sus fuegos de bengala.

Llega de la aldea el murmullo alegre de los pastores y en la sierra se retuerce llameante la cinta roja de los vivacs... También los carboneros celebran la Navidad.

◇

Din don, din don.

—Ea, pastorcilla, hoy habrá cariño para todos; ¿qué, no ves que el *Angelus* va cantando: "Paz a los hombres de buena voluntad"?

Hoy se olvidan los odios, las manos se tienden, las bocas se buscan, los pechos quieren latir juntos...

Vamos, no llores ya; en la granja hay estruendo de panderetas y bordoneo de guitarras...

—Sí, pero Gabriel sonreirá con la otra, con la otra que es alegre y rica, en tanto que yo soy tritse y pobre; el mas-

tín belfudo y enorme gruñía, y, como en otras noches, para mí no habrá sitio junto al fogón.

Din don, din don; y todas las campanas, tras el solemne motete del *Angelus*, rompen en un *alegro vivace* de metálicas resonancias.

¡Aleluya! ¡Aleluya! parece que claman...

El último rayito de sol se ha enhebrado entre las nubes delgadas, como la postrer sonrisa del cielo...

¿Por qué hay un corazón triste en la vega infinita?

¡Navidad, no seas cruel!



Un mendigo de amor

I

JOVEN, soltero, sin familia y rico, ¿qué más podía desear Carlos?

Una voz insidiosa, cuando las pasiones empezaron a despertarse en el alma del joven, susurró al oído de éste:

—Eres omnipotente... ¡con dinero se compra todo!

Carlos meditó un momento; ¡qué horizontes tan radiosos se abrían ante su vista!

—Con dinero se compra todo—dijo sonriendo—, pues compremos amistad.

Y aquel Creso joven se constituyó en anfitrión de numerosos elegantes que seguían sus pasos por dondequiera.

Diariamente sentábase a su mesa aquella elegante corte, y entre el ruido de los corchos que saltaban y las risas bulliciosas, prolongábase el festín.

Pero Carlos no estaba satisfecho. Había leído que más hermosa que la amistad era la gratitud.

—Compremos la gratitud—se dijo entonces.

Y repartió bienes a diestra y siniestra; fué la providencia de muchos desheredados, y no hubo inopia que le tendiese las manos suplicantes sin sentirlas colmadas de dones.

El nombre de Carlos era pronunciado por los miserables. Poseía lo que había buscado.

Y, sin embargo, no le bastaba.

—Tengo amistad y gratitud—exclamó—. Pero me falta algo; ¡compraré gloria!

Y fué Mecenas de cien poetas y escritores que le laudaron en periódicos y libros, en biografías y odas. Y todos los que leían su nombre convenían en que era Carlos un talento en flor, que en lo futuro daría óptimos frutos; de un temperamento artístico delicadísimo, de una concepción rápida y singular.

No obstante—¡oh insaciable corazón humano, tonel de las Danaidas, jamás ahito!—, Carlos no era feliz.

—Me falta el poder—pensó.

El dinero crea influencias y simpatías de los grandes, y no le fué difícil conseguir a nuestro hombre un alto puesto en la Administración.

—Joven, rico, lleno de amigos, de gratitud, de gloria y de poder, ¿qué puede hacerme falta, qué necesito?—clamó.

Y una voz doliente que surgía en el silencio de su alma, murmuró suspirando: ¡Amor!

—¡Amor!—repuso Carlos, sintiendo en su mente toda una revelación de mundos desconocidos—. ¡Amor! Sí; el sentimiento que todo lo anima, que todo lo alumbra, que todo lo aroma... Eso me falta.

Y añadió resuelto:

—¡Compremos amor!

II

Era María una hermosa morena; de esas que el diablo—personaje de indiscutible gusto—hubiera querido para sí.

Carlos la amó con delirio, con todo el vigor de un alma virgen y soñadora; y María, deslumbrada por la posición del joven, se dejó querer complacida.

No pasaba un día sin que nuestro héroe llevase a su adorada, como brillante testimonio de aquel cariño que llenaba su vida, alguna rica alhaja; ya el nutrido collar de esmeraldas que relampagueaban como pupilas de ondinas apasionadas; ya la espléndida *riviére* de diamantes, que se descomponían en divinos cambiantes al beso de la luz; ya el anillo que parecía una estrella diminuta, encadenada en virtud de poderoso conjuro a la diestra de la encantadora niña.

—¿Me amas?—preguntaba Carlos a su novia a todas horas. Y ella, mirando fascinada la pedrería que parpadeaba en su pecho, en su cabellera y en sus manos como bandada de luciérnagas presas, respondía:

¡Mucho!

Entonces, la voz del alma, aquella triste voz que ya había oído Carlos, decía a éste:

—¡Insensato! Ama más a tus joyas que a ti...

Carlos, desesperado, concluyó por abandonar a su ídolo.

Y como el ara quedó sola, buscó otro dios que substituyese al primero.

III

Fué Eloísa delicada rubia a quien nuestro amigo amó con más pasión tal vez que a la primera.

Y una noche, al acercarse a la ventana testigo de sus citas, advirtió que su amada llevaba traje de baile.

—¡Cómo!—dijo sorprendido—. ¿Vas a bailar acaso?

—Sí, bien mío.

—¡Y yo que creía pasar algunas horas a tu lado!

—No puedo complacerte.

—¡Ah! ¡No vayas!

—Estaría triste; amo tanto el salón cuajado de luces, la música apasionada que vibra dulcemente, el lánguido balanceo de vals...

Carlos se alejó de allí diciendo melancólicamente:

—¡Quiere más al mundo que a mí!

Surgió otra vez en aquellos instantes la voz doliente de su espíritu:

—¡Necio! ¡Necio!... El amor no se compra...

IV

Carlos renunció a la riqueza, a la amistad, a la gloria; vistió humilde traje de burgués, y como si se hubiese quitado un enorme peso de encima, salió de su palacio ligero y casi feliz, repitiendo:

—El amor no se compra...

Era de noche, y a poco andar halló en el umbral de una puerta una pareja de obreros que se acariciaban; en el alambre de una línea telegráfica, dos golondrinas rezagadas, pegada una a la otra, dormían...

—Yo seré amado como ese obrero... Yo tendré compañera como una de esas golondrinas—murmuró.

Poco después tropezó con una mendiga joven y hermosa:

—¿Quieres darme un poco de cariño?—le dijo.

—¡Quién piensa en el cariño cuando se tiene hambre!—contestó la mendiga volviéndole la espalda.

V

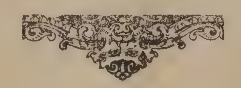
Carlos vagó toda la noche por la ciudad, dialogando desesperado con el destino, con el infortunio, con la sombra...

Cuando surgió la luz primera el infeliz estaba loco... Iba de puerta en puerta despertando a los vecinos; le abrían, y entonces gritaba con voz lastimera:

—¡Un poco de cariño por el amor de Dios!...

◇

¡Si el pobre loco hubiese tenido entonces una madre!...



El león que tenía dignidad

Los autores primitivos, guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronces, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe por cierto, en España, que los cuartos se llamen "perros gordos" y "perros chicos", por una de esas ironías que suelen perpetuarse...

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a las bestias se refieren. El león, tan exaltado antes, fué deprimido con pasión: ni era valiente, ni era tan fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por derecho divino creíasele otorgada, y quién estimó que debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie: que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), y quién pretendió que merecía la realeza

el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio; *in medio stat veritas*. El león no era ciertamente el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como monarca.

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'eternel*, de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el ánimo decidido de matar algunos pobres leones, que, después, disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él con algunos otros cazadores en acecho, frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto, un espléndido ejemplar salió de su refugio y ascendió hacia la pequeña eminencia.

Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron en seguida.

Un sol... africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y "debió", en cuatro saltos elásticos, vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada por el genio de la especie... Los cazadores esperaban esto y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo de todos, aconteció algo extraordinario: el león, "que sabía que era visto" por tantos ojos de hombres, ¡tuvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico

de la bala explosiva y certera, que no perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió por la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesen correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda, un temblor formidable; la muerte, a cada instante, lo amagaba... mas él seguía ascendiendo, lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que "ya no lo veían", y entonces, encogiendo todo el resorte de sus músculos poderosos, dió un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo: ya podía escapar.

Los cazadores, conmovidos ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!



El castillo de lo inconsciente

El castillo de lo Inconsciente yérguese sobre uno roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca y la montaña vecina, derrúmbase el agua torrencial, que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como guardia de honor de la roca, levántanse agujas ásperas, dientes pétreos, y se erizan matorrales de espinos.

Pero en las noches de luna, con qué arcano prestigio radian, en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la Paz...

Sólo pueden escalar su morada eminente los que han sangrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de éstos. Yo merecía habitar en la mansión del Sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrozado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su rizada y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo, que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco, y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvando el abismo, hube de escalar la roca.

¡Ay! ¡Cuántas veces en sus asperezas me herí las rodillas y las manos! ¡Cnántas otras me vi en peligro de caer al torrente que, como dragón retorcido y furioso, parecía acecharme... Sus espumas llegaban hasta mí, humedeciendo mis destrozadas ropas.

Pero mi anhelo de llegar al castillo era demasiado intenso para no triunfar; y, muy avanzada ya la noche, franqueaba yo por fin los últimos obstáculos y me encontraba en la breve explanada que precedía a la gótica mole.

Una mansa lluvia del una caía sobre aquel espacio abierto. La imponente masa, a su imprecisa luz, era con sus torreones, sus almenas, sus ojivas, sus terrazas, sus techos agudos, más bella que todos los ensueños.

¡Con qué temblor llamé a la puerta! ¡Cómo resonó en el silencio el aldabón!

Esperé... no sé cuántos minutos...

Oía mi corazón golpearme el pecho como un sordo martillo.

De muy lejos venía a mis oídos el rumor confuso del torrente.

Allá, en la hondura, adivinábase un océano informe de sombras y de luces, y el hervidero de plata de las aguas...

Por fin la puerta se abrió dulcemente y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo—me dijo—. ¿Qué buscas aquí, extranjero?

—Ese dón santo que acabas de desearme—le respondí—: la Paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos—y le señalé con un amplio gesto la perspectiva lejana—. He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el filo de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansío. Allá abajo las breves horas de sueño eran mi bien único...

—Tus más bellas ideas, tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deleitosa melodía de las rimas; nunca más el choque de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no descorrerá ya sus telones de luz amable o trágica... Será como si te hubieses bañado en Leteo; como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera te acordarás de tu nombre: tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás; pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura... Esta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Este es el albergue del silencio interior; éste es el sosegado sueño del yo. Aquí toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico con el Todo; la relación de tu ser con el Universo acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aun es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pero individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien estás, mas el Bien no está en ti...

...¡Vacilé! Oh mísero apego al yo; cadena que nos ligas con tantos eslabones al mundo de la ilusión: fuiste más fuerte que el anhelo de paz.

...El hombre blanco notó mi vacilación. Inclinó melancólicamente la cabeza; fué cerrando con suavidad la puerta... la puerta que da acceso al divino ignorar... y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacia el torrente...

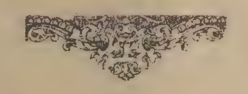
Más duro era el descender que había sido el subir. Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un Dios triste, aureolado de plata, hacia su ocaso.

Allá, en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié un supremo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la otra orilla del torrente. Heme de nuevo entre los espinos. Heme de nuevo en el Hosco Valle del Pensamiento y del Dolor.



Necesito un novio

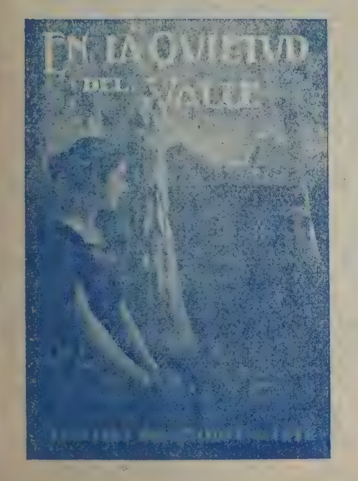


para quien el matrimonio no sea un establecimiento donde se lavan los hombres; aunque nosotra ¡pobres mujeres! esperamos jabón en mano, que no esté muy sucio el que nos toque en suerte.

«EL AMOR VENCIDO» la última novela de Hugo Wast.

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS
y en la «Editorial Bayardo»
Sarmiento 865

AMAR, SUFRIR, SOÑAR!



«En la Quietud del Valle», en el esplendor de los paisajes misioneros. Esta novela acentúa la triunfante personalidad de Lorenzo Dagnino Pastore, que nos ofrece un idilio emocionante y lleno de la salud de los campos.

Precio 2.50

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS
y en la «Editorial Bayardo»
Sarmiento 865

Tall. Gráf. «Bayardo», de Francisco Lorenzo y Cía. - J. B. Alberdi 447. Bs. Aires

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES — Nº. 9

América Literaria

Cuadernos Quincenales de
Artes, Ciencias y Letras

ALFREDO R. BUFANO

ANTOLOGIA

BUENOS AIRES

ACRELO

25 de Noviembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

OBRAS
de Alfredo R. Bufano

1917

"El viajero indeciso" — Poesías

1918

"Una odise ... Carriego"

1919

"Canciones de mi casa" — Poesías

(Premiada por la Municipalidad de Buenos Aires)

1920

"Misa de Requiem" — Poesías

1921

"Poemas de Provincia" — Poesías

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 9

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

ANTOLOGIA

ALFREDO R. BUFANO

BUENOS AIRES
25 de Noviembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

DE "EL VIAJERO INDECISO"

1917

EL VIAJERO INDECISO

¿DOVE son? ¿dove fuí? Se pregunta el viajero,
¿desde qué mundos vengo, y hacia qué mundos voy?
Una voz le responde: ¡prosigue tu sendero
peregrino, prosigue, mañana igual que hoy!

¿Dove son? ¿dove fuí? El viajero repite
absorta la mirada en el pálido azul;
otra voz a lo lejos: que el viajero medite,
sin hacer las preguntas del hebreo Saúl.

Los caminos se abren como sierpes de plata
tenuemente alumbrados por un alba escarlata;
y el viajero repite su tenaz obsesión:

¿Dove son? ¿dove fuí? entre heroico y sumiso,
y contestan las voces al viajero indeciso
como un eco siniestro: ¡Dove fuí! ¡dove son!

LA ANGUSTIA DEL VIAJE

A pesar de las rosas de mi limpia mañana,
a pesar de este intenso querer del más allá,
me persigue la idea de una muerte cercana.
¿Será esta alegre aurora, o este ocaso será?

Desde muy niño tuve la visión de la Muerte,
así, que ha terminado por serme familiar,
y el día en que a mi paso me salga en buena suerte,
como a un anciano monje no me habrá de extrañar.

Unas veces me alegra, y a ratos me entristece;
ayer la quise mala y hoy buena me parece;
y en tanto sigo el viaje dudoso, sin parar.

Pero tengo momentos enfrente a mi Destino,
en que me dan deseos de cortar mi camino
y esperarla en silencio, y esperar, y esperar!...

EL HUMILDE CAMINO

Yo traduzco mi vida como el sabio un teorema,
y miro el resultado con la satisfacción
de aquel, que de una arista, logra hacer una gema
Yo he logrado al cerebro juntar el corazón.

No persigo otra norma que vivir una vida
bien profunda y bien alta, como el cielo y el mar;
y sueño que al ocaso de esta larga partida,
he de hallarme yo mismo para echarme a llorar.

Fácil es caminar por todos los caminos
que en sus locas labores abrieron los Destinos
sin la tabla que indique si es del Bien o del Mal;

Lo difícil, hermanos, es hallar nuestra senda,
sin importarnos mucho que nos guarde la ofrenda
de un manojo de rosas o de un signo mortal!

LA CONGOJA DE HAMLET

¡AMADA, yo no sé, tengo una pena
que aunque ansiara cantártela, no puedo;
es algo extraño que trasciende en miedo,
algo inefable que de amor me llena!

¡Es una desazón, una congoja
que me hace extremecer y me quebranta,
como un débil arbusto que no aguanta
ni el minúsculo peso de una hoja!

¿Dolor? ¡Ah, no es dolor! ¡Tanto he sufrido,
que hoy ya muy poco de llorar me queda,
pues mi armonioso corazón de seda
ya todo suavemente lo ha sentido!

¿Nostalgias del no sér? ¡Tanto he soñado
en mi eterna ansiedad de nuevas cosas,
que hoy son mis sueños un jardín de rosas
bajo la noche eterna abandonado!

¡Es algo nuevo lo que hoy siento, Amada,
quizás el nuevo afán de un supersueño,
ser algo inmaterial, ser un diseño
sutil, espiritual sobre la nada!

¡Ser un perfume que se va en el día,
ser una nota que se lleva el viento,
ser una irrealidad, ser un fragmento
de una fugaz y frágil melodía!

Es algo extraño que rimar no puedo
y que no atino a precisar tampoco,
como no puede teorizar el loco
lo que germina en su confuso enredo!

Visión del más allá, delirio acaso
del viejo corazón lleno de hastío;
¡ay pobre corazón, corazón mío,
tu misma sombra te asonanta el paso!

¡El crepúsculo avanza! No es posible
cantar la Aurora si la noche llega.
¡Cuando en nuestro reloj vibra el Omega,
la congoja del Alfa es infalible!

¡Lloremos pues en el jardín florido
con las rosas triunfales del Pasado!
¡Amor, mi corazón ha despertado
cuando más hondo debió estar dormido!

DE "CANCIONES DE MI CASA"

1919

AUTORRETRATO

Y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
Amado Nervo.

ALTO y delgado. El rostro un poco pálido;
cabellos y ojos negros.
No tengo nada de anormal, soy uno
de los tantos que sueñan bajo el cielo.

Visto como cualquier hombre que pasa
por las calles del barrio o las del centro;
sólo me puedo distinguir de algunos
por el aire sonámbulo que llevo
impreso en las pupilas, que parecen
mirar sin ver, como en profundo ensueño.

Como la araña gusto de la Música,
y vivo a la manera del más cuerdo
esta pequeña vida que se escapa
como arena de mar de entre los dedos.

En mis ratos de ocio, — que son pocos —
dóyme al amor crepuscular del Verso,
cuando no a la lectura serenísima
del hondo Kempis o de Marco Aurelio,
maestros ambos de la vida buena
junto al caro filósofo flamenco,
manso poeta de palabras truncas
que me ha dado la llave del Silencio.
Y así, mientras la amada teje o borda
y están los niños en la paz del sueño,
yo saco algún provecho de la Biblia
o aquel mi trio espiritual releo.

En las claras mañanas del Domingo,
cuando hay luz en las almas y en el cielo,
tomando a mi pequeña de la mano
gusto salir a dar algún paseo
por las calles del barrio o por los parques,
y estoy a mediodía de regreso
como el mejor burgués, y encuentro en casa
la modesta alegría del almuerzo.
Y por la tarde, cuando el sol declina
me place transformarme en jardinero
y practicar un poco de botánica
entre las plantas y árboles del huerto.

Trato de ser honrado y ser sencillo
y no buscar inconvenientes serios
que compliquen mi vida, la que ansío
no me acompañe demasiado tiempo,
porque a decir verdad me está tentando
desde hace mucho el panorama eterno.

En fin, sintetizando
soy un hombre moderno,
que a pesar de las cosas de mi siglo
y de algunos señores de mi tiempo,
sin importarme mucho del pasado
ni enloquecerme los problemas nuevos,
creo en Dios, en la Vida y en mí mismo,
y vivo en paz y lo mejor que puedo
esta pequeña vida que se escapa
como arena de mar de entre los dedos.

PAZ DE DOMINGO

ESTA alegre mañana me huele a rosa fresca;
a canasto repleto de manzanas maduras;
a camino sombreado de aldea pintoresca
y a corderos que triscan sobre amables verduras

Serenamente agita los arbustos el viento;
repica la campana de la iglesia vecina;
y bajo el oro vivo de este sol opulento,
como un ensueño en fuga cruza una golondrina.

Ah, si pudiera verme por un suave sendero
prodigando las flores de una intensa sonrisa,
con un traje de pana y un enorme sombrero,
caminando despacio para oirme una misa!

Dulce paz de domingo, bajo tu luz serena
me abro como una rosa para todo lo humano;
bajo tu luz la vida me parece más buena
y me acerca a los hombres un cariño más sano.

Ganas me dan de andar como un buen peregrino
repartiendo cerezas y brazadas de rosas
a todos los que hallara recorriendo el camino,
prefiriendo que fueran sólo niños y mozas.

¡Dulce paz de domingo, cuánto me haces soñar!
¡Dulce paz de domingo, cuánto me haces sentir!
¡Quisiera ser un ave, sólo para cantar!
¡Quisiera ser pequeño, sólo para reir!

¡Si te hago un verso es sólo por un anhelo suave,
y al reir sólo pongo tristeza en un cariño,
porque sé que mi verso no es el canto del ave,
como sé que mi risa no es la risa del niño!

¡Oh mañana radiante como una campesina,
que te vas cual si fueras una lenta piragua,
yo quisiera cruzarte como una golondrina,
o beberte lo mismo que una copa de agua!

"TANTO GENTILE
E TANTO ONESTA PARE"

ES tan bella y gentil la amada mía,
tanta su gracia ingenua y verdadera,
que el que la mire por la vez primera
jamás podrá olvidar tan grato día.

Llena de beatitud, como si fuera
moradora del reino en quien confía;
vive en la tierra, pero yo diría
que no es esta su patria, y que algo espera...

Tantas gracias de amor ella atesora
que a cada nuevo sol más me enamora
teniéndome en sus ojos cautivado;

Y estando a solas con mi amor, medito
si algún ángel será, puro y bendito,
que en formas de mujer Dios me ha mandado.

LO INEVITABLE

YO sé que en la mañana de algún día
lluvioso y triste del vecino invierno,
ya no abriré mis párpados cansados
cuando me des tu matutino beso.
Yo sé que al verme inmóvil como nunca
entre las blancas sábanas del lecho,
habrán de dilatarse tus pupilas
de duda, de dolor, de angustia y miedo;
y con tus finas manos adoradas
en un sacudimiento de tus nervios,
me tocarás los brazos y la frente
y con tu oído auscultarás mi pecho;
y loca de terror cuando percibas
su intenso frío y su mortal silencio,
desencajada, pálida, convulsa,
deshecha en llanto abrazarás mi cuerpo,
y pasarás tus dedos temblorosos
por entre el laberinto de mi pelo,
y sin querer me cubrirás de lágrimas,
y sin querer me cubrirás de besos,
mientras yo inmóvil para siempre siga
entre las blancas sábanas del lecho!

Yo sé que tú te pasarás la noche
velando en vano mi dormir eterno,
y entre la luz piadosa de los cirios
yo me estaré rígidamente tieso
metido en mi mortaja, como algunos
dentro la gravedad de un traje nuevo.
Yo sé que al otro día, al otro día,
con gran dolor te vestirás de negro,
y que algunos amigos bondadosos
pondrán mi caja en el inútil féretro.
La puerta de mi casa estará toda
llena quizás de condolidos deudos
y de algunos curiosos, y de algunos
indiferentes al vulgar suceso.
Y por la callejuela suburbana
saldrá la negra cinta del entierro
dejando atrás los comentarios múltiples
de tantos que jamás me conocieron!...
El cortejo ridículo y pesado
llegará poco a poco al cementerio,
entre un charlar de diferentes cosas
y el largo bostezar de los cocheros.
Yo sé que al enterrarme, algún amigo
con voz llorosa me dirá sus versos,
mientras continuarán en su trabajo
de echarme tierra los sepultureros;
y cuando se concluyan los discursos,
y quede yo tranquilo en mi agujero,
habrá caído en el poniente rojo
el Sol cansado, y en el torvo cielo
la arcangélica estrella de la tarde
saldrá a brillar para decirme un rezo!...
Y mis amigos, una vez ya libres,
se irán tranquilamente de regreso,
unos a ver la pasajera novia,
otros a dar el pésame a mis deudos,
estos a hacer la nota necrológica,
y después de unos días... ¡polvo y viento!

Y tú entre tanto, en la revuelta casa,
pálida como un lirio en tu desvelo,
habrás de continuar llorando siempre
al que te dió su amor trocado en versos,
mientras mi hijita, tu adorada hijita,
mi bien más hondo, tu mejor trofeo,
indiferente a todo lo pasado
irá a buscarte con su andar incierto
y te dirá: —Mamita, cuánto tarda
papá de su paseo!...

(Yo sé que tú te quedarás inmóvil...
y habrá un silencio... habrá un mortal silencio!...)

DIA DE FIESTA

SUENA, pastor, tu flauta campesina
pues que es día de fiesta esta mañana;
bien lo anuncia el volar de la campana
bajo la suave gloria matutina!

Suena, pastor, y suena la más fina
canción que sepas por lo buena y sana;
hoy es fiesta, pastor, y no tan vana
ya que en todo latido se adivina.

Pastor, recoje la mejor manzana;
corta, pastor, la rosa más divina
y aparta la ovejita más galana,
y en una canastilla diamantina
pon la rosa divina y la manzana,
y sonando tu flauta campesina
ve por toda la aldea matutina
anunciando que es fiesta esta mañana!

LA LLEGADA DEL NIÑO

BAJO el suave misterio
de esta mañana, cuando aún se oía
la celeste armonía, la armonía
pitagórica en todo el hemisferio,
llegó mi dulce niño
asombrado de estrellas y de luna,
y hoy es así, como clavel y armiño
en la humildad cristiana de su cuna.

La madre duerme, sonrosada y bella,
como feliz de su dolor pasado,
y hay en su blanco rostro iluminado
como un divino resplandor de estrella.
Yo velo en la penumbra silenciosa
que turba apenas el naciente día,
mientras mi corazón en su alegría
se deshoja de luz como una rosa.

Respira olor de amor toda la casa.
¿Y Ada María? Duerme con la abuela.
¡Qué cara va a poner la pequeñuela
cuando vea más tarde lo que pasa!

LUNA

EL abierto balcón, como si fuera
una enorme pupila dilatada,
deja entrar la caricia de la luna
que inunda la calleja solitaria,
y viene hasta nosotros, y se posa
sobre los viejos muebles de la estancia
que parecen soñar ensimismados
bajo el polvillo de oro en que se bañan.

Las manos están juntas;
un silencio de amor hay en las almas.
Vieja escena de amor que se repite
y habrá de repetirse mientras haya
una luna en el cielo
y una mujer querida en nuestra casa!

SIGNO

LUNA de Enero en el azul profundo.
Duerme la casa en estival reposo;
sólo mi corazón vela en la noche
divinamente solo.
Y en intensa avidez contempla el cielo
a través de la calma de mis ojos,
como si él, en la torre de mi pecho
fuera el inquieto astrólogo,
y mis pupilas mansamente fijas
sus breves telescopios.
Mis labios interrogan levemente
el problema eternal, nuevo y remoto,
y oigo en mi pecho el suspirar constante
del corazón nocturnamente absorto:
—¿Cuándo sabré lo que en tu seno encierras,
duda inmortal del imposible Cósmos?
Y como contestando a la pregunta
del diminuto astrónomo,
la luna se coloca de improviso
sobre un fino ciprés de aspecto fosco
que hay en el seto del jardín cercano;
y el corazón, callado y tembloroso,
ve que es un negro signo admirativo
con un punto de oro!

DE "MISA DE REQUIEM"

1920

BEATITUD

TODA cubierta de jazmines
duerme la madre en su ataúd;
los siete cirios funerarios
la hacen más blanca con su luz.

Las manos exangües y finas,
dulces manos de santidad,
yacen cruzadas sobre el pecho
como en actitud de orar.

Olor a incienso hay en la alcoba,
olor a incienso y a jazmín;
y los pabilos de los cirios
tiemblan en un temblor sutil.

Ilumina todo su rostro
un gesto de resignación.
Sonríe imperceptiblemente
cual si estuviera viendo a Dios.

UN LEJANO RECUERDO

NUNCA me olvidaré de una mañana
de intenso frío. Estabas en el patio
de la casa vetusta en donde fuimos
más o menos felices. Tú,cantando,
lavabas unas ropas con agua bien caliente
en la tosca batea hecha de un tronco de álamo.

Yo acercándome a ti, te dije: "¡Madre,
dichosa tú que tienes metidas las dos manos
en el calor, al menos así no sientes frío!
¡Ya ves, yo estoy temblando!"

Entonces tú, vaciando la batea
—porque así lo exigía tu trabajo—
la volviste a llenar con agua helada
metiendo en ella tus queridas manos.
"¡Hijo, lo mismo da!" dijiste echando ropa,
¡y continuaste en baja voz cantando!

Y aquel gesto tan tuyo
por lo dulce, sereno y resignado,
hizo temblar mi corazón de niño;
y ahora, al recordarlo
después de tanto tiempo,
me invade un hondo frío, un frío extraño...

"¡Hijo, lo mismo da!" dijiste echando ropa,
¡y continuaste en baja voz cantando!

DIA PRIMAVERAL

EL día que te fuiste era un día como este.
Manso, primaveral, diáfano, tibio;
diáfano, tibio, un día primaveral como este.

El aire estaba quieto; ni siquiera una hoja,
ni siquiera una hoja se movía.
¡Hoy tampoco se mueve ni siquiera una hoja!

Claro el sol en los cielos brillaba como nunca,
era un día de gloria en los espacios.
¡Hoy también, madre mía, brilla el sol como nunca!

No alcanzaba a explicarme con mi llanto y mi pena
cómo la gente sonreir podía.
¡Hoy sonríe lo mismo a pesar de mi pena!

Aquel día yo tuve un divino deseo,
un profundo deseo de marcharme
contigo hacia la sombra que hoy más que ayer deseo.

¡Y era un día como este, claro y tibio como este
que el corazón me llena con la gracia infinita
de familiarizarme con la muerte!

LA PIADOSA MENTIRA

Es mejor no avisarle.
Que ella siga creyendo
que nuestra madre vive aún; que ignore
la terrible verdad de este suceso.
¡Cuesta tan poco hacer un bien tan grande,
y no tronchar así tan largo ensueño!
"¿Y si volviera un día?"
¡Bien sabéis cuán dudoso es su regreso,
tal vez no vuelva nunca! Mientras tanto,
que ella siga creyendo
que si algún día a nuestro hogar tornase,
la encontrará contenta. No le comuniquemos
nada. Cuando en sus cartas nos pregunte
por ella, como siempre le diremos:
Mamá está bien, está muy bien, hermana;
sólo está triste porque tú estás lejos...

LA SORTIJA ROJA

NUNCA la lloraremos lo suficiente, nunca!
¡Podéis estar seguros; por lo pronto
nuestra casa ya no es la misma casa
de cuando ella vivía entre nosotros!

¡Oh, que mudanza enorme
se ha operado en las almas y en la vida de todos!
Ayer de vez en cuando nos reuníamos
hermanos, junto a ella, aunque tan sólo
fuese para alegrarla unos momentos
con la presencia nuestra.
Un silencioso
llanto de gratitud nublaba apenas
sus dulces ojos, sus queridos ojos;
y sonreía llena de ternura,
y nos miraba fijamente, como
si así nos bendijera y suplicase
que fuéramos mejores que los otros....

Ella era un lazo para nuestras almas,
un fuerte lazo, una sortija de oro
para los corazones de sus hijos.
¡Ella ha muerto, y con ella la sortija se ha roto!

¡Nunca la lloraremos lo suficiente, nunca!
Ya lo véis, por lo pronto
nuestra casa ya no es la misma casa
de cuando ella vivía entre nosotros.
¿Y nuestra vida? ¿Y nuestras pobres almas?
¡Qué! si no somos
ni una sombra fugaz de lo que fuimos,
y acaso de aquí a poco
no quedará ni la más leve huella
de todo, así, ¡de todo!

Nunca me cansaré de repetirlo:
seríamos muy otros
si ella hubiese vivido
cien años más. ¡Oh sus queridos ojos!
¡Cuánto podía ese mirar tan dulce!
¡Cuánto podía ese mirar tan hondo!
¡Cuánto aquella arcangélica sonrisa!
¡Cuánto aquella inefable sortija que se ha roto!

EL ENIGMA

SOBRE una roca hirsuta, junto a la mar bravía
por mi destino interrogué,
y el agua al estrellarse contra la roca enorme
me respondió: ¡Yo no lo sé!

Desde la cumbre enhiesta de una montaña nívea
a los espacios pregunté,
y el sueño de los mundos del fondo de los tiempos
me respondió: ¡Yo no lo sé!

Frente a una selva obscura de pinos y de robles
a su gran voz interrogué,
y el harpa multicorde del viento entre las ramas
me respondió: ¡Yo no lo sé!

Bajo una noche clara de estrellas temblorosas,
solo en la tierra, a Dios clamé;
y el eco pitagórico llenó de espanto al mundo,
y dijo Dios: ¡Yo no lo sé!

DE "POEMAS DE PROVINCIA"

1921

LA ANGUSTIA DE LOS ARBOLES PODADOS

BAJO los cielos grises
dolientes, rígidos, extraños,
en los mudos caminos arenosos
aparecen los árboles podados
con sus ramas desnudas.
Y en las noches con astros
son así como enormes falanges esqueléticas
orando a Dios en medio de los campos.

NOCHE

NIEVE de luna en toda la campiña;
y en este caserón, silencio y nieve.
Por la abierta ventana
entra un perfume indefinido, tenue.
Percibo apenas en la noche
mi propio respirar, rítmico y breve;
el tic-tac del reloj, y el muy lejano
rezongo de un molino.
Nieve.
Silencio.
Esta noche se oirían los pasos de la muerte.

LAS QUINTAS SOLITARIAS

QUINTAS solariegas de verjas floridas
y largos senderos bañados de sol,
en cuyo silencio parece que hubiera
bajado la blanca sonrisa de Dios.

Quintas solitarias de paz bienhechora,
de paz bienhechora para el corazón,
los ojos os miran por sobre los setos
con algo de envidia que es mucho de amor...

Un sátiro ríe aquí sobre el césped,
su gesto armoniza con este verdor...
Allá entre las frondas acecha un Cupido,
¡cuidado, muchachas, con el cazador!

¡Qué lindos caminos, qué simple misterio,
qué mansa belleza, qué grato frescor,
feliz la pareja que pueda cruzarlos
ya en noches de luna o en días de sol!

Quintas solariegas, de verjas floridas,
llenas de perfumes, de luz y color,
sonrientes de niñas vestidas de rosa,
de blanco, de crema, celeste y punzó.

Si yo fuera dueño de cualquiera de estas,
en seguida haría mi nido de amor,
y un niño de mármol con ojos vendados
pondría a la entrada del amplio portón.

Le daría el suave nombre femenino
de la dulce amiga de mi corazón.
Sería un encanto de flores la huerta
que yo arreglaría como una ilusión.

Si algún pasajero curioso, inquiriese:
—¿Quién cuida estas plantas con tanto primor?
—Dicen que es un hombre que hace lindos versos,
no molesta a nadie; es un buen señor...

Quintas solitarias de verjas floridas
y sendas bañadas de estrellas y sol,
jamás he soñado tener algo mío,
pero al veros sueño tener una yo!

POETA, SEMBRADOR Y POBLADOR

Poeta,
doy a todos los vientos mi canción
poniendo en cada verso el corazón.

Sembrador.
abro la tierra generosa
lo mismo para el árbol y la rosa
que para el trigo que ha de darme el pan.
Siembro siempre, y la tierra no me engaña jamás.

Poblador,
tres hijos he engendrado en mi mujer.
Tres hijos que han de prolongar mi ser.
a través de la vida, y a través
de la muerte. Tres hijos. ¡Yo nunca moriré!

Mi canción quedará,
porque la dije así, como nace, no más.
El árbol quedará
porque en nuevas semillas después germinará.
También mi carne quedará,
porque en hombres futuros se habrá de prolongar.

Por esto, cuando sea eternidad,
poned mis huesos en el campo en flor,
y en una piedra tosca esta inscripción grabad:

Poeta, sembrador y poblador.

EL VENCIDO

La última novela inédita de HUGO WAST.

El más intenso de sus libros.

Palabra de redención, ardiente y casta.

Toda alma puede escucharla.

Toda conciencia, por delicada que sea, puede asistir sin rozarse, a los episodios conmovedores de "EL AMOR VENCIDO", relatados en un estilo puro y vehemente.

Precio $ 2.50

Tall. Gráf. «Bayardo», de Francisco Lorenzo y Cía. - J. B. Alberdi 447. Bs. Aires

AÑO I — APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES— Nº. 10

América Literaria

Cuadernos Quincenales de Artes, Ciencias y Letras

CUENTOS DE LA PAMPA

por

ALEJANDRO SUX



BUENOS AIRES

10 de Diciembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Precio del ejemplar: 0.20 en la Capital - 0.25 en el Interior

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 10

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

CUENTOS DE LA PAMPA

por

ALEJANDRO SUX

BUENOS AIRES
10 de Diciembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

Recuerde Vd. que

preparamos a nuestros lectores y lectoras una sorpresa muy agradable consistente en la creación de nuevas secciones en los cuadernos quincenales de «América Literaria.»

ALEJANDRO SUX

ALEJANDRO SUX es uno de nuestros buenos cuentistas. Une a la bondad de su estilo, una imaginación brillante y una sensibilidad exquísita. Su prosa es siempre original y sugestiva, y por todo ello entre los jóvenes escritores de nuestro país tiene conquistado un lugar preferente y merecido.

De sus "Cuentos de América", libro publicado hace varios años, hemos escogido los que integran el presente cuaderno, seguros de ofrecer a nuestros lectores una hora de grato solaz en la que evocarán, sugeridos por la pluma vigorosa de Alejandro Sux, el cuadro lleno de poesia y de misterio de nuestra madre, la Pampa...

El contrapunto

I

Duerme la pampa arrebujada con voluptuosidad bajo el manto de plata que ha extendido la luna. En el cielo clareado por la luz del satélite y el acribillamiento de las estrellas, ninguna gasa fugitiva evoca las vitalidades del ambiente. A lo lejos, casi esfumado en el horizonte incierto y vaporoso, surge un *rancho* bajo un grupo de sauces. Un ventanillo iluminado finge en la argentada penumbra un ojo sanguinolento. También como perdiéndose en la pesadez del silencio, se oye la monotonía quejumbrosa de un cencerro que parece traducir el cansancio de la tropilla y el aburrimiento de los *reseros*. Tras un alambrado que no tiene fin, los alfalfares florecidos hamácanse besados por una tenue brisa; las florecillas moradas cabecean e imitan el movimiento de las aguas del mar.

El camino de las tropas, alfombrado por una espesa capa de polvo que el continuo pasar de las haciendas hace, abierto entre dos campos de maíz apenas espigado, ancho, recto y desnudo, parece, abrillantado por la luz lunar, una larga cinta de raso blanco.

Una polvareda que se mantiene a algunos metros del suelo, oculta a la tropilla de caballos que al trote largo siguen a la *madrina* en dirección al *rancho*. Los *reseros* van callados e inmóviles sobre el *recao*, fumando distraídamente, con los ojos puestos sobre los lomos en vaivén de la caballada. Hace un cuarto de hora que pasaron las vías del ferrocarril a Santa Rosa de Toay, por la estación Ituzaingó. El *rancho* hacia donde se dirigen ahora, es la ''Fonda de la Lechuza'', donde piensan comer alguna cosa, dormir unas cuantas horas y con el Lucero del alba ponerse en marcha otra vez.

II

La "Fonda de la Lechuza" es una antigua *pulpería* que, debido al espíritu innovador de su dueño, don Fermín,—un vasco con muchos años en la Argentina,—está aprovisionada convenientemente, siendo la mejor de los alrededores. Situada estratégicamente en el cruce de dos caminos importantes para el paso de las haciendas, procura a don Fermín un medio espléndido de ganar en pocos años unos miles de pesos. Su mujer, *Ña Pancha,* como le dicen en la comarca, es una criolla alta, de ademán decidido y voz aguardentosa.

Esta noche, en el despacho de vino no hay más que dos parroquianos jugando al monte, y en el patio, perfilados de rojo, alrededor del fuego, cuatro o cinco gauchos relatando aventuras de amor y de pelea, entre *mate y mate. Ña Pancha,* sentada tras el mostrador, remienda ropa blanca. Fuera, atados al *palenque,* los caballos impacientes escarban la tierra y hacen rechinar las *coscojas* de los frenos de plata. Uno de los jugadores, levanta la cabeza, y, mientras baraja las cartas, dirigiéndose a la patrona, dice:

—Hoy tenemos *reseros.* ¿Oye?, vienen arriando.

La criolla, sin dejar de coser y sin mirar más que su labor, responde:

—Pues mi hijo, falta nos hacía; hace tres semanas que no cay ninguna tropilla por acá.

—La cosa anda mal, Ña Pancha... ¡los *gringos* nos están patiando el nido!... Disculpe, pero don Fermín es más criollo que otra cosa, qué *caray!*

Ella va a responder, cuando una voz, del patio, pide:

—¡Patrona, un porrón de ginebra y la guitarra!

De fuera llegan claramente los silbidos de los *reseros* arreando los animales y el estruendo de la caballada al galope.

—¡Ya están aquí!

Una voz fuerte, gruesa, con cierto deje provocativo, grita desde la carretera:

—¡Alabao sea Dios! ¡Patrona! ¿ande metemos estos *baguales?*

Ña Pancha se levanta, abre la puerta y, después de las buenas noches:

—¿Son muchos?

—Casi nada, unos cuantos cientos.

—Bueno, mire... metalós ay no más... en ese corral... al ladito del *jagüel* ¿oye?

III

Después de cenar los *reseros* piden copas y una guitarra.

—¿Tenés ganas de cantar?

El preguntado es un hombre de unos treinta años, robusto y

ágil como un jaguar, de mirada atrevida que vela una gasa de tristeza.

—¿Qué querés?—responde abandonando las palabras,—pa matar las penas no hay como la guitarra y el vino. Con ella arriás las tristezas y con él encorralás la alegría. ¡No hay güelta que darle!

Después de bordonear un rato con negligencia, mirando al techo, canta una de esas *vidalitas* que nacen del corazón; tristes y lánguidas canciones que inspira la inmensidad monótona de las *pampas*:

Llenito de mi alma
vidalitá,
He dejao el pago,
Y ella no se acuerda,
vidalitá,
De este pobre gaucho.

Sin alma en el cuerpo
vidalitá,
Crucé todo el campo,
Cargao de tristezas,
vidalitá,
Cargao de quebrantos.

Una noche eterna,
vidalitá,
En el alma llevo,
Des que no me mira
vidalitá,
Con sus ojos negros.

Un tajo muy hondo,
En el pecho tengo,
vidalitá,
Es la puñalada,
vidalitá,
De sus ojos negros.

Siempre que yo veo,
vidalitá,
La caid'e la tarde,
Se nublan mis ojos,
vidalitá,
Por ola de sangre.

Tentaciones malas,
vidalitá,
Muerden mi coraje,
Cuando veo en otro,
vidalitá,
Sus labios de sangre.

Sin ella, la vida,
vidalitá,
Para mí no vale,
Y tal vez por esto,
vidalitá,
Un día me desgracie.

Ña Pancha deja la labor riendo a carcajadas y exclama dirigiéndose al cantor, con sorna:

—¡Jesús, por Dios, qué desgracia!

Del patio llegan preludios y risas. Pronto se oye una voz que canta:

La vida es hermosa
vidalitá,
Y todo lo vale,
Y el que la reniega
vidalitá,
Es que es un cobarde.

Ña Pancha repite:

—Es que es un cobarde. Claro, hombre, no hay que afligirse... ¡hay tantas mujeres en el mundo!

Los *reseros* se miran; uno dice:

—Quieren contrapunto, demoslé contra punto. Mirá, Ceferino, metéle no más; esta noche nos divertimos.

Ceferino pulsa nervioso la guitarra y con voz intencionada canta cambiando de metro:

No he pedido la opinión
de naide sobre este asunto,
pero, ya que hay ocasión,
discutiremos al punto.
Pero antes le he de decir
al de la frase importuna,
que el que le va a discutir
no es un caído de la cuna.

En el patio hay un movimiento hostil, pero nadie se levanta. Otro toma la guitarra y responde a la provocación del *resero*:

Aunque yo no sé *payar*
ni estudié para poeta,
salga pato o gayareta,
en verso le voy a hablar.
Es la vida pampa abierta
con flor, con aroma y trino,
y es el hombre un peregrino
que va hacia la muerte cierta
montao sobre su destino;
la gracia es andar alerta
y ver el mejor camino!

Estallan aplausos y algazara en el patio, y una voz se alza para gritar a los *reseros*:

—¡Atajensé esa de mi flor!

Ceferino continúa bordoneando, con los ojos fijos en las vigas del techo, como buscando la respuesta que no acude a sus labios. De pronto se ilumina su rostro moreno, pasa un relámpago por sus ojos, se yergue, cruza una pierna, entorna los párpados y canta:

La vida es carga pesada
que a nuestros cuerpos inclina,
caminamos siempre ansina
y no sirve para nada;
por eso el que más camina
lleva la espalda encorvada.

Un *resero* se entusiasma y va hasta la puerta que dá al patio para gritar:

—¡Agarren esa, maulas!

La voz del guitarrero se deja oir entre risas:

Si de tanto caminar
se le han doblao las espaldas,
en mi recao, un lugar
le haré, pa llevarlo en ancas.

Ceferino responde cada vez más alterado:

Se agradece la intención
pero, sabrá ese trompeta,
que tengo yo más baguales
que él pelos en la cabeza.

La respuesta no se dejó esperar mucho tiempo:

No cante usté esas pavadas
que va a perder los estribos...
y a pesar de sus riquezas
tendré que darle los míos.

El *resero* apoya un pie en el banco y con voz temblorosa responde fingiendo una tranquilidad que no siente:

Por que soy un hombre libre
canto lo que se me antoja;
¡al que no le guste oirme
venga a taparme la boca!
...¡Los chillidos de los maulas
no me hacen cerrar la boca!

Los gauchos del patio se arremolinan tras el cantor que se presenta en la puerta con la guitarra en la mano; cruza con Ceferino una mirada de desafío y recalcando las palabras entona la despreciativa canción popular que tiene valor de insulto:

Dejat'e cantar chicharra
que me estás atormentando,
andá cantále a tu madre,
¡decíle que yo te mando!

Ceferino estalla de indignación: arroja la guitarra, arrolla el *poncho* al brazo izquierdo, desenvaina el *facón* que lleva atravesado en la cintura, y adelantándose hacia el cantor, le grita casi rozando con la de él su cara:

—¡Vos si que vas a cantar, pero pal carnero! Salí ajuera, maula, si querés que te dibuje un *barbijo* de oreja a oreja! ¡Salí, maula, salí!

El otro lo rechaza con un ademán; saca su daga y contesta burlón:

—Amigaso, me ha tomao por otro; pa que sepa, me llamo Alejo Fuentes y nunca me he caido del *pingo*... no soy manco, amigo.

Luego, dirigiéndose a sus compañeros, agrega:

—¡Ajuera, muchachos!

Los *reseros,* en un grupo compacto, con las armas en la mano se abren camino a golpes y gritando:

—¡Cancha, maulas, cancha!

La voz

Es noche; el cielo tiene opalescencias extrañas; la luna, deslustrada, se esfuma como una pintura de Carrière, y el yermo campo que se hunde sin violencia en los confines del horizonte, parece que durmiera un sueño sin principio y sin fin. No hay picarescas miradas en los cinco pétalos de las estrellas, en sus pupilas se ha abrigado una misteriosa tristeza, una dulce resignación dolorosa que tiende crespones y gasas sobre el jardín celeste.

Sin embargo, la pampa no duerme. El enorme silencio que la vigila tiene inmovilidades de éxtasis, rigideces de miedo o paciente atención de felino. En el día que ha pasado, los bravos hijos fecundaron con sangre de sus cuerpos la tierra virgen, sin pensar en las futuras cosechas que aprovecharían sus enemigos; la flecha envenenada se cruzó con la bala silbadora, la lanza del salvaje con el sable del blanco civilizado; a los gritos de guerra y al rezongo del cuerno de la tribu, respondió el estallido del cañón y el estruendo de la fusilería. ¡La madre pampa lloró de dolor y el cielo indio se encresponó de duelo!

Es noche. La pampa vela sus queridos muertos y la luna se empeña en amortajarlos con su luz de plata. Son miles los caídos durante la jornada; sus cadáveres se amontonan aquí y allá; las armas están aún en manos de los feroces guerreros, y las horribles muecas de dolor o de rabia todavía impresas en los rostros de cobre. Hay manos crispadas sobre el cuello del enemigo, hay dedos hundidos en gargantas blancas y dientes apretados en el acero homicida que segaba sus cabezas. Hay cráneos que han echado sobre los hombros curtidos, clámides de sangre; vientres que bostezan dejando ver las entrañas despedazadas; brazos cortados que todavía amenazan y piernas desgajadas en lo más recio del ataque. Las botonaduras de los uniformes, las hojas de las lanzas y de los sables, y el cañón de algún fusil extraviado, tienen fosforescencias fantásticas en medio de la desolación y bajo la mirada dolorosa del satélite.

Una sombra se levanta del horizonte incierto y describe un círculo en el espacio; otra sombra, más obscura y más precisa, se eleva después; se oye ruido de alas tras un amontonamiento de cadáveres; dos pupilas doradas brillan siniestramente y escudriñan el campo... Luego vuela una lechuza chistando como un hombre. Más allá se levanta otra, aquí una más... Pronto en el espacio vuelan muchas lechuzas con ojos de gato, lanzando sus gritos de mal agüero que hacen santiguar a las viejas campesinas. Cuando se pierden en la lejanía parecen banderolas de crespón negro arrebatadas de sus cuerdas por el viento, y cuando se aproximan con las pupilas brillantes y las alas abiertas, hacen pensar en una legón de extrañas brujas que cabalgaran en sus escobas sobre aquel campo de batalla, para extraer mágicos elixires de las médulas muertas, de los cerebros inertes, de los corazones fríos...

Del campamento de los cristianos, improvisado en una hondonada del terreno, se ha desprendido un grupo de jinetes. El aguerrido ejército del general Roca, que viene a conquistar la pampa indígena para entregarla virgen a las violaciones del arado ,teme las sorpresas nocturnas de la indiada que capitanea el bravo cacique Catriel, y todas las noches, después de cada matanza, disemina pequeños grupos de soldados en todas direcciones para que vigilen las proximidades.

Cuatro hombres, todo ojos y todo oídos, aparecen recortados en el horizonte, sobre sus caballos inquietos, que marchan al paso. El más joven va delante contemplando con tristeza los despojos humanos que florecen monstruosos en el suelo. Los otros marchan detrás, mudos e inmóviles en sus monturas, con la culata del fusil apoyada en el muslo, con las pupilas clavadas en el confín. Los caballos olfatean nerviosos el aire saturado de muerte, y con rara insistencia vuelven la cabeza hacia el campamento.

El jefe del pelotón, el más joven de los cuatro jinetes, el que marcha delante mirando con tristeza los despojos humanos, recoge de un golpe las bridas y vuelve la cabeza azorado. Sus ojos se han dilatado, parece que fueran a caer de las órbitas; sus labios y sus mejillas reflejan las livideces de los muertos; todo él ha temblado de terror.

Los soldados le miran, y a pesar de ellos vuelven la cabeza sugestionados.

—¿Han oído ustedes también?—pregúntales, después de haber interrogado inútilmente con los ojos.

Uno responde en voz baja, con miedo, mirando aún las ancas de su montura:

—Yo no he oído más que a lechuzas... ¡las malditas lechuzas!

Todos afirman.

El jefe deja caer la cabeza sobre el pecho, espolea nuevamente a su caballo. y seguido de sus tres hombres, continúa la marcha evitando los cuerpos rígidos.

La marcha continúa monótona, con algo de cortejo fúnebre. Todos desean hablar para colocear los pensamientos obscuros, pero temen violar la solemnidad del silencio que les envuelve.

Las lechuzas continúan describiendo círculos en el espacio como sombras que oficiaran algún rito misterioso, alguna cábala abominable.

El joven oficial hace esfuerzos por arrancar de su cerebro las garras de una idea que le martiriza. Un roedor infame parece la idea, un roedor que desgarra las células para afianzarse. La idea es un recuerdo, un recuerdo lejano, una leyenda de familia que se trasmite de padres a hijos como una herencia funesta, como un estigma, como una maldición. A su padre, a su abuelo... a su más remoto ascendiente, una voz misteriosa que les sigue desde tiempos olvidados, silbó siempre en sus oídos como un anuncio en los instantes supremos. El cree haberlo oído mientras recorría el campo de batalla sembrando de cadáveres hermanos; él cree haber oído esa voz misteriosa que anunció a su abuelo la llegada de la muerte, que profetizó a su padre la ruina y el suicidio. Hasta él ha llegado su nombre; ha oído llamarse del fondo de la pampa con voz angustiosa, con voz sollozante que cabalgaba en la noche sobre la frialdad de un rayo de luna. La voz venía de los lejos, del horizonte esfumado, del otro lado del mundo, tal vez:

—¡Robeeertooo...!

¿Sería una ilusión? Sus hombres no habían oído nada y la voz, según la terrible leyenda, se dejaba oir por todos. Quizás no fuera más que una ilusión.

Sobre su caballo, en el silencio, marchaba pensando en la pobre madrecita añosa que le despidió llorando, allá en Buenos Aires, en la verja de hierro de la quinta paterna, cuando se enrolara en el ejército de Roca que iba a conquistar laureles para su jefe y tierras para el arado. Quizás el recuerdo de la pobre anciana, trajo consigo el de la leyenda familiar, dada su situación y el espectáculo. Debía ser así. Sin embargo, las bestias daban señales de intranquilidad, de miedo. Bajo sus piernas había sentido temblar la piel de su caballo, y veía que todos avanzaban irresolutos, volviendo la cabeza, golpeando el suelo con los cascos, resoplando, sacudiendo el pescuezo... Los soldados mismos parecían petrificados sobre sus monturas, y hasta se adivinaba en sus ojos extravíos de demencia.

Los cabellos se detienen de pronto. El *pangaré* del oficial, que va delante, lanza un relincho potente, olfatea la cara disforme de un indio que está allí en tierra como un obstáculo, con el cráneo abierto por un horrible sablazo, y retrocede enloquecido, sin dejar de mirar el rostro ensangrentado del indígena

muerto. El relincho, que se abrió como un abanico sonoro en la inmensidad, tiene algo de alarido salvaje, de grito humano lleno de terror. En medio del silencio y de la luz pálida que los envuelve, de la desolación que se extiende ante ellos, el relincho del animal toma proporciones gigantescas, y parece que todo el espacio se llena de sus ecos.

Cuando la última vibración muere en el confín de la pampa, los cuatro hombres, lívidos e inmóviles, oyen una voz moribunda que solloza, un nombre, una voz ahogada, perdida en las brumosidades de la distancia:

—¡Robeertooo...!

Los soldados tienen interrogaciones en los ojos, y el oficial, sin saber por qué, los suyos clavados en el cadáver que está allí en tierra como un obstáculo, con el cráneo abierto, y una mano negra, dura y descarnada, extendida en alto, con los dedos retorcidos y amenazantes como garras por la horrible crispación de la agonía.

Los caballos no quieren avanzar a pesar de que las espuelas martirizan sus hijares. Todos están poseídos de un azoramiento y no apartan su vista del brazo crispado que parece amenazar.

Pasado el primer estupor, el oficial ordena:

—¡Vamos, adelante!

Pero los soldados tienen miedo a lo desconocido. Todas las supersticiones del terruño toman cuerpo en sus almas primitivas, y la orden queda sin efecto. Los tres hombres miran a su jefe con una extraña mezcla de admiración, de odio y de temor. Uno se atreve a hablar señalando el brazo amenazador:

—¡Mi teniente, mi teniente!... ¿No ve eso?... ¿No ha oído la voz? Más allá hay peligro... Es el aviso de Dios; ¡volvamos al campamento, mi teniente!...

Pero el oficial, aunque participa de sus temores y supersticiones, recuerda su deber y ordena empuñando el revólver:

—¡Adelante, he dicho!

Las espuelas vuelven a hundirse en los hijares ensangrentados, y a pesar del terror que hace castañear los dientes de los hombres y temblar las patas de las bestias, avanzan a pasos cortos, inseguros, mirando el seco brazo crispado en medio de un silencio que sólo interrumpe el horrible tecleo de las lechuzas que se ven pasar, a lo lejos, apenas delineadas en el espacio.

El caballo del teniente se inmoviliza. Ya a hundirse con rabia el espolín en el vientre de la bestia, pero resbala en la cincha como si la pierna agresora hubiera sido tronchada de un golpe.

Es que de allá, de muy lejos, del otro lado del mundo, tal vez, una voz se ha alzado como un ave:

—¡Robeertooo...!

Se pierde el eco, y de pronto, como una cuchillada, hiende el espacio un grito. El oficial lleva sus manos a la cabeza y se desploma sobre el sangriento cadáver del indígena.

... ...

Los soldados contaron después en el campamento, que cuando los dos cuerpos chocaron, una gran carcajada aleteó sobre ellos, llenando las soledades de la pampa de rumores extraños.



El sueño de Arumey

I

En la aridez sin límites de una sábana inmensa.

La aurora descubre un horizonte de oro, y de la tierra virgen brotan dormidos aleteos que se desparraman en el aire formando una bandada de gorjeos.

Los pastizales secos, raquíticos, enfermos, hacen genuflexiones de vasallos al paso de la brisa matutina, que arrastra, como una diosa helénica, una aromatizada y fresca falda, irisada ya por el baño de luz.

Con la majestad de un dios, avanza el sol por el Oriente, luciendo el cesáreo manto purpurino por entre cuyos pliegues se descubre la armadura de oro.

La pampa despierta, despierta como una bestia cansada, como una india salvaje, voluptuosa y tierna.

Algunos ombúes centenarios, que se yerguen como monumentos recortándose en la monotonía de la tierra, fingen solitarios cenobitas.

En la gloria de luz de la mañana, juguetean los trinos entre las esmeraldas del ''faro de la pampa'' y el sol trae de la vieja Europa, los desperezos lánguidos de sus mujeres que saben esconder los ardores sanguíneos de la raza.

Arumey, el poeta indígena, el de la tez de bronce y cabellera recia y ebenúmea, encárase con el antiguo dios de sus mayores, y con voz clara y vibrante:

—''¿De dónde vienes, ¡oh, Sol! que tus caricias hacen bullir como jamás mi sangre? ¿Qué comarcas has bañado en tu camino, que pareces guardar más energías hoy? Yo siento, a tu

contacto, un extremecimiento desconocido; las ideas quieren volar de mi cerebro como una bandada de torcaces enloquecidas; martillea mi corazón de manera extraña y siento un ansia incomprensible de volar por tus dominios!

"A través de tus rayos paréceme ver una ciudad fantástica, ruidosa como una danza, y en la frescura de tu brisa he descubierto tibiezas de carnes femeninas, carnes perfumadas, que no son obscuras cual las de mi tierra y sí blancas como el plumón del ñandú que corre por la pampa. Los zorzales, inspirados por desconocidas musas, entonan himnos qué jamás escuché de sus gargantas; los jilgueros hacen gala de una alegría encantadora... ¡hasta los gorriones, los pobres gorriones, tienen almas de calandrias y hacen coro en el concierto general! Los ombúes rejuvenecen, y, conservando su exuberante frondosidad, con altivez, parecen relatar la historia de los siglos que han pasado, con una elocuencia entusiasta impropia de sus canas.

"Mientras descansaba de mis correrías por la pampa, el más viejo de ellos me habló de los tiempos heroicos que fueron el origen de mi raza; me habló del choque formidable de tres pueblos que venían de los cuatro puntos del horizonte: de los hijos de Pachacamac que bajaron del Penken después de pasar la Gran Cordillera, quichúas civilizadores, súbditos de poderosos Incas; de los guerreros Tehuelches, hijos de indomables araucanos, venidos del misterio por el Ahoniken; del pueblo querandí que venía de las riberas del Paraná, descendientes de guaraníes, los tristes poetas que cantaban el florecer de los ceibos, el bogar de los camalotes hacia el Gran Río, la sonrisa de las vírgenes, el jugo exquisito del camoatí y el plumaje maravilloso de los colibríes que besan las flores del campo sin olvidar una; me habló de guerras formidables y mostróme las cicatrices que dejaran en su cuerpo las flechas envenenadas de los combatientes; me habló de ti ¡oh Sol!, de tu impasibilidad eterna, de tus abrasadoras caricias para con la tierra fecunda que rechazó siempre los sortilegios de la maldita Artchjen, tierra que sólo espera nuevos gérmenes de vida para ser la mano generosa del mundo, gracias a ti ¡oh Sol!, esposo preferido de esta tierra pampeana, que a tus besos se abre para mostrarte sus entrañas de virgen que esconden el tesoro de razas venideras!...

"La historia del viejo ombú ha despertado el alma de las tres razas que dormían en mí. Hoy me siento fuente y espiga, bueno como una madre para con sus hijos; creo que beberán de mis aguas sanas muchas razas decrépitas que agonizan agotadas en aturdimiento de oropeles y vicios; creo que amasarán pan de la harina de mis granos, muchos pueblos hambrientos y esclavos, y así tendrán fuerzas para romper su ignominia. Hoy me veo hoguera: creo que mis llamas quemarán para siempre los yugos y los látigos iluminando rutas desconocidas, descubriendo

perdidos caminos, facilitando la marcha del Hombre por los más rectos, como hicieran los hijos de Pachacamac, tu padre, con los bárbaros que hallaron a su paso. Mis músculos están hoy más fuertes y flexibles que los del yaguareté y del puma, y la sangre moluche que corre por mis venas, arde como un incendio de pajonales en medio de la pampa cuando Huendáunke se apodera del mundo; y ese fuego que circula por mi cuerpo es como el agua de los torrentes, me empuja a la destrucción y a la matanza para purificar la superficie de la tierra en bien de una Humanidad que se ha puesto en marcha para llegar a ti ¡oh, buen padre de los hombres, igualitaria distribuidor de luz y calor!

"Y me siento poeta, más que nunca!... La melancolía de mis padres guaraníes, al unirse con la pujanza bélica de los araucanos y la sabiduría de los quichuas, ha hecho nacer en mí un alma enorme, un alma eterogénea y extraña, un alma que sabe quejarse y llorar en los tristes sones de la quenha y en los asuntos de los yaravís; un alma que sabe rugir como los pumas de los arenales y siente ímpetus de pampero cuando desata los potros arrasadores que tiene amarrados en los mjs altos picos de la Gran Cordillera; un alma que sabe trepar hasta las cumbres y mirar desde allí la extensión uniforme de los campos, serenamente, con la frialdad de las nieves, con el desprecio de las montañas, con la grandiosidad de las alturas!...

"¡Hoy soy grande, inmensamente grande! ¡tan grande como tú, oh Sol, hijo de Pachacamac, padre de mis padres, Inca de la vida!

"La tierra que me vió nacer es muy pequeña ya; he descubierto en ti un mundo desconocido, un mundo anciano y brillante, lejano, tras un gran lago de olas como montañas... y quiero conocerlo antes de su muerte.

"El lenguaje de mis padres ya no puede expresarme; he descubierto en el gorjeo de las aves, en el murmullo del ramaje y los rozamientos de la briza que inspiras tú, idiomas más ricos, quizás más armoniosos que el guaraní, el tzóneca o el quichua; en ellos encontraré palabras para mis nuevas aspiraciones, para mis recientes deseos, para mis locas ansias; esas aspiraciones, esos deseos y esas ansias de tres razas milenarias que han despertado en mí al recibir la ofrenda inapreciable de otra raza extraña que te ha encomendado la misión de traducirme sus esperanzas, sus dolores y sus glorias.

"Guíame tú, ¡oh Sol! a través de la distancia. Indícame el camino que debo seguir para llegar a las tierras misteriosas".

El astro, impasible, mira desde la altura la rotación del planeta. La Pampa, espasmódica yace en los brazos del Sol. Una quietud de ensueño propicia el himeneo grandioso.

Arumey, sorprendido, espantado del silencio y soledad que le rodea, arranca a su garganta un estridente grito, un alarido

de fiera aprisionada, un clamor desesperado, compendio y expresión de todos sus deseos.

El grito de Arumey puebla de ecos la pampa, ecos que, al chocar debilitados en las faldas andinas, forman uno gigantesco que es un himno triunfal.

Pocas horas después, las heladas cumbres ruborizábanse al beso del Sol.

II

Hace muchos días que Arumey camina hacia el poniente, siempre tras el Sol.

La generosa tierra le brinda sus mejores frutos y sus más claras aguas, y el indio soñador, acicateado por el afán de llegar á las tierras fantásticas que entrevió en una aurora extraordinaria cierto día, en medio de la pampa, prosigue su marcha con el ardor que da la fe, con la heroicidad que nace en los corazones grandes, con la rectitud, hija de una convicción profunda.

Vallas no son para él los montes gigantescos, los intrincados bosques, los impetuosos torrentes, los borrascosos mares. Soñador, visionario ¡alma sublime!, marcha tras la realidad de una quimera ,quizás una verdad.

... ...

Cinéreo el cielo como un resto de incendios; pesada la atmósfera como una losa de sepulcro. En el ambiente, una humedad adormecida y flotante, viste al paisaje con tules grises. Una cordillera alza sus monstruosas espaldas cortando la monotonía del horizonte; un desmayo de piedras hay a sus pies, y en ellas, la insegura pincelada verde de los arbolillos que crecen huérfanos en el páramo.

La tristeza tiende su manto de nebulosidades dolorosas, el hastío su mole aplastante; todo arrastra al ensimismamiento, a la embriaguez estática, a la meditación, al soliloquio... a todo lo íntimo, a todo lo propio.

Y Arumey, el poeta indígena, habla consigo:

—"¿Será verdad lo que todos los días me dicen los ñandúes que encuentro en mi camino? ¿Tendrán razón los guanacos que encontré ayer al pasar las sierras? Ya antes me dijeron lo mismo otros amigos de esta tierra; lo mismo el yaguareté que el guazurá, solitarios y serios; lo mismo el malicioso aguarachay, que los buenos guazú-pucúes de ojos de niño; lo mismo el hosco tytetú, que el familiar culpén!... ¿Será verdad?

"El cielo se encrespona y el sol no aparece. Desde la última aurora estoy pensando en esto.

"El sol ríe de mis esfuerzos; he visto una sonrisa en su rostro de oro. Desde los ombúes altivos y gigantes hasta los más ruines yuyos, todos han aprendido a reir ante mi paso. Desde la aurora extraordinaria aquella, una carcajada me escolta, me persigue, me hiere ¡me enloquece! ¿Habré equivocado el camino? Yo sigo al sol; he visto que se descuelga tras esas cumbres ancianas, y por eso quiero trepar hasta ellas, para contemplar desde allí las tierras desconocidas, las tierras viejas y gloriosas que mueren agotadas en brazos del placer, embriagándose en el vaho amoroso de las carnes blancas, adormeciéndose en un lecho de senos, de cabelleras doradas; muriendo espasmódicas, entre carcajadas que aletean sobre todo el planeta. Desde allí contemplaré ese inmenso hormiguero de pueblos y de razas que cuentan más hombres que gotas de agua el mar.

"¿Por qué esa burla eterna que cascabalea en mis oídos desde mi partida? No, los ñandúes mienten, los guanacos me engañan, el yaguareté lo mismo que el guazurá, el guarachay lo mismo que el guazú-pucú, el titetú lo mismo que el culpén, todos se equivocan; esa risa la llevo dentro de mi corazón; esa carcajada vive en mi cerebro: ¡es el eco de las tierras misteriosas! ¡es el alma de los pueblos lejanos que se ha apoderado de mí!"

Deja de hablar consigo Arumey, sorprendido.

Como un desgarrón del cielo, un ave se ha posado ante el visionario vagabundo. Los inteligentes ojos del rey de los espacios, miran con atención las enrojecidas pupilas del poeta. Arumey sostiene impasible la mirada; Arumey conoce al ave: es un cóndor, el emperador de las cumbres andinas, el desafiador de la altura, el rival de los vientos.

Un silencio magnífico inmoviliza a los dos.

Por fin el ave habla al poeta:

—"Hijo de la Pampa, muchas veces, el sol, al cruzar por mis dominios, ha hablado de un poeta loco que le perseguía, de un poeta loco que intentaba descubrir sus misterios, el por qué de sus alegrías y de sus tristezas, el principio de su carrera en el espacio... Dime, hijo de la Pampa, ¿eres tú?"

Arumey despliega sus labios como un pabellón de sonrisas, y entre una curva irónica y una recta dolorosa, al cóndor que espera la respuesta:

—"Yo soy".

El ave, entonces, habla al poeta:

—"Si quieres extender tus miradas por campos que se pierden en los mares, por montañas que se esfuman en la grama; si quieres conocer el secreto del Padre de la Vida; si quieres arrancar la niebla que oculta a la visión de tu sueño; si quieres arrancar el misterio que persigues de las potentes garras del Mito, de las férreas mandíbulas de la Utopía, ven conmigo ,tu amada te espera.

"¿Quieres que sus labios besen tus labios, que su aliento se confunda con tu aliento, que sus ojos se retraten en tus ojos y tu alma y la suya sean una sola voluntad, tu cuerpo y el suyo una sola realidad? Ven conmigo".

Y Arumey, con pesar:

—"¡Oh, cóndor amigo, no corro tras una amada; para hallarla no necesitaría seguir al Sol, ni interrogar a las estrellas, ni pedir consejo a los ombúes, ni escuchar la voz de las bestias; recias son mis piernas como el ñandubay y más alígeras que las del guazú-birá, en astucia puedo competir con el aguará-chay y en fuerza y agilidad con el yaguareté. ¡Tiempo haría que la hubiera hallado!"

—"No importa lo que buscas; yo amo las grandezas, y tu locura, hijo de la Pampa, es una locura grande, una locura subleme! Y lo digo yo, yo que aún no sé mentir porque todo lo veo desde mi trono encumbrado en los más altos picos de la Gran Cordillera; el cóndor te lo dice, el que no se arrastra como vosotros los hombres, chapoteando fangos y hollando ciénagas pestíferas; te lo dice un emperador que duedme en lechos de piedra labrados por los siglos, que impera desde un trono de nieves eternas endoselado de nubes y alfombrado de pueblos... Escucha, te diré lo que debes hacer; soy tan viejo como mis estados y tengo la experiencia del Tiempo: ven conmigo a la cumbre de la Gran Cordillera; allí te nacerán alas como las mías y entonces podrás recorrer los ámbitos del mundo en busca de tu quimera, de tu locura, de tu ideal. El caminar se ha hecho una esclavitud despreciable, una ruin vulgaridad; es necesario, hijo de la Pampa, que aprendas a volar".

En vano espera el cóndor la respuesta.

En los ojos de Arumey se estereotipa una luz de demencia.

Entonces, el ave vuelve a hablar al poeta:

—"Hú no me has escuchado, soñador; tienes que esforzarte para encontrar la realidad de tu visión, para conquistar el misterio que persigues. No te olvides que el soñar es bueno y la realización del sueño, mejor.

"Como andas pareces un mendigo de gloria, un pordiosero de idealidad, un mal armado moluche que no tiene fe en su brazo y en la firmeza de su pecho. Tú que sientes rugir en tus venas la brava sangre de los tehuelches y los araucanos, no debes abatire a los primeros flechazos; lucha, lucha siempre; hasta vencer; la perseverancia y la voluntad son los pedernales que incendiarán los bosques para iluminar el camino del triunfo. Tú serás, tú debes ser, tú eres el llamado a encender la leña que Yose viene acumulando desde siglos. Con esa inmensa pira formada por las manos divinas de Yose que inspirara Oleming, tú harás una antorcha gigantesca que iluminará al mundo. Podrás llegar entonces a donde ansías".

Arumey se levanta lleno de entusiasmo, y, con voz clara y vibrante, voz que ya se depara oir en la Pampa infinita cuando interrogara al Sol, exclama elevando los brazos y las pupilas:

—"¡Las tierras y los pueblos misteriosos que me atraen! Yo los veo, yo los presiento, yo sé que existen en alguna parte. ¡Oh, cóndor amigo, las tierras que yo busco son extensas praderas cultivadas, inmensamente más grandes que las vistas en las orillas del Paramá; allí los montes se pintan con luces maravillosas, los aires son musicales y aromáticos, con la música enorme de ¡quién sabe cuántas razas! con el aroma de ¡quién sabe cuántas bellezas! Tierras son estas que he soñado, jamás vestidas con harapos de Invierno porque una Primavera eterna les ha dado sus galas. Tierras estas, palpitantes y hermosas como cuerpos de mujeres, como carnes voluptuosas donde la sangre y la nieve han penetrado para colorearlas, donde los abismos y el oro compitieron para hacer sus cabellos, donde las exquisitas chirimoyas hubieran luchado con el jugo del camoatí para endulzar sus labios, sus labios más rojos que las flores del ceibo y más que la vergüenza del Sol ante la derrota que sufre las tinieblas. ¿Y los pueblos? ¡Oh, cóndor amigo, los pueblos se refundirán, se incrustarán unos en otros como las montañas aquí que forman una sola, imponente Gran Cordillera! ¡Será el pueblo de los pueblos, la raza de las razas en cuanto llegue a las tierras misteriosas y despierte y levante a las que agonizan decrépitas y agotadas en aturdimiento de oropeles y vicios! A mis pampas, a mis valles, a mis bosques, a mis minas, a mis ríos y a mis sierras, traeré sus industrias y sus artes, y ya verás, cóndor amigo, como aquí renacen la virilidad perdida, la pujanza debilitada y la belleza muerta!

"¡Llévame a tus alturas inaccesibles; quiero contemplar desde tu trono de nieve, las tierars misteriosas que he soñado; quiero que me nazcan poderosas alas y así poder mirar siempre hacia abajo en busca del secreto que encierra y conoce el hijo de Pachacamac! ¡Llévame, estos valles me ahogan, estas llanuras entuladas me asfixian. ¡Prefiero el aire enrarecido de tus cumbres y el esplendor radioso de tus nieves eternas!"

El ave se remonta en los espacios con el poeta indígena agarrado.

III

Antes de despedirse, el cóndor al bardo indígena, en los labios del inmedible abismo que se abre a sus pies como boca de monstruo:

—"En tu largo vuelo verás aparecer muchas veces al Sol que intentará cegarte con sus rayos; sigue siempre hacia su cuna; cruza de nuevo tus pampas solitarias hacia el lado de la Gran Laguna; vuela sin temor por sobre sus olas, que después de tus

playas hallarás otras playas; no tiembles porque te azote la tormenta, no te acobardes porque te acuchille el frío, no te irrites por las burlas del agua azul... ¡sigue, sigue, sigue!

"Que de algo te sirva la estancia entre mis rocas, es mi deseo. Sabe que para volar no sólo hacen falta alas que sostengan en el aire, que hace falta, también, músculos para moverlas, sabiduría para dirigirlas y experiencia para no fatigarlas, buscando las corrientes propicias.

"Porque tengo más años que tú, porque viví siempre más alto que tú, porque soy tu maestro en el arte de volar, voy a darte un consejo: Goza, y que nada sea un obstáculo a tu placer; vive, y que nadie sea un impedimento para tu vida.

"Ahora vuela, anda al encuentro del Sol que ya curiosea en lontananza".

Y Arumey, el poeta indígena, el resumen de cuatro grandes pueblos, se lanza a los espacios.

El cóndor bate entonces sus alas, y por sobre picachos y nubes, sube y se pierde en el azul inmenso...

IV

El Ocaso envuélvese en cinéreas gasas; los labios voluptuosos de la tarde palidecen en un Poniente cárdeno y un frío de muerte desciende del cielo nnsombrecido ya por tules de tormenta.

La noche avanza con la augustez de una reina que arrastrara un manto de sombras y de estrellas; precédele un ejército de nubes guerreras con ruidos de armas e impaciencias de lucha.

Dejan las aguas del arroyo de canturrear su canción monótona y los sauces melenudos de la ribera inclinan más sus cabelleras esmeráldicas, como agobiados por el peso de las tinieblas, como para escudarse contra el frío que corta el espacio con sus dagas de hielo.

En lontananza, donde acaba de hundirse el astro de la vida, hace tajos de luz la chispa eléctrica buscando las entrañas de la noche. Luego un retumbo estremece los espacios, como si eruptaran sus infiernos los volcanes celestes... ¡Y es como un rodar de mundos en apocalíptica locura!

Afanoso trabaja el Pampero en Occidente para desatar las cuadrigas de sus potros indomables.

Los campos resignados guardan el murmullo de sus pastos y esperan pacientes la hora de la batalla.

El frío, como un salteador, acuchilla todo lo que halla a su paso ayudado por el viento que es su cabalgadura.

Los sauces acurrucados, evocan una fila de beatas en oración.

¡Espectáculo grandioso!

Arumey, el bardo indígena, el hijo de la Pampa, hecho un guiñapo despreciable, duerme su derrota.

Su largo peregrinaje en busca de las tierras extrañas lo ha conducido hasta aquí, a la vista de una extensa costa y ante la azulina inmensidad del mar. Ha cruzado la maraña de los bosques, trepado cimas y salvado abismos en las montañas, vadedo caudelosos ríos y enormes esteros en las llanuras. El cansancio y el hambre lo derribaron aquí, en la margen de un arroyo juguetón y en la salida de una selva virgen.

Despiértalo de su letargo el bramido de un trueno que pasa en su carro de guerra rompiendo con sus ruedas los nubarrones. Asombrado ve como el Pampero dobla los árboles vetustos, como humilla a los altivos ombúes, como pisotea los ceibos y los sauces al formidable impulso de sus cuadrigas enloquecidas.

Las primeras lágrimas del cielo, como avanzadas de la lluvia, caen aquí y allá remedando pisadas en la hojarasca.

Apuñalean los relámpagos a las sombras que se estremecen, y surgen y hacen temblar la tierra.

... Y Arumey, siente entonces el dolor más grande de su vida. Piensa en sus alas y las ve enfangadas por su culpa, por su cobardía; recuerda el día fatal en que volando a medio tiro de flecha de la tierra por miedo a las grandes alturas, lo enterró en el pantano que le gritaba desde tiempo:

—"¡Más alto, Arumey, más arriba, poeta! ¡Si te acercas caerás en mi seno pestilente! ¡Sube! ¡sube!"

Recuerda su marcha con las alas inservibles a cuestas, una explosión de vergüenza enrojece sus mejillas, y por su cerebro pasa un fantasma que le dice al oído:

—"¡Arumey, eres indigno de siguir adelante; por fin a tu existencia sin honra!"

Pero el trueno habla también con voz majestuosa y todos los ruidos se esfuman al estrépito bárbaro de sus palabras:

—"¡En tu socorro vengo! Soy el heraldo de Oleming. Cabalgo sobre los hombros del Pampero desde que el Sol se ocultó tras los Andes riendo de tu derrota. Vengo a volcar sobre ti las ánforas del celo para desenlodarte, para fortalecer tu fe y tus músculos con las aguas divinas y así puedas realizar tu sueño de conquista. Jalpen, la admirable Jalpen esposa de Short, se ha entusiasmado con tu locura y viene con un ejército de nubes aprovisionadas en los hielos de la Gran Cordillera para limpiar tus alas condóricas del lodo de los esteros. La diosa Ona te salvará. ¡Hijo de las pampas, ánimo! ¡ánimo que la hora del triunfo se aproxima! Tú debes continuar la obra de una gran raza oriental! ¡Tú serás el pastor de muchos pueblos que te seguirán a estas playas vírgenes, y aquí levantarán un grande y fuerte monumento a tu nombre inmortal! ¡Animo, hijo de la Pampa!"

En la pizarra enorme del espacio se dibuja el zig-zag de un camino luminoso y la admirable Jalpen empieza a derramar el agua divina de sus ánforas.

V

Dora el Sol, al nacer de una aurora magnífica, la alas poderosas del hijo de la Pampa, del poeta indígena... y cuando aún no está entero en el horizonte, Arumey, el compendio de cuatro razas heroicas, la esperanza de la gran Nación futura, vuela muy alto, en línea recta, hacia las tierras misteriosas.

Grande es su ánimo, más grande es su fe; va a invitar y a aprender, va a dar esperanzas y a reclutar voluntades para la Gran Obra. ¿Serás tan robustas sus alas? ¿Llegará a su destino?

La Pampa, de fiesta, canta un himno que dice:

—"¡Arumey llegará!"



El mahuarí

Ahora que la distancia y los dos meses transcurridos ponen tranquilidad en mi espíritu, intentaré hablar del misterioso *mahuarí,* del espantoso *mahuarí* de la pampa cordobesa. Es, tal vez, la más fuerte impresión que haya recibido en los cuatro meses que duró la visita a mi patria, visita hecha para darme un baño de sol y procurar reposo a mis nervios, a mis pobres nervios que temí maltrechos a causa de dos años de vida parisién, intensa y loca.

Pocos días faltaban para mi nuevo embarque con rumbo a Europa, y ya no quedaba por visitar otro miembro de mi larga familia, que un tío cincuentón, de vida aventurera, que había decidido por fin tranquilizarse en un rincón desolado de la provincia de Córdoba, donde una chacra, mejor o peor atendida, le daba para vivir con largueza sin mayores trabajos.

Aprovechando la semana de carnaval que convierte a Buenos Aires en un manicomio, aprontó y aprontó mi padre una valija, y una mañana tomamos dos billetes en la estación nueva del Retiro, para Ranqueles, saboreando infantilmente la sorpresa que daríamos a tía Abelardo, ignorante de mi vuelta a América, y que no me veía desde una vez que trajo un guanaco vivo del Neuquen, hace ya muchos años.

Seguro estaba mi padre de que la *chacra* de Abelardo no se alejaría mucho de la estación Ranqueles, pero cuando allí preguntamos al jefe por ella y nos enteró de que el camino era de muchas leguas, sufrió desencanto, nuestro acariciado proyecto de presentarnos con las valijas al hombro, pues no había manera de atravesar aquella pampa desnuda, bajo el sol implacable, sin otros medios de locomoción que nuestras piernas ciudadanas, y sin poder orientarnos más que por nuestro buen deseo, pues no veíamos árbol que pudiera servirnos de indicación, ni *rancho* donde pedir la ruta. El jefe pensó en el comisario que debía llegar de un momento a otro. Esperámosle deseando más volver al manicomio carnavalesco de Buenos Aires que llegar a la casa de Abelardo.

Por fin se arregló todo; el amable puntano representante de la autoridad, nos facilitó un tílburi para conducirnos y un vigilante para guiarnos.

Tio Abelardo no se había rodeado de grandes comodidades. Su casa era un *rancho de choribo,* esto es, un armazón de madera fortalecido con alambres entrecruzados sobre los que se amontona trenzas de paja y barro que forman las paredes; unas chapas de cinc acanaladas hacen de techo, y de suelo la generosa y virgen tierra pampeana, lustrosa y dura a fuerza de rociadas y barridos cotidianos. Ni un árbol plantó para amortiguar los saetazos solares, de modo que, ni aún allí pude descansar la vista del eterno verde de la llanura y del monótono azul del cielo, sobre el que se recortaban agigantadas las siluetas de los cabalols, de las grandes máquinas agrícolas y de las parvas diseminadas como tiendas de un campamento interminable.

Pasado el primer encanto,—que tenía mitad de sorpresa, —producido por el silencio y el paisaje uniforme, el aburrimiento hizo presa en nosotros a las pocas horas de llegar. Tío Abelardo, que comprendió el trance, hizo lo posible para agradarnos la estancia. Con tan noble fin nos invitó a cabalgatas por las *chacras* vecinas, juegos campestres, asados *al asador,...* preparó personalmente exquisitos platos de *mulitas* y *peludos,* y por fin nos propuso salir a cazar vizcachas, cuyos cueros nos llevaríamos a Buenos Aires, a guisa de trofeos. Aceptamos entusiasmados, yo especialmente, que soñé a mi sala de trabajo parisién como está ahora, engalanada con éstos y otros comprobantes de mis correrías por América.

A la hora del crepúsculo, cuando parece que la pampa se envuelve en tules de misterio que borran la circunferencia del horizonte, nos pusimos en camino los tres, seguidos por Leal, un hermoso perro cester color canela.

Caminábamos silenciosos en medio de esa penumbra amarillenta que hacía de tierra y cielo una sola nebulosa; las parvas, las máquinas agrícolas y los caballos que pastaban al azar, parecían restos de un dibujo disfuminado, y mi padre y tío Abelardo, sin precisión de forma, sin color y sin relieve, los veía como recortes de papel negro a través de un cristal esmerilado. El *rancho* que dejábamos rodeado de manchas, la banderola enarbolada que llama a los peones, el *jagüel* que hacía pensar en una máquina de suplicio, la vaca rumiando, el marco del pozo con la roldana que era como la cabeza de un ahorcado, el montón de leña... todo grisáceo y esfumado, todo borroso y todo fantjstico sobre el fondo del cielo que apenas tenia por el Oeste un recuerdo de sol. Los postes del alambrado que cruza al campo de parte a parte, eran como las vértebras de un monstruo; sobre ellos, de trecho en trecho, un lechuzón se aferraba para explorar con su intranquila cabeza los alrededores; de pronto alzaba el vuelo silenciosamente, y el atigrado plumaje se

borraba en los matorrales o se fundía con la penumbra. Absoluta como el silencio era la inmovilidad; los plumerillos frágiles parecían petrificados, los maizales formaban un block macizo, el alfalfal un lago asfáltico; ni la más leve brisa: el aire llegaba de abajo, como escapando de la tierra, y como ella salitroso, fecundo, fuerte...

Las vizcacheras estaban lejos, tras una loma; habíamos caminado mucho y rendíanse ya mis piernas al ejercicio desacostumbrado y a los pellizcos de un abrojillo punzante que se prendía a mis pantalones y polainas, débiles defensas para sus púas. Quedé un poco atrás librándome de este azote, con la escopeta en tierra, y en tal labor me sorprendió el retumbo de una doble descarga; monté entonces los gatillos y abrí los ojos cuanto me fué posible, pero no ví más que dos nubecillas de humo que se abatían.

Tío Abelardo me gritó:

—¡Fuego, ahí va!—y corrió hacia mí seguido de mi padre.

Esparcí una mirada en derredor mío, pero ví menos que la vez anterior. En cambio tuve la sensación de haber oído un roce de algo que caminaba a pocos pasos, y hasta creo haber como adivinado un cabeceo de plumerillos sacudidos por su base.

Mi padre llegó ansioso:

—¿Lo viste?

—¿Qué era? preguntó también.

—No sé... un animal, un animal grande!—respondió tío como hablándose.

Tan preocupado parecía, que le interrogamos, un poco intranquilos. Iba a explicarnos y se detuvo para escuchar.

—¡Lea!—gritó echando a correr; — nosotros le seguimos. Confieso que me sentía incómodo, no sé por qué.

Pronto oí un aullido ahogado y vi a tío Abelardo detenerse, arrojar la escopeta y desaparecer bajo los altos yuyos. Cuando llegamos al sitio, guiados por los quejidos espantosos del perro, una escena conmovedora se nos ofreció: mi tío, con lágrimas en los ojos, frotaba vigorosamente las patas de Leal; la pobre bestia tenía la boca llena de espuma y los ojos sanguinolentos.

—*¡El Mahuarí*,—nos dijo con la voz temblorosa,—era el *mehuarí!*

... ...

Las brasas moribundas nos siluetaban de rojo agigantando las sombras sobre las paredes barrosas; en la ancha campana del fogón veíase estaqueado el cuero color canela del pobre Leal; un peón joven hacía circular el *mate* con parsimonia interrumpiendo el silbido de la gran *pava* negra que cabeceaba sobre los tizones; en las caras había angustia y en los espíritus terror; por el espacio abierto de la puerta, se veía la pampa infinita, misteriosamente vestida de plata...

Mi padre fumaba observando la agonía de las brasas; tío Abelardo descortezaba una ramita con su cuchillo de monte; los peones trenzaban *tientos* o atizaban el fuego maquinalmente; yo me sentía atraído por la puerta que daba al campo, y sin quererlo, volvía siempre los ojos a ese recorte de luz lechosa con fascinaciones de abismo.

Por fin el silencio angustioso fué rasgado por mi tío con una exclamación que salió de sus labios envuelta en un suspiro:

—¡Pobre Leal!

Todos le miramos azorados; luego miramos también a la puerta, temerosos.

—Patrón... hablemos de otra cosa,—dijo uno sin alzar la vista.

Y como nadie habló, el silencio angustioso se hizo de nuevo, más terrible tal vez.

Mi curiosidad debía triunfar de mi angustia y así fué.

—Pero, vamos a ver, en resumidas cuentas; ¿qué es el *mahuarí?*—pregunté con voz firme, voz sacrílega, voz que hizo volver las cabezas de todos a mí.

Mi tío, sin abandonar su cuchillo ni su ramita, como hablando solo, explicó:

—¡El *mahuarí!*... nadie sabe qué es el *mahuarí.* Unos lo han visto como un buey, otros como un perro, otros como un pato, otros como un cerdo... A veces es negro; a veces es blanco; en ocasiones tiene dos cabezas... Son los ojos como ascuas y el pasto se seca por donde ha pasado. El que cruza su rastro, muere, como Leal.

Sentí un calofrío porque vi morir al pobre perro, paralítico, ciego, enloquecido de dolor, gruñendo y extremeciéndose siempre.

Entonces el cebador de *mate* tomó la palabra.

Según él, el *mahuarí* es el diablo, un diablo especial, indígena, ranquel; un diablo hermano de la Muerte y padre de la Noche a la que casó con el Silencio; la luna es el regalo de bodas que hizo a su hija. Cuando viene a la tierra es para hacer mal; él es el que trae las pestes, las sequías, las enfermedades; él cría las langostas y las hormigas que se comen las plantas; él siembra los abrojos y los cardos que enflaquecen la tierra; él fabrica la escarcha que mata los retoños, el granizo con el que apedrea a los hombres por maldad; los ciclones también son obra suya, lo mismo que el desbordamiento de los ríos; las lechuzas son centinelas que pone para vigilar... Se disfraza de lo que quiere, hasta de hombre, y sabe fingir tan bien la voz y la figura, que a veces se hace pasar por el amigo íntimo. En realidad tiene el cuerpo de serpiente, la cabeza de lechuzón, alas de murciélago, manos de mujer y patas de caballo. No se sabe qué voz es la suya, nadie la ha oído jamás.

—Todos los que cruzan su rastro, — terminó el cebador de *mate,* — mueren como Leal, es así.

—Y tal vez, — afirmó un peón mirándome fijamente, — alguno de nosotros es el *mahuarí* en este momento y nadie lo sabe.

Cambiamos todos una mirada implacable, espantosa...

No me quitaba el peón sus ojos de encima, y al notarlo sentí un terror angustioso pensando que aquella gente pudiera creerme una encarnación del *mahuarí.*

El silencio se hizo de nuevo, pesado, atroz. Las brasas apenas si se revelaban entre la ceniza. No teníamos más luz que la que entraba por la puerta, una luz cobarde que, después de dibujar un rombo blanquecino en el suelo, se extendía por toda la llanura como un sudario.

En la contemplación de tal paisaje, adiviné más que vi una sombra que venía hacia nosotros por entre las parvas. ¿Un caballo? ¿un buey?... no sé lo que me pareció la sombra en aquel momento; el nombre del monstruoso diablo ranquel asomó a mis labios, y sin conciencia, como desprendido por sí solo, el nombre cayó sin mayor ruido en el silencio, como una gota de agua:

—*El mahuarí*...

...Pero no fué una gota de agua el nombre del demonio ranquel en ese silencio y esa tiniebla, fué un golpe de timbal que tuvo eco en todos los labios, un eco ahogado, ronco, como si manos misteriosas anudasen sus dedos en esas gargantas.

Todos me rodearon, y mi padre deslizó a la sordina una advertencia, con voz temblorosa:

—¡Cuidado!

Recuerdo que extendí el brazo en dirección de la puerta y señalé la sombra que se aproximaba siempre.

—¡Es! — exclamó tío Abelardo, y los peones a coro afirmaron:

—¡Sí... es él!

Precisábase la sombra a medida que era mayor su proximidad; las formas de un caballo de gran alzada fueron destacándose nítidas en la decoración uniforme de la pampa.

Apoyados mutuamente, en grupo compacto delante de la puerta, mirábamos absortos, alelados, aterrorizados... de pronto desapareció tras una parva para aparecer de nuevo más cerca de nosotros, con los ojos fulgurantes y los cascos fosforescentes. Era negro, completamente negro y fantástico, el caballo que se aproximaba clavándonos sus pupilas; un caballo extraño y diabólico ¡un caballo de pesadilla!...

No recuerdo otros detalles de la marcha del *mahuarí* hacia la puerta donde nos agrupábamos como con frío; mi aturdimiento fué tan profundo, que apenas si hoy retengo una débil idea de cómo pasó aquello.

Hubo un chocar trágico de mandíbulas... Dos puntos luminosos, fascinadores, resaltando de una masa negra, allí, en el corredor, frente a la puerta... Un peón que extiende unos brazos y abre unos ojos que brillan mucho; el peón empieza a dar

pasos, así, hierático, hacia la masa negra y los puntos luminosos... Un segundo... ¡ya ha cruzado la puerta!... ¡ya está en el corredor!... Y continúa andando siempre hacia la masa negra y los dos puntos fascinadores. Todos los ojos siguen al peón; los míos también; pero los míos se cierran para no ver el instante fatal, el instante en que el peón alcanzará al monstruo. Cuando los vuelvo a abrir, ya no veo al peón; ya no veo más que una masa negra que se alarga hacia arriba como humo espeso, como algo bituminoso... Y cuando todos, anhelantes, esperábamos ver algo aún, oímos claro, clarísimo, un aullido salvaje, un aullido de bestia y de hombre torturados, un aullido seco, duro, que subió también hacia arriba con el humo espeso en que se había transformado el *mahuarí*..

Y luego el silencio, y la pampa quieta vestida de plata.



En el próximo cuaderno publicaremos:

"Los mejores sonetos"

de Horacio Caillet - Bois

precedida de un juicio de Ricardo León

Acaba de aparecer



La tercera edición de la hermosa novela

VIRGENES LOCAS

de nuestro colaborador:

Aurelio García Elorrio

Es una novela de actualidad. Apresúrese a solicitarla a su vendedor. Precio 10 ctvs. el ejemplar.
En venta en todas partes

Se ha perdido un niño

«No hay manera de pintar mi desesperación y mi ansiedad. Tenía un hijo de pocos años, y vivía mirándome en sus ojos, donde se reflejaba la inmensidad de mi dicha.

«Lo he perdido; alguien ha debido pasar por mi puerta; alguien lo ha visto, y me lo ha robado.

«Voy por el mundo en busca de mi hijo. ¿Quién me dará noticias de él? ¡Se me ha muerto...!»

En «*Fuente Sellada*», la palpitante novela de Hugo Wast, hay una historia llena de pasión y belleza, en la que una mujer ha perdido lo que era el sol de su vida, y corre por el mundo en su busca.

La inolvidable emoción de «*Flor de Durazno*», hace la gracia de este libro, que tiene más fuerza, más interés por la grandeza de las pasiones de los personajes.

LA NOVELA DEL DIA, ha publicado íntegramente esta obra maestra del más vigoroso y emocionante de los novelistas argentinos.

PRECIO: $ 0.60 centavos LA OBRA COMPLETA

EN BREVE APARECERA

El interesante libro del conocido novelista Alejandro Rómulo Cánepa, titulado;

"NIDOS DE ANTAÑO"

Florilegio de las mejores novelas de este autor
ARTE, MORAL Y EMOCION

Tall. Gráf. «Bayardo», de Francisco Lorenzo y Cía. - J. B. Alberdi 447. Bs. Aires

AÑO I - APARECE LOS DIAS 10 y 25 DE CADA MES - Nº. 11

ICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

LOS MEJORES SONETOS

de

HORACIO CAILLET-BOIS

BUENOS AIRES
25 de Diciembre de 1921

EDITORIAL BAYARDO
Sarmiento 865

sionamiento delicado y fogoso a la vez, el lirismo suave y hondo, expresión pura de sentimientos dulcísimos, las cualidades, en fin, que caracterizan a los grandes poetas de esas tierras hermosas; y que, para mayor grandeza, ha querido formarse y modelar su temperamento al amparo y en el estudio de los maestros de nuestro idioma, de nuestros clásicos imperecederos.

Y además de todo esto es Vd. muy joven. ¿Adónde podrá llegar quien con tales bríos comienza su jornada?

Perdone, pues, mi aparente ingratitud y vaya esta carta a hacerle saber que tiene un devoto admirador en este que tiene el honor de ofrecerse a Vd. como amigo afectísimo y S. S.

RICARDO LEON

De la Real Academia Española.



de "POEMAS" (1920)

EL CINCELADOR.

YO tengo mi taller y mis troqueles
Y los metales raros de mi oficio.
Yo en los vasos de mármol pentelicio
Grabo dioses desnudos y corceles.

Tengo templos y pléyades de fieles
De bozo y canas que en el arte inicio
Y que a ver mi cincel en ejercicio
Vienen del archipiélago, en tropeles.

Un día estuvo en mi taller Aspasia
La del séquito fiel de esclavos de Asia.
De sobre su escabel, a mis asombros,

Tomó una espada y me ofrendó su túnica.
"Oh, dioses—exclamé—mi joya es única
Mas he visto la línea de sus hombros"...

DÁNDOLO.

EL bizantino emperador Comneno
Con su manto de abejas en el foro
Mira a Dándolo, el dux, que está sereno
Frente al brasero cincelado en oro.

Dándolo sueña, a su dolor ajeno,
Que boga por el piélago sonoro
Y arroja su sortija al mar heleno,
Mientras pasa, flotante, el Bucentoro.

A sus ojos, de pronto, el Emisario
Ve llegar hechas ascuas las badilas;
Sin inmutarse mira a su adversario.

¡Y al perder para siempre las pupilas
Ve en su profundo silo tenebrario
Campaniles y góndolas tranquilas!...

AL PADRE MARZAL.

MAESTRO: tú, que has dado tu tesoro
Para fundido en ánforas ajenas
Y eres como un filósofo de Atenas
Por la gracia sutil de tu decoro;

Tú, que en cada costal a manos llenas
Vas desprendiendo tus monedas de oro,
Y abrevas las abejas de tu coro
Con la clásica miel de tus colmenas:

Sigue labrando nuestros toscos vasos
Y alzándolos a Dios como en exvoto;
A fin de que al marchar por nuestros pasos

Solos ya, sin la luz que en ti nos brilla,
Conservemos tu espíritu remoto
Hecho luz en las lámparas de arcilla...

YSEULT, LA BLONDE.

SENTADA en el umbral de su cabaña
Bajo la selva druídica, sus ojos
Vieron las luengas costas de Bretaña
Entre un ocaso de cendales rojos.

La pradera de trébol no la engaña:
Vendrá el doncel de bárbaros arrojos
Trayéndole en su tienda de campaña
Ricos trofeos y el amor, de hinojos.

Mientras naufraguen los ocasos grises
Con seda y oro de un sajón pirata
Labrará toda Irlanda en sus tapices.

Hasta que el mar, cuya extensión dilata
La selva de Clontarf a otros países,
Traiga al mancebo del arnés de plata...

EL CABRERO.

En las cumbres del Lacio, donde habita,
Tiene un pingüe rebaño de carneros;
Vive sólo en la paz de sus senderos
O en la paz de su cueva troglodita.

El encuentro del águila concita
Para ensayar su túrdiga de cueros,
O llena sus recónditos graneros
Y al semidiós sus hienas decapita.

Al morir el crepúsculo remoto
Numerando su flauta se acuclilla...
O bien, junto a los plátanos de un soto

Donde aún el oro vespertino brilla,
Con paciencia de artífice devoto
Labra toscas medallas en la arcilla.

TEMENOS.

ASI dijo la viuda de Corinto:
"Murió!, pero su muerte fué una Aurora.
Lejos del mundo, donde el Odio mora
Habrá encontrado su inmortal recinto".

"Hijo audaz de cabellos de jacinto
Nadie podrá igualarte desde ahora:
Rotos se hallan la clépsidra de tu Hora
Y el troquel de tu espíritu inextinto".

"De tus armas argólicas vestido
Corriste todo el piélago de Ulises;
Hasta que un día el ponto embravecido

Te envió tan lejos en sus ondas grises,
Que franqueando las puertas del Olvido
No pudiste volver a tus países..."

FESTIN ANTIGUO.

VASTO rumor inunda el aposento.
Arden los candelabros, bulle el vino;
Sobre manteles de historiado lino
Perfuman los faisanes de Tarento.

Cada sitial, de regio paramento,
Es como la inicial de un pergamino
Donde un príncipe ha escrito su destino
Con la daga sutil de su talento.

Allá, deshecho el ampo de sus ropas
Quiebra una dama las talladas copas.
Y mientras van los músicos baldados

Diciendo su elegía en los violones
Bajan, entre una escolta de pavones,
Al marmóreo jardín los convidados...

LAS FLORES SECAS.

EN las páginas de oro de este libro pequeño
Ya han tallado otras manos mil divinas aristas,
Y vendrán otros séquitos de poetas y artistas
A llenarlo de joyas, como a un cofre de ensueño.

Yo no tengo más joyas que las joyas que sueño
Cuando viajo de noche, mi bajel de conquistas.
Por eso en vez de sartas de perlas y amatistas
Dejo aquí mis anémonas de profundo beleño.

Son como el relicario de mis horas más hondas,
De aquéllas que se fueron como se van las ondas.
Por eso en mi alma abrigo la secreta esperanza

De que, cuando te hastíes de tus joyas mejores,
Aún abras este cofre, como una lontananza,
Sólo por el perfume del cáliz de mis flores...

VIÑETA DE INICIAL.

NAVEGAN de la tarde en el decoro,
Las nubes como cisnes por un lago
Y el sol declina sobre un lecho de oro
Como un bárbaro rey sobre su estrago.

Gimen arcos de arcángeles a coro
Y del cofre de azur del cielo vago
Se desprende la estrella del tesoro
Como una joya, en tembloroso halago.

Entre la niebla azul de la pradera
Llega al patio ducal una litera;
Con su bastón acude el chambelán.

Baja la dama. Cruza la cancela,
Queda un instante tras de sí tu estela
Y en el hondo castillo ladra un can...

PAISAJE.

EL abanico de la tarde abría
Sus varillas de luz en el Poniente
Una niebla de oro era el ambiente
Mientras el caracol del mar rugía.

El lobo aquel que trajo de Oceanía
Sus tatuados prestigios de valiente,
Y a quien jamás vió nadie sobre un puente
Sin su barril de ron y su gumía;

Llegó a la playa. Recogió la entena.
Subió a las jarcias y extendió la lona;
Y al desgarrar el ancla de la arena

Viró de bordo por la gris caleta,
Cantó en voz baja una canción bretona
Y perdióse en la mar con su goleta...

LA EXTRANJERA.

En el avelutado camerino
Y en la actitud sensual de una pantera
Estaba la gran trágica extranjera
Vistiendo un blanco peinador de lino.

Me miraba con ojos de felino...
Y entre sus carnes mórbidas de cera,
El azabache de su cabellera
Tenía el resplandor de lo divino.

Lo mismo que ante un ídolo perverso
No pude, ante ella, modular un verso;
...Sus guantes recogió de piel de Suecia,

Sus cigarros, sus flores... Y un instante
Vi pasar, a su lado, un elegante
Como junto a una flor que no se aprecia...

LA VARA DE AZUCENAS.

FUE en un vago crepúsculo el detalle...
Por el corso, entre máscaras y flores,
Pasabas con tu séquito de amores
Ceñido en traje de ilusión el talle.

Tu mirada sutil cruzó la calle
Como una mariposa de colores,
Y tras ella se fueron mis azores
Con la rosa más roja de mi valle.

Al enfrentarnos dimos en la rara
Intuición de mirarnos cara a cara.
Y al dejarme tu vara de azucenas

Entre mis dedos torvos y paganos,
Las vi morirse para siempre, apenas
Se me fueron las rosas de tus manos...

EL LAGO Y LA ESTRELLA.

EN la bruñida quietud
Del nocturno lago obscuro
Pulsa el céfiro inseguro
Las cuerdas de su laúd.

Y en la propia excelsitud
De su urna de mármol puro
Nieva un rosal prematuro
Sus pétalos de ataúd.

Sobre el ciprés fantasmal
Canta un ruiseñor astral.
Y en esfíngica actitud

Brilla un astro a su conjuro
En la bruñida quietud
Del nocturno lago obscuro.

EL MIRLO CIEGO.

CANTABA en mi corazón
El mirlo de la Esperanza,
Elevando en mi alabanza
Su magnífica oración.

Y siempre que, con unción
Escuchaba su romanza,
Me embriagaba de bonanza
Como de cielo el halcón.

Mas calló una tarde el mirlo
Y para volver a oirlo
Le cegué sin compasión;

Y he vuelto a oir la romanza
Que el mirlo de la Esperanza
Cantaba en mi corazón...

VIEUX PIANO.

VIEJO piano que al sonar
Bajo tus dedos se ahonda
Como la mágica fronda
De un libro de Kirkgaard.

Cuando su hermético mar
Riges en números de onda
Como un fantasma me ronda
Mi viejo bajel lunar...

¡Oh, dominio soberano
Del reino de los sonidos;
Oh, sortilegio del piano

Que el alma extática entiende,
Y otros mundos ya abolidos
Como una lámpara enciendo!...

SEPULCRO DE HORAS.

ESTE afán de beber sagrados vinos
Como un copero azul, en las estrellas,
Y de tejer en tan remotas huellas
La alfombra familiar de mis caminos,

Tan hondo ha transformado mis destinos
Que ya no puedo regresar de entre ellas,
Cautivo de las pálidas doncellas
En las grutas de piélagos divinos.

Así, llenos de joyas y de pieles,
Van surcando los astros mis bajeles...
Y al traerme el crepúsculo joyante

Sus dromedarios de oro hasta mis tiendas
Labro, a sus pies, como un beduino errante,
El tapiz luminoso de mis sendas...

A UN VIOLINISTA INSIGNE.

I

QUE demiurgo interior de los Aedos,
Qué deidad implacable te arrebata
Cuando, como una inmensa catarata,
Tu espíritu desborda por tus dedos?

Ante tus auditorios sientes miedos...
Ya el violín, sobre el trípode de plata,
Como una diosa humilde que te acata
Duerme en su cofre de perfumes ledos.

Vas a empuñarlo y por la vasta sala
Se insinúa el silencio, como un ala.
Tus ojos brillan. Tiemblas. Te extasías.

Y bajo el arco de virtuales cerdas
Conjuras estupendas harmonías
O te acercas a Dios sobre las cuerdas...,

II

VUELVE el alma otra vez a sus regiones
Y el ala del silencio a alzar el vuelo.
Vuelven las rosas de sensual anhelo
A irradiar entre espléndidas visiones.

Mientras tú, tras los regios cortinones
Que penden suntuosos sobre el suelo,
Como un ave caída desde el cielo
Te alejas con tu esplín de los salones.

Y siempre al verte, tu violín contigo,
Pasar como un fantasma, por la villa
Perdido entre los hombres, yo me digo:

—"Va hacia un jardín... hacia un jardín lejano...
Es un muerto que lleva ¡oh maravilla!
El féretro de su alma de la mano..."



MOTIVO DE PASION.

CREI que al irme todo acabaría.
Que iba a encontrar mi trigo entre amapolas
Y otra vez, sobre el ritmo de las olas,
Mis caravanas de astros seguiría.

Pero en vano mi mente desvaría.
No te puedo olvidar; y, estando a solas,
Te veo florecer en las corolas
De mis jardines de melancolía...

Por aspirar tu aroma, puro y breve,
Rompí tus vasos con mi ausencia aleve.
Y hoy, cuando quiero amarte más que nunca

Y pedirte perdón de mis agravios,
Te vas dejando, como Ofelia, trunca
La flor de una esperanza entre mis labios...

ANTE.- LIBRIS.

A mi padre muerto.

I

CACHORROS de tu amor, íbamos ciegos
En pos de tu sandalia dolorida...
Tú nos dabas la paz bajo tu egida
Y hacías en nosotros tus trasiegos.

Ya en tu holocausto de cordiales fuegos
Diste toda la sangre de tu herida
Por la bíblica Esposa de tu vida
Y el amor de tus predios solariegos.

Ya nunca más, como un gran lirio abierto,
Florecerás en tu sellado huerto...
Pero cuando el crepúsculo descienda

Sobre el trémulo brillo de los astros,
Todos juntos, al pie de nuestra tienda,
Nos sentaremos a soñar tus rastros...

II

AL largo clamorear de los tuaregos
Sobre la gran planicie adormecida
Velabas a tu prole, guarecida
Cabe la ruina de los pozos ciegos.

En vano el alba, con mentidos juegos,
Por dilatar tu tregua de partida
Presagiaba la nube maldecida
Sobre el aduar feliz de tus sosiegos.

Cabalgando tu silla en el desierto
Dejabas, sólo, tu sellado huerto;
Y siguiendo las nubes como un rastro

Antes aún que el sol sobre tu senda,
Cuando volvieras a clavar tu tienda
Mucho más lejos la vería el astro...

III

DULCE conformidad que, con tus riegos
De aromáticos óleos en la herida,
Eres aquella lámpara extinguida
Que en vez de lumbres nos perfuma espliegos.

Para creer sin ver como los ciegos
Tu resignada venda nos convida:
¡Que mientras viva en mí lo que no olvida,
La propia huesa cederá a mis ruegos!

Padre mío, yo sé que tú no has muerto
Porque el Olvido es el sepulcro cierto.
Se alejaron, no más, tus alabastros

Dejándonos a obscuras en la senda,
Mas volveremos a encontrar tus rastros
Bajo el divino azur de la otra tienda...

De "Las urnas de ébano" (1921)

OLVIDO.

CNSADA mi alma de golpear tu puerta
Y enferma de un amor incomprendido
Te ha guardado en el vaso de su olvido
Como el perfume de una rosa muerta.

Mejor, acaso, que la dicha incierta
Es el propio dolor de lo que ha sido.
El sueño es un narcótico prohibido
Y el que sueña una vez ya no despierta...

Si el olvido es la noche del recuerdo
No creas tú, por eso, que te pierdo.
Como la esencia de una rosa triste

Que entre las copas cinceladas queda,
Yo conservo en tus pétalos de seda
El perfume sutil de lo que fuiste...

ELLA.

TE veo en mi dolor como un lejano
Crepúsculo otoñal, gris y doliente;
Una tiara de lirios en la frente
Y en una rueca de ébano tu mano..."

—Yo soy, entonces, tu martirio, hermano...
—Tú ¿quién eres? — lo ignoro. Solamente
Sé que habrás de ser mío eternamente
Y que hace mucho que te espero en vano.

—¿Qué edad tienes?—La tuya.—Sí eso es cierto...
—También tengo tu voz — ¿Cómo te llamas?
—Sombra o Misterio, como quieras. — ¿Me amas?

—Por tu amor aún florece mi desierto.
—¡Ven a mi lado! — En vano me reclamas;
Iré hacia ti, pero cuando hayas muerto...

KATIE.

POR la vida bohemia de los evangelistas
Con sus viejos armonios en sus cofres de cuero,
Iba yo tras las bridas de su alado sombrero
Seguido de un cortejo de borrachos y artistas.

Katie Longran soñaba con gloriosas conquistas
En los jardines de almas del Divino Cordero,
Y: "**My pet**"—me decía—"no vayas tan ligero",
Cuando alzaba, a su lado, mi voz con las coristas.

Tenía bucles de oro y un mirar de sibila
Y era fresca y graciosa. De ella pudo el poeta
Decir lo que de Elena: **all expired save thee**...

Y en la vaga penumbra de un crepúsculo lila
Con un himno en sus labios y en la estancia coqueta
Desplegó sus polícromas alas de colibrí...

ZELMIRA.

LA piel mate del rostro bajo el fino cabello
Le daba un aire de ídolo de laca de la China,
Con su sombrilla asiática, sus manos de glicina
Y el traje de amazona y el lunar en el cuello.

Sus ojos pensativos de amoratado sello
Parecían dos lagos cubiertos de neblina
Y era una flor exótica su gracia parisina
En medio de las urbes de trágico destello.

Las joyas, el teatro, los vestidos, el oro
Le atraían lo mismo que a un pirata un tesoro.
Y en medio de ese lujo, de esa pasión morosa

Sintiendo el gran cansancio con que la Muerte estruja,
Murió. Y entre sus carnes encontróse una aguja
Lo mismo que una espina clavada en una rosa...

: : : El próximo número de : : :

AMERICA LITERARIA

G. MARTINEZ SIERRA

Cartas a Mujeres

De las hermosas «Cartas a las mujeres de España» del ilustre escritor español, publicaremos tres de las más interesantes y sugestivas. Las lectoras argentinas habrán de gustarlas con igual interés y procho que sus bellas hermanas de la madre patria.

América Literaria

El Poema de las Rosas

por

[illegible] PALMA

BUENOS AIRES

Las poesías completas de

RIOS PALMA

el inspirado autor de **"El Poema de las Rosas"**

aparecerán en breve en un lujoso volumen; con prológo de uno de los primeros literatos del país.

Constituirá su publicación un verdadero acontecimiento lite

ACABA DE APARECER

APOSTOLADO DEL FEMINISMO

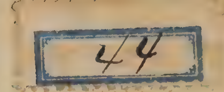
por el popular escritor JOSE M. SAMPERIO

En este interasante folleto, el celebrado autor de las novelas «Maximalismo» y «La misma sangre» y de la novela de palpitantante actualidad «LA CULPA DE TODOS» próxima a editarse, estudia con acierto el interesante problema social que da tanto tema a la controversia.

Es un folleto valiente, de gran interés, y elegantemente presentado. No debe faltar en la biblioteca de ninguna mujer estudiosa.

Precio $ 0.30

Pedidos a la EDITORIAL BAYARDO - Sarmiento 865 - Buenos Aires



AÑO 2 Nº. 13

AMÉRICA LITERARIA

Cuadernos quincenales de
Artes, ciencias y letras.

El Poema de las Rosas
y otros poemas

de

RIOS PALMA

EDITORIAL BAYARDO :·: Sarmiento 865 - Bs. As.

RIOS PALMA

AMÉRICA LITERARIA *brinda hoy sus páginas a uno de los poetas jóvenes más celebrados de nuestro país, a Ríos Palma, pseudónimo que oculta la personalidad del Dr. Manuel J. Samperio, alumno del Seminarío Pontificio de este ciudad.*

Este joven poeta ocupa todo el tiempo que le deja el severo estudio de las disciplinas esenciales y adustas, propias del estado que va a ejercer, en volcar, en versos hermosos y puros, plenos de belleza y de sentimiento, todo el tesoro radiante de lirismo, de bondad y de amor que anida en su alma juvenil y abierta a los entusiasmos de su edad.

Y canta Ríos Palma, con sagrada unción y místico arrebato, las glorias inmarcecibles de su fé; exalta, con sonoridades épicas, las tradiciones patrias del valor argentino; y vibra su lira con purísimo timbre para festejar también las cosas bellas del mundo: el arte, la belleza, el amor....

Entre sus mejores composiciones se destacan: «El poema de las rosas», «Canto el arte», «Patria y Raza», «El Cristo del rosal» y muchas otras, que han sido justamente laureadas en certámenes literarios de importancia.

Hemos hecho en este cuaderno una breve selección de la ya abundante producción del poeta. En ella percibira el lector cuanto decimos, asi también como la variedad de su estilo, y la facilidad sin rebuscamientos de su léxico.

El Poema de las Rosas

EL ROSEDAL

En la tarde callada muere el sol todo fuego,
en el lago tranquilo bajo el pórtico griego
se acurrucan las sombras a dormir o a llorar...
el silencio penetra como dulce sonata
invitando a la gloria de cantar o soñar!
porque un vago murmurio, hecho un hilo de plata,

En los cármenes brillan todavía las rosas,
con luz pálida y triste; se columpian medrosas
a la brisa que pasa suspirando de amor...
la luz tiende a otros mundos de occidente su vuelo
y aparecen arriba sobre el manto del cielo
las estrellas como otras tantas rosas en flor!

El poeta las habla con lenguaje que él sabe,
del que sólo los astros y las flores la clave
sorprender han podido en la noche estival...
Y no sabe el poeta cuáles son más hermosas
a sus ojos son todas rosas, rosas y rosas,
ven sus ojos el mundo como un gran rosedal!

LAS ROSAS AMARILLAS

Oyenos! ¿Dónde vas?, ¿dónde vas a estas horas?
—¡Voy tejiendo las flores de mis rimas sonoras!

—¿Buscas flores, poeta?
—Busco flores... y brilla
tu hermosura a mis ojos...
—¡Soy la rosa amarilla!

—Rosa, rosa amarilla, tú misma te me das!
—Para que sea tu canto de gloria y patria y paz;

Elígeme entre todas las rosas... Y que al fin
me coronen tus cantos reina de este jardín!

—¡Pero dime quién eres, rosa que así suspira,
antes de ornar contigo el marco de mi lira!

—Soy la rosa de oro, la musa de la gloria
que brillo sobre el mundo como un sol en la historia!

Yo inspiré los cantares de patria, desde Homero
hasta las medioevales trovas del Romancero!

Brilló en los siglos siempre mi hermosura y aun brilla,
y brillará: yo soy como el oro amarilla!

Y en las tardes buscando su lecho de arrebol
también es de oro el disco mortecino del sol!

Y si a la gloria nacen los pueblos y naciones
es que tiñe la gloria de gualda sus blasones!

Cuando Clemencia daba la flor a los troveros
con la rosa amarilla premiaba a los primeros:

porque habían cantado la patria... y el decoro
de morir a la sombra de su estandarte de oro!

¡Canta la patria! Canta de su inmortal historia
las hazañas de fuego y el romance de gloria!

¡Canta! Y después la lira, cuando la dejes quieta,
... ¡corónala de rosas amarillas, poeta!

LAS ROSAS BLANCAS

Párate. En el silencio nos despertó tu paso
y nos estremecimos... ¿buscas flores, acaso?

Porque si buscas flores... para ceñir tus sienes
yo soy la rosa blanca; ¡Poeta, aquí me tienes!
—¿Quién eres?
—Tus mejores cantos inspiraré
yo soy la rosa blanca, la musa de la fe.

Mi blancura envidiaron la nieve y el armiño
soy blanca como tu alma todavía de niño.

¡Yo inspiré los cantares de la fe! Gloria mía
es ser blanca, tan blanca como la Eucaristía.

¿Nunca vistes las hostias de un copón que rebosa
como pétalos blancos de una mística rosa?

Es el altar mi trono y el templo mi morada
porque soy blanca y pura como la Inmaculada.

¡Escógeme entre todas las rosas... y que al fin
me coronen tus cantos reina de este jardín!

Tiene igual que las rosas, pétalos de pureza,
el poeta que canta, como el niño que reza!

Cuando Clemencia daba la flor a los troveros
con una rosa blanca premiaba a los primeros,

porque habían cantado al pie de los altares
y... ¡bajaba Dios mismo a inspirar sus cantares!

¡Canta la fe! Los hombres puros de corazón
verán a Dios un día en eterna visión!

¡Canta la fe! ¡Y elévate como en un raudo vuelo
más allá de los astros y más allá del cielo!

¡Canta! Y después la lira cuando la dejes quieta
... ¡corónala de rosas todas blancas, poeta!

LAS ROSAS ROJAS

Detente! Te hemos visto pasar por el camino
y tenemos orgullo de sentirte vecino,

No te vayas, escucha nuestras voces secretas
en que hablamos al cielo sólo y a los poetas!

¿Buscas flores, verdad? Como el aura suspira
el acento armonioso y blando de tu lira!

¡Tómate nuestras flores! Todo el rosal despoja
—¿Y tú quien eres?
—Yo soy una rosa roja!

Inspiraré los ritmos de tu canto mejor:
yo soy la rosa roja, la musa del amor!

Escógeme entre todas las rosas.... Y que al fin
me coronen tus cantos reina de este jardín!

Yo inspiré siempre endechas de amor y vida. Pon
en tu lira esta rosa como un corazón!

El amor es la hoguera que se enciende en la aurora
el amor es el canto de la tarde que llora!

El amor es la vida... y la muerte! La flor
roja en la herida abierta del pecho del Señor!

El amor es misterio de las noches de luna
serenatas y rondas y murmullos de cuna!

Cuando Clemencia daba la flor a los troveros
con una rosa roja premiaba a los primeros

porque habían cantado con la voz de la fama
en el verso de fuego el amor de su dama!

¡Canta el amor, poeta! ¡Canta el amor fecundo,
que fundirá en un solo corazón todo el mundo!

¡Canta! Y después la lira, cuando la dejes quieta,
... ¡corónala de rosas todas rojas, poeta!

EL POETA

Por qué vuestras querellas si sois todas hermosas?...
¡para qué yo os elija os basta con ser rosas!

Todas inspirareis mi poema mejor,
porque serán mis cantos de patria y fe y amor!

Y cuando de la vida la tarde me sorprenda
tendré llenas de cantos y de flores la senda!

¡Oh si al dormir el sueño de la tumba, amorosas
unas manos echaran sobre el poeta, rosas!

¡Rosas, rosas de todos los colores!... Quizá
con las rosas un ramo de laureles caerá!

¡BRAVO!

Digan los otros que insensible y mudo
debiste el golpe recibir sereno
y después de sufrirle como bueno
caer sobre el escudo!

Yo esos tus gritos de dolor alabo
y hoy al saber lo mucho que has sufrido
y lo que te resistes... ¡he sabido
que no eres un esclavo!

Oh, no! No hubiera sido valentía
arrastrar en silencio las cadenas,
y besar, olvidado de tus penas,
la espada que te hería.

Haciéndole un saludo al que lo hiere
y al matador rindiéndole los brazos
mueren en las comedias los payasos
... ¡pero así no se muere!

Digan los otros que insensible y mudo
debiste el golpe recibir sereno
y después de sufrirle como bueno
tumbarte en el escudo!...

Yo sé que el resistir sólo es de bravos
y al verdugo adular no es valentía,
... también cuando iban a morir un día
"Ave César", gritaban los esclavos!

OTROS POEMAS

QUIERO LA LUNA...

Los rayos de la luna
por los limpios cristales
penetran a bañar el blanco lecho
do el enfermito yace.
Pobrecito del niño!
Pobrecito del angel!
que esta noche los rayos de la luna
bajan a amortajarle.

El enfermito mira
por los limpios cristales,
y las manitas tiende
y gime suplicante:
"¡Madre, quiero la luna!
¡Quiero la luna, madre!"
... ...

Bajo una losa blanca
el enfermito yace
para siempre dormido
en el fondo del valle.
Pobrecito del niño
pobrecito del ángel!
Por las noches los rayos de la luna
bajan a amortajarle!

... ...

Cuando el sepulturero
del cementerio las desiertas calles
en las noches de luna recorriendo
cruza entre los cipreses y los sauces,
cuenta que oye una voz como de niño
que gime suplicante:
"¡Madre, quiero la luna!
¡Quiero la luna, madre!..."

REMOS

Muy temprano en su batel
se dió a la mar el barquero
y por la tarde el lucero
le halló remando sobre él.

Alguien en la noche fría
desde la mar lo llamaba
porque él remaba, remaba
y hacia la mar se perdía.

Cada vez se alejó más
y dicen unos ancianos
que oyeron cantos lejanos
de unos remos al compás!...

... ...

Y a la mañana siguiente,
al levantarse en Oriente
sobre las ondas, la aurora
vió una barca pescadora
juguete de la corriente.

LA REJA DE ORO

Místicos poetas de los tiempos idos,
vates de doliente demacrada faz,
que en los interiores huertos florecidos
ensayásteis dulces canciones de paz.

Quiero rimar una salmodia sagrada
como aquella vuestra del divino Amor,
en que la cautiva alma enamorada
besa en el martirio su cruz de dolor!

Ni una sola estrella en las noches brilla
sobre el cielo oscuro de la tempestad!
Cautiva en la cárcel de barro y arcilla
mi ánima suspira por la libertad....

Como vuestras almas en negra mazmorra
¡ay! también la mía llora su dolor
y nada el recuerdo de sus penas borra,
ni el recuerdo olvida del llorado amor!

Como vuestras almas la mía quisiera
romper sus prisiones y volar, volar
hasta las alturas, hasta que pudiera
al trono divino del Amor llegar.

Sólo una ventana mi cárcel a veces
alumbra con una mortecina luz,
y entonces ensayo mis cristianas preces
y signo mi frente con la santa cruz.

Sólo una ventana, lo mismo, lo mismo
que en vuestras vetustas prisiones de ayer...
Por ella penetra hasta el hondo abismo
la luz que mis cantos hace florecer!

Como vuestra cárcel oscura tenía
un solo y pequeño ventanal, así
por él sólo a veces los cielos espía
mi alma y la luz llega temblando hasta mí.

Oh! Qué reja extraña por donde desciende
de la mortecina luz el resplandor!
Si serán deseos que el dolor enciende...
si serán visiones que finge el amor!...

Pero a veces creo que un lejano coro
cantara y las barras de aquel ventanal
fueran varillaje de una lira de oro
que diera a los aires su canto inmortal!

Místicos poetas de los tiempos idos,
vates de doliente demacrada faz,
que en los interiores huertos florecidos
ensayásteis vuestras canciones de paz.

Vosotros oísteis el lejano coro
desde las honduras de vuestra prisión,
y en su varillaje vuestra lira de oro
también os tradujo la inmortal canción!...

¡Oh, la reja extraña por donde desciende
de la mortecina luz el resplandor!...
Si serán los sueños que el dolor enciende...
si serán visiones que finge el amor!...

Pero me parece que fuera una lira
esa reja abierta por donde la luz
se cuela la cárcel, en la que suspira
el alma abrazada de amor a la cruz.

Y así entre sus cuerdas el alma algún día
romperá el encierro de aquella prisión
y las cuerdas rotas de la lira mía
vibrarán entonces la mejor canción!

CANTO AL ARTE

Soplo de Dios al barro de la tierra
para engendrar la mente soñadora
que iba a encender del pensamiento humano
la chispa brilladora
e iba en el mundo a despertar ideas
y cánticos de aurora;
Soplo de Dios a un cuerpo de pigmeo
para infundirle un alma de gigante,
gritando a Prometeo
que al alborear de la primera lumbre
destroce sus cadenas y que cante
porque ya es tiempo de escalar la cumbre;
Soplo de Dios lanzando a los espacios
de nuestro mundo solo
el torbellino de mil mundos nuevos
a describir sus órbitas gigantes
y penachar sus incendiarias teas,
desgreñadas al viento
de una soberbia tempestad de ideas;
golpe de luz y pensamiento y vida,
relámpago de gloria aureolizando
el ínclito estandarte
que el hombre altivo ha desplegado al viento...
eso las artes son! Eso es el arte!
llamarada de luz del pensamiento!

Rey del mundo es el hombre. Y de la aurora
son para él las risas peregrinas
y hasta el beso de fuego
que por las tardes dora
la cresta desigual de las colinas!
Por él de un manto níveo
se cubre la montaña
como virgen dispuesta al himeneo...
¡Es que el hombre y la cumbre son hermanos,
hermanos la montaña y Prometeo!

Es que como crestea
su penacho de fuego entre las nubes
así también llamea
el raudo pensamiento soberano,
y como anida el cóndor en las cumbres
hoy también aletea
sobre la frente del linaje humano
el ave de la idea!

Allá, sobre esa cumbre
donde la tempestad ruge bravía
y donde arrecian más los huracanes
hay un hombre soñando todavía
con el rapto inmortal de los titanes!

*
* *

Sacerdotes del Arte! Sobre el mundo
tenéis para santuario el universo
cuya bóveda gime
al verso de la música sublime
y a la sublime música del verso!

Id a escalar las cumbres giganteas
donde el picacho soberbiote mueve
hasta arroparse en su cendal de nieve
titánicas peleas...

Y allí sobre la cumbre
que no humillan los vientos seculares
ni el huracán arredra
plasmad con el cincel de Miguel Angel
otro Moisés de piedra!

A soñar!, a soñar! Que ya la aurora
pintó las nubes de color de grana
y es tiempo ya que brote
el cántico de luz a la mañana,
y es tiempo que despierte
en las arpas dormidas
himno triunfal de redención y gloria
y en los clarines vibren
tararas de victoria!

Broten ya los versículos sonoros
que de la oscura sombra en el misterio
el bíblico salterio
hicieron palpitar de nuevos coros,
y despierte sus salmos
la salmodia sagrada
tristes como el llorar de los crepúsculos,
dulces como el reir de la alborada!

*
* *

Paso a los soñadores!
a los artistas paso!
cuyos gloriosos nombres tienen vida
sobre la ruina de su siglo muerto
más que duran las queópticas pirámides
del bíblico desierto!

No morirán sus nombres
mientras se alcen al cielo esas sublimes
creaciones de alarifes ignorados
que en las arcadas de santuarios góticos
los cantos salmodiados
por los pueblos pasados
repiten a los pueblos venideros
y aun guardan palpitante sobre el ara
la jura medioeval de los guerreros!

¿Por qué grita el apóstrofe sublime
con que las nubes reta?
Es que miró desde la cumbre el llano...
Quiso cantar... ¡y se sintió poeta!

Dadle un arpa al cantor! Dadle la lira
que bendice y suspira
o la que impreca y ruge!
Dádsella, porque tiene
toda una tempestad de pensamientos
y de cantares bravos
con que mañana lanzará a los vientos
el himno redentor de los esclavos!

Quiso cantar,... y se sintió poeta!
La consagrada lira septicorde
dádsela al rey profeta,
y a aquél de los proverbios seculares
dadle para que temple
el arpa del cantar de los cantares!

Poned la lira bíblica en su mano
y vibrará las dianas de victoria
y el canto soberano,
que henchido de armonías,
juntará a los Magníficats de gloria
los trenos del dolor de Jeremías!

Dadle un arpa al cantor! Y será Homero
y serán de la Grecia los rapsodas!
Dadles el arpa!... Y vibrarán del Lacio
en las clásicas odas,
con el canto guerrero y el idilio
los sáficos de Horacio
y la inmortal Eneida de Virgilio!

*

* *

El hombre ya es artista! Ya ha entonado
el hosanna de paz de sus cantares
y va a oficiar el rito de la gloria
del arte en los altares!

Chispeante el genio en su ardorosa frente,
un hombre solo en el total naufragio
de civilizaciones en derrumbe
alzará en las palancas de la idea
y del verbo, fecundo
la civilización que se desploma,
llamándose Demóstenes en Grecia
y Marco Tulio en Roma!

Sócrates en Atenas
el arpa deja en que se agita ruda
la palpitante estrofa...
Sufre el dolor... y en su dolor se escuda!
Quiere pensar... y piensa y filosofa!

Mientras Fidias un día
homeriza los blancos monolitos
en que los héroes plasmará troyanos
y, Homero del cincel, tiene sus mitos
y una ilíada de cantos soberanos
que dejará con su cincel escritos
en los bajorrelieves parthenianos!

No morirán sus inmortales triunfos
y habrán de tener émulos doquiera
que toda raza joven
arpegie de su piano en los teclados
el lirismo del alma de Bethoven.
Ni morirán sus lauros soberanos
mientras no se marchiten sus coronas
y brillen en los frescos vaticanos
de Urbino las Madonnas!

Que a nuestro paso siempre
nos saldrá de la vida en el camino
con sus apocalípticos fantasmas
la tétrica visión del gibelino.
Y aun de Byron y Schiller los poemas
vibrando irán doquier de zona a zona
a despertar tragedias inmortales
en el alma sajona;
mientras, al disiparse de la lucha
la espesa polvareda
nos mostrará Velázquez en sus "lanzas"
la rendición de Breda!

Y aun alzarán de noche,
bateleros del mar, sus barcarolas,
de pie sobre las olas
donde en sordo rumor vibra y se esparce
de León junto a las liras
la décima inmortal de Núñez de Arce!

Y mientras vibrarán en la alborada
los cánticos de Andrade a Prometeo
y a la virgen atlántica soñada,
restallará de Mármol el poema
para azotar la frente del tirano,
y se alzará llorosa y gemebunda
la nenia funeral de Guido Spano!

Siempre los hombres soñarán! Por eso
eterno será el arte, y si las arpas
se durmieran un día
y la nota y el canto enmudeciera
una mano de nieve siempre habría
que arrancarlos supiera!

Siempre los hombres soñarán! Y el arte
siempre los sueños cantará del hombre
porque de Dios al soberano aliento
sobre la frente de los hombres brilla
como brilla el humano pensamiento,
y jamás en las frentes soñadoras
se borrarán los rastros
del Dios que en su infinito poderío
pulsa las mudas arpas del vacío
y... ¡cual notas de luz vibran los astros!

CANTO DE ESPERANZA

Oh! Señor Jesucristo. ¿Por qué tardas? ¿Qué esperas?
para echar tu mirada de luz sobre las fieras
y desplegar al sol tus divinas banderas?

(Canto de Esperanza. Rubén Darío).

Señor, yo soy un triste caballero de antaño
que sólo hallé en el mundo, por mi mal y mi daño,
en el amor dolor y en la esperanza engaño...
Señor, yo soy un triste caballero de antaño!

Vieja sangre mis nervios sacude y martillea;
siento ancestrales ansias de gloria y de pelea,
y con el rudo ritmo de antigua melopea
vieja sangre mis nervios sacude y martillea.

Del caballero andante de la triste figura
debo tener el alma, debo ser una hechura...
Yo no sé, pero creo que tengo la locura
del caballero andante de la triste figura!

Señor, yo quiero ser cruzado del rey Luis,
y velar en la Santa Capilla de París
mis armas y mi escudo con una flor de lis.
Señor, yo quiero ser cruzado del rey Luis!

Y cuando escucho el grito de mi raza española
veo una luz que brilla y una purpúrea ola
de sangre que un grana-oro estandarte tremola
y me grita los gritos de mi raza española.

Oh, el estandarte azul todo flordelisado!
Yo quiero ser guerrero, yo quiero ser cruzado
junto a la Jerosólima con sangre bautizado...
Oh, el estandarte azul todo flordelisado!

¡Capitán Godofredo de Bouillón! Es la hora!
Vamor a la cruzada mística y redentora
a salvar para siempre la ciudad pecadora!
¡Capitán Godofredo de Bouillón! Es la hora!

Oh, el estandarte luz sobre un campo de fuego!
De los Sanchos de todas las edades reniego.
Quiero ser como el gran caballero manchego.
Oh, el estandarte de oro sobre un campo de fuego!

*
* *

¡Imaginaciones de mi alma, Señor!
Ya no son estos siglos para aquel soñador
caballero fidalgo del tiempo del honor...
¡Imaginaciones de mi alma, Señor!

Así cuando me agobie el dolor de la vida
y la cruz de la espalda pese mucho, Señor,
moribundo y sangrando por la mortal herida
caeré sobre los brazos de la cruz del amor.

PATRIA Y RAZA

Hasta el viejo castillo
las sombras van en el silencio y se hablan;
hablan de la leyenda
del Amor, de la Gloria y de la Patria!

Es un castillo en ruinas
que sobre la montaña
el horizonte acecha
y los desfiladeros atalaya.

Es un castillo viejo...
Desde el llano semeja una gran águila
que agoniza caída
y el monte aprieta con la torva garra.

La luna por las noches
en resplandor lo baña,
y las sombras entonces se acurrucan
temerosas y callan.

Castillo, centinela
de las montañas cántabras!
Casa de mis mayores,
viejo solar de mi indomable raza!

¡Cómo está añejo el vino del amor y la gloria!
¡Cómo sabe a los tiempos medioevos de la historia,
cuando un cuartel había para cada victoria!
¡Cómo está añejo el vino del amor y la gloria!

Oh Señor Jesucristo, vuélveme al tiempo aquel,
y una cruz con un *Inri*, Santo rey de Israel,
añadiré a mi escudo en el mejor cuartel.
Oh Señor Jesucristo, vuélveme al tiempo aquel!

Vuélveme a aquellos siglos o vuélvete Tú al nuestro,
cual te soñó del mago Rubén el divino estro.
Capitán de cruzados, de templarios Maestro,
vuélveme a aquellos siglos, o vuélvete Tú al nuestro!

Vuélvete a dar al sol tus divinas banderas
y llevar a la gloria tus legiones guerreras.
Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas? ¿qué esperas?
para que dés al sol tus divinas banderas!

Crúzame espalda y pecho con una santa cruz!
Mi maestro, mi amigo, mi capitán, Jesús,
Para serme camino, verdad y vida y luz,
Crúzame espalda y pecho con una santa cruz!

Oh, sí, crúzame el pecho de una gran cruz de amor,
y crúzame la espalda de una cruz de dolor...
Y en todos tus caminos te seguiré, Señor,
si me cruzas el pecho de una gran cruz de amor
y la espalda me cruzas de una cruz de dolor!

*
* *

Yo juro seguir siempre tus ínclitos pendones,
Capitán invencible de la gloria y la luz.
A los combates llevo como dos pabellones
una cruz en la espalda y en el pecho otra cruz.

En tus muros derruidos
y en tus almenas gachas
anidan las leyendas
y los recuerdos vuelan en bandadas,

y alguna vez las nubes
que por el cielo sobre el monte pasan
descienden a enredarse en tus torreones
como un jirón de la bandera hidalga!

Casa de mis mayores,
viejo solar de mi indomable raza,
donde el abuelo de mi abuelo un día,
su tizona limpiaba!

Siglos de gloria aquellos
cuando por tus almenas asomaba
a esperar los guerreros que volvían
la gentil castellana,

la castellana hermosa
que a través de la sangre y de la raza
siento como que a veces
con voz de madre hijo también me llama!

Callado centinela,
de las montañas cántabras
caído bajo el peso
de la gran gloria que te derrumbara,

yo iré a ti, peregrino,
como a una basílica sagrada
para besar la tierra que el despojo
de mis mayores guarda...

Removeré la hiedra de los muros
con una rota espada
y sobre el viejo portalón de piedra
he de ver el escudo de mi casa!

Blasón de mis abuelos
que nunca, nunca ensombreció una mácula,
escudo de mi estirpe y de mi gloria
donde cada cuartel su historia narra!

A tu león rampante y a tus lises
sobre campo de gules y de gualda
el disco añado de la patria mía,
medio azur, medio plata!

Oh! cómo encima de tu viejo cuño
el nuevo timbre del blasón resalta!
¡Cómo reluce al sol de viejas glorias
la gloria nueva de mi joven patria!

Sobre el azul del cielo
en una nube blanca
se arropa el sol de la epopeya heroica
que forjó un día nuestra gesta magna.

El mismo que en la curva
del óvalo sagrado se levanta
y asoma a ver la oliva y los laureles
con que la gloria coronó a la patria.

El mismo sol que dora los trigales
de la infinita pampa,
el mismo... aquél que nunca se ponía
en los domidios de una gran rey de España!

Pabellón de los cielos,
enseña azul y blanca,
que embanderas de fiesta los confines
desde el Andes al Plata.

Si flameaste en la sangrienta lucha
frente de las banderas castellanas...
fué porque la patria era hija de leona
y no podía desmentir la raza!

Esparcieron los cóndores andinos
hecha jirones la bandera hispana...
Iba a ser madre... y ya sentía la fiebre
y los desgarramientos de la entraña!

Por eso, patria mía,
con el orgullo que mi ser embarga
blasono de mi cuna
pero también blasono de mi raza!

Del escudo blasono
que halló mi vida en la primer mirada
sobre el oro bruñido
de los barrotes de mi cuna patria!

Hija de la victoria,
por la gloria mimada,
que de la libertad al sacro grito
fuiste del Inca a remover las huacas,

eres reina de paz y de hidalguía
por blasón y por raza,
Tú que la oliva de la paz ceñiste
en el mismo fragor de las batallas.

Tú que en la andina cumbre
con las eternas nieves te empenachas
y vas a coronarte en las llanuras
con los trigales de oro de la pampa!

Cuna en que me arrulló mi madre un día,
altar donde hice mi primer plegaria,
musa de mis canciones,
inmaculada patria.

No hay símbolos que puedan
acuñar el quilate de tu raza
en el rito sagrado
de las viejas heráldicas!

Es oliva y laurel de tus escudos
la espiga en flor de tus abiertas pampas
y pudieran hacerse de tus trigos
todas las hostias blancas!

¡Cómo es cierto que corre
por tus arterias esa sangre hidalga
que echó España a torrentes
sobre toda la tierra americana!

Esa sangre que un día
sintió bullir de una manera extraña
una reina española
sobre los minaretes de Granada!

Sangre que vino en los conquistadores
—de los quijotes raza—
a librarte del mar, como si fueras
una moza encantada!

Patria de la leyenda,
hijo me dices con maternas ansias
y yo escucho tu voz y te bendigo
desde el fondo del alma.

Pero en la misma invocación de gloria,
en la misma plegaria
con qué yo te bendigo, patria mía,
también bendigo a España,

en nombre de esa castellana hermosa
que a través de la sangre y de la raza
siento como que a veces
con voz de madre hijo también me llama!

EL CRISTO DEL ROSAL

En códices viejos y apergaminados
hallé esta leyenda de florido amor
con los caracteres rojos y miniados
del breviario antiguo de los enclaustrados
que huyeron del mundo para amar a Dios.

* *
*

El novicio casi niño dispensado está del coro
y a pesar de ello no quiere dejar nunca la oración
y a Maitines con los frailes baja siempre a medianoche
y macera sus espaldas con flagelo punzador.

Cuando al pie del Tabernáculo fervoroso se arrodilla,
las dos manos sobre el pecho, la mirada hacia el altar,
ven los frailes que de pronto más de un palmo se levanta
sobre el suelo y que parece con Dios mismo conversar.

Y en el éxtasis su rostro se ilumina y le circunda
todo el cuerpo la luz viva de un extraño resplandor,
y hay olor de rosas nuevas en el coro de los frailes
y están todos suspendidos en extática oración...

*

* *

En la huerta todo el año su cantero está florido...
¡Cuántas veces hacia el fondo del sendero del jardín,
a los pies de un Santo Cristo se ha quedado largas horas
consumido en unas ansias infinitas de morir!...

Del rincón umbroso y suave que preside el Santo Cristo
lo han tenido los hermanos que sacar más de una vez,
y, al volver en sí, llorando suspiraba: "Todavía,
todavía no es la hora de ir a Ti, mi dulce Bien!"

*

* *

En el viejo crucifijo, por el tiempo y por las lluvias,
agrietóse el frágil yeso y una parte se cayó...
¡Oh el lamento aquella tarde del novicio casi niño,
cuando vió hueco en el Cristo el lugar del corazón!

Sollozando de amargura, con las manos contra el pecho,
encendido el rostro, ardiendo todo en santo frenesí,
clavó en Cristo su mirada y creyó ver la de Cristo
temblorosa de ternura y llamándole hacia sí.

El delirio que arrebata sus sentidos estremece
con mortales sacudidas su ardoroso corazón,
mientras clama entre sollozos: "Toma el mío, toma el mío!
ya que el tuyo te robaron, toma el mío! Te lo doy!

*

* *

Y el milagro bajo el cielo de la tarde grana y oro
al rincón umbroso y suave descendió como una luz
y al instante una gran rosa con sus pétalos de fuego
floreció del leño seco del madero de la cruz!

Y la flor abierta y grande fué a llenar el hueco santo
en el pecho carcomido de aquel Cristo Redentor...
... y los físicos que vieron en la autopsia del novicio,
al abrirle las entrañas, no le hallaron corazón!

*
* *

En las viejas crónicas de las abadías..
un abad mitrado de Villa Real
dejó esta leyenda que no creerías
verdadera nunca si aún en nuestros días
no existiera el Santo Cristo del Rosal.

CRUZ

Poeta, sobre tu tumba
cuando mueras, tus amigos
levantarán una cruz,
símbolo de su cariño...
¿La quieres de bronce o piedra,
o cómo la quieres?, dinos.
... ...
—Tejédmela con dos ramas
de algún rosal florecido!

Rios Palma